



Alessandro Bertante

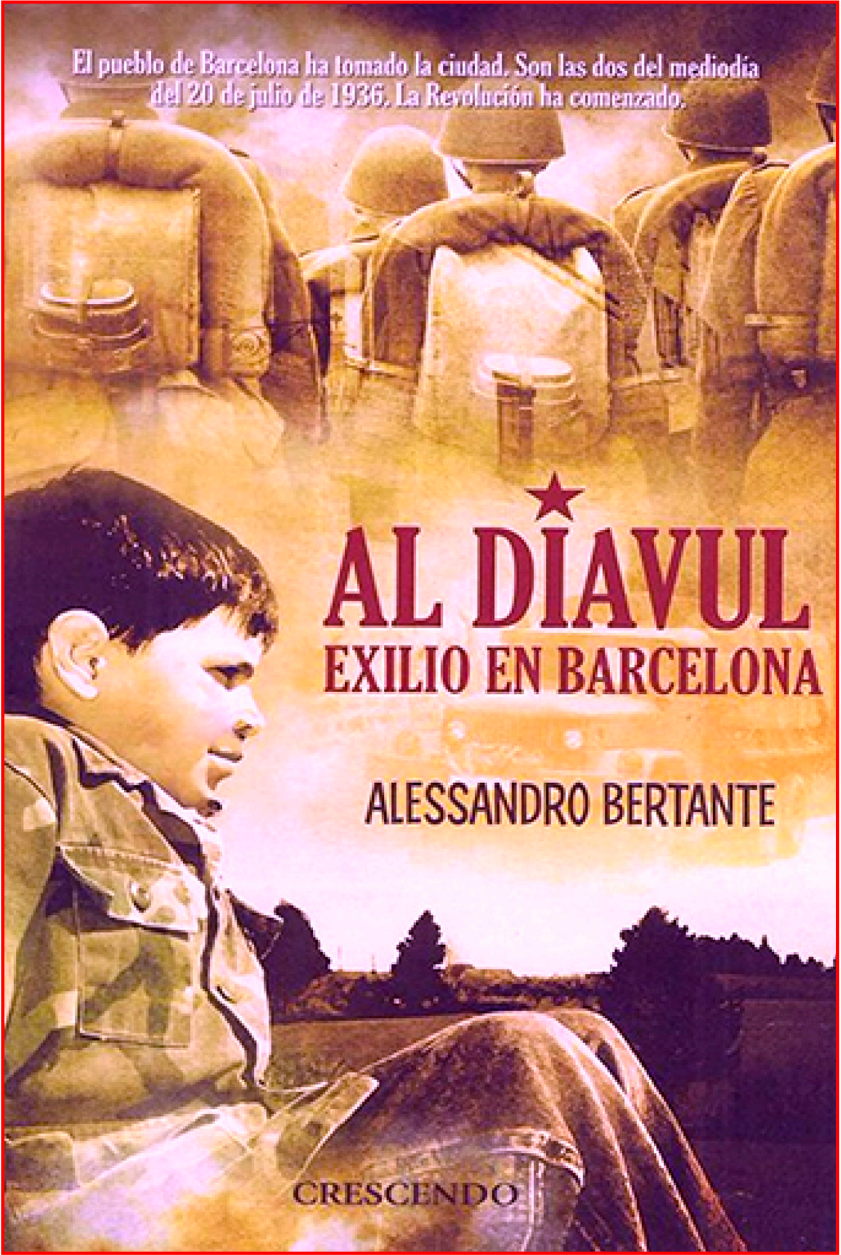
AL DIAVUL

Exilio en Barcelona

ALESSANDRO BERTANTE

AL DIAVUL

Exilio en Barcelona



El pueblo de Barcelona ha tomado la ciudad. Son las dos del mediodía
del 20 de julio de 1936. La Revolución ha comenzado.

★
AL DIÀVUL
EXILIO EN BARCELONA

ALESSANDRO BERTANTE

CRESCENDO

*¿Quién te ha dicho que no puede haber amor verdadero, fiel y eterno
en el mundo, que no existe?
¡Que le corten la lengua repugnante a ese mentiroso!
El maestro y Margarita, Mijaíl Bulgákov*

*El que cree en la ineludibilidad de todo desarrollo social,
sacrifica el porvenir al pasado.
Nacionalismo y cultura, Rudolf Rocker*

AGRADECIMIENTOS

LA historia de esta novela es larga, habiendo sufrido incluso varios cambios en el curso de la obra. Inevitablemente, son muchas las personas a las que tengo que dar unas sinceras gracias, personas que me han aconsejado y seguido durante mis tres años de trabajo. El primer pensamiento, afectuoso y lleno de reconocimiento, va dedicado a Maite, que me ha ayudado a conocer España y me ha hecho amar Barcelona como la ciudad de los sueños. Probablemente esta novela no tendría su forma actual sin el fraternal consejo de Antonio Scurati, que me ha indicado el camino correcto en un momento de incertidumbre. Gracias a Piergiorgio Nicolazzini y Monica Malatesta, que han creído en mí hasta el final, al igual que Jacopo de Michelis, mi atento y perspicaz revisor. Recuerdo con mucho afecto las bonitas palabras de Luca Briasco, pero también la experiencia de Marco Tropea, que ha dado forma, quizás sin saberlo, al ojo violeta del protagonista. Un gran reconocimiento también para la librería Utopia de Milán, que me ha conseguido varios textos singulares sobre la Guerra Civil española y el movimiento anarquista internacional.

Para terminar, quisiera recordar a mis adorados animales: mi perra Shaka y mis gatos Agata y Cutolino, mis cariñosos compañeros durante la redacción de la novela. Siempre estarán conmigo.

EL AROMA DEL MOSTO

MONTECASTELLO, 8 de octubre de 1983

Era como una extraña euforia que se sentía incluso en el aire. O quizás fuese una urgencia, una urgencia de vida que en aquel momento sólo le impregnaba a él.

Estaba llegando el final de la tarde y el sol ya se estaba ocultando tras la colina. A pesar de ser octubre, aquel día había sido muy caluroso y el anochecer ganaba terreno con la promesa de dejar paso a una serena noche de otoño, aún más suave gracias a una ligera llovizna. La campana de la iglesia repicó siete veces.

Sentado en un banco de su jardín, Errico Nebbiascura observaba el paisaje: un páramo sin asperezas, predecible y en calma. Éste había sido el pasatiempo de todas sus tardes desde hacía muchos años, cuando aún no se sentía tan fatigado y el tiempo se lo permitía, concediéndole el privilegio de observar sin esperar nada. Observaba y reflexionaba sobre las cosas que ya había hecho y las que le quedaban aún por hacer. Todavía quedaban muchas, especialmente aquella tarde.

La casa se encontraba justo en la cima de la colina, a lo largo de la Fogliara, una calle de tierra batida rodeada de árboles y orientada hacia el sur. Sin obstáculos naturales delante, la mirada podía perderse a lo largo de la llanura y, en los días muy despejados, el horizonte se extendía hasta Tortona y, más allá de la ciudad, se perfilaba vagamente el contorno de las primeras montañas de los Apeninos, que se

alzaban en Liguria. En medio, sólo una gran superficie de terrenos cultivados con maíz y remolacha e interrumpidos por el paulatino flujo del río Tanaro, sinuoso y peligroso como una serpiente.

El pequeño pueblo de Montecastello se alza sobre el punto más alto de las colinas de Alessandria, que se extienden hasta Valenza y Bassignana, llegando incluso hasta el Monferrato. Al observarlo desde la calle que bordea el río, se asemeja a un centinela, con aquella torre solemne y de aspecto toscamente marcial, un vetusto guardián, grande pero inofensivo, abandonado sobre la colina por sus antiguos señores.

Errico estaba sentado tranquilamente, fumándose un cigarrillo que había liado de forma torpe. La vendimia había sido buena y por lo tanto, no tenía demasiados motivos por los que preocuparse. No es que fuese un auténtico campesino, pero sin embargo ahora, a sus setenta y siete años, ocupaba su tiempo cultivando un pequeño viñedo que había heredado de su padre hacía muchos años. En la mano izquierda sostenía un vaso de licor francés a base de anís aguado con tres cubitos de hielo, un vicio que había adquirido hacía muchos años y que había conservado como una afectuosa costumbre.

Errico observaba y esperaba, sumido en su soledad, oculto tras una desaliñada barba blanca, defendiendo tercamente sus recuerdos y dando fe de su fama de hombre extraño. Los pocos paisanos que habían quedado en aquel lugar lo consideraban un bicho raro, aunque también un

poco exótico, al que era difícil comprender e incluso más difícil acercarse.

Errico no había tenido hijos y vivía con su hermana Lucía, que había quedado viuda hacía ya tiempo. Sin embargo, a pesar de su aislamiento voluntario del mundo, de su obstinado deseo de tranquilidad, aún le quedaba trabajo por hacer.

Como cada año en tiempo de vendimia, su sobrina Matilde, hija de su hermana Lucía, venía de Milán para hacerle compañía y ayudarlo en la recolección de la uva. Él aceptaba gustosamente su compañía, aunque a veces se mostraba algo indiferente.

A pesar de que Errico era ya viejo, aún no estaba satisfecho. Quería conducir la existencia hasta el final de sus días sin lamentos ni demasiadas lágrimas.

Aquella tarde Matilde había ido con su madre a hacer la compra y volverían al pueblo en media hora o una hora como máximo. Errico tenía aún tiempo de darse una vuelta por los campos cercanos a la casa, donde yacía el tanque con la uva recién cortada.

Dio el último sorbo al vaso y se levantó del banco lentamente, apoyándose en el bastón que utilizaba para sus paseos. Al fondo del jardín, tras atravesar un claro en medio del seto, comenzaba el camino que conducía hasta su pequeño terreno, el último antes del castillo. Errico caminaba fatigado, llevaba todo el día sintiendo una extraña debilidad y no quería forzar el paso. Cuando apenas había comenzado a subir, se le acercó, dispuesto a acompañarlo,

un gran pastor catalán llamado Olmo que, al igual que él, había llegado a la vejez. Un gran perro, obediente y fiel, aunque conservaba el alma salvaje de un animal de campo. Olmo caminaba delante de su dueño, olisqueando el terreno en busca de olores, sabiendo bien que su paseo terminaría en el lugar de siempre, en la cima de la colina. Tras sobrevivir al derrumbamiento que tiempo atrás había terminado con media montaña, el sendero era la única vía de acceso a los escarpados terrenos situados bajo el castillo, aunque cada año se iba estrechando un poco más, rodeado de zarzas y ramas salvajes. Desde hacía varios años, nadie se ocupaba de cortar las plantas, de modo que el bosque seguía expandiéndose. Antes o después alcanzaría la casa de Errico, aunque a él no le preocupaba, ya que amaba la selva y no tenía ningún miedo a las plantas. Aquel sendero le recordaba su propia vida: un estrecho camino sumido en buena parte en la clandestinidad y el combate, en un intento de oponerse al progresivo e incesante triunfo de la injusticia.

El castillo estaba deshabitado, los que fueron señores en su día habían acabado en la ruina y una empresa de muebles de Turín había comprado toda la propiedad por un módico precio. Como suele pasar, se les había terminado rápidamente el dinero y la reconstrucción apenas había comenzado, de manera que la vieja torre había sido abandonada a su suerte, sobresaliendo por encima de los bastiones recubiertos de malas hierbas, mientras que el resto del edificio se deterioraba, eclipsando progresivamente la antigua grandeza. Errico alzó la vista al

cielo mientras suspiraba. Cuántos recuerdos y cuántas peleas llenas de furia con los señores del castillo, primero los condes, o al menos así se autodenominaban ellos, y posteriormente con aquellos herederos canallas. Canallas por llamarles de alguna forma; al fin y al cabo, eran gente inofensiva, con muchos vicios y pocas virtudes.

De jóvenes, Errico y Antonio, el primogénito de la nueva familia de terratenientes, fueron amigos del alma. Ruggero, el padre de Errico, también trabajaba en las caballerizas de los condes y la familia Nebbiascura siempre había vivido en la última casa del pueblo, que se alzaba en el camino del castillo. Por todo esto, los dos niños tenían que terminar haciéndose amigos a la fuerza. Sus excursiones partían siempre de aquel sendero para dirigirse a las caballerizas y posteriormente a las espeluznantes mazmorras secretas. Los señores, aunque ya no fuesen condes, seguían siendo entonces ricos y poderosos, además de arrogantes. Una arrogancia que mermaría el destino, cuando el cabeza de familia perdió todas sus posesiones en una inoportuna partida de póquer. Eran muy amigos, Antonio y Errico, hasta que este último emprendió un largo viaje.

Errico nunca hablaba de su pasado. Había elegido el silencio y hacía casi cincuenta años que no abría la boca, cincuenta años sumido en un silencio absoluto. Su mutismo y un desconocimiento total de su largo período de exilio no hicieron otra cosa que alimentar los rumores pueblerinos y las fantasiosas leyendas sobre su vida. Probablemente, algunos ancianos del valle fuesen capaces de intuir algún

resquicio de verdad. Aquellos que no hubiesen olvidado los trágicos hechos que sucedieron antes de la guerra, y aquellos, aunque éstos fuesen los menos, que aún supiesen imaginar una historia. Aún así, todos evitaban hacer comentario alguno, era un período inconfesable de su vida. Errico escondía un misterio, unas vivencias trágicas, a juzgar por la expresión de su arrugada cara y de aquellos extraños ojos velados por una profunda melancolía. Aquel ojo derecho, que relucía extraño e indecoroso, siempre había sido como una marca para él, un misterioso presagio de desgracias.

El viejo Errico estaba reservando este secreto para el momento oportuno.

En caso de que llegase algún día.

Conforme el sendero llegaba a su final, el bosque se volvía menos denso. El perro y su dueño se encontraron entonces delante de un claro de terreno cultivado con sumo cuidado, ubicado sobre una pequeña terraza construida varios siglos antes. Ya se habían vendimiado las vides y el mosto de la Barbera esparcía en el aire sus fuertes sabores, los del vino negro, como suele llamarse en aquella región.

Olvidándose por un momento de sus propios achaques, Olmo comenzó a corretear, feliz, alrededor de Errico, que a su vez observaba satisfecho el gran tanque de madera de roble de Croacia, el más valioso para la fermentación, el mismo que, antes que él, utilizó su padre y el padre de su padre. Dio otros cinco o seis pasos y se apoyó sobre la pequeña escalera de madera. El perro ladraba mientras

Errico se disponía a subir los pocos peldaños que lo separaban de la cumbre del tanque.

«Quiero saber si ha cambiado el olor del mosto», pensó mientras subía lentamente la escalera. Aquella fragancia dulce y ácida le había fascinado desde niño, cuando recorría los campos en busca de aventuras e imitaba los gritos e insultos de los campesinos. ¡Diavul!, le gritaban mientras él reía de felicidad con la cara y las manos manchadas de negro, un negro difícil de eliminar, la vieja suciedad de quien, día tras día, trabaja el metal y el fuego, sin dar demasiada importancia a los buenos modales. Perseguido por los furiosos dueños, el pequeño Errico escapaba con su botín: un racimo, una manzana o cualquier cosa que encontrase. Las carcajadas de las mujeres lo escoltaban hasta casa.

Diavul, como su padre y como toda su rebelde familia. Aquellos campesinos no sabían qué actos llegaría a cometer en el futuro el joven Diavul, no podían llegar a imaginárselo.

Ya al octavo día había comenzado la fermentación y dos o tres días después, cuatro como máximo, se hubiera debido proceder con el deslío antes de meter el vino en las barricas. Este período de la vinificación era de suma importancia. Errico lo sabía y, por tanto, acudía todos los días a comprobar que no hubiese imprevistos. Esta vez, había vuelto a vendimiar a mano, cortando cada racimo maduro con unas tijeras de podar o una navaja afilada y prestando atención para no coger las uvas estropeadas o pasas, que podrían alterar la calidad de la Barbera. Los jóvenes amigos

que había contratado Matilde habían trabajado bien, de manera que les había premiado por la labor realizada. Producía casi cuatro mil botellas, todas ellas de gran calidad.

Errico llegó hasta la mitad del tanque y la fermentación parecía seguir por buen camino. Sus aromas suscitaban buenos auspicios y el velo que se había formado en la superficie parecía lo suficientemente denso. Sería un buen vino.

Observando el lento bullir del mosto le asaltó una dulce sensación de agotamiento, o quizás fuese sólo un presentimiento.

Sonrió y sintió un escalofrío que le recorría toda la espina dorsal, sin dolor, casi como un recuerdo de historias y épocas pasadas. Después, el escalofrío desapareció dando lugar a una violenta punzada en el pecho; esta vez sí que sintió dolor, aunque por poco tiempo.

Hizo una mueca y miró por última vez al cielo. Después calló de espaldas dentro del tanque de mosto.

Sus ojos quedaron abiertos de par en par, los brazos estirados; parecía que estuviese bromeando.

Nada más allá de la verdad, ésos eran los últimos instantes de su vida.

Errico Nebbiascura dejaba el mundo con una sonrisa en los labios.

EL HEREDERO

Milán, 9 de octubre de 1984

En realidad, yo no conocía a Errico Nebbiascura, no sabía nada de él. Era el hermano de mi abuela, pero lo habría visto tan sólo un par de veces, cuando yo era pequeño y mi madre me llevaba a su casa en el Piamonte. Aquella casa daba miedo.

El único recuerdo que tengo es que era un hombre extraño y solitario.

No hablaba nunca, era mudo. O al menos, eso pensaba todo el mundo.

Ahora tengo veinticuatro años, me llamo Alessio Slaviero. He nacido, y vivo en Milán.

Vivo solo, ya que hace muchos años que no tengo buena relación con mi madre ni con mi hermana.

Sólo hablamos cuando es necesario.

Nunca me entrometo en los asuntos de los Nebbiascura, no sé nada de ellos.

Hasta ayer, eran para mí sólo una familia de campesinos locos.

Hasta la tarde de ayer, cuando recibí la parta. Una carta enviada desde Alessandria.

La remitía el despacho del notario Antonio Gay, quien me notificaba oficialmente que por voluntad de mi tío abuelo Errico Nebbiascura, era el único heredero de la casa

de Montecastello y las viñas que la rodeaban. También por voluntad suya, transcurrido un año de su muerte, pasaría a poseer todas sus propiedades.

En su misiva, el notario me advertía que abriese el sobre que se adjuntaba en aquella carta, que también pasaba a ser de mi propiedad, como todos los efectos personales de Errico Nebbiascura.

El sobre estaba cerrado con un cordel y lacrado en rojo, como la sangre. Tenía dos letras sobrescritas, aunque bien visibles: mía N y una S.

Rompí el sello de lacre.

Saqué el cuaderno lleno de curiosidad... nada más. No sentí ninguna emoción en particular.

Después, comencé a leer.

Y fue aquel momento el que cambió mi vida.

Querido sobrino:

He escrito estas páginas sólo para ti.

En pleno uso de mis facultades mentales y fortalecido por la voluntad de aquel al que no le queda más camino por delante.

He decidido escribirte para que mi historia no desaparezca para siempre, confusa entre recuerdos sin voz y falsas memorias rurales. Estas páginas conseguirán aquello que no han conseguido las palabras.

Nadie conoce la verdad.

Por mi propia voluntad.

Por mi orgullo.
Por mi dolor infinito.
No se debe romper la cadena.
Con esta esperanza

Errico Nebbiascura

SANGRE VIEJA, SANGRE NUEVA

NACÍ el 5 de mayo de 1906 en Montecastello. Mi padre era herrero.

Se llamaba Ruggero Nebbiascura y fue herrero porque era hijo de herreros. En aquellos tiempos, el oficio se transmitía de padres a hijos.

La fragua está situada en la cima de la colina, en el interior de lo que habían sido en el pasado unas caballerizas y a poca distancia de uno de los cuatro torreones perimetrales del castillo. Mi padre trabajaba tanto para los señores como por cuenta propia, forjando hierro, hojalata y plomo. Era un trabajo duro, pero que él lo hacía de forma metódica y con orgullo, ya que allí nadie podía darle órdenes. En la fragua sólo estaban él y sus herramientas, además del fuego. Aquel fuego radiante que doblega el metal y lo transforma en herramientas de trabajo para el hombre.

La casa se alzaba al lado de la fragua. Era una casa de dos plantas, con seis habitaciones. Cuando nací, a mi madre Serena le hubiese gustado llamarme Giovanni, como su padre y su bisabuelo. Sin embargo, mi padre no atendió a razones y eligió el nombre de Errico, en honor a Errico Malatesta, el anarquista de la provincia de Campania que lideró en su juventud la Banda del Mátese y que posteriormente se unió a la Primera Internacional Obrera, nuestra Internacional. Una gran persona y un gran anarquista. Mi padre siempre presumía de haberlo conocido

hacía años, cuando era revolucionario. Aunque no era verdad. Con el tiempo he aprendido a reconocer las mentiras, especialmente cuando son mentiras inútiles.

Mi padre, Ruggero, era alto y de constitución robusta. Lucía siempre una barba negra larga y encrespada. Los lugareños lo llamaban Diavul, un apodo infausto que nació del hecho de estar todo el día en mitad del fuego, forjando metales. El lugar más adecuado para su carácter de anarquista rebelde: poco sociable, irascible, difícil de domar, dispuesto siempre a arremeter contra los señores.

El padre de mi padre era, simplemente, Bruno. Un gran trabajador, fuerte y honesto, socialista de los de antes. Su mujer, Algisa, era oriunda del valle del Trebia, un lugar situado en los Apeninos de la zona de Piacenza, que discurren hacia Génova. Era alta y delgada; además, según parece, debió ser muy hermosa, con unos ojos clarísimos de color azul turquesa y una piel inmaculada. Era hermosa y al mismo tiempo, extraña. Escondía misterios, hablaba con los animales y sentía cosas. Cosas que no son fáciles de explicar. Podía prever la duración de los inviernos, la llegada de la lluvia o si las cosechas serían buenas. Cuando estaba inquieta, veía el futuro en sueños, linos sueños que no revelaba a nadie. Recogía hierbas en el bosque, las conocía y sabía qué beneficios tenía cada una. Incluso, a veces, escuchaba a los muertos, sin tenerles miedo. Las ancianas del pueblo acudían a pedirle consejo, siempre a espaldas del sacerdote. Para los campesinos, podían explorarse todos los caminos.

Por el contrario, mi madre, Serena, era dulce y menuda, pero tenía dos grandes ojos negros y almendrados. Parecía mora, como aquellas mujeres que se veían en el sur de España. En Alessandria no había muchas mujeres con aquellos ojos: eran mandrogni, para usar un despreciativo muy difundido entre los otros pueblos de la llanura y que derivaba de Mandrogne, un pequeño pueblo lleno de gitanos y maleantes. Se cuentan muchísima historias sobre ese nombre y ese pueblo, todas ellas hermosas: historias de bárbaros, ejércitos nómadas, tropas auxiliares, gitanos y gente cruel, todos de piel oscura. De cualquier modo, es una raza extraña.

Serena era natural de Sarizzola, un pequeño pueblecito escondido tras las colinas de Tortona, también dedicado a la vinicultura y donde se hacía una Barbera áspera y fuerte.

Sus padres eran campesinos, pero ella había estudiado hasta primaria y sabía leer y escribir. Además, también se le daban bien las cuentas. De mis abuelos maternos sé bastante poco, sólo que eran personas sencillas y que trabajaban la tierra.

Los que serían mis futuros padres se conocieron en Alessandria, donde mi madre acudía cada sábado a llevar la fruta de sus cultivos al mercado de la plaza de la Libertad, cuando sólo contaba con diecisiete años. Ruggero, que tenía algún año más que ella, acompañaba a su padre a hacer la compra: patatas, nueces, pimientos, azafrán y todo aquello que no producían en su propio huerto. Además,

aprovechaban para vender vino, la Barbera obtenida en las laderas del castillo.

Desde el primer día que la vio, mi padre se enamoró de aquella muchacha de ojos negros, aquella muchacha alegre que caminaba con su hermana pequeña de la mano cantando La bella Gigogin. De este modo, cada vez que iba al mercado, hacía todo lo posible por ver a Serena, esperándola mañanas enteras, sólo para intercambiar una mirada. El corazón de Ruggero se sobresaltaba y apenas conseguía hablar de la emoción que sentía. Tan grande y robusto como era, no podía sino suscitar ternura.

Se espionaron durante meses, unos meses llenos de suspiros y esperanzas. Hasta que un día de primavera, con tanto viento y aromas en el aire que parecía un prodigio de belleza, mi padre se armó de valor y le habló. A ella le parecía mentira que un hombre tan grande y robusto pudiese ser al mismo tiempo amable y atento. Pasaron semanas y sus encuentros comenzaron a ser cada vez más frecuentes. Así fue como Ruggero empezó a ir a buscarla a su pueblo, aunque de forma furtiva, ya que los padres de mi madre no querían saber nada de aquel muchacho considerado un medio bandido. Mi padre cogía la bicicleta y hacía treinta kilómetros, entre colinas, veredas y senderos de tierra, sólo para estar con ella. Treinta de ida y treinta de vuelta. Cuando lo veía llegar, cansado, sudoroso y sonriente, Serena se sentía feliz como una niña. Esperaba ansiosa que apareciese por el horizonte su cabeza desgredada, contando las horas, los minutos, cada uno de los segundos. La alegría

de su amor resultaba incluso más bella que la de su juventud.

Las primeras veces que estuvieron juntos se quedaron bloqueados por la vergüenza y, para no cometer errores, pasaban el tiempo paseando y contándose tonterías para conocerse mejor. Algo después empezaron tímidamente a darse los primeros besos y finalmente, los sentidos ganaron protagonismo, como siempre ocurre a los veinte años, no hay tiempo de esperar. Sin embargo, eran muy jóvenes y, como solía pasar muchas veces, y creo que sigue pasando hoy en día, tras pasar una soleada tarde intercambiándose caricias en los campos, mi padre entró en el vientre de mi madre con demasiado ímpetu. Para no armar un escándalo, se vieron obligados a casarse, aún cuando mi madre luciese una barriga tan grande como un balón de heno. Fueron necesarias infinitas palabras para convencer a Ruggero de que se casase por la Iglesia, también amenazas, patadas en el culo y pescozones. Tuvieron que intervenir tanto ambas familias como los amigos de él, todos ellos socialistas sin Dios, pero por lo menos con un poco de sentido común, cualidad de la que mi padre carecía completamente. Finalmente consiguieron arrastrarlo hasta delante del cura, aquel rollizo y falso ladrón. Se casaron deprisa y corriendo en la pequeña iglesia del pueblo y posteriormente, Serena se vino a vivir a Montecastello, diciendo adiós para siempre a las redondeadas colinas de Sarizzola.

Al mes siguiente murió mi abuelo paterno, satisfecho de haber encontrado una compañera para aquel hijo rebelde

que le había salido. Se fue de un día para otro, víctima de un ataque desconocido, aunque ya era viejo. Poco después murió también mi abuela, a la que no le debía quedar ninguna gana de quedarse en el mundo sin su marido. Se fue a la cama y no se levantó más, ya había hecho todo lo que tenía que hacer.

Los dos recién casados comenzaron su nueva vida en la casa situada debajo del castillo, los dos solos, aunque por poco tiempo.

Continuamente nace y muere gente y, el primer hijo en venir al mundo, como queriendo ocupar el lugar de mis abuelos, fui yo. El primero de la nueva generación de los Nebbiascura, que no obstante, nació con un rasgo extraño.

Mi llegada estuvo marcada súbitamente por la peculiaridad. Es cierto que era un niño bueno y sano, me parecía a mi madre en la piel oscura y también tenía sus ojos almendrados de gitano. Dos ojos, como todos los demás niños... solo que uno de ellos era marrón oscuro y el otro... el otro ojo, el derecho, gris claro. Al menos al principio, ya que a la edad de un año había adquirido ya un tono lila, para pasar a ser totalmente violeta cuando todavía no sabía hablar correctamente.

Siempre fui el niño del ojo violeta, una distinción, aunque también un estigma, un presagio de desgracias. En el valle, todos me conocían y muchos me señalaban con el dedo: el hijo del Diavul, el del ojo violeta. La rareza es prima hermana del maleficio, así que hay que prestar atención.

Tras dos años nació mi hermana Lucía, que afortunadamente tenía unos ojos preciosos y, lo más importante, ambos del mismo color marrón oscuro. Esa vez, el nombre de la pequeña lo eligió mi madre. Transcurridos otros dos años, llegó mi hermano pequeño Francesco. En unos cuantos años, los Nebbiascura habían renovado su dinastía completamente, la sangre nueva reemplazaba la vieja.

Recuerdo perfectamente el rostro de mi madre durante aquellos primeros años de infancia, su mirada llena de comprensión, sus dos ojos dulces, profundos como el fondo de un pozo. Serena era una muchacha seria y trabajadora, en el pueblo todos se preguntaban cómo podía convivir con mi padre. Sin embargo, estos comentarios sólo eran fruto de la envidia, ya que en el fondo, Ruggero era un buen hombre aun cuando pareciese un bandido. Mis padres estaban hechos el uno para el otro, siempre se quisieron, sin incertidumbres, con un gran respeto. El respeto es algo muy importante, ya que te proporciona una referencia para comprender la diferencia entre el bien y el mal.

Cuando yo era pequeño, aún vivían en el castillo los condes, antes de que su familia se extinguiese por falta de herederos. El conde era un viejo gruñón y testarudo, aunque en su juventud, según parecía, había sido un libertino aficionado a las mujeres y los licores. No estaba hecho para la vida en el campo, demasiado monótona y aburrida; él prefería la ciudad, un ambiente mundano y lleno de atractivos vicios. Durante los últimos años del siglo había

vivido en Milán, en un elegante apartamento al lado del parque Sempione. Frecuentaba las altas esferas, se codeaba con los burgueses y las grandes damas depravadas, siempre dispuestas a acompañar a artistas y hombres de mundo amantes de la soledad. Se paseaba por los tugurios de Porta Cica y del Bottonuto junto a los poetas: se autodenominaban scapigliati, jóvenes estudiantes y revolucionarios de las palabras. También él, un provinciano seducido por la fascinación de la noche, intentaba escribir relatos, aforismos y poesías, un pasatiempo inocuo, aunque típico de aquellos que pueden permitirse el no trabajar. Después, a principios del nuevo siglo, terminó todo, no hubo más poetas ni más bellas damas. Con la vejez volvió al pueblo y enfermó de tuberculosis, sin nadie dispuesto a cuidar de él. Murió míseramente, solo y rodeado de todo su dinero, en los amplios y fríos salones del castillo. Su única hija, que perdió a su madre antes de tiempo debido a una repentina fuga amorosa hacía algunos años, se casó con Alberto Gay, un joven algo estúpido y corto de mente, un rico burgués de ciudad con varias empresas y muchos dependientes. Como era previsible, a los pocos días de la muerte del conde, llegaron los nuevos señores; parecía que hubiesen estado esperando ese momento ansiosamente. Eran gente soberbia, nuevos ricos, cargados de arrogancia y faltos de cerebro.

Sin embargo, el viejo libertino les había reservado una buena jugada antes de marcharse del mundo. Pocos días antes de dar su último aliento y sin dar ninguna explicación a

nadie, le había donado a mi padre la casa en la que vivíamos, dejando a todo el pueblo con la boca abierta. Quizás lo hizo como un signo de respeto, o quizás por agradecimiento, aunque igual sólo fue para dar un disgusto a su única hija, que le había dejado ir apagándose en soledad. Nunca sabremos la verdad.

Los señores Gay montaron en cólera. No era nada de qué maravillarse: una modesta casa con un pequeño terreno justo en mitad de su inmensa propiedad. Pero precisamente a aquel hombre, al Diavul, un maldito subversivo con fama de guarro, que encima era anarquista y había sido arrestado en las revueltas de Milán de 1898, cuando aquel criminal del general Bava Beccaris disparó contra la multitud, asesinando a centenares de obreros y gente del pueblo. Los carabinieri lo capturaron tras la ruptura de las barricadas alzadas en la calle Volta, enviándolo directamente al calabozo y fichándolo como subversivo. Sólo un mes después, misteriosamente, le liberaron y volvió al pueblo, cortando por lo sano con cualquier militancia activa. Sin embargo, en Montecastello, todo el pueblo sabía que había estado en prisión, como también lo sabían los carabinieri de Bassignana, que no tenían intención de perdonárselo. Por su parte, Ruggero ignoraba completamente a los nuevos propietarios, había comprendido de qué pasta estaban hechos. En años anteriores, cuando vivía el viejo conde, tenían riñas continuamente, aunque siempre teniendo presente la relación que les unía. A pesar de las malas formas, el viejo apreciaba la sinceridad del herrero

revolucionario y los Nebbiascura habían sido leales empleados de la familia durante decenas de años, trabajando el hierro y ocupándose de los caballos. Al fin y al cabo, el conde era un romántico, un hombre del siglo pasado, mientras que el nuevo señor era un alfeñique, un individuo inseguro, violento y mezquino que no veía con buenos ojos la independencia y el coraje de Ruggero Nebbiascura. Por lo tanto, siempre existieron conflictos, pequeños desaires y continuas amenazas, pero llevados hasta consecuencias extremas.

Yo personalmente no me preocupaba de estas disputas y tuve una infancia feliz y despreocupada. Mis padres tenían demasiado trabajo como para estar pendientes de lo que hacía, así que me pasaba el día correteando por los campos con Antonio, el primogénito de los señores. Era un buen chico, alto y robusto, con los ojos azules y una melena castaña clara siempre bien peinada. A él no le apreciaban demasiado en el pueblo, los señores no suelen ser vistos con buenos ojos, y yo era el hijo del Diavul, el nieto de la bruja, el niño del ojo violeta. Por una cosa o por otra, éramos distintos al resto de los niños, estábamos destinados a emprender una sincera amistad juvenil, independientemente de las clases sociales y de todo aquello que se nos inculca posteriormente. Sólo veíamos juegos y risas. Nos buscábamos a todas horas del día, aunque también nos hacíamos daño, peleándonos continuamente, a puñetazos, patadas, pedradas o bastonazos. Como juego o con maldad, o simplemente para pasar el tiempo. Siempre

llegaba a casa lleno de moretones, al igual que Antonio; aunque ya se sabe que los moretones de un rico tienen más importancia que los de un pobre, por lo que a veces, el propio señor en persona bajaba hasta nuestra casa gritando y amenazando con internarme en un reformatorio. Naturalmente, mi padre no se dejaba intimidar y agarraba rápidamente un garrote.

—No ose hablar de prisiones delante mía —gritaba, mientras el hacendado, aterrorizado, intentaba calmarlo.

—¡No se atreva a hablar de prisiones delante mía, señorito! —repetía, intimidando verdaderamente por la rabia con la que escupía cada palabra.

Mirándolo bien, su rostro era terrible, la cara se le encendía mientras gritaba soltando todos los insultos del cielo y de la tierra. Al señor el miedo le ganaba la batalla, de modo que tenía que intervenir el hacendado para calmarlo. Cuando un hombre se encuentra sólo delante de la furia de otro hombre, dejan de existir siervos y señores y ya sólo se piensa en salvar el pellejo. En parte también, porque un garrotazo bien dado puede resultar mortal, y no era un hecho tan insólito que los campesinos se enzarzaran a bastonazos por tonterías. Aunque de todos modos, mi padre no era de los que se metían en peleas sin motivo y a pesar de las continuas luchas, nunca cambiaba nada. Para poder estar conmigo, Antonio se escapaba por las ventanas de la cocina, donde su vieja cocinera no tenía tiempo, ni ganas, de controlarlo. Nuestro juego favorito consistía en explorar las mazmorras, ya que bajo el castillo aún se conservaban las

celdas y los calabozos de la antigua estirpe nobiliaria. En una de las salas todavía se podían encontrar los mohosos instrumentos de tortura, hierros curvados colocados sobre bancos de leña, piedras amoladeras, cuerdas, ganchos, garfios y hierros de marcar inutilizados desde hacía siglos. Nos recorriamos los calabozos imaginando historias llenas de peligro y hermosura; era una aventura mágica. Sin embargo, cuando llegábamos a la cripta familiar, los héroes y los caballeros de fantasía desaparecían de repente para dejar su lugar a los feroces rostros de los condes sepultados allí abajo. Rostros de hombres toscos, bisnietos de antepasados bárbaros expertos en armas y en crueldad, recompensados por el rey de turno por su fidelidad y la violencia demostrada en la batalla. Antonio parecía aún más asustado que yo, porque al fin y al cabo, era su gente, su antigua sangre, mientras que mis antepasados trabajaban todo el día sin tener tiempo para disertar sobre sus muertos. A veces me pasaba el día haciéndoles compañía en la fragua, llena de calor y humo, donde el Diavul picaba, pulía y moldeaba el metal. Era el mejor herrero de los pueblos de los alrededores, de modo que no le faltaba trabajo para dar de comer dignamente a toda la familia. Me encantaba dar vueltas por el almacén, porque siempre estaba lleno de objetos misteriosos: herraduras de caballo, herramientas para el campo, arados, incluso espadas, viejos sables que le dejaban para afilarlos, puñales... armas que yo observaba admirado mientras imaginaba una infinidad de escenas caballerescas.

Cosas que tienen los niños.

Mi padre nunca había estudiado, pero tampoco era ningún estúpido, ya que estaba dotado de forma natural de aquella inteligencia práctica propia de los campesinos que nunca han trabajado la tierra. Sabía hacer muchísimas cosas utilizando lo que él llamaba el método experimental, un método que exponía delante de los amigos cada vez que quería darse importancia. Le gustaban las bicicletas, que en aquellos tiempos estaban consideradas aún como objetos que cargaba el diablo, y cuando tenía algún rato libre, se dedicaba a estudiar sus mecanismos. Una vez que pudo comprender sus artilugios, fue bastante fácil aprender a repararlos, de modo que se convirtió en uno de los pocos entre las colinas de Alessandria que sabía hacerlo. Sin embargo, aunque él mismo tenía una, no la usaba demasiado a menudo; no porque estuviese contra el progreso, nada más lejos de la realidad, era anarquista, y por tanto, un humanista que confiaba en la ciencia y en la condición de progreso del ser humano. Además, estaba convencido de que a largo plazo, los inventos y la tecnología contribuirían al bienestar del pueblo. Menos trabajo y más pan para todos. La realidad era que, desde que murió el abuelo, prefería ir a caballo, montando a su amado Gaetano, un gordo caballo rodado llamado así en honor al compañero Bresci, un justiciero de cabezas coronadas. El perro, un gordo bastardo más malo que la peste y más listo que el hambre, se llamaba Mikel, en memoria de Mijaíl Bakunin y

cerrando así el círculo de la santa trinidad libertaria, junto con mi propio tributo personal a Errico Malatesta.

Ruggero era un hombre de hábitos, de modo que, prácticamente todas las tardes después de cenar, montaba a Gaetano y recorría el viejo camino de tierra a través de las colinas para ir a Pietra Marazzi, el pueblo de al lado.

Allí, en Pietra Marazzi, estaba la SOMS, la Società Operaia di Mutuo Soccorso¹, fundada unos cuantos años antes por su viejo amigo Iván Cruciani, compañero anarquista en sus luchas políticas juveniles, convertido al socialismo para perseguir con más fuerza el sueño revolucionario de manera más organizada. La SOMS era una asociación espontánea de campesinos y obreros consagrada al bienestar del pueblo. Ayudaba a mantener a aquellos sin trabajo, organizaba huelgas e impartía también cursos gratuitos para aprender a leer y a escribir, porque un pueblo que no sabe las cosas, que no comprende cuáles son sus derechos, es un pueblo al que los patrones les resulta fácil engañar. En la provincia del Piamonte existían muchas SOMS en esos años, y aún más en Emilia y en Liguria. Naturalmente, también tendrían que existir miles de anarquistas; al menos, eso pensaba el compañero Cruciani que, tras dejar atrás su juventud y su militancia anarquista, como muchos otros libertarios, se había afiliado al Partido Socialista italiano donde, gracias a su inteligencia y a su notable sagacidad, se había convertido rápidamente en un miembro destacado, conocido en toda la provincia. Además, Da Costa había adquirido un gusto excéntrico y le encantaba

llevar un sombrero de paja blanca y ala ancha, paseándose con un bastón parecido al de un obispo. Cruciani era tan extravagante, que había querido añadir la categoría de los artistas al eslogan original que lucía sobre el portal de la SOMS, obreros y campesinos unidos en la lucha, todo esto porque, según él, el arte y la cultura eran tan importantes como el trabajo para construir el socialismo en la tierra.

Por el contrario, a Ruggero los artistas le daban lo mismo, e iba a la SOMS para tomarse algo y hablar de política. Sin embargo, cuando se bebe, y en la SOMS se empinaba el codo muchísimo, no se deberían entablar ciertas conversaciones. A fuerza de copas de vino, los hombres se vuelven demasiado estúpidos y sinceros, con lo que los ánimos suelen encenderse fácilmente. La mayoría de las noches se desencadenaban discusiones y broncas, pudiéndose escucharse los gritos de mi padre hasta el final de la campaña.

—Sois peor que los burgueses —gritaba mientras escupía el vino.

—Habéis vendido el culo a los patrones por dos diputados.

Al menos Cruciani tenía paciencia, sin contar que quería muchísimo a Ruggero. De este modo, siempre daba por terminadas las peleas del mismo modo.

—Todos somos compañeros, no es entre nosotros con quien tenemos que luchar. Pensad en los patrones, en los sargentos o en los carabinieri y veréis cómo me dais la razón —repetía siempre.

Tenía su parte de razón, aunque quizás simplificase un poco la situación. Las heridas de la Primera Internacional no cicatrizaban fácilmente, incluso cuando las discusiones se remontaban a hechos ocurridos hacía casi cincuenta años, unos acontecimientos que ninguno de los presentes siquiera habían vivido. Después seguían bebiendo un rato más y mi padre volvía a casa bastante contento, aunque era un hombre fuerte y no se emborrachaba fácilmente, por lo tanto al día siguiente siempre podía trabajar. Esto era también porque eran años buenos para los trabajadores: en Alessandria, el Partido Socialista crecía continuamente y en la campiña, las federaciones de campesinos se estaban organizando, despertando un gran temor en los patrones, que veían por primera vez cómo se ponían en duda sus derechos de propiedad sobre la tierra. Y luego estaban también los obreros, sobre todo los del sector textil. En la fábrica de sombreros Borsalino, casi todos estaban afiliados al sindicato. El luminoso sol del porvenir parecía estar al alcance de la mano.

Yo era un crío y no entendía de asuntos políticos. Mi madre me veía crecer como todas las madres, era cariñosa y protectora, porque era muy fácil enfermar y morir, una desgracia que recayó sobre mi hermano pequeño, Francesco. Murió de pulmonía a finales de un invierno frío e interminable, rodeado de las lágrimas de mis padres, de mi abatimiento y de la vergonzosa impotencia del médico que había acudido desde Alessandria. En la campiña, la muerte proyecta constantemente su sombra, forma parte de las

cosas cotidianas y no resulta tan fácil esquivarla. Las vacas mueren para alimentarnos, los cerdos mueren por este mismo motivo, mueren los perros, mueren los caballos, mueren incluso los gatos... todos mucho antes de lo que a uno le gustaría. Y también mueren las personas, continuamente, por una herida mal curada, por una enfermedad, de soledad o de soportar demasiado dolor.

Enterramos el pequeño cuerpo de Francesco en el cementerio de Montecastello, junto a sus abuelos, que no habían llegado a conocerlo. A veces, cuando nos aburríamos mucho, Antonio y yo íbamos a visitarlo. Antonio bromeaba, creyéndose inmortal, como siempre les ocurre a los niños. También yo reía, como ríen los tontos, sin comprender qué tienen delante.

Por el contrario, cuando hacía buen tiempo íbamos al río, que en aquellos años era un lugar muy bonito y no la comente fétida en la que se ha convertido ahora. Mi madre no quería que nos bañásemos, por tanto, nos tumbábamos en la arena metiendo los pies en la orilla y observando el fluir eterno del agua, que cuando no llovía era casi verde. Había que tener mucho cuidado. El Tanaro es uno de esos ríos traidores que, tras pocos metros de playa fangosa, se volvía profundo de repente y traía una fuerte corriente que, por menos de nada, te arrastraba río abajo. Cada verano, y a veces más de una vez, había hombres, mujeres y sobre todo niños que se veían arrastrados, se cansaban, tragaban agua y terminaban no saliendo más a la superficie, nadie los volvía a ver. Los que mueren ahogados no vuelven, siguen la

corriente del Tanaro hasta llegar al Po, a Bassignana y posteriormente, a través de toda la llanura, quizás hasta el mar.

El peligro era fuente de desgracias y el Tanaro estaba lleno de sorpresas. El monte era denso y oscuro como una selva y los terrenos por los que discurría, hostiles. Nadie se arriesgaba a cultivarlos porque aquel río inestable se desbordaba todos los años. Bordeando la orilla se podían encontrar animales de todo tipo: ratas del tamaño de un perro, liebres, zorros, faisanes, comadreja, nutrias y grandes lagartijas de distintos colores. Además, daba cobijo a pájaros exóticos y, sobre todo, hombres extraños: pescadores con la piel quemada por el sol, barcas, cazadores, delincuentes buscando negocios fáciles... balas perdidas, como los llamaba mi padre. Una extravagante humanidad, mucho más diversa que la del pueblo, compuesta por aburridos campesinos que no hacían otra cosa que trabajar. Todos los veranos, dos viejos de Alessandria ocupaban una choza de madera y preparaban comidas que vendían, justamente, a los balas perdidas. Resultaban excéntricos y huraños a partes iguales, pero llevaban espuelas llenas de comida: embutido de Mandrogne, boquerones en vinagre, pan con queso y botes llenos de cebollas rojas en aceite que parecían salidos de la marmita de una bruja. Todos los días hervían huevos para comerlos junto con chanquetes fritos o a la parrilla. No querían que los niños estuviésemos merodeando, les molestábamos o quizás les perturbásemos, aunque a mí sí

me cogieron simpatía gracias a mi ojo violeta, que a aquellos dos locos les parecía algo valiosísimo, un completo privilegio. Me regalaban lonchas de salchichón y a veces, al caer la noche, me preguntaban si podía escuchar la voz del río. Yo no sabía qué responder, pero la verdad es que sí oía aquella voz, una voz seductora que, a escondidas, me hacía soñar.

Eran días interminables. En las calurosas tardes, Antonio y yo nos quedábamos allí sentados, mientras comíamos en la arena, observando los bosques de la otra orilla del río. Como nunca habíamos ido, para nosotros era un lugar misterioso y encantado. La única forma de pasar a la otra parte era cogiendo el trasbordador que salía de Pavone, pero estaba demasiado lejos y no teníamos dinero para hacerlo. Por lo tanto, la curiosidad siempre estuvo ahí como una enfermedad latente, porque los niños no podíamos imaginar qué habría en la otra orilla: casas no había y, mirando a lo alto, desde la colina del castillo o incluso desde la vieja torre, sólo podían verse árboles espesos y zarzas. Los campesinos decían que hasta hacía pocos años, se veían por allí merodeando manadas de lobos. Yo nunca los he visto, ni siquiera los he oído y, con los años, he aprendido a no confiar en la añoranza de los campesinos. Ellos siempre recuerdan una época mejor: con más cultivos, animales más fértiles o con menos máquinas para trabajar la tierra sin sudor... una época en la que los hombres eran hombres y todas esas tonterías estaban hechas para espíritus débiles. Los hombres son siempre iguales, sin embargo, la vida

cambia continuamente, al igual que cambian las necesidades. El resto no cuenta.

Antonio y yo nunca pensábamos en el futuro, el presente nos bastaba. Un aumento del caudal del río era más que suficiente para despertar cualquier fantasía. Las crecidas ofrecen una verdadera concepción del tiempo y de la urgencia de vivir, ya que la potencia del agua es algo muy práctico e inmediato. Cuando termina, te encuentras de nuevo allí, observando atónito el mundo y la naturaleza destrozados, todo destruido pero albergando una vida en su interior que no ve la hora de aflorar de nuevo, que anhela volver a crecer. Basta con esperar un segundo y la tierra vuelve a su posición original, siguiendo un ciclo aparentemente eterno. ¿Por qué íbamos a preocuparnos entonces por lo que sucederá después?

Éramos muy jóvenes, llenos de ansias de vivir, de saborear cada momento.

Desconocido e irrepetible.

LA GRAN GUERRA

MI infancia terminó muy pronto.

Apenas había cumplido ocho años. Incluso un tonto se habría dado cuenta de que las cosas en el pueblo no iban demasiado bien; algo había cambiado.

Flotaba en el aire un ambiente extraño, miserable y lleno de desconfianza, los campesinos estaban todos muy nerviosos y a la mínima se desencadenaban luchas y peleas. Mi padre siempre estaba de mal humor e incluso por la noche, durante la cena, seguía hablando de guerra.

Yo no entendía nada, todavía era demasiado pequeño, pero desde hacía ya algún tiempo Ruggero repetía nombres, siempre los mismos: herederos al trono asesinados, la Triple Alianza, Serbia, la Mano Negra, austríacos de mierda, intervencionismo, socialdemócratas alemanes y compañeros traidores.

Siempre se repetía la misma historia, terminábamos de comer y él seguía sentado a la mesa bebiendo vino. Después atacaba con la guerra: gritaba, insultaba, maldecía a todos los santos del calendario y mandaba a tomar por el culo a cada cristiano que le pasaba por la cabeza. Menos mal que estaba mi madre para calmarlo. Pobre mujer... qué paciencia debía tener a veces con aquel hombre al lado. Era un tormento y una cruz, de eso no había duda. No obstante, a pesar de las furiosas sesiones vespertinas de Ruggero, a mí seguía sin quedarme nada claro todo ese asunto de la guerra.

En realidad, no tenía demasiado misterio. En Oriente, un estudiante serbio llamado Gavrilo Princip había matado a tiros al sobrino del emperador austríaco y, según he podido aprender a lo largo de mi vida, la sangre derramada siempre provoca más derramamientos de sangre. Mi padre parecía alegrarse de la muerte de ese tal Francisco Fernando, las coronas nunca le habían gustado. Pero naturalmente, le preocupaba todo lo demás. Según él, los perjudicados seríamos nosotros, las guerras nunca traen nada bueno para el pueblo, los patrones se enriquecen mientras la gente cae en la más absoluta miseria y los jóvenes se enfrentan a la muerte aún sin saber por qué.

—Yo tengo suerte —decía— de que no me quieran ni muerto en el frente. De todos modos, ¡lo juro por Dios, que no habría ido ni a la fuerza! ¡Antes me habría escondido en las montañas a esperarlos con la escopeta cargada, como los bandoleros, lo juro por Dios! ¿Y sabes por qué, Errico? Porque esta vez la guerra será dura y larga, una guerra con muchos muertos... pero no quiero hablar más de esta guerra de mierda.

Después, cuando venía Iván de visita, es cuando mi padre se acaloraba de verdad. Leían el periódico que traía su amigo y comentaban cosas de esta nueva guerra insensata. En Francia llevaban ya varios meses combatiendo y, aunque los soldados morían a millares, ningún bando tomaba la delantera, los ejércitos no avanzaban y los caídos se repartían a partes iguales. La muerte se llevaba a los pobres desgraciados de todas las naciones, como ha pasado

siempre. Mi padre me dijo que era por las trincheras, túneles excavados en la tierra, como los canales de los campos de cultivo, las acequias de la Lomellina, esas mismas acequias que no tenemos en nuestra zona porque no hay llanuras. En estas trincheras, los soldados se pasaban escondidos todo el día, padeciendo el frío, la humedad y las enfermedades, recluidos incluso durante las noches, ya que era justo en las horas sin luz cuando se libraban las peores batallas. No había alternativa: quien ataca frontalmente una trinchera muere acribillado por la ametralladora, sin ninguna escapatoria. Los soldados que no caían de inmediato podían morir al día siguiente, en otra carga, o quizás volasen sobre una mina, cogiesen una pulmonía o una disentería. Y a los que se negasen a atacar, los procesaban y los fusilaban por traidores. Todo esto me contaba mi padre.

Bonita labor.

Pronto llegaría también nuestra hora. Italia también quería formar parte de este gran atracón de sangre para resolver algunos de sus problemas con la Austria de Francisco José, aquel viejo conflicto de las ciudades y regiones austríacas que habían sido nuestras desde la época de los antiguos romanos y donde la gente hablaba italiano y era, en todos los sentidos, italiana. Por lo menos, según nos decía mi maestro, que todos los días nos contaba en el colegio lo importante y heroico que resultaba el compromiso de nuestro Ejército. Mi padre, para variar, decía que eso no era más que una sarta de mentiras, también en parte porque el maestro era un conocido mentiroso, un hombrecillo

modesto, pequeño y enjuto siempre presto a gritar a los críos. Por el contrario, según mi padre, debíamos ignorar las palabras de los patrones y de sus servidores, categoría a la que se adscribía, sin duda, el maestro.

Los hombres del pueblo se preparaban para partir. Los primeros fueron los muchachos que entraban en quintas, veinteañeros que aún no habían vivido ni mucho menos amado, a los que se enviaba a las trincheras de la Camia y el Trentino. Unos lugares lejanos que ni sabíamos dónde estaban, aunque en territorio italiano, o al menos, deberían estarlo. Por nuestra parte, a mí entender, y comprendo que también a Antonio, dos niños de pueblo, la guerra nos estimulaba la fantasía y nos ofrecía nuevos modelos para imaginar nuestros juegos. Los enemigos eran los austríacos, aquellos que se habían opuesto a una Italia unida. Eso nos había dicho en el colegio el maestro embustero y, para nuestros juegos, nos venía bien, aunque en casa todo adquiriría otro matiz. Al fin y al cabo, era muy fácil quedar bien con el maestro gracias a su adorada patria, aunque mi padre esa palabra no quería ni oírla.

—Los hombres somos todos iguales —decía—, vivamos en Italia o en Alemania. Y los compañeros debemos mantenemos unidos, boicotear la industria armamentística, bloquear los transportes por ferrocarril y preparar una huelga general contra esta guerra de mierda y contra todos los patrones que se llenan los bolsillos gracias al derramamiento de sangre.

Realmente, eran bonitas palabras, mi padre era un santo; incluso los africanos eran iguales a nosotros para él. Los negros, aquellos a quien nuestro adorado Ejército exterminaba en Libia para construir el imperio.

Recuerdo que cuando partieron los soldados de Alessandria, todo el pueblo acudió a saludarlos: las madres deshechas en lágrimas y los ciudadanos curiosos, nerviosos ante tanta novedad. La partida hacia el frente se convertía en una especie de farsa, una procesión laica de pobres diablos condenados a muerte. Al verlos no parecían exactamente unos guerreros extraordinarios. Aldo seguía siendo el hijo del panadero, un muchachote grande y gordo, no demasiado listo, que me daba collejas cuando robaba las hogazas calientes. Y Luigi seguía siendo un jornalero huérfano y medio tonto que les enseñaba la picha a los niños más pequeños. Estaban allí con su fusil, el macuto y unos ojos empañados de miedo observando a la gente que les saludaba. Aquellos no eran soldados, pero partirían de todos modos; también se iban chicos de los pueblos cercanos y de la ciudad. De un día para otro se registró una auténtica despoblación, ya no se veía ningún joven por las calles ni en los campos, aparte de algún que otro hijo de familia rica. Sólo quedábamos los niños para recordar a los viejos que no serían los últimos de su raza.

A los ocho años, mi ojo derecho se había vuelto violeta oscuro. Descubría a mi padre observarme con una mezcla de curiosidad y orgullo porque, según él y compartiendo el parecer de los viejos de las chabolas, aquello era una buena

señal, una prueba de que su hijo no era como el resto de los niños. Entonces decidió que ya me había llegado la hora de conocer algo de mundo y para reflejar este importante cambio, algunas tardes me llevaría a la SOMS. Estoy seguro de que la decisión de Ruggero supuso una gran satisfacción para sus amigos ya que, cuando yo estaba presente, estaba más tranquilo y se exaltaba menos. Esto sin contar que formaban una banda de exaltados y, tras el estallido de la guerra, las discusiones se habían vuelto más intransigentes y peligrosas. Iván tenía que sudar la gota gorda para calmar los ánimos, ya que muchos hablaban abiertamente de la Revolución.

La primera vez que oí aquella palabra, tuvo en mí un efecto sobrecogedor.

Fue como un repique de trompetas, un redoble de tambores, una carga a caballo. Con sólo pronunciarla, las miradas se llenaban de furia, los pechos se hinchaban y las voces ganaban profundidad; después cantaban todos juntos sosteniendo el puño cerrado en alto. A mí esto me parecía algo aún más heroico que las aventuras vividas en los calabozos del castillo, algo más auténtico e inmediato, porque estaba pasando en aquel lugar y en aquel momento, no era una simple fantasía de niño. Sin embargo, debía hacer verdaderos esfuerzos por comprender quién era el enemigo, ya que en la SOMS la patria dejaba de existir como por ensalmo y los enemigos dejaban de ser los austríacos para ser los patrones, una raza que a mí me resultaba prácticamente desconocida. Estaba bien de todos modos,

alguien los encontraría en el combate que abriría el camino de la Revolución.

En la SOMS nunca se ponían de acuerdo sobre ningún asunto. Estaban aquellos que querían terminar rápidamente con los patrones para recobrar lo robado, o sea, el fruto de su trabajo. Era fácil decirlo, sólo que, tras todas las palabras lanzadas al viento y agotado el coraje de la embriaguez, a la mañana siguiente, con los efectos de la borrachera aún en la cabeza, volvían siempre a los campos o a los talleres a trabajar como bestias. Después estaban los que preferían esperar, seguros de que llegaría el momento adecuado, como decía Karl Marx, un hombre que llevaba muerto mucho tiempo pero al que seguían citando y respetando. Allí todos sabían quién era e incluso algunos, muy pocos en realidad, también habían leído sus obras. Yo me limitaba a observar una fotografía suya que colgaba en la pared de la SOMS y, por aquel entonces, me parecía un hombre muy sabio, con una larga barba blanca y la cabeza un poco desgreñada. A mi padre, por el contrario, no le gustaba demasiado este tal Marx; según él no era un hombre de fiar, era un calculador. Mi padre siempre tenía un pero para todo. Por último, había un grupo, aunque afortunadamente eran los menos, que decían estar satisfechos con la guerra, ya que la guerra aumenta las contradicciones, trae hambre al pueblo, decían, y un pueblo hambriento es más revolucionario. Estaba dispuesto a todo.

—Tanto peor, tanto mejor —decían.

Y gracias, pensaba yo, qué bonito descubrimiento, pero, ¿no se debería intentar que todos estuviésemos mejor? Con estos es con los que mi padre estaba menos de acuerdo, con los que discutía todas las noches. Según él, las guerras no debían existir y punto, la única vía era la deserción en masa. Todos a casa, sin ninguna duda.

Aquellas noches vividas en la SOMS me encantaban; al fin y al cabo, era sólo un chiquillo. Todos me consentían y brindaban en honor a mi ojo que, según ellos, recordaba al color de la uva Barbera. Inmerso en humo de cigarros y olor a vino, mi cabeza se llenaba de pensamientos heroicos e imaginaba historias maravillosas, llenas de aventuras. Tal vez que comandaba un grupo de compañeros —entre ellos se llamaban así— y combatíamos contra los esbirros de los patrones.

La fantasía me guiaba, siempre ha sido así, incluso de más grande, y a fuerza de imaginar las cosas, acaban sucediendo realmente. Pero entonces aún no podía saberlo, no podía saber que en nombre de la Revolución viviría los mejores años de mi vida.

*

En vísperas del segundo año de guerra aún no había cambiado nada. Italianos y austríacos seguían encajados en los Alpes orientales batallando a cañonazos a una docena de kilómetros, siempre los mismos. Unas ofensivas continuas que no llevaban a nada. Los soldados morían como moscas víctimas de las balas, del frío y de nuevas armas letales como la iperita y otros gases tóxicos que se esparcían

abundantemente en las trincheras de ambos bandos. Pero esto a los niños no nos lo contaban, la guerra debía seguir siendo siempre una hazaña bonita, justa y heroica, una palestra inundada de valor y amor patriótico. El amor por la patria era lo más importante.

El maestro y aquellos como él seguían contando mentiras.

O al menos lo hicieron hasta el momento en que volvieron a casa muchos muchachos del pueblo, en un ataúd. Luigi no volvería a enseñar su miembro a nadie, agitándolo y sonriendo como un retrasado. Le habían matado al pie del monte San Michele, con un único golpe de maza en la cabeza, mientras desfallecía en el fango de la trinchera rodeado de centenares de desgraciados, impotente y cansado, aturdido aún a causa del gas. Aldo, el hijo del panadero, dejaría de perseguirme para siempre. Había perdido la pierna derecha a causa de una mina en los alrededores de Gorizia. De vuelta a casa, se paseaba medio alhelado por las calles del pueblo, no había peor tormento que mirar los ojos de su padre mientras le acompañaba a la iglesia para pedir una gracia que nunca llegaría. Las gracias nunca llegan.

Con su vuelta a casa se les había agotado el tiempo de las patrañas.

Había terminado para todos: para el maestro, para mi padre, para Iván, para nuestros estúpidos paisanos... sólo quedaba la desesperación y el llanto de los padres, que no

sabían nada. A sus muertos sólo les quedaba, dolor y resignación.

Sin embargo, con guerra o sin ella, a los niños se nos pasaba el tiempo igual y la vida, de alguna manera, seguía. Cuando cumplí nueve años, al salir de la escuela tenía que acudir un rato a la fragua para aprender el oficio. No eran trabajos duros pero mi padre quería que comprendiese qué significaba trabajar, así que observaba en silencio y hacía los recados. No tenía muchas más alternativas, ya que Antonio estaba aislado desde que su padre había contratado a una nueva institutriz mucho más severa, de modo que ya no conseguía escapar del castillo tan fácilmente como antes. Apartado de mi único amigo, me pasaba las tardes esperando ver a Ángela, la hija de Alfio, el carpintero, un buen trabajador y una buena persona, uno de los pocos del pueblo que a veces se paraba a hablar con mi padre. Montecastello era una circunscripción administrada por el sacerdote, de modo que no había socialistas que instigaran al pueblo, excepto uno. El pueblo parecía vivir en el siglo pasado, cuando los patrones hacían lo que les parecía sin temer las consecuencias. El viejo cura era un tipo gordo e indecente. Administraba en nombre de la curia diocesana la 'mayor parte de los viñedos cultivados en las colinas, concedidos en régimen de aparcería, mientras que una serie interminable de granjas y bosques de castaños eran de propiedad directa. Todo aquel que necesitase trabajo, un préstamo o una casa, debía preguntarle a él, pasando previamente la selección de su ama de llaves, una

desagradable cuarentona coja aunque aun así atractiva, de la que muchos decían que era su amante secreta. Y quizás fuese cierto, ya que todo el mundo sabe que el hábito no hace al monje. De todos modos, yo odiaba a aquel párroco falso y holgazán. Algunas noches especialmente oscuras y lluviosas bajaba a la iglesia a tirar piedras contra las ventanas de la sacristía y, cuando conseguía escaparse, también venía Antonio, ya que su padre odiaba al cura tanto como yo. Sus disputas se remontaban a los orígenes del pueblo y eran referentes a ciertos terrenos cuya propiedad siempre se habían disputado los condes y la curia diocesana y que ahora, el nuevo señor, que se caracterizaba por su codicia y estupidez, quería recuperar a costa de enemistarse con el obispo.

Cosas de ricos. Yo simplemente quería romper los cristales.

Pasaban los meses, la guerra no terminaba y yo seguía pensando en la Revolución. Pero no sólo en eso, porque los días de un niño se nutren de todo aquello que ve y que toca y los deseos evolucionan con el transcurso de las estaciones, con tanta rapidez e ímpetu que casi ni te das cuenta. Cuando terminaba mis tareas en la fragua, pasaba gran parte de mi tiempo pensando en Ángela, en sus ojos claros y en su rostro inteligente. Vivía en una casa de dos plantas idéntica a la nuestra situada sobre el taller del padre, en el centro del pueblo. Tenía más o menos mi misma edad, aunque parecía mayor, ya que estaba mucho más espabilada que yo. Durante las largas tardes de verano vagábamos por la

campiña como dos animalillos salvajes, nos perseguíamos por la orilla del río ensuciándonos de barro o íbamos a cazar lagartijas y pequeñas culebras. Hacía calor, así que estábamos siempre medio desnudos, yo con los calzones cortos y ella con una ligera falda para poder meter las piernas en el agua cuando el calor ganaba intensidad. Ángela era hija única y nunca había tenido confianza con ningún hermano, así que era curiosa, como todas las chicas. Quería saber cómo era un chico íntegramente, qué tenía entre las piernas. Es cierto que, observando a todos los animales que había en el pueblo, bien podía haberse hecho ya una idea. Por ejemplo, los mulos tenían un miembro del tamaño de un bastón, aunque el pene de una persona era una historia totalmente distinta.

Antes o después tenía que suceder. Una noche de julio, allá en el río, rendidos ante el cansancio después de haber pasado una tarde entera jugando, me convertí en el primer objetivo de su curiosidad. Estábamos descansando a la sombra de un inmenso árbol, solos ella y yo, como siempre. De repente se puso de pie y me miró con una sonrisa maliciosa y tentadora que no le había visto antes, se acercó a pocos centímetros de mi cara y me pidió que le diese un beso en la mejilla. Yo no comprendía nada. Después, con una media sonrisa, me pidió que me bajase los calzoncillos... sus dos ojos verdes habrían convencido hasta a un ladrón. De repente me asaltó una enorme vergüenza, me quedé allí inmóvil, alelado, y de buena gana habría salido corriendo para casa, sin pararme y sin mirar atrás. Pero estaba claro

que no podía decirle que no, al fin y al cabo, yo era el chico y ella la chica, así que me armé de valor y me bajé los calzoncillos, quedándome completamente desnudo a la orilla del río. Ella se agachó y acercó su rostro tranquilamente, observando mi pequeño pene como si estuviese realizando un análisis científico.

—¿Puedo tocarlo? —me preguntó muy seria.

Yo, aterrorizado, asentí sin mover los labios.

De forma muy delicada lo cogió entre sus manos.

—Parece un gusano —añadió algo desilusionada.

Después lo estiró como si fuese una goma elástica y sentí cómo aumentaba su tamaño.

—¿Qué pasa? —me preguntó asombrada.

—No sé —respondí, sintiendo cómo me sonrojaba—, a veces pasa, cuando lo froto.

Desde aquel día pasó siempre que ella me lo rozaba, y yo aprendí a tocar su extraña vulva aún sin bello. Aquel pasaría a ser nuestro juego favorito durante muchos años más.

EL SUEÑO

EL año 1917, año de gracia y de mierda, se presentó de repente, lleno de auspicios nefastos. Faltaba mano de obra para trabajar bien los campos, cada vez llegaban menos mercancías a las ciudades y las noticias de la guerra se caracterizaban por su monotonía.

La tragedia era monótona.

Seguían muriendo europeos provenientes de todas las naciones y habían empezado a caer también los soldados americanos, que tantas esperanzas en el final del conflicto habían suscitado. Por desgracia, los americanos combatían en Francia, no en Italia, y el Ejército Regio, como lo llamaba mi maestro, no avanzaba ni un milímetro en el frente oriental. Por si todas estas desgracias fuesen pocas, a esto se sumó el Tanaro. Ese maldito río inundó los campos con una furia que no se veía desde hacía decenas de años, arruinando gran parte de la cosecha de maíz.

Las desgracias nunca vienen solas.

Pero en aquellos años, todo sucedía sin que nadie pudiese preverlo. No había pausa, siempre persiguiendo a la Historia, a más no poder, sin ser conscientes de los momentos vividos. Acababa de comenzar el siglo xx y seguía sorprendiéndonos. Nosotros, una pobre gente rural, estábamos allí en aquel momento, cuando sucedió todo, sin comprender nada, sin hacer demasiadas preguntas, sufriendo pasivamente las decisiones ajenas.

Una ilusión que no duraría mucho. El siglo de las multitudes furiosas pretendía pedimos que participásemos en su descabellada carrera, sin excluir a nadie, de una forma o de otra. Ni una sola alma hubiese podido echarse atrás; sólo contaba el presente, en cualquier sitio y en todo momento.

De repente, el destino de la guerra se vio alterado con la llegada de una noticia sensacional: en Rusia, nuestra aliada contra los alemanes, ¡había triunfado la Revolución socialista! Primero habían fusilado a los zares y después a los burgueses más importantes, y el gran Estado ruso había quedado bajo el gobierno del Partido Bolchevique, instrumento de las masas socialistas, tal como nos enseñaba Iván Cruciani. Fue una noticia extraordinaria, sólo el pensarlo daba escalofríos, era un prodigio. Todos aquellos años hablando de la Revolución, de aquel acontecimiento mítico, aquella palabra utópica... y llegan cuatro socialistas de ojos almendrados y transforman esa palabra mágica en realidad: la sacan del diccionario para escribirla en la Historia. Sin rendir cuentas a nadie, determinados e implacables, antes que los alemanes marxistas, que los italianos e incluso que los franceses, que tantas revoluciones habían protagonizado.

Recuerdo a Iván con el periódico en la mano gritando en la puerta de casa.

Reía como un loco, saltando por el camino de tierra.

—Dentro de poco llegará también nuestro tumo, herrero incrédulo —le gritaba Cruciani a mi padre—. Ven aquí,

demonio, vamos a celebrarlo, si no lo hacemos ahora, no lo haremos nunca.

Mi padre sentía una enorme alegría de ver a su amigo «altar como un niño; sin embargo, su inconsciente aún no se lo creía. Para él era la enésima mentira de la propaganda burguesa. Tuvo que convencerse a la fuerza cuando los bolcheviques firmaron un armisticio por separado con los imperios centrales y Rusia se retiró de la guerra.

—¡Cabrón! Los auténticos socialistas no intervienen en guerras imperialistas —afirmaba bien alto Iván mientras mi padre lo atravesaba con la mirada porque no terminaba de fiarse de los periódicos.

Era la historia de siempre: Ruggero seguía maldiciendo aquella estúpida masacre que para nosotros, los italianos, seguía empeorando, visto que los austríacos ya no tenían que temer al Ejército del zar. El viejo herrero tenía razón: aún no había pasado ni un mes cuando sus insultos se convirtieron en injurias al conocerse la derrota de Caporetto. La ofensiva austríaca había roto el frente con violencia y los soldados italianos se batían en una angustiosa retirada hacia la llanura. El Ejército Regio se asemejaba a una desbandada. Finalmente, mi maestro guardaba silencio mientras albergaba los primeros temores de que Italia pudiese perder la guerra. Y no sólo él, todos estábamos convencidos de que los austríacos llegarían hasta Montecastello, nos obligarían a trabajar para ellos, a hablar alemán y a renunciar para siempre a nuestra bandera tricolor.

Pero esto no ocurrió nunca. Atrincherados a orillas del río Piave, los soldados italianos resistieron heroicamente y, viendo esfumarse la victoria cuando parecía estar al alcance de la mano, los austríacos se desmoralizaron. Además, como pontificaba Iván casi todas las noches, el Imperio Austrohúngaro tenía sus propios conflictos internos con los croatas, eslovenos, húngaros y bosnios reivindicando su independencia del imperio. De todos modos, como nadie hubiese podido prever, ni siquiera el maestro, la contraofensiva italiana fue terrible, nuestras divisiones hubiesen podido llegar hasta Viena si los austríacos no se hubiesen rendido. Mientras tanto, en Europa central, los franceses y sus aliados angloamericanos vencían definitivamente a los alemanes.

De golpe terminó la guerra e Italia estaba en el bando vencedor.

Se organizaron grandes celebraciones y parecía que de repente todos los italianos se hubiesen empapado de un espíritu patriótico, algo que irritaba muchísimo a mi padre, seguro de que a partir de entonces las cosas no harían más que empeorar. A él no le gustaba demasiado la bandera italiana y, sinceramente, en esa época se veían bastantes. Eran muchos también los que pensaban que la victoria en esta guerra podría cambiar las cosas para el pueblo, un pueblo que ya estaba listo para asumir otro resultado.

En la plaza de Montecastello, que en realidad no era más que un ensanche, se erigió un monumento en memoria de los caídos, una gran estela funeraria de mármol blanco con

los nombres y apellidos de los muchachos masacrados en el frente esculpidos. De veintiuno, volvieron seis, algunos con profundas mutilaciones y otros con la expresión fija de quien ha visto morir a demasiada gente; Montecastello se había convertido en un pueblo de viejos. Casi todos los días, Ángela y yo íbamos a jugar a los bancos que había frente al monumento y, cuando estábamos cansados, leíamos los nombres de los caídos, repitiéndolos en voz alta y sin pausas, como una cadena, un conjuro que nos protegiese del mísero destino y de la guerra canalla. Sin embargo, cuando pasaba algún anciano del pueblo, uno cualquiera sin distinción, enmudecíamos de inmediato, haciendo como si cazásemos lagartijas. Los ancianos nunca entienden nada, te miran con rencor, rezumando toda su envidia por la juventud que estás viviendo, pensando que tienen razón cuando sueltan sus tonterías; todos dicen lo mismo. Según lo que he podido aprender, la mayoría de los ancianos no tiene ni experiencia ni sabiduría. Naturalmente, mi padre no quería que fuésemos a jugar al monumento, ya que para él era un símbolo de ignorancia y opresión, así que los jóvenes, y sobre todo yo que era su hijo, no debíamos repetir infinitamente los mismos errores que cometieron nuestros padres, así como aquellos que les precedieron. La verdad estaba delante de nuestros ojos, justo en aquel gran bloque de mármol lleno de nombres: los muchachos habían muerto y estaban bajo tierra, y sin embargo, el Estado los consideraba héroes en lugar de pobres desgraciados enviados a una masacre.

Aquella noche soñé con mi abuela, cosa que nunca antes me había pasado.

Ella me habló del cielo y de la tierra, de lo que se ve y de lo que permanece oculto. Me dijo que no tuviese miedo, que viviría una vida extraña y que experimentaría la alegría y el dolor.

Me habló de mi gran amor y también de las tinieblas que envolverían mi vida.

Ese momento estaba a punto de llegar.

*

Al cumplir los once años dejé de ir a la escuela, ya que tenía que trabajar en la fragua para aprender seriamente el oficio; nada de pequeños encargos y labores ligeras, sino comenzar a batir el hierro y a hacer todo lo que hacen los auténticos herreros, inmerso en temperaturas que abrasan la piel. Puede ser un trabajo muy duro, de hecho, mi madre se opuso en un primer momento, aunque no fue demasiado difícil convencerla. Una vez que se hubo difuminado el entusiasmo por la victoria y la multitud de voces que se jactaban de su amor a la patria, el final de la guerra dejó a Italia sumida en la más completa miseria. No había tiempo de estudiar, también yo debía ayudar a mantener a la familia, con más motivo cuando la fragua me gustaba, aunque lo que me entusiasmaba verdaderamente era el fuego, su fuerza.

Mi peculiar ojo brillaba reflejando el fuego de la fragua, conservando ese brillo el resto del día como si las llamas le diesen más intensidad al color. Transcurrido poco tiempo, los campesinos comenzaron a llamarme Diavul también a mí; era lo más fácil, y la simplicidad es un don de los que trabajan en el campo.

Todo esto sucedía mientras a millones de kilómetros de distancia, la Revolución en Rusia resistía a una nueva guerra civil.

—El ejemplo bolchevique no puede pasar inadvertido —decía Cruciani cada vez más exaltado. Desde que terminó la guerra, venía casi todas las noches a casa para hablar con mi padre de la Revolución. Habían recobrado toda la amistad que les había unido veinte años antes, cuando iban organizando motines por toda Italia. Les unía la esperanza de la Revolución, en aquellos meses tumultuosos, la Historia parecía estar buscando el camino correcto. Según Cruciani, los bolcheviques habían demostrado que se podía vencer a la burguesía y, por tanto, ya no podían volver a contarnos que nuestras ideas eran sólo utopías, estúpidos sueños que nunca se harían realidad.

Ruggero lo escuchaba, unas veces exaltado y otras reflexivo, y aunque le hubiese encantado dejarse contagiar por el entusiasmo de su amigo, no compartía sus esperanzas revolucionarias. A pesar de ser también un cabeza loca, mi padre se habla percatado de que en Italia se estaba condensando un clima tenso, un gran casino en realidad, y había aprendido que en los casinos, todo puede suceder.

Todas las noches compartían impresiones entre los dos y yo escuchaba sin perderme ni una palabra. A fuerza de escuchar sus discursos, comprendí un montón de cosas. Los socialistas, que en las elecciones de 1919 habían conseguido una gran cantidad de votos, seguían dividiéndose, indecisos entre apostar por la Revolución o no, y los pocos anarquistas que quedaban habían dejado de poner bombas y asesinar a reyes, se les consideraba una raza antigua extinguida en la Historia. No obstante, seguían celebrando la vuelta a la patria tras un largo exilio de su antiguo líder, Errico Malatesta, que desembarcó en Génova ante una gran multitud de obreros y entre el sonido de las sirenas de las naves amarradas en el puerto. Una vez conoció la noticia, mi padre recuperó esa exaltación juvenil y volvió a discutir con los socialistas de la SOMS, ya que según él, con Malatesta en Italia, también los anarquistas podrían levantar cabeza y mandar al diablo a Turati, Bissolati y compañía, aquella banda de reformistas burgueses. Y también yo, que me llamaba Errico como el gran Malatesta, me deleitaba con aquel reflejo de fama tan bonita como fugaz.

Toda Italia quedó a merced de la agitación, sobre todo en el norte, donde se localizaban las grandes empresas industriales. En Turín, Antonio Gramsci, que según Cruciani era un joven socialista muy inteligente, capitaneaba la ocupación de las fábricas, suscitando nuevas esperanzas entre los obreros socialistas. Finalmente se convenció incluso mi padre, que hasta ahora había permanecido bastante escéptico sobre la posibilidad real de que Italia

protagonizase una Revolución. En casa se respiraba un ambiente más distendido y Cruciani siempre estaba dispuesto a contarnos las novedades de la política nacional.

Poco después supimos que fue precisamente este chico, Gramsci, junto con otros compañeros, quienes decidieron fundar el Partido Comunista, convencidos de que el antiguo Partido Socialista no seguía apoyando verdaderamente la causa de la Revolución. De repente, en la SOMS se formaron dos facciones: la primera, con Cruciani al frente, se mantuvo fiel a los socialistas mientras que la segunda, en un número bastante inferior, se afilió al nuevo partido.

Sin embargo, en aquellos tiempos se emprendía la carrera hacia el futuro con una fuerza desesperada, de modo que todo podía cambiar en el transcurso de pocos meses. Antes de abrir y cerrar los ojos, otro socialista, un tal Benito Mussolini, que hasta hacía pocos años parecía uno de los más exaltados defensores de la Revolución sin reservas, se tomó la molestia, y sin duda también el gusto, de fundar en Milán una rencorosa plantilla formada por criminales y ex combatientes, a los que denominó Fascios de Combate. Estos fascistas, realmente, no tenían nada de socialistas y se llenaban la boca de patria y pueblo, intentando hacerse pasar por antiburgueses y revolucionarios. Y vaya un tipo de revolucionarios... además de jugar al billar y frecuentar burdeles, pasaban el tiempo captando obreros y huelguistas, pagados, armados y protegidos por el patrón, empresario o terrateniente de turno, que se había llevado un buen susto

con la ocupación de las fábricas y el nacimiento de las leyes socialistas de los braceros.

Los fascistas... nos la habían pegado como a unos primos, deberíamos habernos dado cuenta antes de lo que eran realmente esos canallas. Pero, ¿quién se podía imaginar que de un mes a otro estaría todo lleno de aquellos enterradores? Y muy pronto empezaron a verse incluso en nuestra colina, siempre en grupos, minuciosos, vestidos de negro luciendo calaveras y otros objetos macabros. Al principio, los compañeros los observaban sonriendo, no habían comprendido nada ya que, mientras sonreían, la guerra ya había comenzado. Una guerra que acabaríamos perdiendo. Los fascistas desfilaban, cantaban, decían tonterías, hacían estúpidas paradas... resultaban ridículos y redundantes, pero ya atacaban y agredían. Con el apoyo de los patrones incendiaban las sedes sindicalistas, asesinaban a los compañeros a golpe de puñal o disparándoles a quemarropa, ya que tenían revólveres.

Entre ellos había muchos ex oficiales del Ejército que habían vuelto del frente con más rabia que nunca, acostumbrados a la violencia, sin trabajo y sabiendo utilizar las bombas de mano; con esto, cada día se convertía en un boletín de guerra. También hay que decir que los socialistas no se quedaron de brazos cruzados, así que los encontronazos entre facciones contrarias eran habituales. Sin embargo los trabajadores, tras años de gran gallardía, no estaban acostumbrados a enfrentarse a un enemigo tan violento y determinado.

Un enemigo que no tenía escrúpulos a la hora de asesinar, ni temor a la de asaltar los bastiones de sus oponentes, algo muy distinto a la Revolución.

Es inútil añadir que las pocas veces que intervenían los carabinieri y la Guardia Regia, lo hacían para arrestar sólo a nuestros socialistas, a los que buscaban las vueltas desde hacía años para rendir cuentas definitivamente. Además, muchas veces esta banda de esbirros colaboraba con los fascistas, al amparo de las leyes y la justicia burguesas. Durante aquellos turbulentos meses comprendí que nunca debería fiarme de los hombres de uniforme, que en todos los países y en todas las épocas, no sirven nunca a los intereses de la gente pobre.

Sólo fui consciente de la verdadera gravedad de la situación cuando, una noche, mi padre me llevó aparte tras la cena.

—Errico —me dijo con voz firme—, tú sabes quién es Benito Mussolini, ¿verdad?

Asentí.

—Bien, entonces sabrás también que es el líder de los fascistas.

Lo sabía.

—Pero además, debes recordar que Mussolini ha sido un gran socialista, un verdadero compañero.

No llegaba a comprender adonde quería llegar.

—Un compañero de verdad, te digo, no uno de esos balas perdidas que no hacen nada en la vida; incluso era amigo del gran Errico Malatesta, a quien debes tu nombre.

Bueno... no me voy a extender demasiado, el padre de Mussolini era herrero.

Me miró con un gesto de verdadera amargura en el rostro. Yo allí, de pie, no sabía qué contestar, así que permanecí inmóvil esperando a que continuase.

—Herrero, te digo, como tu padre y como tu abuelo, un hombre de pueblo, un trabajador que se ganaba el pan con el sudor de su frente, día tras día. Y espero que aquel pobre hombre, el padre de Mussolini, esté ya muerto y bajo tierra, porque el dolor de ver a un hijo volverse un criminal y un siervo de los patrones no se lo deseo a nadie.

Asentí de nuevo.

—¿Entiendes, Errico? Las malas hierbas nacen en todos sitios, incluso entre aquellos que crees que están de tu parte, que deberían compartir tus intereses... no lo olvides nunca, hijo.

—Está bien, papá.

Y me fui, seguro de haber comprendido el mensaje.

Pero como las desgracias no vienen nunca solas, aquel invierno sufrimos también la española, una gripe como nunca antes se había visto. Los enfermos morían, a miles, contribuyendo a alargar la lista de lutos de cada familia.

Yo no enfermé; todo lo contrario, crecía fuerte y sano.

El Tanaro seguía invadiendo los campos, se segaba el grano, se cortaba la uva y los huertos continuaron dando los mismos frutos. En el campo, la vida seguía como siempre, aparte de algún exaltado que se dejaba ver por el pueblo con el fusil de bandolera y la camisa negra.

Y mientras León Trotsky avanzaba triunfal hacia Polonia con su Ejército Rojo, yo perdía la virginidad entre los delicados brazos de Ángela.

Tenía trece años.

La vida me parecía hermosísima.

DANZA DE SANGRE

AGREDIERON a mi padre.

Solo, mientras volvía de la SOMS una noche de primavera. Una decena de fascistas le tendieron una emboscada en la calle detrás del cementerio y volaron las patadas, los puñetazos y los bastonazos en la cabeza. Aquellos bastardos hijos de puta le golpearon sin piedad y no tuvieron suficiente con eso. Le introdujeron un gran embudo en la boca y le echaron por la garganta una botella entera de aceite de ricino. Tirado en el suelo, medio desmayado, después de pocos minutos mi padre estaba ya cagándose encima. El caballo escapó aterrorizado por los campos y Ruggero volvió a casa cojeando, lleno de sangre y de mierda.

No era la primera vez que pasaba. Desde hacía varios meses los batallones de matones fascistas se ensañaban con los compañeros en todos sitios, mediante emboscadas y expediciones punitivas. Tras años de gran valor, en los campos los campesinos habían comenzado de nuevo a agachar la cabeza y bajar la mirada; tenían miedo.

Mi padre no sabía, ni mucho menos, qué era el miedo y, sin pensar en las consecuencias, había imprecado muchas veces a los fascistas del pueblo, en voz alta, para que todos pudiesen oírlo, mirándoles directamente a los ojos. Al final, aquellos cuatro cabrones se lo habían hecho pagar.

Sin embargo, Ruggero dijo que en el grupo que le había tendido la emboscada no había caras conocidas. Todos eran

extranjeros, contratados para dar una lección ejemplar al anarquista imprudente. Fascistas de ciudad, probablemente, porque nadie de Montecastello hubiese tenido el valor necesario para enfrentarse a mi padre. Ni siquiera Tony, un muchacho que nunca había estado tan exaltado como cuando volvió de la guerra, sin trabajo y con demasiada violencia en el cuerpo. El necio había sido el primero en afiliarse al Partido Fascista, convirtiéndose de repente en el líder de un grupo cada vez más numeroso de camaradas. Mucha gente se alineó pronto a su lado: jóvenes burgueses, delincuentes e inadaptados, pero también gente pobre, ilusos atraídos por la propaganda patriótica que exaltaba la joven y ardiente nación italiana ganadora de la guerra.

Mi madre limpió y medicó a mi padre con la dulzura que sólo otorga la devoción. Ruggero lloraba de rabia e insultaba a Dios y al mundo entero... nunca le había visto llorar. Sufría como una bestia herida, impotente y furiosa.

Desde aquel momento cambiaron muchas cosas para mí. Ruggero era mi guía, mi ejemplo, no concebía que también él pudiese ser vulnerable, que pudiese sufrir y llorar de rabia.

Ningún hijo debería ver nunca llorar a su padre.

Mi madre me dijo que fuese a avisar a Iván. Presa de una rabia feroz, cogí la bicicleta camino a la SOMS e hice una larga carrera. Cuando llegué, Cruciani estaba sentado a la mesa bebiendo y en cuanto entré en la sala con el rostro encendido comprendió que algo pasaba.

—¿Qué ha pasado, Enico? —me preguntó sin preámbulos.

—Los fascistas han dado una paliza a papá.

Al oír la frase, todos se levantaron de sus asientos.

—¿Está bien?

—Le han hecho bastante daño, con mazas y bastones, pero afortunadamente no le han dado ninguna cuchillada. Ya ha dejado de sangrar.

—¿Dónde ha sido?

—Detrás del cementerio, debajo del castillo.

—¡Vamos! —dijo Iván, volviéndose a todos los compañeros de la SOMS.

La noticia se corrió rápidamente de boca en boca, los que estaban ya acostados se levantaron, los otros se armaron con podaderas, hoces y bastones. Cruciani y otros socialistas cogieron sus revólveres y en pocos minutos más de treinta hombres estaban en la calle camino al castillo, socialistas y comunistas juntos. Con la agitación de aquellos candentes momentos, nadie reparó en mí; iba a la zaga, cerrando la columna de hombres y empuñando con fuerza el mango de una azada que había encontrado en el patio de la SOMS. Era una sensación que nunca podré olvidar, la lisa madera en contacto con la piel y mi firme voluntad de venganza... esa sería la primera vez que me decanté por la lucha, la primera de una larga serie de ocasiones. Salí a la calle dispuesto a combatir, para vengar a mi padre, para desfogar el odio que sentía contra los fascistas y para demostrar a todo el mundo que ya era un hombre. Pero salí sobre todo porque nunca había conseguido permanecer alejado del peligro, de los imprevistos, de las elecciones

estúpidas, del riesgo, del formidable y magnífico palpar de la vida.

Nuestra caza no tuvo presas, aunque si les hubiésemos cogido, hubieran llovido los muertos, algo habitual en aquellos años. Sin embargo, no pudimos seguirles el rastro a esos fascistas, era como si se los hubiese tragado la tierra. La hipótesis de Cruciani era que los asaltantes habían llegado a Alessandria en coche y por tanto, habían desaparecido rápidamente gracias a esto. Se veían pocos automóviles en aquellos tiempos, sobre todo en la ciudad, en el campo era raro encontrar alguno. Los fascistas fueron los primeros en usarlos, comprándolos con el dinero de los terratenientes y de los ricos comerciantes burgueses. Era cierto que con un coche era más fácil dar una paliza y fugarse al abrigo de la oscuridad de la noche; sin embargo, Cruciani no estaba en lo cierto. Algunos días después, Antonio me confesó que, mientras nosotros rastreábamos los campos, la banda de matones se refugiaban en la tranquilidad del castillo, brindando, a unos cuantos metros del lugar del asalto. En realidad, el bellaco de su padre estuvo entre los primeros que se afiliaron al Partido Fascista, como la mayoría de comerciantes de Alessandria.

El enemigo siempre está más cerca de lo que se sospecha.

El señor era un fascista, el farmacéutico de Valle San Bartolomeo era un fascista y el cura de Montecastello también era fascista, aunque no lo gritase a los cuatro vientos y se limitase a financiar el Partido. Incluso el

propietario de la fábrica de embutidos era fascista, aunque en parte también porque así esperaba pagar menos a sus dependientes, que querían quitarle hasta el pellejo. El mundo que conocía, por mucho que pudiese limitarse a la vida del pueblo y poco más, estaba dando un giro de ciento ochenta grados y no alcanzaba a comprender el porqué. En pocos meses había cambiado todo y nadie, ni siquiera Iván, hablaba ya de la Revolución. Además, parecía que en Italia sólo podíamos resistir, esperando la improbable llegada de tiempos mejores.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué había sido del sol del porvenir, de la Rusia de los bolcheviques? ¿Dónde estaba Antonio Gramsci? Preguntárselo ahora casi provoca risas, habíamos perdido y sin damos cuenta, estábamos ya casi derrotados. Los fascistas eran la nueva fuerza, cada vez más numerosos, más arrogantes y mejor organizados militarmente. Burgueses y liberales, con trabajo y sin él, todos vestidos de negro, todos dispuestos a empuñar las porras. De repente, a éstos se unieron los estudiantes nacionalistas y, posteriormente, el resto de conservadores: una gran mayoría de cobardes que pronto hacían cola para engrosar la creciente marea negra. Una dolorosa herida que sigue sangrando, porque el fascismo pasó muy pronto a ser un fenómeno popular y muy pronto acogió también a muchos ex anarquistas y socialistas, seducidos por el falso ardor revolucionario de Mussolini y desilusionados por el fracaso del Bienio Rojo. Los engañaron a todos, fingiendo no darse cuenta.

Tras pocos meses, las esperanzas revolucionarias quedaron encerradas en el baúl de los recuerdos mientras Italia era devastada por una guerra civil, en la que cada día caían nuevas víctimas. Se saqueaban las sedes del partido, de los sindicatos y de los periódicos socialistas sin que se opusiera prácticamente resistencia. Los batallones de acción fascistas, los peores de todo, a bordo de los camiones Fiat 18 heredados de la guerra y armados con revólveres y bombas de mano, no encontraban a muchos compañeros con valor para oponerles resistencia. Todos los días en la SOMS, Cruciani nos contaba cuántos socialistas habían sido asesinados: en Alessandria, Casale, en Lollina, allá en Cueno, en Liguria. En aquellos tiempos, los fascistas actuaban como un auténtico grupo armado y, sobre todo en los campos, habían esclavizado a los campesinos bajo el eterno yugo de los terratenientes, que suponía un acto de explotación y de abusos.

En ese momento, yo me limitaba a escuchar sin miedo. A pesar de que sabía que pronto llegaría también mi turno, me estaba preparando para combatir.

Aún no sabía dónde ni cuándo, pero era consciente de que ése era mi destino.

Se iban quemando etapas y no había más tregua.

*

En septiembre de 1921, Iván Cruciani, socialista, ex anarquista y hombre audaz con multitud de dotes, ganó de forma triunfal las elecciones a alcalde de Pietra Marazzi. En realidad, esta elección no fue un acto aislado, ya que los

ayuntamientos de muchos pueblos del norte de Italia quedaron bajo control socialista, para pesar de los fascistas, aunque también de liberales y populares. Sin embargo, en la zona oriental de Alessandria, Cruciani fue el único que superó a sus opositores.

Fue un acontecimiento auténticamente memorable, al igual que lo fueron las celebraciones en la SOMS, que se prolongaron durante casi tres días, ofreciendo bebidas y comida gratuitas por cortesía del Partido. Lo habían votado incluso los comunistas, porque, aunque está bien estar divididos en lo que respecta a la política nacional y pelearse por quién es el más revolucionario, nadie quería dejar escapar la oportunidad de gobernar en casa. Y con mucha más razón habiendo miles de fascistas rondando.

Así fue como, mientras las escuadras fascistas encadenaban Italia, en Pietra Marazzi gobernaban los socialistas con Iván Cruciani a la cabeza. Es verdad que la situación no era de las mejores que podían vivirse, sin embargo, todos pensaban ingenuamente que aquella histeria negra se desvanecería pronto, encauzada gracias a los tranquilizadores horizontes de la política burguesa. Aunque, mirándola bien, de tranquilizante no tenía nada. No obstante, a veces los hombres se equivocan, escribiendo la Historia con sus errores, para bien o para mal.

Mientras tanto, en medio de todo este trasiego político, yo me estaba transformando en hombre, un hombre grande y fuerte como mi padre, aunque afortunadamente, con un carácter más dócil, heredado probablemente de la dulzura

natural de mi madre. El mundo que me rodeaba cambiaba cada día más, sin que yo me percatase prácticamente de la diferencia, tan impregnado de la pasión por la vida como estaba. Los encuentros clandestinos con Ángela eran lo único importante. Contaba los minutos que faltaban para fundimos en abrazos y, antes de dormirme, aspiraba con fuerza mi grueso jersey de lana, buscando algún rastro de su olor. Si me hubiesen dado algo más de tiempo para seguir de aquel modo, seguro que la habría dejado embarazada. Su padre, Alfio, quizás empezaba a sospechar algo, ya que las pocas veces que nos cruzábamos, murmuraba y me miraba con ojos llenos de sospecha. Sin embargo, no tenía el valor de enfrentarse a mí. Por el contrario, Ruggero no sospechaba nada, ya que estaba demasiado ocupado con otros asuntos de, según él, mayor seriedad.

Afrontamos las fiestas de agosto con una gran ilusión por disfrutar del despreocupado ambiente festivo. Antonio y yo esperábamos ansiosos la noche de los bailes, que según la tradición, se celebraría en la plaza de la iglesia de Pietra Marazzi. Sin embargo, antes había que salir airoso de la gran cena popular, una gran comilona repleta de embutidos, salchichas y raviolis de carne con estofado de buey, todo regado con tal cantidad de vino de Barbera, tan joven y agradable, que siempre acabábamos todos borrachos incluso antes de comenzar la comida. Aquella noche, había decidido ser prudente ya que, por fin, me había decidido a hablar con el padre de Ángela: de nosotros, nuestras citas, nuestro amor, nuestro destino y nuestro deseo de contraer

matrimonio en el futuro. También Antonio tenía sus propios pensamientos galantes porque, desde hacía varios meses, no hacía otra cosa que andar detrás de Paola, una guapa chica de dieciséis años de buena familia, hija del propietario de la carnicería de Montecastello. Con más razón entonces, ya que mi amigo se había librado del control familiar al que estaba sometido normalmente, su madre se había ido a la costa con sus hermanas y su padre había desistido de vigilarlo.

Sin el control de su esposa, aquel pequeño hombre había juzgado apropiado comenzar a jugar a las cartas, un juego peligroso, un vicio que inexorablemente guía a los hombres sin vicios hacia el abismo. Al principio, él y sus amigos fascistas se reunían en las salas con chimenea del castillo para beber licores y jugar al billar, en una hermosa mesa de madera de primera calidad que le acababan de traer de Turín. Después, para combatir el aburrimiento y la monotonía, comenzaron a adoptar la costumbre de jugar una partida de cartas a media noche y, poco tiempo después, a jugarse dinero. Apostaban al póquer, un juego importado de Estados Unidos que yo desconocía completamente, pero que obtuvo una rápida aceptación en ciertos círculos burgueses. Antonio, escondido, espiaba el transcurso de estas partidas y, aunque no comprendía totalmente las reglas, estaba seguro de que su padre perdía siempre, ya que protestaba continuamente y el día siguiente a las partidas estaba siempre de un humor de perros. Sus nervios de pequeño mezquino no estaban acostumbrados a

un juego como aquel, donde, según comprendí yo, era más importante fingir que se tenía una buena mano sin alterarse que intimidarse por las cartas que pudiesen tener los demás.

Al igual que todos los años, las fiestas de agosto atrajeron a mucha gente, incluyendo vecinos de los pueblos cercanos. Sobre todo socialistas ansiosos por conocer el famoso ayuntamiento rojo de Pietra Marazzi, que para los compañeros representaba una especie de sueño hecho realidad. Había comida abundante y de calidad y, además, para amenizar la velada, Cruciani había llamado a los Cantuma Lisandria, una orquesta dirigida por un viejo compañero anarquista convertido a la música hacía algún tiempo, cuando comenzó a evaporarse el entusiasmo revolucionario.

A pesar de nuestros buenos propósitos, a las nueve de la noche, Antonio y yo estábamos ya medio borrachos —en ciertas ocasiones es mejor estar un poco alegre para tener más valor y que resulte más fácil hablar de los asuntos del corazón—. Hacía buena noche, algo calurosa pero al mismo tiempo agradable y soplaban una ligera brisa proveniente de las colinas con dirección al río, arrastrando a su paso los aromas del verano. También el cielo estaba precioso, iluminado con una gran luna llena, creciente y cargada de esperanzas. Una noche perfecta para los enamorados.

Una vez empezaron a sonar las primeras notas de la orquesta, la gente del pueblo salió a bailar mientras yo, lleno de ganas y a la par de nervios, buscaba con la mirada a Alfio, el padre de Ángela. Entre todo el alboroto, no conseguía

localizarlo y, justo cuando por fin creía haberlo encontrado, fue cuando se organizó todo el alboroto.

A escondidas como las ratas, se presentaron una treintena de camisas negras que no parecían haber llegado hasta Pietra Marazzi por un viaje de placer, precisamente. Rostros agresivos, de matones, todos bastante jóvenes y, por lo demás, fuertes. También se podía distinguir en el grupo algún desecho social tristemente célebre. Venían armados con puñales, puños americanos, palos y porras, todos extranjeros, enviados por el capo de Alessandria, un cerdo obeso y conocido por su violencia. Cualquier dirigente fascista que aspirase a conseguir un mínimo de respeto tenía el deber de enseñar a los miserables campesinos socialistas de Pietra Marazzi que nadie celebraría las fiestas populares.

Apenas hubieron realizado su amenazadora entrada en la plaza, la orquesta dejó de tocar, sumiendo la plaza en un completo silencio que no hacía presagiar nada bueno. Con sus intimidadoras miradas, los fascistas avanzaron en grupo cerrado hasta llegar a pocos metros de la pista de baile.

¿Qué debíamos hacer? No digo que Cruciani se esperase que sucediera algo así, pero no había considerado ni mucho menos improbable la hipótesis de que se produjese una agresión, por lo tanto, los compañeros de la SOMS actuaron de forma bastante organizada. Cuando la escuadra se adelantó unida dispuesta a cargar, los hombres del pueblo ya habían distribuido sus propios palos, apilados detrás de las parrillas para las salchichas. Las mujeres y los niños se

apartaron y, en un segundo, ambos grupos rivales tomaron contacto.

Fue como una granada lanzada en el interior de un mercado. En un primer momento, los fascistas retrocedieron al verse en inferioridad numérica y sorprendidos por la rápida reacción de los compañeros, pero posteriormente cargaron con ímpetu. Se desencadenó una pelea muy violenta en la que Antonio y yo participamos sin compasión, guiados por la inconsciencia y la arrogancia típica de los adolescentes. Mi falta de experiencia en este tipo de acontecimientos favoreció que, muy a mi pesar, me viera arrastrado hasta el centro de la batalla, donde estaban los fascistas más peligrosos. Preso de los golpes, gritos y del traicionero miedo que te empuja al desastre, fui víctima de varios ataques al azar y lancé patadas al barullo, sin hacer daño, sin golpear a nadie realmente. Era un continuo movimiento de cuerpos hacinados soltando golpes desordenadamente y alcanzando al primero que se les ponía a tiro. No obstante, con los primeros heridos en el suelo, la lucha cobró espacio y ganó maldad. Vi cómo se me acercaba un camisa negra asiendo con fuerza el puñal y se lanzaba hacia mí, decididamente. Pensé que quería matarme. Era un muchacho, tendría dieciocho años como máximo y venía con la intención de mandarme al infierno. El corazón me latía a mil por hora, pero mantenía la cabeza despejada, estaba en peligro y debía reaccionar. Era su vida o la mía, no había tiempo de pararse a pensar. Avancé torpemente, despacio y directamente, sin miedo. Esperé a que se me acercase, dejé

de ser un hombre para convertirme en un objetivo. Justo en el momento adecuado contraataqué, asestándole un bastonazo en la cabeza que arrojó un sonido sordo al partirse. El fascista se desplomó gritando, con la sangre brotándole a rápidos borbotones, como las fuentes en tiempo de sequía. Lo miré mientras pensaba qué hacer con aquella criatura desconocida hasta ahora, pero no dudé, lo golpeé de nuevo en el cuerpo, acurrucado en el suelo. Una, dos, tres veces, sin piedad ni compasión, intentando hacerle el mayor daño posible. Era una lucha sin tregua, no podía saldarse sin que corriera la sangre y yo acababa de derramar la primera. Estaba preparado para la guerra, poseído por la excitación y la furia. Gritando como un loco, me lancé con ímpetu contra la muchedumbre, una barahúnda de cuerpos con más furia si cabe que lanzaban golpes cada vez más violentos. Sonidos de cabezas y huesos rotos, aún más sangre de este maldito enemigo, más cabezas y huesos rotos, bastonazos, cuchilladas y gritos, hombres convertidos en bestias... en esto se habían convertido las fiestas de Pietra Marazzi.

Una danza de sangre.

Cuando rememoro aquellos momentos, lo primero que me viene a la cabeza es precisamente el sonido de los gritos, un ruido espantoso y estremecedor que lo encubría todo, incluso el sonido de los huesos rotos. Los gritos provenían de todas partes: de los compañeros, de los camaradas, de las mujeres y de los niños. Lejos de mí, Antonio peleaba como un loco, furioso por varios motivos, pero sobre todo porque

aquellos desgraciados le estaban aguando las fiestas. Hacía mucho calor, un bochorno de tensión, pero él se movía de forma ágil y decidida, creando una estampa idílica, esquivaba los golpes y contraatacaba, saltando de un lado de la plaza al otro, golpeando sin pausa con ambos puños. Boxeaba, parecía un bailarín, pero en realidad golpeaba fuerte... y pensar que distaba mucho de defender el socialismo... A él no le interesaba la política, aunque instintivamente odiaba a los fascistas, quizás porque detestaba a su padre. Además, habían invadido nuestro territorio, y a las invasiones se responde luchando, expulsando al bárbaro enemigo gracias a la fuerza de la justicia. Por el contrario, yo seguía estando en el meollo de la pelea, junto a Cruciani y otros cuantos compañeros de la SOMS, aunque no era invulnerable: recibí lo mío entre puñetazos, patadas y porrazos, unos golpes indiferentes que ni sentía, anestesiados por la furia de la batalla.

Una puñalada lanzada contra otro compañero me hirió de pasada en el brazo derecho, que comenzó a sangrar. Observando ese líquido rojo y denso que me manchaba la camisa, me sentí asombrado por mi fuerza, por mi valor inconsciente. Sólo tenía un objetivo: batir a mi enemigo, no permitirles hacer más daño, dar palizas a su antojo, atacar de nuevo. Cuando se lucha, no existen alternativas ni piedad, el instinto de supervivencia puede llevarte a hacer cualquier cosa, comportarte como un loco. Justo en el momento en el que la riña adquiría su mayor grado de violencia, por el

elevado camino que llevaba hasta Montecastello asomó mi padre montando a caballo.

Fue increíble, una visión legendaria narrada durante décadas con un filo de voz. Ruggero empuñaba una gran bandera negra, una bandera vieja pero con los colores aún nítidos y brillantes, negra y bordada en rojo representando dos grandes manos obreras consagradas a romper las cadenas y, justo en el medio, se leía la frase Por una humanidad libre. No sé ni mucho menos de dónde la habría sacado, ya que hasta ese momento no la había visto nunca. Espoleando con ardor al viejo Gaetano y flanqueado por el fiel Michele, aullando con una bestialidad feroz, Ruggero cargó contra los camisas negras al galope, descargando la robusta asta contra los primeros desgraciados que se le pusieron a tiro. La Santa Trinidad Libertaria cambió el destino de la batalla.

—¡El Diavul! —gritó un viejo socialista desde una ventana.

—¡Ahí llega el Diavul! ¡Dales fuerte, demonio!

Incitados por aquella improvisada y exaltadora aparición, los compañeros sacaron nuevas fuerzas e incluso los que hasta ese momento se habían apartado de la riña, se enzarzaron en mitad del enfrentamiento, venciendo el miedo de que les partiesen la cabeza o les diesen una puñalada. Ahora los fascistas se encontraban totalmente rodeados y, tras otros interminables minutos de furioso combate, los camisas negras se abrieron paso batiéndose en retirada hacia la parte baja del pueblo. Los últimos cargaban

a duras penas con los heridos, acribillados con las grandes piedras que lanzaban los compañeros dispuestos a darles caza. En cambio, otro grupo de compañeros permaneció en la plaza, cantando ya victoria, para descargar la tensión de los bastonazos dados y recibidos.

Los gritos dieron paso a una desoladora calma. Ruggero bajó del caballo, clavó la bandera en el suelo y corrió a abrazarme. Nunca antes de ese momento había sentido un abrazo tan fuerte y cálido. Se encargó a las mujeres que se ocupasen de los heridos más graves mientras los hombres se desplomaban exhaustos, algo muy parecido al reposo de los guerrilleros. La pista de baile había quedado cubierta con la sangre de los combatientes de ambos bandos. En aquel lugar, donde se debería haber bailado para celebrar el verano y sus cosechas, sólo quedaban las huellas de una violencia ciega y primitiva. Sangre y tierra, polvo y sudor, un lenguaje que hasta ahora los campesinos comprendían demasiado bien. Una historia que se repite, siempre con la misma intensidad de odio. Mi herida seguía sangrando, pero en ese momento tenía otras cosas en que pensar. Aún nerviosos, los hombres entraron a la SOMS para contarse las respectivas proezas mientras que las mujeres volvían a casa, desilusionadas y desengañadas. Por tanto, al final no hablé con el padre de Ángela, que desde aquel día, no la dejó salir de casa ante el temor de que pudiese verse implicada en la violencia fruto del odio político. Fue una elección bastante sabia, aunque para mí significó el no volver a verla más.

Con el brazo ensangrentado y rodeado de compañeros, tenía la sensación de haber iniciado un camino sin retorno, en el que no podía elegir, sino limitarme a seguir el rumbo que me indicaba el destino. Se me había escapado la infancia y con ella, las despreocupaciones y los juegos. Cobraba vida un mundo que antes sólo podía imaginarme, mientras la urgencia del presente anulaba todos mis sueños.

La realidad no era como yo la había imaginado, vivía rodeado de peligro y de rencor. Apaleando al enemigo me había convertido en un adulto.

Ya no había vuelta atrás.

ADIÓS, CRUCIANI

A pesar de que la primera batalla había terminado en victoria, había bien poco que celebrar. Las consecuencias del enfrentamiento en las fiestas fueron inmediatas. Cruciani no era tonto y sabía que hasta ahora las cosas habían ido demasiado bien con los patriotas y preveía una reacción por parte de los fascistas, o aún peor, por parte de los gendarmes del cuartel de Alessandria. En efecto, la mañana siguiente, puntuales como un reloj, se presentaron dos decenas de carabinieri, todos a caballo con las espadas y los fusiles bien visibles. El sargento, un presumido presuntuoso y arrogante, interrogó a nuestro alcalde de manera violenta, como si hubiese sido Cruciani el agresor y no la víctima de una emboscada premeditada.

En esos días oscuros no se vivía bien. Pietra Marazzi parecía un fuerte asediado por los apaches. En la SOMS se organizaron milicias de autodefensa, en las que se inscribieron muchos, tanto jóvenes como ancianos. Los comunistas habían entrado en contacto con el Partido en Turin porque querían organizarse según el modelo de la milicia Arditi del Popolo, los grupos armados comunistas que, en el norte de Italia y de forma exclusiva, conseguían hacer frente a la violencia fascista. Por primera vez se dejaron ver incluso fusiles, sacados de quién sabe dónde y desde la noche del baile, Cruciani siempre salía con el revólver... aunque no se lo mostraba a nadie, se avergonzaba de ello.

Aunque la violencia hiciese mella sólo en unas cuantas cabezas exaltadas, no debíamos volvernos demasiado exigentes: todos estábamos seguros de que los fascistas volverían, en mayor número y mejor armados. Con su incursión en las fiestas, sólo tenían la intención de dar unos cuantos bastonazos y no habían traído ningún tipo de armas de fuego. Era de estúpidos esperar que en el futuro fuese así siempre, especialmente tras esa imprevista paliza. Yo no cabía en mí, esta era una vida completamente nueva, llena de aventuras, si se piensa desde la ignorancia y el valor propios de la juventud. La imprevisión y el entusiasmo se apoderaban de todo. Entre los fascistas, las peleas, las armas de fuego y la tensión ante el próximo enfrentamiento, me parecía estar viviendo unos acontecimientos irrepetibles, épicos, como las grandes aventuras. A pesar de ser ciudadano de Montecastello, donde como de costumbre no sucedía nada, me inscribí como voluntario en las milicias socialistas de Pietra Marazzi. Mi madre no estaba de acuerdo, decía que era de locos esperar a los fascistas empuñando las armas; sin embargo, con pocas palabras Ruggero le hizo comprender que era un gesto necesario, una de aquellas cosas que tenían que hacerse sin tanta historia ni indecisión y con más razón cuando yo ya había demostrado que sabía defenderme. Además, Ruggero estaba seguro de que los fascistas no olvidarían las caras de los compañeros que participaron en la pelea y de que todos sufriríamos sus represalias, así que era mejor estar preparados.

A Antonio, su padre junto con sus amigos, la banda del póquer, le dieron una enorme paliza, ya que el chivato anónimo de siempre, quizás el hacendado, le había informado de su participación en el enfrentamiento de las fiestas y eso era absolutamente inadmisible. Mussolini había indicado que el hijo de un fascista debería ser fascista a su vez, o incluso más fascista, ya que gozaría de la fuerza y el ardor propio de la juventud, al menos según el Duce.

La fuerza y el ardor de la juventud, sería bonito si fuese cierto.

Sintiendo que su método a base de golpes había fracasado, el señor decidió volver a intentarlo con la educación forzosa, mandando a Antonio a un colegio cercano a Asti, una especie de cárcel gestionada por curas. Su partida me entristeció muchísimo. En aquella época habíamos vuelto a unimos, recobrando espontáneamente la turbulenta fraternidad de nuestra infancia. Sin él y con Ángela enclaustrada tras las paredes de casa, sentía una asombrosa sensación de vacío. Me habían dejado solo para afrontar los cambios del mundo; no eran tiempos fáciles, nada fáciles.

Me volqué en el compromiso político con todas mis fuerzas, siempre el primero en llegar a todas las reuniones y el último en irme. Los compañeros de Pietra Marazzi empezaron a tenerme una mayor consideración, ya no era sólo el hijo del Diavul, sino el compañero Errico. Aún no contaba con demasiada experiencia política, pero era un chico de valor seguro, alguien que no retrocede.

El chico del ojo violeta.

*

Tanto se dijo y tanto se hizo, que en los meses sucesivos no sucedió nada.

La tan temida represalia se quedó en una espera, contando las horas e incluso los minutos, imaginando unas astutas estrategias y unos elaborados planes de defensa que quedarían desmentidos ineludiblemente por los acontecimientos. Los fascistas no volvieron y los carabinieri se limitaban a hacer sus visitas, como ellos las llamaban, de forma semanal. Sin embargo, no era que los capos se hubiesen olvidado de repente del enfrentamiento, sino que lejos de nosotros y de nuestros miedos, se estaba decidiendo el destino de Italia y por supuesto, nuestro pequeño pueblo del Piamonte, no quitaba el sueño al Duce y sus acólitos. Por tanto, la calma era una consecuencia, no una elección concreta.

La Liga Agraria había puesto fin a la violencia porque ahora el Partido Nacional Fascista tenía el objetivo de hacerse con el gobierno y no se podía gobernar con las manos manchadas de sangre, o al menos, no debería poderse. Con más motivo cuando el exceso de violencia estaba asustando a los liberales moderados y de no haber suavizado la situación, podrían haberse pasado al bando contrario. La marea creciente del fascismo parecía firmar una tregua mientras Mussolini firmaba la paz con los socialistas, ordenando el cese de las expediciones punitivas.

Obviamente, éstas no se extinguieron, aunque disminuyeron un poco en toda Italia.

Ante estos inquietantes acontecimientos, en la SOMS no sabíamos muy bien cómo reaccionar. Los comunistas de Alessandria habían decidido no colaborar y pasar a la contraofensiva armada, aunque por el contrario, los comunistas de Pietra Marazzi seguían al lado de Cruciani, llenos de esperanzas e ilusiones. Este comportamiento era extraño, ya que en general, los comunistas eran bastante intrépidos, quizás incluso demasiado, con ese estudiado aire de tipos duros. De todos modos, no se fiaban de esos bastardos teñidos de negro y, a la hora de luchar, se mostraban más determinados que nadie, como aquel escuadrón que vino desde Casale a hablar con nuestro alcalde. Una docena, a bordo de un furgón, armados con fusiles y pistolas y todos con el pañuelo rojo al cuello, un escuadrón que se había ganado la fama al protagonizar diversos enfrentamientos armados contra los fascistas. A pesar de la firmeza que había demostrado, Cruciani no era partidario de más derramamientos de sangre, el alcalde tenía fe en la tregua. A mí, instintivamente, esa tregua me parecía un bonito engaño muy bien montado, no conseguía confiar en los fascistas y estaba seguro de que pronto volvería la violencia. Me preguntaba por qué iban a verse obligados a dejarnos vivir en paz en nuestro municipio socialista.

Los hechos pronto confirmaron mi perplejidad. A veces, el destino nos juega malas pasadas, juega con la vida de los

hombres, y mientras en Pietra Marazzi Cruciani inauguraba el nuevo concejo municipal, de mayoría socialista, miles de fascistas mal armados marchaban hacia la capital con el objetivo de hacerse con el gobierno. Mussolini se refugiaba mientras en Milán, preparado para huir a Suiza si algo salía mal. La Marcha sobre Roma, la llamaron. Aquel estúpido del rey, que como el resto de su familia, antepasados y descendientes incluidos, no brillaba ni por su inteligencia ni por su valor, había movilizado al Ejército y de haberlo querido, podría haber dispersado a los fascistas con unas cuantas ráfagas de metralleta, a ese atajo de escoria social. Sin embargo, no lo hizo, con la esperanza de que Mussolini le resolvería los conflictos sociales y, posteriormente como por arte de magia, se quedaría al margen.

Esperanzas vanas, como las de Cruciani y las del resto. Pobre amigo mío.

El alcalde socialista fue el primero en pagar.

Era noviembre cuando llegaron, una noche de niebla tan espesa como la tierra, hacia las once de la noche, a escondidas. Eran más de cien, montados en furgones y coches. Tras ellos, formaban inmóviles una veintena de carabinieri, presidiendo silenciosos el acceso al pueblo.

Se opuso poca resistencia. Ante el número de fascistas, sus fusiles y sus revólveres, los pocos compañeros presentes escaparon, dispersándose hacia las colinas de detrás del pueblo. Los valientes defensores de Pietra Marazzi desaparecieron entre los bosques y senderos. Yo corría más rápido que ninguno, mis ansias de combate se habían

desvanecido con el primer peligro, con el primer disparo de arma de fuego. Oído en directo no tiene nada que ver con lo escuchado en el cine, era un sonido apagado, nada retumbante.

Los fascistas no nos siguieron, no habían venido por nosotros y fue esta falta de interés lo que más me asustó. Yo, que no contaba nada y como una nulidad me estaba comportando, escapaba sin mirar atrás, escapaba olvidando mi efímera arrogancia y mi inútil imprudencia, me fugaba como un bellaco. Al llegar finalmente hasta la seguridad que me ofrecía la cima de la colina, me paré para respirar, con el corazón galopándome sin tregua. No era por la carrera, sino por el miedo, un miedo auténtico que te corta la respiración, te hace flaquear las piernas y te anula la voluntad, dejándote allí, escuchando la respiración que se te escapa y pensando que ha llegado tu hora, que vas a morir, pero no una sola vez. A lo lejos se sentían aún los gritos y los esporádicos disparos, unos disparos que quizás estuviesen dirigidos contra mis amigos. Me eché a llorar como un niño, me brotaban las lágrimas mientras otra ráfaga de disparos se perdía en la noche. No podía quedarme allí escondido, como un ladrón, así que reuní todas mis fuerzas y, cuando encontré el valor necesario, volví sobre mis pasos. Lentamente, atravesando los huertos como una rata asustada, llegué hasta una casa abandonada situada en la parte alta del pueblo, donde Antonio y yo jugábamos de pequeños. Forcé la vieja puerta y me apresuré hacia la buhardilla.

Desde aquel lugar divisaba toda Pietra Marazzi.

Miré hacia abajo. Había confusión, todos se movían de forma nerviosa, el pueblo estaba lleno de fascistas y se divisaban camisas negras moviéndose por todos sitios, veladas sólo en parte por la niebla. Se oyeron más disparos, gritos de dolor, patadas en la cara y en los genitales. En la fuga, los fascistas se obstaculizaban unos a otros debido a la gran cantidad de ellos que había repartiendo patadas. Golpeaban, reían y cantaban. Todas las ventanas del pueblo se cerraron, todas menos la mía, la ventana del cobarde.

Obligaron a los cuatro compañeros a arrodillarse. El rostro de Cruciani parecía devastado por los golpes y su boca permanecía muda, sangraba por la nariz y las orejas y su camisa blanca estaba empapada de sangre. El jefe de los fascistas lo cogió por el pelo y le escupió en la cara, después le asestó otra patada en la frente.

Iván dejó de moverse.

De repente, sentí un dolor agudo en la base de la nuca, me desplomé en el suelo y comencé a temblar como un animal cazado, sintiendo cómo mi cuerpo se sobrecogía con una decena de espasmos dolorosísimos. Tenía los músculos del pecho tan rígidos que no conseguía respirar, con la boca abierta buscaba el aire y mi ojo violeta brillaba como si le hubiesen derramado ácido encima. Mantenía los brazos pegados al tronco mientras mi espalda se quedaba petrificada, esperando una muerte cercana y segura. Unos escalofríos helados, intensos como cuchilladas, me recorrían todo el cuerpo y de la boca me emanaba una densa espuma

blanca. Creía que iba a ser el final, me estaba muriendo sin haber recibido ni un solo disparo, llegaba mi hora y debajo de mí, el pueblo estaba sumido en el silencio.

Nadie hablaba.

Sin embargo sobreviví, paralizado por el dolor, y recuperé de nuevo la visión.

El capo desenfundó su pistola y lentamente la apoyó en la nuca del alcalde, sonrió maliciosamente y disparó. Un único tiro en la cabeza.

Asesinaron a Iván Cruciani como a un perro, en la plaza del pueblo.

El cabecilla volvió a acercarse a los otros tres, les insultó, titubeó por un segundo y volvió a apoyar el revólver en la cabeza de un compañero, volvió a reír y disparó al aire, satisfecho de su astucia.

Con un gesto indicó al resto de fascistas que cogieran los bidones del camión y se dirigieron con paso rápido hacia la SOMS. Era hora de encender una buena hoguera. Rociaron los muros y las vigas de madera con gasolina, sin seguir ningún criterio, empapando incluso las casas vecinas. Cuando estaban a punto de prenderle fuego con las antorchas, llegaron los carabinieri y, con el revólver en mano, el sargento les ordenó que se retirasen: la SOMS se alzaba en el centro del pueblo y corrían el riesgo de provocar un incendio que se propagaría rápidamente al resto de las casas. Los fascistas fingieron oponer resistencia, aunque ya se preparaban para irse. Cogieron a pulso a los tres

socialistas medio muertos y los cargaron en el camión para llevarlos a quién sabe dónde, como sacos de desechos.

Lentamente, el dolor en la nuca comenzó a remitir, dejé de temblar y casi conseguí moverme.

Sin embargo, lo que vi a continuación seguiría haciéndome sufrir durante el resto de mi vida.

Junto a un grupo selecto de sus hombres, el capo de los fascistas rodeó el cadáver de Iván, formaron un círculo a su alrededor y, todos a la vez se sacaron el miembro. Después, lo mearon todos encima, sometiéndolo a una última y cruel humillación.

Cuando hubieron terminado, se sacudieron el pene y se fueron, entre gritos y risas.

Dejaron el cuerpo de Cruciani en la plaza.

Tirado, manchado y ultrajado.

Abandonado en el olvido.

LOS AÑOS NEGROS

ODIO, miedo, soledad.

Estas son las únicas emociones que consigo recordar de los años de la dictadura.

Mi odio por los fascistas, mi rabia muda e impotente, aunque también el rencor acumulado día tras día, fuerte y sin perdón, el odio por los burgueses, por los patrones, por los curas, por toda la buena gente que me rodeaba.

Por su desconfianza.

El miedo de que esas mismas buenas personas pudiesen acordarse de mí un día, del hijo del Diavul, del joven que creía en la Revolución, y viniese a buscarme, a hacerme salir del rincón de mierda en el que me había recludo para hacerme pagar por mis descabelladas ideas, por el sueño de juventud compartido con media nación: la ingenua pretensión de querer vivir en una sociedad más justa.

Pero sobre todo, recuerdo la soledad, la falta de afecto, el asustado silencio de los paisanos, la atemorizada mirada de los viejos amigos derrotados, obligados a mendigar la tétrica indiferencia de los vencedores, cargados con el peso indeleble de la sangre de Iván derramada impunemente en mitad de la plaza. Iván el mártir, el gran amigo de mi padre. Mi padre. Él pagó más que nadie. Tras la matanza de Pietra Marazzi, Ruggero no volvió a ser el mismo, el Diavul se convirtió en un viejo y asustado herrero de pueblo. Un hombre dolorido que, cuando recobraba el respeto por sí mismo, pensaba sólo en el trabajo, en criar dignamente a sus

hijos, porque mirar al pasado sólo le hacía daño. El cuerpo tumefacto y ensangrentado del propio Iván era una herida demasiado grande para todos. Sin embargo, no eran sólo los recuerdos los que gravaban nuestro presente; mi padre sufría una añoranza aún más dolorosa, sufría por seguir vivo, padecía la humillación de haber sobrevivido, porque aquella maldita noche de otoño, no estaba. Estaba en casa, con su mujer y su hija, en un lugar seguro. No pudo, por última vez, estar al lado de su amigo de la juventud, cuando fueron juntos a Milán para luchar por el sueño de la Revolución. No pudo proteger al hombre valiente e imprudente de las barricadas de 1898, el hombre que le había acompañado por primera vez a las reuniones de los anarquistas milaneses.

Al alcalde socialista de Pietra Marazzi.

La soledad era el precio que tuvimos que pagar en aquella época oscura y desolada, en aquellos años negros teñidos por el miedo. Italia se estaba convirtiendo en una pesadilla, una realidad diaria que ninguno de nosotros había osado imaginarse ni en nuestros peores presagios. De un año al otro se habían terminado las luchas, las reivindicaciones salariales, las huelgas, la unión en la lucha por la esperanza de un sueño... no quedaba nada. Se abolieron los sindicatos, las cooperativas, se prohibió definitivamente la posibilidad de debatir, de reunirse públicamente. Con el paso del tiempo, incluso aquellos que en un primer momento se quedaron al margen, demostrando una escasa simpatía por los fascistas, se vieron obligados por las circunstancias y la mediocridad a afiliarse al

partido único, a tener el carné del Fascio, el único salvoconducto para poder llevar una vida normal.

Mi padre nunca se afilió y, a pesar de la exigencia incondicional, siempre se mantuvo fiel a sus principios. En realidad, ¿qué otra alternativa le quedaba? Ya había estado en la cárcel y le habían fichado como anarquista. Sin embargo, le dolía mucho ver a tantos ex compañeros pasar al bando de los nuevos dueños del país.

Era una herida que cada día se hacía más profunda, al ritmo que Italia se sumergía en un dolor mutuo.

El asesinato del honorable diputado socialista Matteotti había terminado con las últimas esperanzas de redención para una nación de rebaños cobardes, proyectada definitivamente hacia una grotesca dictadura, provincial y ridícula, pero que en su absurdidad, no dejaba lugar a ningún tipo de disidencia. No quedaba ya ninguna voz que se alzase contra la trágica payasada de aquellos años, no quedaban anarquistas, no quedaban socialistas y mucho menos comunistas, condenados a la clandestinidad. También los denominados liberales quedaron marginados bastante pronto y los que tuvieron la cara dura de no abrazar el fascismo, se vieron obligados al exilio o al silencio. Se había abierto para todos un impulso a la denuncia, a la abjuración y al transfuguismo y Mussolini, que hacía poco que había hecho alarde de ambas cualidades, no cerró la puerta en la cara a nadie, porque sabía lo débil y oportunista que puede volverse un hombre si se le recluye en un rincón oscuro. Todos podían abrazar el fascismo, borrar su pasado y subirse

al carro de los vencedores. Para muchos fue una tentación demasiado fuerte.

La SOMS de Pietra Marazzi se transformó en una de las muchas sedes del Partido Fascista. Ya nadie acudía allí.

Nosotros, los Nebbiascura, nos quedamos sumidos casi en la miseria, ya que había poco trabajo, el mínimo indispensable para no pasar hambre, y sólo los paisanos más valientes seguían utilizando nuestra herrería. Entonces se nos consideraba subversivos, gente a la que no era prudente frecuentar.

El pobre herrero, derrotado y agraviado, revivía al Diavul sólo cuando se celebraban los desfiles de propaganda fascista por las calles del pueblo. Recuerdo perfectamente aquellos desfiles llenos de uniformes negros, aquellos adjetivos grandilocuentes, derrochados por una patria que ya había demostrado su capacidad para olvidar. Y también recuerdo la vergüenza de ver a mi padre, humillado y vencido, yendo para el cuartel de Valle San Bartolomeo, escoltado por varios carabinieri. Lo esposaban y lo subían al furgón de mala manera, ante los ojos de todos sus paisanos que, al paso de la camioneta, volvían la cara para otro lado mientras él no tenía siquiera el coraje de alzar la cabeza. Después pasaba la jornada en la celda, mientras el régimen celebraba sus ritos y sus falsas victorias.

Para mí, los años pasaban lentos y en soledad. Ángela se había casado con un fascista y se había marchado a vivir a Alessandria. Mi primer amor había elegido seguir el camino que su padre le indicaba, el más simple y seguro. Aunque la

noticia me dolió, me pareció la única decisión sensata, ya que no podía pasarse toda la juventud enclaustrada sólo para no verme. Se había terminado la aventura y con ella se apagaban todas mis esperanzas. Antonio se había fugado en las semanas que sucedieron a la ejecución de Cruciani y nadie sabía adonde, ni su padre ni los carabinieri. Había desaparecido sin dejar rastro.

A veces fantaseaba sobre su destino, me lo imaginaba combatiendo por la libertad por todo el mundo, saboreando el verdadero significado de la vida que a mí se me había negado. La fragua, con el poco trabajo que teníamos, era mi única ocupación. A mi padre no le quedaban energías y se arrastraba entre las paredes de casa, leyendo viejos periódicos y haciendo pequeñas faenas en el huerto. Sólo mi madre parecía resistir, con la fuerza y la persistencia propias de los campesinos.

Sufría al ver la impotencia de su amado esposo, aunque intentaba no dejar traslucir su tristeza. La verdad es que sin ella habríamos caído en la más completa miseria.

Mi hermana Lucía estudiaba con las monjas para llegar a ser maestra, ajena aparentemente a nuestro dolor. Era más joven y nunca había creído en la Revolución. Yo nunca salía, mi único consuelo eran los libros de mi padre, que no eran muchos, pero que leía con la avidez del preso: Bakunin, Malatesta, incluso Marx y los viejos periódicos de hacía diez años, que me parecían provenientes de una época idílica, que quizás nunca hubiese existido sino en la fantasía de un joven herrero anarquista. Cuando terminé con los libros

sobre política, comencé a leer también novelas, que le pedía prestadas a un viejo profesor jubilado que vivía aún a cuantas casas de distancia. Un antifascista, con miedo hasta de su sombra, pero honesto y leal. Leí a Manzoni, a Nievo, a De Marchi, todo lo que podía comprender con mi escasa formación. Más tarde, una lluviosa tarde, me encontré de frente con *El corsario negro*, de Emilio Salgari. Fue todo un descubrimiento y un gran consuelo. Visto mi entusiasmo, el viejo profesor me dejó más novelas, todas ambientadas en tierras lejanas y llenas de piratas, indígenas salvajes y virtuosos a partes iguales, esclavistas sin escrúpulos, colonizadores y hermosas damiselas a las que salvar. Sin embargo, lo que más me emocionó fue conocer la triste historia del autor, que nunca había visitado esas tierras pero que había conseguido describir su belleza y sus aventuras, quizás más hermosas de que lo que eran en realidad. Era una persona que sufría, el tal Emilio Salgari, y con él revivía mi marginación. Era un hermano, un compañero de aventuras, pero también un hombre valiente, porque un día decidió terminar con su vida, suicidándose a causa de las muchas deudas y el excesivo dolor que acumulaba, el dolor de la humillación.

En aquellos largos años se consumó mi aprendizaje literario; probablemente, era el herrero más culto de toda la provincia.

Culto y tremendamente infeliz.

Casi sin darme cuenta, de niño pasé a hombre.

Mis coetáneos se casaban y formaban sus respectivas familias mientras yo me enfrentaba al presente como un repudiado, excluido de la sociedad y víctima de continuas vejaciones por parte de los fascistas. Llegaban hasta nuestra casa para humillarnos, en grupos de cuatro o cinco, casi siempre jovencísimos y aún más subnormales de lo correspondiente a su edad. Nos tiraban piedras a las ventanas, refregaban sus propios excrementos en los muros, cantaban a gritos sus asquerosas canciones fascistas. Me llamaban monstruo deforme, ojo violeta de la vergüenza, maldito por el diablo y después pasaban a mancillar la memoria de nuestros muertos, de forma infame y bellaca. Iván Cruciani veía ultrajada su tumba sin que ninguno de los viejos compañeros pudiese hacer nada al respecto. Es cierto que los insultos dolían; encerrado en mi habitación de la planta superior de la casa me consumía la impotencia, pero al menos en esos breves momentos me sentía vivo, sentía que alguien me tenía de nuevo en consideración, porque normalmente estaba siempre solo, recordando con melancólica añoranza los despreocupados años de mi infancia. Aferrado en vano a mis momentos perdidos, pasaba los días mirando por la ventana. Observaba los pájaros, que me parecían las criaturas más libres que había en el mundo. También miraba fijamente las manecillas del reloj del campanario de la iglesia, esperando que las campanas repicasen las medias horas y después las horas,

hasta bien entrada la noche, cuando al aproximarse el alba, salía a las calles desiertas del pueblo, como un fantasma que vaga sin rumbo y sin más ilusiones.

En mis paseos nocturnos volvía a los lugares de mis juegos y peleas de niño y cuando había luna llena, me aventuraba hasta el río. Sentado en la orilla observaba el Tanaro, rodeado de los sonidos de los animales e inmóvil, sumido en mi tristeza, rezaba a un Dios al que no conocía, un Dios al que siempre había considerado un engaño. Pero yo le hablaba al Dios justo y vengador, pidiéndole que el río creciera cada vez más y con más maldad y que, llegado el momento, acabase con la vida de toda la gente del pueblo mientras seguían metidos en la cama, librándolo de sus pecados y engaños. Sumergiendo Montecastello y Pietra Marazzi con su furia, que todo lo devasta y todo lo inunda. Tenía fe en el río, pero ya no escuchaba su voz.

El único momento que recuerdo con alegría de aquellos años negros fue cuando vimos subir seis grandes camiones por la calle cubierta por una alfombra de hojas. Observaba por la ventana mientras la procesión pasaba por delante de forma ruidosa. Los camiones avanzaban hacia el castillo y en un solo día, sacaron todo el mobiliario.

Todo el pueblo se vio sobrecogido. Toda la familia de Antonio —padre, madre, hermanas y servicio— se trasladaba ante las miradas satisfechas de la gente del pueblo, de los campesinos e incluso de los fascistas.

¿Qué había sucedido que resultase tan dramático? Todo el pueblo se lo preguntaba, la respuesta era más simple de lo que pensábamos.

El señor había perdido toda su propiedad en una única noche.

Completamente todo.

Antonio ya no estaba con ellos, estaba lejos y no podría ver la cara de su padre.

En un primer momento nadie comprendió nada. Después, lentamente, la verdad salió a la luz, abriéndose camino entre un torbellino de voces e interpretaciones personales, para convertirse con el tiempo en leyenda.

Había sido el Lomellino, un célebre jugador profesional llamado así por haber nacido en Sannazzaro del Burgundi, allá en la monótona llanura que lleva hasta Mortara. Parecía que se hubiese montado un complot en su contra, que los amigos fascistas del señor, con medios sospechosos, le hubiesen tendido una especie de emboscada, invitando a aquel implacable jugador.

El Lomellino. Aquel nombre fue para mí un alivio, un personaje al que recordar cada vez que me sentía solo y desesperado. El Lomellino... repetía, el Lomellino.

Astuto e invencible, un hijo del pueblo que pasaría a convertirse en leyenda. Decían que era alto y rubio, con un pequeño bigote recortado con suma precisión. Por el contrario, otros decían que era moreno, con el pelo corto y vestido como un señor, elegante y despiadado. Aún había otros que juraban haberle visto a bordo de un coche,

zumbando a ochenta por hora en la piazza della Liberta de Alessandria, sin importarle los guardias a caballo ni sus sables. Además, también se fantaseaba sobre su minúsculo revólver, que siempre llevaba escondido en un bolsillo secreto de la chaqueta.

En el pueblo, nadie vio nunca al Lomellino, ya que vendió rápidamente el castillo y permaneció deshabitado durante muchos años. A pesar de no estar completamente seguro de si existía verdaderamente, siempre he recordado al Lomellino. Recuerdo la felicidad que me hizo sentir, lo más parecido a una esperanza durante los años negros del fascismo, y recuerdo los viajes imaginarios mientras miraba al otro lado de la colina, esperando un rescate que nunca llegaría. Unos viajes inspirados en él, en su figura, desconocida y legendaria. Recuerdo también sus gestos y su forma de hablar, recuerdo su generosidad y su inagotable valor. No importaba qué aspecto tuviese o que fuese una especie de criminal dandi. El Lomellino no era un fantasma, para mí era un héroe, siempre al acecho, dispuesto a atacar.

Preparado para hacer frente a cara descubierta a mis enemigos. Engañándoles, humillándoles sólo con su talento, con la escrupulosidad de quien está acostumbrado a jugárselo todo cada noche. Y mientras me imaginaba cómo podía ser su rostro, sabía que justo en aquel momento, en algún sitio, en el Piamonte, en Lombardía o en cualquier otro lugar, los patrones más estúpidos o quizás los más mezquinos, se estaban arriesgando a perder todos sus bienes en una partida de cartas.

Yo estaba con él, él existía.

El Lomellino era de carne y hueso.

Lo recuerdo con un gran afecto.

El resto lo he olvidado, confundido entre miles de historias inútiles, repetidas hasta el infinito.

LA PARTIDA

RUGGERO había caído enfermo y, desde hacía algunos meses, ya apenas trabajaba. El médico había venido a hacerle un diagnóstico, un antifascista que vino desde Valenza sólo para hacernos un favor y había admitido no entender demasiado qué pasaba.

Mi padre no comía, por tanto, estaba adelgazando y eso saltaba a la vista. Cuanto más peso perdía, más nos llevaba a pensar que estaba llegando al final de sus días. Como tampoco hablaba, su inapetencia resultaba un misterio. No presentaba ningún otro síntoma: se pasaba las horas sentado en el pequeño patio situado delante de la casa. Sin moverse, con la mirada ausente. A veces, ni se levantaba de la cama, pasándose todo el día acostado de lado, o bien, si se levantaba, mantenía la vista fija en un punto indefinido a través de la pequeña ventana que daba al valle.

Los viejos del pueblo decían que el Diavul era preso de la melancolía, como si esta extrañeza fuese un mal indefinible y arcano, una calamidad extraída de un mundo desconocido y para la que no existía otra cura sino la paciencia o la renuncia. Pero más allá de las creencias campesinas, para nosotros, era un auténtico y cotidiano tormento, mi madre y yo lo mirábamos llenos de impotencia, incapaces de reaccionar. Ruggero siempre había sido una especie de torbellino, un hombre santo que no conseguía estarse quieto ni un minuto. Ahora, por el contrario, parecía que se le

hubiese escapado la vida de lleno, que se la hubiesen arrancado sin derramamiento de sangre.

Al final nos adaptamos, no podíamos hacer otra cosa. La única que no se daba por vencida era mi hermana, que aunque nadie se hubiese percatado antes era el alma más práctica de la casa: intentaba testaruda y obstinadamente comunicarse con él. Le acariciaba, le hablaba, merodeaba en tomo a él todo el día, le ofrecía comida, intentaba darle consuelo con su simple presencia.

Durante varias semanas siguió así, sin experimentar ningún tipo de mejoría. Después cambió de improviso; enseguida comprenderás el motivo de este cambio. Con la llegada de la primavera, Ruggero comenzó a comer de nuevo, o más bien a nutrirse, ya que comía poco, lo justo para no desfallecer. No obstante, no parecía albergar la más mínima gana de volver a hablar. Resultaba extraño, siempre tan pensativo, insociable e impredecible. Sentado en el banco, se dedicaba a tallar con una navaja su bastón, o bien refunfuñaba mientras leía viejos periódicos de principios de siglo. Y a veces, sin avisar ni dar explicaciones, desaparecía con la bicicleta, ausentándose durante toda la tarde y dejándonos con la aprensión de quien teme la lejanía de un ser querido, en quien no se confía demasiado.

Entretanto, el caballo había muerto.

En el verano de 1932 cumplí veintiséis años, ya estaba envejeciendo. La vida me importaba poco y eso se veía. ¿Qué debería haber hecho confinado a causa de aquel asedio sin esperanzas? Sin las energías, el ánimo ni el coraje

suficientes para sacar la cabeza de casa y ver qué estaba sucediendo en el mundo, un mundo que no era el mío. Tenía veintiséis años y vivía sin vislumbrar ni una sola perspectiva de revancha ni pacificación, porque desgraciadamente, allí fuera en la bella Italia fascista, la vida seguía adelante sin mí de la misma manera. No tenían la más mínima intención de esperarme mientras la juventud se me escapaba entre miles de arrepentimientos y muchas más maldiciones.

En ese tiempo, Lucía se había convertido en maestra e impartía clases en la escuela elemental de Rivarone, con lo que todos los días a primera hora de la mañana cogía el autobús, alejándose de la desgracia que azotaba nuestra casa. Para poder trabajar, se había tenido que afiliarse al Partido Fascista, como todos los demás.

Fue una elección poco dolorosa, mi madre estaba de acuerdo y Ruggero se limitó a hacer un gesto de disgusto. Yo no tenía opinión en ese asunto, me limitaba a observar impotente. La única vida que conocía era la de los demás. No había nada más que salvar y, cuando pensaba en mi futuro, no conseguía imaginarme nada. Por delante, sólo veía el vacío, únicamente un profundo abismo. Que se fuesen todos al infierno: fascistas, burgueses, socialistas bellacos e incluso yo, que era el más bellaco de todos. Aquellos asquerosos camisas negras me lo habían quitado todo, hasta las ganas de llorar.

Pero a veces —y resulta un hecho verdaderamente prodigioso—, a veces suceden cosas que nadie es capaz de prever, con tanta fuerza y de forma tan imprevista, que

pueden dar la vuelta a las perspectivas de toda una vida. De la noche a la mañana, sin preguntar razones a nadie, el despertar de una simple voluntad puede ser suficiente para volver a poner en marcha la fuerza natural de los acontecimientos.

Recuerdo que aquella noche mi padre comió con gusto, parecía distinto, incluso bebió vino, y en abundancia a decir verdad, algo que no hacía desde mucho tiempo atrás. Yo lo miraba atónito, sin comprender qué podía haber pasado. No tendría que esperar demasiado para saberlo. Mientras mi madre quitaba la mesa, Ruggero se levantó y con pocas palabras me invitó a acompañarlo a dar un paseo por la Fogliara, la calle que bordea los campos en dirección a la parte baja del pueblo. Me sorprendió mucho. Hacía meses que no estábamos juntos a solas, con la excepción de las cenas consumidas con prisa o las pequeñas labores domésticas, silenciosas y monótonas aun cuando se hiciesen junto a desconocidos. ¿Qué tipo de broma me estaba gastando? A mí, que ya no sabía casi ni cómo me llamaba.

Estaba tan aturdido, tan devastado y vulnerable, que olvidé ponerme los zapatos y salí descalzo, con los pies tanteando la dura tierra de la avenida. Tras unos cuantos pasos, me ofreció de fumar.

Recuerdo perfectamente el sabor de aquel cigarrillo, lo recuerdo como si lo estuviese saboreando en este mismo instante.

—¿Cómo estás, Errico? —me preguntó mi padre, mirándome fijamente a los ojos.

—Como siempre, papá —respondí afligido.

—Malatesta ha muerto.

Me parecía una conversación absurda. Pensé que igual se había vuelto loco, que la melancolía finalmente había ganado la batalla.

—Hace tres días.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté, sólo para hacerle feliz, aunque no me importaba lo más mínimo. Casi había olvidado quién era Malatesta.

—Me lo ha dicho un amigo de Alessandria, comunista. Un hermano, uno de los de verdad.

—No sabía que fueses a la ciudad —le respondí, pensando en que hermano era un término completamente nuevo para mí.

—En realidad, no voy.

No añadió nada más. Seguimos caminando algunos metros más, en silencio. Él andaba más rápido que yo; descalzo, me costaba seguir su paso. Desde atrás, observaba su gran cuerpo moverse con decisión mientras me preguntaba qué habría pasado, de dónde habría sacado toda aquella energía.

Él era más fuerte que yo.

—Vamos a sentarnos —me dijo, señalando un viejo tronco. El mismo donde solía cortejar a Ángela, cuando aún podía verla. Parecía que hiciese un siglo de aquello. Me entraban ganas de llorar sólo de recordarlo.

—Errico, he pasado mucho tiempo en bicicleta esta semana y todos esos kilómetros pedaleando ayudan a pensar, por la soledad. Cuando se está solo es difícil distraerse. Uno se hace preguntas y, antes o después, conviene intentar contestarlas. He estado haciendo algunas visitas por la provincia, he estado con algunos amigos y conocidos que hacía tiempo que no veía. Demasiado tiempo, a decir verdad. Gente con la que tenía una auténtica relación de fraternidad. Nos hemos tomado unos tragos y nos hemos vuelto a encontrar, todos muy envejecidos, como yo.

Hizo una pausa, estaba cansado. Pero en sus ojos brillaba la antigua luz del Diavul.

—Somos el testimonio de la derrota, o quizás ya no seamos nada, porque la verdad es que ya no representamos nada para los demás. Ni nos ven siquiera, pasamos por delante suyo como fantasmas. Nuestra época pasó, sólo nos queda el recuerdo, porque eso no te lo puede quitar nadie. Pero deberías saber que aún tenemos gente por el mundo, gente que no tiene la más mínima intención de rendirse. Aunque pueda parecerte imposible, la lucha aún no se ha terminado, todavía quedan por venir nuevos tiempos, hijo mío.

Me cogió la mano derecha y la estrechó entre las suyas.

—Creo que ha llegado el momento propicio para que te marches, Errico.

Eran duras, sus manos, rugosas como dos piedras, pero al mismo tiempo cálidas y tranquilizadoras. Me apretaba fuerte la mano mientras yo, medio aturdido, intentaba

comprender qué estaba diciendo. Eran duras, sus manos. El viento templado en la cara, el olor de la tierra, la memoria de esta larga espera, la pena de mi corazón y de mi espíritu perdido. Algo estaba cambiando. Aquello no formaba parte de mi vida solitaria, no era la lenta agonía a la que me había acostumbrado; parecía un sueño, o una nueva burla. ¿Qué quería decir? ¿Qué significaba marcharme? ¿Y para ir adonde?

Pareció intuir mis preguntas.

—Atravesar Italia, para pasar a Francia y llegar después hasta España. Tienes que volver a respirar, hijo mío. Aquí sólo te espera la muerte y esa puede esperar todavía un buen tiempo.

—¿Cuándo tendré que irme? —conseguí mascullar.

—Mañana por la mañana, ya está todo listo. Un amigo te acompañará hasta la estación de Alessandria para coger el tren con dirección a Ventimiglia. Allí, un compañero de confianza te ayudará a pasar la frontera de forma clandestina y, una vez en Francia, serás libre para llegar a España como consideres oportuno. No eres tonto, eres ya un hombre. En Barcelona tendrás que ponerte en contacto con otros cuantos amigos. Después todo dependerá de ti, sólo de ti. A partir de entonces, el futuro volverá a estar en tus manos.

No conseguía articular palabra, pero sólo la mención de la hipótesis de una posible partida fue suficiente para despertarme de mi hibernación. Una tarea fuerte y dolorosa,

la alegría y el miedo confundidos en una única emoción. Como el Tanaro a punto de desbordarse.

Después a España.

—¿Pero a hacer qué? —pregunté, asustado y nervioso al mismo tiempo.

—Tú tienes un oficio, Errico, podrás ganarte la vida trabajando, como lo ha hecho siempre toda tu familia. Nosotros, los Nebbiascura, somos trabajadores.

Volvió a hacer otra pausa, cogió otro cigarro y lo encendió. Sonrió sinceramente; en aquel instante su rostro perdió finalmente toda sombra de resignación.

—Allí en España encontrarás muchos compañeros... compañeros de verdad, anarquistas. Podrás estar orgulloso de tus ideas, sin tener que bajar la cabeza delante de nadie. Eres un Nebbiascura, no lo olvides nunca.

Cuando acabó la frase, volvió a darme de fumar.

—Podría marcharme también yo, pero debo pensar en tu madre y en tu hermana. Siempre llega un momento para todo. Este es tu tren, el momento apropiado para hacer la elección. Vete y vive tu vida como mejor te parezca, cuando seas viejo te quedarán los recuerdos, hasta que algún otro ocupe tu lugar. Siempre ha funcionado así, no vamos a ser nosotros quienes cambiemos las reglas del juego. En este mundo, son pocas las cosas que cambian, Errico.

Yo no contestaba, cualquier palabra hubiese resultado inútil. Miles de pensamientos se arremolinaban en mi mente. Necesitaba fuerza para partir, tenía que reuniría, hacerla aflorar de nuevo tras haberla tenido escondida

durante años. Sabía que estaba ahí, tenía que despertar los sentidos y buscar, seguir buscándola, allí abajo, en lo más profundo de mi alma atormentada y despreciada.

Sin añadir nada más, mi padre volvió a casa. Me quedé allí solo, sentado en el tronco, rodeado únicamente por los campos, negros como la noche. Sin embargo, era una soledad inundada de felicidad, en pocos minutos fue como si me transportase, estaba ya en otro lugar. Los árboles, las hojas, los animales volvían a hablarme tras varios años de silencio, incluso volvía a sentir la voz de las colinas. Volvía a experimentar aquellos fuertes sentimientos que me habían diferenciado entre los demás niños del pueblo. Aquel alma demasiado sensible que podía escuchar lo que a los demás se les escapaba. Oía la respiración de los animales, distinguía cuándo tenían miedo o estaban jugando, sus fugas o emboscadas, sus caídas. Y también oía el bullir de la vida minúscula y escondida que seguía perpetuándose. Saboreaba la esencia de la tierra y me parecía que todo fuese nuevo y emocionante, intenso como el aroma del mosto cuando está a punto de alcanzar la fermentación perfecta. De nuevo sentía el olor de las flores, de la hierba cortada, de la mierda de vaca, de la caza... sentía el aroma de las setas y la humedad de los canales, con su paso lento hasta morir en el gran río Tanaro, con sus extrañas criaturas y sus pájaros de colores. La cabeza me daba vueltas y mi cuerpo se confundía con el mundo, pero en aquel momento supe que mi espera había acabado. Volvía a ser el joven hijo del herrero que escucha para aprender, que sabe que el

saber nunca es suficiente, pero eso no le aflige, porque sabe que aún le queda mucho tiempo por delante para seguir su camino. Desde lejos, observaba a Ruggero caminar un poco encorvado y volví a sentirme orgulloso de aquel hombre. Gracias a aquel hombre vencido pero no domado, aquel diablo benévolo y sabio, volvía a creer en el futuro y en mi redención. El tiempo que me quedaba por delante se transformaba de nuevo en un inmenso territorio que explorar. Me dirigía hacia un lugar desconocido, eso era cierto, pero estaba seguro de una cosa: no seguiría pasando mi juventud mirando lo que hacían los demás.

*

A las cinco de la mañana ya estaba en pie, no había conseguido conciliar el sueño ni un solo minuto. Revolviéndome en la cama, había pasado la noche entre estremecimientos de exaltación, nostalgia y angustiosas reflexiones, visiones en períodos de vigilia, aún más confusas y tortuosas que los sueños.

El corazón me atormentaba, escuchaba asustado sus latidos saliéndome del pecho mientras buscaba una tranquilidad que nunca podría encontrar. Cada latido era más fuerte que el anterior.

No me hubiese calmado ni dándome bastonazos en la cabeza. Y así pasé la noche, sumido en la confusión y la fuerza de un espíritu resucitado.

Sin embargo, cuando apenas había salido el sol, me sorprendí de mis propias fuerzas. La larga noche de insomnio no había conseguido agotarme, sino que me sentía más que preparado para afrontar la partida. Sentado en el pequeño taburete dispuesto junto a mi cama y con movimientos silenciosos y cautos, revisé el contenido de mi bolsa de viaje: poca ropa, algo de pan, medio salchichón, una botella de agua, una garrafita de vino y un folio con las instrucciones de mi padre escritas. Las provisiones necesarias para partir.

Mi madre y mi hermana aún dormían. Ruggero les había ocultado todo para evitar que pudieran oponerse. Ya había tomado la decisión y por tanto, no había nada más que discutir. Mi pobre madre, una mujer dulce y sabia que ya había tenido que enterrar a un hijo y que ahora tendría que ver marcharse al otro partir hacia un destino lejano, sin despedirse siquiera, sin verlo por última vez, sin poder estrecharlo entre sus brazos. En mi añoranza no quedaba tiempo para las palabras, tenía que moverme sin demora. La decisión ya se había tomado... aunque es verdad que no gracias a mí, mi padre debía haberlo pensado más de una vez. Fuese como fuese, había hecho bien. Desde de mi punto de vista, era un plan perfecto.

Ruggero ya estaba listo. Se asomó a la puerta de la habitación y sólo hizo falta un gesto con la cabeza. Salimos de casa en silencio, pero cuando apenas habíamos cruzado la puerta del patio, los ojos de mi madre nos sorprendieron como a dos ladrones. Estaba de pie y con los brazos cruzados.

—Qué viejo cabrón eres —le dijo a su marido con un falso gesto de reproche—, ¿pensabas llevarte a mi Errico sin dejarme besarle por última vez? ¿En serio pensabas que te permitiría hacer eso? Herrero cabezón, aún no conoces nada a tu mujer.

Serena apartó a Ruggero de un manotazo, cariñoso pero decidido, y me abrazó con fuerza. Ese era el calor de mi madre.

—Mi Errico se me va —dijo mientras sus lágrimas me bañaban el cuello—, mi Errico me deja aquí sola, ocupándome de este gruñón. Estoy contenta... sólo que no puedo contener las lágrimas al verte partir, pero estoy contenta. Aunque esté llorando como una niña, estoy feliz. Aquí ya no hay nada para ti, piensa en el futuro, hijo mío. Errico... cuídate mucho, ¡ten mucho cuidado! Que tengas muy buen viaje.

Bajando la mirada empañada, mi padre me cogió del brazo y me condujo fuera. Volví la cabeza y vi a mi madre sonreír, con los ojos llenos de lágrimas, corriéndole por el rostro, sin avergonzarse. Alcé la mirada. En la habitación de arriba, mi hermana me decía adiós con la mano, asomada a la pequeña ventana.

«¿Adonde vas, Errico?».

«¿Volverás?».

Uno al lado del otro, padre e hijo, caminamos directos hacia la salida del pueblo. No se veía a nadie por las calles, excepto a lo lejos, a algún campesino solitario en su carro

yendo a trabajar. Sin embargo, yo sabía que había gente presenciando mi partida.

Mientras avanzábamos a paso rápido, las ventanas de las casas que bordeaban la calle se abrían el espacio necesario para espiarnos. Los dos Nebbiascura, de nuevo unidos, se dirigían a primera hora de la mañana hacia el lugar de la partida.

Era una noticia importante, de las que se comentan en los campos o en la puerta de la iglesia.

Algunos mostrando desaprobarción, otros quizás ocultando a duras penas un antiguo respeto, los pocos que aún recordaban la dignidad de la elección, la formidable fuerza de la insubordinación.

El trayecto, todo en bajada, fue breve. Mientras caminábamos pensaba que quizás esa sería la última vez que ponía los pies sobre aquellos adoquines inclinados. En aquellos intensos instantes decía adiós a las calles de mi infancia, a las empinadas pendientes que te dejan sin aliento, a las escaleras que no terminan nunca tras la primera rampa, a los monótonos repiques del campanario, a las noches de veranos sobre la colina más alta, al sabor áspero del vino joven, al olor hediondo del abono, a este pueblo de mierda de curas y campesinos incultos que lo único que saben es trabajar. Pero siempre sería mi pueblo. En aquellas calles estrechas había crecido y vivido momentos felices. Con Antonio, con Ángela, con todos los pobres muchachos que murieron en la guerra, junto a las colinas y a orillas del Tanaro, soñando con el mundo, el mismo mundo

que me inquietaba mientras avanzaba por esa calle. Estaba a punto de iniciar la primera gran aventura de mi vida y me sentía tan frágil como una rama seca en verano. Pero ya se había trazado el camino, poniendo fin a las certezas, a todas, incluidas las trágicas. El vacío angustioso, sin esperanza, comenzaba a despejarse, dejando lugar a la exaltación, a la duda y, finalmente, al miedo.

Con la boca seca por la tensión, me paré a beber en la fuente que había en la curva de las rosas, justo donde solía jugar con Antonio y los hijos del panadero. Mi padre me esperaba impaciente, no quería que fallase nada.

Mientras me observaba, golpeaba el suelo con el pie obstinadamente, siempre sobre el mismo adoquín inclinado, torcido como todos los demás, sólo útiles para agrietar las ruedas de los carros. Él golpeaba y yo bebía, encontrando un alivio momentáneo a mis miedos. La partida era mi presente y para afrontar el presente hay que crecer deprisa.

Cuando hube terminado de beber, retomamos la marcha. El agua gélida me había mojado toda la camisa y sentía cómo los escalofríos me recorrían todo el cuerpo. Llevaba la bolsa firmemente apoyada a la espalda, un peso para mis piernas temblorosas. Al final de la calle, ambos nos apoyamos en un muro de piedra.

En aquel lugar se había fijado la cita. Ninguno de los dos hablaba. Ruggero fumaba, mirando fijamente al frente, quieto como una estatua.

Yo pensaba.

Partía hacia una tierra extranjera dejándolo todo a mis espaldas.

Sentado en la acera de la calle, con la bolsa a cuestas y el corazón oprimido, miraba —quién sabía si por última vez— los campos de Montecastello.

Quizás volvería algún día; en aquel momento no podía saberlo.

Ruggero se levantó. Una pequeña nube de polvo nos sirvió como indicio de la llegada del camión. El compañero Aldo era puntual.

Con él empezaba mi huida.

*

Mi padre quiso darme dinero, no mucho, pero suficiente para poder vivir las primeras semanas. Yo ya había escondido algo en el forro interno de los pantalones que mi madre me había cosido hacía tiempo. Era todo mi dinero, ahorrado durante los años de trabajo en la fragua, no para fines virtuosos o quién sabe qué proyectos, sino porque no tenía ni idea de cómo gastarlo.

Aldo nos dejó en la puerta de la estación de Alessandria, el tren estaba a punto de salir. Me despedí de mi padre apresuradamente, como si fuese una carga. Sabía que no le gustaban los remilgos, me abrazó y yo lo estreché con toda la fuerza que tenía en el cuerpo. Después, al llegar hasta la vía, subí al tren. Cuando comenzamos a movernos lentamente, me asomé a la ventanilla; se oía el sonido del

silbato del tren y se estaban cerrando las últimas puertas. Mi padre, el viejo Ruggero, el adorado Diavul de mi juventud, alzó la mano en un melancólico saludo. Yo le devolví el gesto llorando.

Por primera vez en mi vida, sentí con fuerza que era parte de algo.

El orgullo de formar parte de algo.

Aún se me acelera el corazón al recordar el viaje.

Eran tierras desconocidas que se deslizaban por detrás de la ventanilla sin oponer resistencia. Nunca había salido de Alessandria en aquella dirección.

Había estado con mi padre en Asti, en Turin, en Novara y hasta en el gran Milán, pero nunca habíamos ido hacia el sur. Antonio me había contado que allí, en Liguria, había mar. Él había estado allí una temporada con su familia, de veraneo. En el pueblo se burlaban de él, no lo entendían, hacía falta un gran esfuerzo para intentar explicarles a los hijos de los campesinos el significado de aquella palabra. No les cabía en la cabeza que un hombre pudiese estar en un lugar sin trabajar.

En aquellas horas, todo parecía estar impregnado de los colores del sueño. Sentado sobre el banco de madera y con los ojos pegados a la ventanilla, me encontraba de frente a las montañas, detrás de las cuales se escondía el mar, no un simple río como el Tanaro, sino el infinito mar: aquella superficie azul y lisa que veía todos los días rodear Italia en el mapa colgado en la pared de la clase. Pero yo no me iba de veraneo a perder el tiempo, yo estaba huyendo de Italia.

Al poco tiempo lo vi, el mar. Por detrás de las cimas, como un fondo diseñado por un gigante, brillaba bajo los rayos del sol una tenue estela azul que iba aumentando de tamaño poco a poco, volviéndose cada vez mayor, tanto, que no podía imaginar su verdadero tamaño. Grande e inconcebible para mí, que era un chico de montaña. Frente a aquel espectáculo, volví a acordarme de Iván Cruciani, el viejo Iván. Él, que había viajado tanto, estaría feliz de saber que estaba allí, observando el mar, sobre un tren anónimo que me llevaría hasta la libertad. Me lo imaginé sonriente, con el sombrero puesto y sus largos pantalones blancos, fumando en silencio.

Abrí la bolsa y corté un poco de salchichón.

El sabor de la carne de cerdo me recordaba a mi pueblo.

*

A última hora de la mañana, el tren estaba abarrotado de gente: familias, trabajadores y hasta algún viajero extranjero. El alegre vocerío del vagón se apagaba sólo cuando pasaba un grupo de jóvenes fascistas para controlar que todo fuese bien. No sé qué podría pasar allí... pero ellos se sentían poderosos e insolentes haciendo sus rondas. Pasaban por las sillas de madera con la porra, golpeteando minuciosamente y mirando fijamente a todos los pasajeros con gesto arrogante, buscando posibles sospechosos o, simplemente, pretextos para demostrar otra vez las canalladas del grupo.

Yo bajaba la mirada y pensaba en mis cosas. No quería que se percatasen del color de mi ojo, el violeta es el color de la mala suerte. Maldito el demonio que siempre me había perseguido, la pena de mi corazón. Mientras tanto, me entretuve en beber el vino que me había dado mi padre y en terminar el salchichón.

Una vez pasamos las montañas, el tren siguió avanzando bordeando la costa. Aquel me parecía un mundo completamente distinto en el que el mar era el culpable de todos aquellos cambios. Las plantas, los colores, el viento, pero sobre todo el olor.

Hacía mucho calor y viajábamos con las ventanillas abiertas. En toda mi vida, nunca había percibido un olor tan intenso. Se sentía en todas partes, recordaba a pescado, a sal, a algas, a agua y a rocas mojadas. Pero también se distinguían notas de albahaca, de lavanda, de romero, de tomillo y de flores silvestres, y cuando el tren se adentraba en el interior, los olores cambiaban de nuevo y el campo volvía a tomar ventaja. Un campo hostil; en aquellos lugares intransitables, la gente se veía obligada a trabajar la tierra arrancándosela trozo a trozo a la montaña, viviendo en esas casas estrechas construidas de piedra, que en aquella época se veían ya raramente en nuestra región de Alessandria.

Observando la Italia que se divisaba desde el otro lado de la ventanilla, volví a darme cuenta de lo poco que sabía del mundo: mis experiencias se limitaban a un pequeño valle y a unos cuantos relatos de los amigos de mi padre. Me consolé ante la idea de mi madura juventud. Probablemente

aún tenía mucho tiempo para aprender ya que, a los veintisiete años, no se es viejo en absoluto. El hecho de que los campesinos se casaran pronto y tuviesen un hijo tras otro era asunto suyo, pero cuando llegaban a los treinta años, el camino ya había llegado a su destino, con los dientes podridos, las manos callosas y la piel curtida por el sol. Su cometido en este mundo estaba más que cumplido y ya no pensaban en nada más. Por el contrario, mi misión acababa de empezar.

Cuando pasamos por la estación de San Remo, me vino a la mente la famosa carrera ciclista. Una vez, Ruggero me había llevado a una calle por la que discurría para verlos pasar, cerca de Tortona. A la cabeza iba Alfredo Binda, el gran campeón. Llovía a cántaros y hacía un frío de perros, pero plantando cara al tiempo infernal, lo vi pasar a toda velocidad, como un héroe, en solitario, sin mostrar el menor síntoma de cansancio. El resto de los ciclistas llegaron mucho después; parecían agotados, pobres desgraciados... tenían que hacer todo el trayecto sin pararse una sola vez y sin pensar en la victoria, inalcanzable.

También yo me sentía como un corredor de una vuelta ciclista, sólo que aún me quedaban muchas etapas antes de llegar a la meta: la frontera, Francia y muchas otras. España quedaba muy lejos.

Por fin, el tren comenzó a frenar, vi las primeras casas de Ventimiglia y de repente, fui preso del pánico. Estábamos en la aduana, maldita aduana, maldito ojo violeta. Alcanzado el

primer destino, no me sentía preparado para nada. Salir expatriado clandestinamente no es una empresa fácil.

Ruggero me había advertido que tuviese cuidado al bajar del tren, que no siguiese el juego a quien me diese demasiadas confianzas o a quien me hiciese alguna propuesta extraña, aprovechándose de la desesperación de los hombres en fuga. En aquellos años, había muchas personas intentando pasar la frontera, muchos como yo, para entendernos, fichados por la policía fascista. Una policía que era una de las pocas cosas que funcionaba bien en aquella dictadura de escaparate. Además, en la estación habría también, seguramente, guardias fronterizos. Nuestra bella Italia era un continuo ir y venir de fugitivos.

Tenía que ser prudente, no llamar la atención, ser un hombre anónimo. Un cometido que, apartando mi inoportuno ojo, me resultaría muy fácil: en los últimos diez años me había convertido prácticamente en invisible.

Finalmente, el tren se paró. Ya no podía aplazarlo más, bajé del vagón confundíendome entre el resto de pasajeros, en medio de una familia de veraneantes con una manada de hijos, maletas y espuelas repletas de comida. Sin pararme a nada, entré en los baños públicos; estaba solo. Frente al mugriento espejo, observé reflejado mi rostro, el de un muchacho asustado. Me lavé la cara con agua congelada y, aún goteando, di unos cuantos pasos hasta sentarme en el banco situado junto a la salida trasera, siguiendo las indicaciones de mi padre. Después esperé. Hacía calor pero corría aire, cerca del mar siempre se mueve algo de brisa. En

los siguientes cinco minutos no vi a nadie, la estación estaba casi desierta, un lugar pequeño y sin límites. A lo lejos divisé a dos guardias; estaban de pie, charlando con el jefe de estación. De repente, me dio por pensar que estaban hablando de mí. Con los dedos temblando, comencé a liarme un cigarro. Nunca se me ha dado demasiado bien hacerlo y me salió un cilindro macizo y con demasiado tabaco. Me sudaban las manos y fumaba nerviosamente, aquello era una tortura. Esta allí sentado, solo, como un espía con la esperanza de no atraer la atención de los guardias de frontera. Sólo estábamos ellos y yo entre aquellas cuatro vías de mierda. Transcurrí los minutos siguientes azotado por el tormento de la indecisión y me asaltaron las dudas. ¿Me habría equivocado de banco? ¿O quizás hubiese otros baños? No, el lugar era el correcto, tenía que serlo. No es que estuviese muy acostumbrado a viajar, pero un retrete era un retrete en todas las partes del mundo.

Cruzó un hombre con paso rápido. Bajé la mirada, pero con el rabillo de mi ojo violeta busqué una seña suya, una respuesta cualquiera. No se paró, ni siquiera volvió la cabeza. Los guardias habían dejado de hablar y miraban hacia mí. Seguramente parecería un tipo sospechoso, allí sentado como un tonto, sin hacer nada, lo que es más, temblando como si fuese un conejo. ¿Qué espera aquel muchacho? Probablemente espera a su guía para pasar la frontera. ¡Cuántas preguntas! Mi corazón empezó a acelerarse y los guardias seguían mirando hacia mí. Uno hizo un gesto como diciendo que me dejasen en paz, sin embargo

el otro parecía más decidido. Estaban hablando, pero no se movían. Estaba tan tenso que, con largas caladas, no me di cuenta de que ya me estaba fumando la colilla. Me quemé los dedos. Justo cuando parecía que se movían para venir a interrogarme, desde el banco, vi llegar corriendo a una muchacha, derecha hacia mí, sonriendo alegremente. Era muy guapa y su rostro inspiraba confianza, o al menos, eso me pareció en aquel momento.

Cuando estuvo a pocos metros, me levanté.

—¡Mario! —gritó, rodeándome el cuello con sus brazos.

Me besó en la boca y me abrazó fuerte.

—Abrázame, Errico, llámame Rosa —me dijo, con un hilo de voz.

LUGARES DE PASO

AQUEL hombre de aspecto menudo y delgado dejó en la mesa una botella de vino blanco, pan, aceitunas, unas cuantas salsas de distintos colores y unos pequeños boquerones en aceite. Cortó unas gruesas rebanadas y las untó de mantequilla y cebolla, y posteriormente también les añadió el pescado encima. Rosa lo miraba con cariño. Seguidamente, comenzamos a comer.

Estaba bueno y el vino era aún mejor.

—Errico —me dijo el hombre, que se llamaba Giancarlo—, de momento estás seguro en esta casa, pero no puedes quedarte mucho tiempo, no es recomendable. En cuanto caiga la noche subiremos al molino de Torri Superiore. Allí vive un guía de confianza, alguien que no traiciona a los compañeros. La luna acompaña y, si no hay ningún imprevisto, esta misma noche cruzarás la frontera. Mañana por la mañana estarás ya en Mentone.

—No sé cómo darles las gracias.

—Nosotros ayudamos a los compañeros. Siempre lo hemos hecho y seguiremos haciéndolo mientras haga falta. Ahora bien, si ocurre cualquier eventualidad, olvida nuestras caras, los nombres no importan.

No sería fácil olvidar aquella cara, aquellos ojos, dos rayos negros en un rostro alargado e insensible, surcado por profundas arrugas, tan profundas que se podría jugar a las canicas en ellas. Giancarlo debía de haber vivido junto al mar durante años. En cambio, Rosa tenía una tez clara, una piel

delicada iluminada por su sonrisa, de una dulzura natural. Tendría más o menos mi edad, era su hija y, entre los dos, ayudaban a los clandestinos a pasar la frontera. Pero para ellos no era sólo una cuestión política: era su trabajo, desde generaciones atrás. Ayudar a exiliados y traficantes de cualquier tipo. Al calor de la cocina me sentía seguro; aquellos extraños seres humanos no sabían prácticamente quién era y me habían acogido asumiendo el riesgo y el peligro inherentes a ello. Sin hacer preguntas, sin dar explicaciones, sin pedir nada a cambio. Era algo incomprensible para mí, que desde hacía años vivía rodeado sólo de rencor.

Al otro lado de la ventana, el sol se iba poniendo lentamente y nosotros, una vez terminamos de comer, estuvimos listos para irnos. Salimos de la casa, aún hacía calor. Ventimiglia dejó pronto paso al campo, con pocas casas y huertos invadiendo las primeras terrazas. Seguimos un camino secundario que subía hasta las colinas; caminábamos rápido, con la inquietud de quien está obligado a esconderse de los ojos de la gente. Giancarlo, o como se llamase realmente, abría el camino, yo iba detrás y por último, Rosa, cerrando la fila.

Al recorrer el camino en subida, la bolsa me parecía más pesada. Los senderos de tierra eran parecidos a los que había visto por la ventanilla del tren a lo largo de la costa, pero al hacerlos andando daban la impresión de ser más empinados.

Tras una hora de camino, llegamos al pueblo de Torri Superiore. Allí no había ni un alma, pasamos en silencio entre las pequeñas casas de piedra y avanzamos hacia otra zona de casas. El viejo molino estaba algo más distante, próximo a un pequeño afluente del Roia, el río que daba nombre al valle siguiente. Parecía deshabitado, pero al mirar con atención hacia dentro, se podía vislumbrar la tenue luz de una vela.

Giancarlo llamó a la puerta con tres toques rápidos, probablemente, una contraseña. Tras unos pocos segundos de espera, abrió un hombre grueso y corpulento.

Una especie de gigante. Parecía un jefe guerrero de alguna tribu germánica de la antigüedad. Llevaba unos gordos pantalones de trabajo y una camisa marrón abierta en el pecho, amplio, robusto y peludo. Tenía el pelo largo hasta los hombros y rubio, pero un rubio opaco, polvoriento, entumecido por el tiempo y la suciedad. Con un gesto, nos dio a entender que podíamos pasar. Dentro de la casa hacía fresco y carecía prácticamente de muebles: sólo había una vitrina y una gran mesa junto a la chimenea apagada, llena de botellas de vino vacías. De la pared colgaban una escopeta de caza y varias tijeras de podar que parecían pertenecer a la muerte en persona.

En medio de la habitación, roncaba una cabra.

Me quité la bolsa y me senté en un banco. Estaba muy tenso. Y él se dio cuenta, porque antes de comenzar a hablar, nos sirvió vino tinto, a los tres. Me miraba fijamente frunciendo el ceño, como para comprender qué tenía que

hacer y con quién. Su cara era tan ancha como el resto de su cuerpo, pero los ojos, escondidos en parte por el cabello, eran pequeños, claros y luminosos. Cuando te miraba fijamente, parecía que te estuviese apuntando con una mira. «Dispárame y terminemos con esto de una vez». No obstante, insistía en mirarme fijamente mientras se acariciaba el denso bigote, bajo el que asomaban dos labios carnosos con una colilla apagada, que no encendía nunca.

Rosa rompió finalmente el silencio, algo que yo nunca me hubiese atrevido a hacer.

—Te hemos traído al muchacho.

—Ya lo veo, no me he quedado tonto del todo. ¡Bien hecho! Aquí está el muchacho —gritó groseramente, volviéndose hacia la pared—, pero tened cuidado vosotros dos. Parece un muchacho, pero en realidad no es tan joven —añadió el hombre.

Nadie se atrevió a decir nada más. Entonces, nuestro anfitrión dejó de interesarse por nosotros y empezó a forcejear con una pitillera de plata que no presentaba la más mínima intención de abrirse, un objeto elegante y valioso que desentonaba con todo el resto de la casa. Rosa entornó los ojos, adormeciéndose por un instante. Giancarlo seguía en el rincón, pensando.

Yo, por mi parte, bebía el vino que me había servido.

—Decía que parece un muchacho. No os dejéis engañar, éste ya es un hombre. Debe tener cerca de veintisiete años, ¿me equivoco quizás? —se volvió hacia mí mientras comenzaba a perder la paciencia con la pitillera.

—No te equivocas —contesté avergonzado.

—Entonces ya eres un hombre, eso está claro. ¡Qué narices! Ya deberías tener hijos, una familia a la que cuidar, yo qué sé... un trabajo, compromisos en el pueblo. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Qué te trae por estos montes? ¿Qué haces aquí con nosotros, que somos unos bandidos?

—No —respondí—, no tengo hijos.

—Déjame el cuchillo —pidió el hombre al presunto Giancarlo—. Te habría reconocido entre miles —dijo, encajando la hoja afilada en la pitillera—. Tienes la misma cara, la expresión de tu padre, el porte de los Nebbiascura. Es cierto que el ojo es una faena, se ha vuelto bien oscuro. Cuando naciste era mucho más claro, era casi gris. Parecías un demonio, tiene que ser algo de familia, entonces. Me acuerdo de tu abuela, recuerdo bien a esa bruja.

Giancarlo sonreía.

—Él te conoce —explicó Rosa con tono comprensivo.

Yo miraba a aquella especie de ogro con la boca desencajada, sin comprender qué estaba diciendo. Se oyó un ruido seco.

—¡Ah, Dios! Al fin, la pequeña fiera, ha cedido, ha llegado la hora de dar unas caladas como Dios manda. —Y tiró a la cabra la vieja colilla que tenía entre los labios—. ¿Cómo está el Diavul? Hará más de veinte años que no lo veo.

—¿Mi padre?

—¿Quién si no? ¿Cuántos Diavul conoces? ¿El Piamonte está lleno de demonios o qué? En esa tierra de bandidos, excéntricos, balas perdidas e hipócritas, ¿hay alguien como

él? Bueno... a decir verdad, hace algunos años había más de uno.

—Está bien, mejor que antes.

—Ya lo creo, ¡diablos! Debe haber sido duro dejarte marchar, pero ha tomado la decisión correcta. Hay que irse de esta Italia de mierda cuando aún se es joven. Puto país de mierda repleto de gente miserable... ¡Mírate! Tú aún estás a tiempo... Te quiere mucho tu padre, muchísimo, en serio. Recuerdo que cuando naciste estaba tan feliz como sólo puede estarlo un padre orgulloso de su primer hijo. ¡Un varón a la primera! Me dio mucha envidia aquella mirada, estaba llena de vida. Sin embargo yo, maldito destino canalla, en aquellos tiempos tenía otras cosas que hacer... pero yo también tengo arrepentimientos, no te creas. Los hijos, la tranquilidad, alguien que te espere. Todo el mundo se arrepiente de algo. Y yo tengo tantos como el resto, igual que todo el mundo, exactamente igual.

—Entonces, me conoces.

—¡Ya lo creo que te conozco! Te he visto nacer, hijo. Tú no te acuerdas, porque eras aún muy pequeño cuando me mudé aquí y me quedé para siempre. Con esta maldita gente de Liguria —e indicó con la mirada a Giancarlo y Rosa—. Por necesidad o quizás porque quise, como comprenderás. Pero debes saber que tu padre, Iván y yo éramos como hermanos, hermanos de verdad. Siempre juntos, inseparables. Éramos jóvenes, fuertes y entonces guapos, sobre todo guapos. ¡Válgame Dios, yo era guapísimo!

El fornido hombre esbozó una triste sonrisa.

—E Iván, mi querido amigo, mi hermano al que me han matado como un perro, parecía un auténtico dandi escoltado por dos bandoleros: el moreno y el rubio. Pero eso no podía durar para siempre, cada uno escogió su camino. En aquella época, el mío se volvió muy peligroso y tuve que partir. Me pasó un poco como te ha pasado a ti.

Sus ojos perdieron la dureza acostumbrada y se llenaron de melancolía.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, aprovechando su pausa.

—Eres demasiado descarado, Errico. ¿Por qué tendría que decirte mi nombre? ¿No sabes que es peligroso?

De repente, su semblante adoptó una expresión muy seria.

—Eso es algo que no se pregunta jamás, el nombre. Sólo con pronunciar un nombre te pueden meter en prisión. Incluso se puede morir por una pregunta de ese género. El nombre es lo único que no te pueden quitar cuando la vida te da de lado, cuando todo se va al traste, el nombre es lo único que queda de un hombre. ¿Crees que mereces tanta confianza?

Y después se hizo el silencio, toda la sala quedó como inhibida en su boca. Me pareció un silencio eterno. El hombre comenzó a reír estrepitosamente y a continuación, frunció el ceño de nuevo, volviendo a servimos vino a todos. Dio un largo sorbo y se limpió el bigote.

—¡Bah!... yo tampoco tengo nada que perder, soy viejo y nunca he sido ningún sabio precisamente. Me gustaría que

te acordases de mí cuando estés en España. Querido Errico, mi nombre es Comunardo.

¡Comunardo! Dios mío... creí que me desmayaba.

¡Comunardo Cantalupo! Aquel nombre era una leyenda de mi infancia... cuántas historias me había contado mi padre sobre él. Creía que estaría muerto o pudriéndose en alguna cárcel. Era el tercero de los tres amigos que lucharon en las barricadas de Milán de 1898. Sólo que él, tras la masacre, ya nunca volvió al pueblo y emprendió un viaje por toda Italia con varios grupos de anarquistas y socialistas más exaltados. Sabía que durante años, Comunardo había estado en busca y captura por la guardia real. Hasta tenía un buen corte en la cabeza a consecuencia de aquello. ¡Comunardo! El auténtico demonio del valle, junto al Diavul. Porque él también estaba de nuestra parte; vivía en Pavone, un pequeño pueblo situado sobre la confluencia de los ríos Tanaro y Bormida, hijo de un anarquista del lugar que se había casado con una socialista alemana. Comunardo era el peor de los tres amigos, o el mejor, depende de cómo se mire. Un subversivo peligroso, un bandido, según el resto del pueblo. En plena dictadura fascista, después de tantos años, aún se murmuraba que era responsable de misteriosos actos manchados de sangre, motines, atentados, asaltos. Según las malas lenguas populares, Comunardo era capaz de todo. Era el espectro furioso del valle y, cada vez que acaecía un hecho oscuro, alguien susurraba su nombre, qué aparecía para después desaparecer de nuevo. Y de repente me lo

encontraba ahí delante, al Comunardo. Era precisamente él quien debía pasarme a Francia. Comunardo Cantalupo.

Es extraño el destino... es posible que estuviese ya todo escrito, allí, en alguna parte.

Querido sobrino, es importante que te cuente todos estos detalles, porque en esa sala mal iluminada, sentí de nuevo la existencia de un vínculo, un vínculo difícil de cortar. Un hilo rojo que unía las vidas de los Nebbiascura. Las historias de mi padre, sus seres queridos y sus recuerdos pasaban a servirme como apoyo y consuelo en el duro trayecto que estaba a punto de emprender. Esas historias me daban fuerza. Al escucharlas, me sentía menos solo, porque eran el fruto de años de lucha que no se habían combatido en vano, de dignidad y de orgullosas revanchas, difíciles de enterrar. En aquella cocina de esa casa perdida en mitad de los montes de Liguria, sentí que el destino y la voluntad se entrelazaban como las ramas secas de las parras, cuyo crecimiento es aparentemente casual pero que, por el contrario, siguen un diseño concreto. En invierno parecen al borde de la muerte, abandonadas y cansadas, pero en primavera despiertan con fuerza, cuando su florecimiento deja claro el porqué de una trayectoria y no de otra: para buscar el sol, la luz o el aire, gobernadas por el simple y puro propósito de seguir viviendo. Yo seguía inmerso en mi largo invierno, pero el hilo enmarañado de las historias pasadas estaba dispuesto a reavivar una nueva primavera. Sólo había que esperar.

—Te pareces a tu padre, ¿sabes? Aparte de ese ojo del demonio. Eres robusto, vigoroso y con buenas espaldas; además, tienes la misma sonrisa, la misma mirada orgullosa. De Ruggero casi ni me acuerdo, de tanto tiempo que hace que no lo veo, pero su mirada la tengo bien presente, inspiraba confianza. —Comunardo hizo una pausa—. A veces pienso en nosotros, dos viejos amigos, en nuestra vejez llena de soledad. Me gustaría volver a verlo algún día. Solos él y yo, recordando al gran Iván y nuestras aventuras de juventud, cuando no teníamos miedo a nada. —Después miró a Giancarlo—. Su padre es la única persona que sabía dónde me había refugiado —dijo—. El único en el que confío sin reservas. Y esta noche guiaré a su hijo, a este buen muchacho de aquí, hasta el otro lado de la frontera. Será una noche memorable, podéis jurarlo. Brindemos otra vez... que siempre es un buen augurio.

Todos bebimos a grandes sorbos. Me comenzaba a dar vueltas la cabeza, llevaba todo el día bebiendo vino y comiendo nada y menos. Comunardo se limpió la boca con la mano derecha.

—Espero que tú tengas aunque sólo uña pequeña parte del valor de tu padre —añadió—, porque esta noche te será de gran ayuda. No vamos a hacer una acampada al monte. Querido Errico, créeme, nos pueden hacer mucho daño.

*

El paso era seguro. Comunardo y yo caminábamos en medio de la oscuridad, iluminados sólo por la luz de la luna. Antes de partir, me había explicado detalladamente cómo

tenía que comportarme, con pocas palabras, pero suficientes: lo único que tenía que hacer era seguirlo. Estaba prohibido hablar, sin excepciones. En caso de necesidad, debía golpearle suavemente en el costado con el bastón. Todo lo demás ya lo habría pensado él, que llevaba haciendo aquello desde hacía casi veinte años.

Comunardo pasaba a Francia a un montón de gente. Los senderos de montaña entre los dos Estados siempre habían sido mudos testigos del movimiento clandestino, pero ahora, con el triunfo definitivo de la dictadura fascista, el trabajo aumentaba cada día más. Cada semana llegaban fugitivos de toda Italia y, cuando la necesidad es tanta, siempre hay quien se aprovecha de ello: delincuentes, bandoleros buscando dinero fácil pero, sobre todo, gente improvisada y desprevenida, que es la más peligrosa porque, a causa de su estupidez, te llevan a la muerte. Eso decía él y yo le creía ciegamente.

Con Comunardo estaba a salvo. Se le consideraba el mejor o, por lo menos, eso me confesó Giancarlo antes de conocerle. Durante diez años, trabajó con el Fosco, un viejo guía de Taggia que le había rebelado muchos secretos de la montaña y, aunque Comunardo prefería normalmente pasar a Francia a exiliados políticos, tampoco tenía demasiados escrúpulos a la hora de pasar contrabando. Ya que se cruza al otro lado, lo mismo da llevar cualquier cosa.

Comunardo estaba al margen de la ley, fue el primer bandido al que conocí.

Existían decenas de senderos que llevaban a Francia a través de la montaña. Algunos bastante transitados por fugitivos y contrabandistas, otros, mucho más remotos y dificultosos. Comunardo los conocía todos y sabía bien cuáles eran los más concurridos. Los guardias de frontera italianos estaban alerta y nunca se podía estar seguro de qué recorrido seguir; había que tener sangre fría y paciencia, y Comunardo parecía tener ambas cualidades.

Tras una media hora de camino, todo en subida, paramos a sentarnos. Estábamos en el lado más despejado de la montaña, de modo que debíamos seguir el camino con más cautela que hasta entonces. El guía observaba en silencio el valle que se extendía a nuestros pies, intentando vislumbrar algo en aquella extensión de rocas silenciosa y oscura que a mí no me decía nada. A lo lejos asomaba el mar. La pequeña llanura negra se veía interrumpida sólo por pequeñas luces solitarias, quizás de pescadores. Pero entonces no podía saberlo, era todo demasiado nuevo para mí, nuevo y desconcertante.

Mi guía aprovechó la pausa para comerse un trozo de queso seco mientras yo, tenso como la piel de un tambor, seguía bebiendo de la bota. Me sentía la boca llena de arena.

Comunardo comía en silencio y, con el más nimio ruido, le cambiaba el semblante, escuchando al viento y todo aquello que traía. Cuando terminó el queso, retomamos el camino. Justo al llegar a la cresta de la montaña, vimos luces en movimiento a unos centenares de metros hacia abajo.

Me indicó con la mano que me echase al suelo y él hizo lo mismo. Las luces avanzaban en fila india, como tristes insignias de una procesión devota. Serían seis o siete personas.

—Tenemos que cambiar de camino —me dijo con un hilo de voz.

Retrocedimos por el sendero que ya habíamos recorrido.

Fue una caminata larga. Descendimos por la cresta para volver a subir la montaña por otra dirección, aún más inclinada y oscura, rodeada de grandes árboles y terrenos donde parecía que sólo crecían las piedras. A veces, sentía la presencia de pequeños animalitos nocturnos en nuestro camino, aunque no vi a ninguno, ya que al aproximarnos desaparecían rápidamente adentrándose en el bosque. Aquellos ruidos, aquel intangible susurro de la hierba, no hacían otra cosa que aumentar mi inquietud. Todo podía representar un peligro.

Estaba exhausto.

Atravesamos montañas estrechas y oscuras, tan antiguas como la raza que las habita, cargadas de Historia y azotadas por las maldiciones. Hogar de refugiados, de brujas, de tontos del pueblo que en un momento de ira incontenible se convierten en asesinos. No hace falta demasiado para que esto ocurra.

Por si no estuviese ya bastante impresionado por mí mismo, de repente vi a aquel búho, o quizás fuese un mochuelo, un enorme mochuelo blanco. Estaba apoyado en una rama en mitad de un árbol y nos miraba con aquellos

enormes ojos abiertos de par en par. No nos tenía miedo, nos miraba inmóvil, la firmeza de su mirada era un presagio.

Quizás me sugestioné yo mismo, quizás... pero no lo creo.

Sentí lentamente cómo me subía un escalofrío por la espina dorsal, pero pensé que era sólo el miedo y seguí caminando. El mochuelo no se había movido ni un milímetro. Comunardo no le prestaba atención; al fin y al cabo, sólo era un animal, aunque él también parecía estar nervioso, como si hubiese perdido toda su seguridad en un momento. El dolor siguió ganando cada vez más intensidad, subiendo violentamente hacia la nuca para convertirse después en una especie de latigazo. Caí al suelo temblando y dejé de controlar mi cuerpo, que se agitaba como una marioneta rota. Tumbado en la tierra, no conseguía respirar. Cuando se percató de que algo no iba bien, Comunardo supo cómo actuar. Me cogió por atrás, con la mano derecha me sujetaba la cabeza mientras con la izquierda me tapaba la boca para impedir que gritara. Con su peso me apretaba contra la tierra en un intento de frenar las convulsiones.

Oímos una rápida ráfaga de disparos.

—Tranquilo, Errico —me dijo Comunardo, con la boca pegada a mi oído—. ¿Qué te está sucediendo? Aquí no hay peligro, estamos lejos, ¡a salvo!, ¡estamos a salvo, Nebbiascura loco!

Temblaba cada vez más fuerte, el dolor era terrible. Los fuertes brazos de Comunardo me apretaban, pero no conseguía dejar de temblar. Volvieron a oírse nuevos

disparos, seguidos de unos gritos de desesperación a lo lejos. Continuos y desgarradores, los estaban matando.

Los disparos cesaron, ya no podía suceder nada.

Había alcanzado el culmen del dolor, lo peor ya había pasado.

Al sentir que disminuía la tensión, Comunardo me soltó y se tendió a mi lado, volviéndome a hacer señas de que guardase silencio. Tras pasar algunos minutos en aquella posición, se puso en pie de nuevo. Yo seguía tumbado y lentamente recobraba el control de mis nervios. Sacó de su bolsa una pequeña petaca y me la pasó.

Le di un buen sorbo, pensando que era agua, y una llamarada de calor se apoderó de mi estómago. Tenía que ser grappa; era muy fuerte, nunca había tomado una bomba como aquella.

—No nos pueden volver a oír, Errico. Levántate.

Lo hice, en silencio. Comunardo seguía moviéndose cautelosamente, pero parecía aturdido. Me miró pensativo.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—¿Nunca te había pasado algo así?

Asentí.

—¿Cuándo?

—La noche que mataron a Iván.

Comunardo me miró, frunciendo el ceño. Después negó con la cabeza.

—Cuando estabas temblando, Errico, mientras temblabas...

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres decir?

—Cuando estabas temblando, tu ojo era como, como si ardiese... parecía que estuviese en llamas. Parecía mirar directamente al infierno. —Comunardo escupió al suelo—. Creo que te pareces a tu abuela —siguió mascullando—. Aquella mujer sentía cosas que los demás no pueden sentir y a ti te pasa lo mismo. Me temo que has heredado ese don, porque no sé si es un don o una desgracia, Errico. Lo has heredado y punto. Hay cosas en las que es mejor no indagar. Las respuestas siempre serían peores que las preguntas.

Tras otro minuto de silencio, nos levantamos y continuamos nuestro camino a lo largo de aquel sendero pedregoso. Estaba tan agotado que perdí todo interés en lo que pudiese suceder en el futuro; seguía el camino que se me indicaba sin pensar en nada, miraba al suelo sin levantar la cabeza en ningún momento. Había estado cerca del abismo, pero ahora, mi corazón me decía que el peligro ya había pasado y que llegaría sano y salvo a Francia. Lo sabía, el camino estaba trazado y libre de obstáculos.

Transcurrió más de media hora antes de que Comunardo volviese a dirigirme la palabra.

—Lo siento por aquellos pobres diablos, pero han hecho una auténtica locura. Quién sabe a qué canalla han contratado como guía, hay muchos insensatos sueltos dispuestos a hacer daño. Nunca se llevan luces cuando se cruza de noche, ni una sola luz, porque te ven a kilómetros

de distancia. Debían de ser forasteros. Aquí en la montaña lo saben hasta los niños, un guía experto nunca cometería un error de ese tipo, ninguno lo haría.

Asentí, el licor estaba surtiendo efecto y la certeza de estar en buenas manos había contribuido a calmarme. Sin embargo, la tensión, el miedo y el alcohol me habían revuelto el estómago y sentía unos intensos retortijones, se me clavaban en el vientre como cuchilladas. No podría aguantar mucho más, así que me armé de valor y se lo dije.

No parecía sorprendido por la noticia.

—Pues hazla ahora, no es cuestión de aguantársela dentro.

Retrocedí unos cuantos pasos y me bajé los pantalones. Fue una expulsión impresionante, dolorosa, pero definitiva. Mientras tanto, Comunardo seguía bebiendo de aquel maldito licor, hablando solo y haciendo muecas de asco.

Me observaba mientras defecaba.

—Se han dejado cazar como conejos. Pobrecillos. Y los guardias han disparado, les encanta disparar contra los fugitivos. Una vez me hirieron en la pierna con un proyectil, aquellos esbirros de mierda. No son siquiera capaces de cogerte con un disparo en la pierna. Al final no fue una herida grave, aunque tardé más de diez horas en volver a casa. A pesar de todo, a nosotros nos ha venido bien, después de la cacería los perros del patrón se darán por satisfechos. ¿Has terminado ya de defecar?

Había terminado, lo único que me había quedado en el intestino era el malestar. Me limpié con un par de hojas.

—¿Han matado a alguien?

Comunardo me miró con un gesto grave.

—Creo que sí, aquellos gritos eran de un hombre herido gravemente, o quizás más de uno.

Finalmente, el sendero comenzó a descender mientras las primeras luces del alba iluminaban el mar, sosegado y majestuoso. Cada vez parecía estar más cerca.

Ayudados por la gravedad, nuestro paso ganó decisión mientras el aire fresco de primera hora de la mañana actuaba como tónico para nuestros sentidos agotados. Ya había amanecido y, aunque estábamos casi al descubierto, Comunardo caminaba tranquilamente. Por un instante me pareció que silbaba alegremente.

Al final del camino se podían divisar las primeras luces de casas, casas francesas.

Nos detuvimos a sentarnos bajo un árbol.

—Errico, escúchame bien. Aquí ya estamos en el campo de detrás de Mentone y ahora, nos tenemos que dividir. Yo me volveré a casa mientras tú te quedarás aquí sentado entre los árboles durante, al menos, otra hora. Aprovecha para descansar un poco y, cuando veas a la gente del pueblo salir de las casas, mézclate entre ellos y dirígete hacia la estación de tren. Está justo al final de esta calle, no tiene pérdida. Los gendarmes franceses no se preocupan demasiado de los que ya han pasado la frontera, pero siempre es mejor intentar no llamar la atención. Además, hay otra cosa... no sabes hablar su lengua y no te será fácil explicarte. Toma esto, es un billete para Montpellier, una

gran ciudad que está de camino a la frontera. Desde allí, coge la correspondencia hasta España.

—No puedo aceptarlo, cómo lo hago para... —dije verdaderamente avergonzado.

—No digas tonterías, Errico, no es el lugar ni el momento apropiado para hacer cumplidos.

—Déjame al menos pagártelo.

—No, considéralo un regalo de un viejo amigo. Guárdate el dinero para cuando estés en España, te hará falta.

—Pero quiero pagártelo, en serio.

De repente, vi envejecer a Comunardo ante mis ojos. Esbozó una tímida sonrisa, teñida de una tristeza infinita.

—Errico, déjalo, es inútil. Tú no puedes ni imaginar la alegría que me has dado esta noche. No puedes... ¿entiendes? Habría dado un brazo sólo para estar contigo una sola vez, para ver al hijo de Ruggero, mi gran amigo, mi amigo perdido. ¿Entiendes, muchacho?, ¿lo entiendes ahora? Yo soy un hombre que vive atrapado en el pasado, que cree en el pasado y que aflora cada minuto de su vida. Todas las noches me atormentan dolorosas pesadillas repitiéndome obsesivamente que me he equivocado en todo lo que he hecho en mi vida. De ahora en adelante, el recuerdo de este viaje endulzará un poco mi vejez, me acompañará para siempre, Errico. Dará significado a mi vida, podré decirme que mis decisiones no han sido una desgracia y que los compañeros que han muerto lo han hecho por una razón y no por nuestra insensatez.

Con la cabeza baja, ocultando su rostro, Comunardo le dio otro sorbo a la petaca.

—Y ahora escúchame bien —continuó—. Cuando llegues a Barcelona ve al Raval y busca la hostería del Rat Negre. Una vez allí pregunta por Adriá, es el propietario. Es un hombre de confianza, un compañero y un antiguo hermano. No digas nada y dale esto.

Comunardo me pasó una carta sellada.

—A él en persona, ¿entiendes? Sólo a él. El mundo está lleno de espías y tú aún eres un muchacho muy ingenuo. Intenta estar alerta y salvar el pellejo, tu padre se moriría. Y ahora vete, suerte.

—Sí, Comunardo, ya me voy pero... una última cosa.

—Dime.

—¿Qué es el Raval?

—¿Qué es el Raval? Eres un auténtico Nebbiascura, orgullosos y cabezones. Es una zona, cabrón, un barrio.

Me dio la mano, riendo satisfecho.

Mi nueva partida estuvo acompañada por otro adiós. Tras despedimos, Comunardo desapareció. Me volví varias veces para ver si conseguía distinguir su figura en el horizonte de las primeras colinas, pero no volví a verlo.

Una vez transcurrida la hora de espera, me mezclé entre los lugareños sin hacerme notar. En realidad, nadie reparó en mí: los campesinos y los obreros, con cara de sueño, se dirigían hacia sus respectivos puestos de trabajo. Y muchos

de ellos iban también a la estación, un cruce de caminos obligado para el pueblo que no tiene tierras.

Comunardo había pensado en todo, así que no tuve que esperar demasiado para coger el tren. Me senté en clase turista, rodeado de trabajadores franceses. Sus conversaciones me envolvieron, aunque comprendía bien poco y me importaba menos.

Hacía dos noches que no dormía, de modo que en cuanto el tren se puso en marcha dejando atrás la pequeña estación de Mentone, me invadió finalmente la tranquilidad y me venció el cansancio acumulado. Apoyé la cabeza en la ventanilla, sin preocuparme por la suciedad ni los continuos brincos y, acunado por las rítmicas conversaciones, me sumí en un profundo sueño.

Hasta que una mano me despertó. Era el revisor, un hombre de rostro sincero y cordial que, en su lengua, me pidió el billete. Hurgué en los bolsillos del pantalón y se lo di. El lo agujereó con una especie de maquinita y me dio las gracias. Era amable, pero yo no estaba acostumbrado a la amabilidad, ni ustedes lo estarían en mi lugar. Aún medio obnubilado por el sueño, miré alrededor. No quedaba ninguno de los antiguos pasajeros.

¿Cuántas horas habría dormido? Desde que mi padre me había comunicado su voluntad de que partiese no había dormido. Fue como despertarse bruscamente de un sueño, descubriendo que la realidad es más apasionante y peligrosa que cualquier fantasía. En el tren, rodeado de desconocidos

y en una tierra extraña, no podía volver la cabeza y dormir de nuevo.

Esperé a llegar a la próxima estación para comprender por dónde íbamos, era un pueblo con nombre francés, al que le siguió otro parecido, y después otro. El viaje pasó rápido. Vi colinas y llanuras, pueblos en la costa, prósperas ciudades llenas de gente y de luces y lugares desolados, silenciosos como la tierra de noche.

Atravesamos ciénagas que despedían un olor acre, campos cultivados y prados llenos de vacas, unas vacas gordas y bien cuidadas. En realidad, mis recuerdos son confusos, ya que Francia, con toda su belleza, pasó por delante de mis ojos como un relámpago.

Tenía otras cosas en la cabeza.

Aún tiemblo al recordar aquellas primeras horas transcurridas en Francia, aún prende mi llama, tenía mucha fuerza y la sentía crecer a medida que se aproximaba España. Que no era sólo la meta última de mi viaje, España representaba también mi redención.

Mucho más que una simple esperanza.

Cuando llegué a Montpellier bajé del tren. Comunardo me había dicho que cogiera el enlace. No era difícil, sólo tenía que decir España y cualquier persona comprendería mi destino, era cierto.

El tren salía en tres horas y tuve que ingeniármelas para pasar el tiempo. Decidí tomar algo de beber.

El bar de la estación daba asco y apestaba a humo. Sólo había hombres, la mayoría con un aspecto hostil, todos

obreros. Me acerqué a la barra y pedí medio litro de vino tinto a una chica sin dientes, vino era una palabra internacional. Sentado en la incómoda banqueta de madera me asaltó de nuevo la melancolía y pasé las tres horas de espera bebiendo y fumando tabaco francés. Un hombre puede estar en cualquier lugar todo el tiempo necesario si tiene de beber y de fumar.

Cuando subí al vagón, no había demasiados pasajeros, pero seguía haciendo calor. Abrí la ventanilla y me asomé para tomar el aire. Era ya mediodía, el viento del mar limpiaba los banquillos de la estación, confiriéndole un aspecto casi hermoso. El tren me sorprendió partiendo de improviso. Estaba llegando otro tren en el andén de al lado y también en ese había mucha gente apoyada en las ventanillas.

Fue como una aparición, un momento con el que había soñado y que había imaginado durante años. En el silencio de mi espera obligada, incluso había representado aquella escena. A veces me asalta la duda de que ocurriese realmente, porque quizás me lo haya inventado, también podría haberlo hecho.

No siempre confío en los recuerdos, siempre es bueno albergar dudas.

Lo vi y enseguida supe que se trataba de él.

Mi amigo, mi gran y único amigo.

—¡Antonio! —grité con toda la fuerza que tenía en el cuerpo.

Alzó la cabeza y me reconoció al instante. Estaba mucho más que sorprendido.

—¡Errico, hermano! ¿A dónde vas? ¡Dios mío, Errico!

—A España, amigo mío, a España.

Antonio no conseguía articular palabra. Estaba inmóvil con la boca abierta y los brazos colgando por la ventanilla, hasta que explotó en un grito de alegría.

—Vuelvo a Italia, Errico, vuelvo a casa.

Los sonidos del tren apagaban las palabras mientras que los brazos de Antonio se extendían en un vano intento de tocarme. Nos separaban pocos metros, pero de nuevo nuestros destinos estaban irremediabilmente marcados.

Él volvía al lugar del que yo escapaba.

—Volveremos a vernos, hermano, te juro que nos veremos de nuevo —gritó Antonio—. Te lo juro.

Pero su voz ya se perdía en la distancia.

—Yo también, Antonio. Yo también... —respondí entre lágrimas.

Ya no podía oírme.

BARCELONA

FUERON años marcados por las celebraciones y el furor.

La mañana que llegué a la estación de Sants, aún no podía ni imaginar el rumbo que estaba tomando mi vida. Estaba cansado, con un aspecto descuidado y la cabeza llena de pensamientos. La última mirada de Antonio grabada en la memoria, su grito, mi miedo de soledad.

¡Dios de mi vida! Debí haber comprendido que aquella ciudad me cautivaría.

Estaba todo muy claro, desde los primeros minutos.

Desde Montecastello a Barcelona, con la bolsa a la espalda y ganas de romper con la vida que dejaba atrás. Y acababa de llegar al cielo, un cielo que parecía transportarte con su belleza y luminosidad. Intranquilo de día, agitado por los vientos y lánguido cuando se echa la noche y el perfume del mar se adueña de las colinas.

Barcelona no era una ciudad como las demás, no tenía nada que ver. Era una mujer, una ramera y una santa al mismo tiempo. Barcelona era todo aquello que alguien pudiese desear. Sabía cómo incitarte y rechazarte, te escuchaba de forma seductora y después te abandonaba al miserable destino de los amantes traicionados. En su vientre, ajetreado, húmedo y hediondo, se escondía la complejidad del mundo que vive consciente de que no es eterno y disfruta cada momento como si fuese el último: el pecado y la virtud, hombres y pensamientos que se persiguen, futuro y tradiciones sin futuro. Destinos

inconfesables, dispuestos a enfrentarse con una violencia inaudita.

Podía ocurrir cualquier cosa con sólo pasear una tarde cualquiera de mediados de verano por sus estrechos callejones, siempre con toda aquella gente por la calle, gritando y rebosante de fuerza. Una ciudad mágica, fascinante y tentadora, que sabe cómo hacerte feliz, pero también cómo inducirte al engaño, haciéndote depender de ella como tormento.

Amaba Barcelona.

Amaba los bares, las hosterías ruidosas, los viejos barrios proletarios que se alzaban tras la catedral, llenos de obreros, de artistas y de malhechores. El barrio gótico, el Raval, incluso el sucio barrio chino, con todas las prostitutas consumidas por los años y acompañadas por proxenetas elegantemente engominados y perfumados como tangueros, que nunca te niegan una sonrisa con sus dientes podridos. Las prostitutas tristes, enamoradas de los pistoleros, aquellos a quienes nunca se debe mirar a los ojos porque en una monótona tarde soleada podrían incluso apuñalarte sólo para pasar el rato. Tanto en el aburrimiento de las tardes como en el caos de las noches llenas de alcohol y furia, aquellas cuyo final no es fácil prever con anticipación.

Sus noches eran infinitas. Amaba el bullicio humano de Las Ramblas, las luces de las cafeterías abiertas hasta la madrugada, llenas de trabajadores desayunando silenciosamente junto a los últimos supervivientes de la

juerga nocturna. Amaba el mar, su gente y sus oficios, su cálido carácter.

Yo era un hombre de montaña, no estaba acostumbrado a los horizontes sin final, a la falta de barreras que preservaran la vista y la imaginación, que protegiesen de la continua percepción de la imposibilidad del infinito. Y como hombre de montaña, nunca he dejado de maravillarme ante la belleza del mar, de tenerle miedo, porque toda aquella agua imponiéndose delante parece estar colocada aposta para recordarte lo pequeño que eres en comparación con ella.

Un hombre insignificante perdido en el mundo.

También estaba el catalán, una bonita lengua aquella. En Barcelona hablaban de modo muy familiar. Fui capaz de entenderlo pronto, cuando apenas había bajado el pie del tren ya conseguía comunicarme, interpretando a mi manera aquella entonación rítmica y explosiva. Al principio me hacía reír, porque en algunos momentos parecía latín —o al menos eso me parecía a mí, que no entendía nada de latín tampoco—; en otros me recordaba al dialecto que hablan en Milán y otras veces me parecía piamontés de los valles más cercanos a Cuneo. Una buena mezcla, pero toda de elementos familiares. Lo aprendí en pocos meses y después seguí también con el castellano, el español que todos conocían y que hablaban en el resto de regiones. Pero es inútil que haga más florituras: lo que más me gustaba de Barcelona era su gente. Un pueblo valiente y prudente, con algo ancestral aunque no llegue a comprender de dónde

viene, capaz de brindar una gran acogida, una auténtica y real hermandad que demuestra merecerse un poco de confianza. Yo me la merecía.

¡Diablos que si la merecía! Había vuelto a nacer en aquellos primeros meses.

Nunca habría traicionado a mi nueva ciudad.

Me gustaba la comida, el pescado de los arrabales costeros, los moluscos en aceite, el bacalao cocinado de mil modos distintos, la carne y los embutidos del interior, de la sierra, una especie de longaniza parecida al salami que hacen en los montes de Pavía. Me gustaba su vino, intenso y oloroso, más fuerte que nuestra Barbera y que, si no estabas atento, te hacía dar vueltas a la cabeza como una noria. Me gustaba comer en el barrio proletario de Gràcia, mezclándome entre los trabajadores, en los viejos tugurios de los pescadores de la Barceloneta, o en las terrazas de Montjuïc, en lo alto, observando cómo toda la ciudad se perdía hacia el mar. Y me divertía pasear delante de los elegantes cafés del Paseo y de la Diagonal, con aquellos extraños palacios modernistas, como los denominaban los barceloneses cuando querían presumir de ellos. Edificios altos e imponentes, bastante extraños a decir verdad, llenos de balcones, de salientes, protuberancias, orificios, curvas y vidrieras de colores como las iglesias. Para un muchacho de pueblo, aquellos descubrimientos te dejaban con la boca abierta, pero había que despertar, porque el presente era aquel, mi nuevo mundo. Un nuevo mundo que me merecía tras diez años de fascismo y humillación, tras haberme

pasado la juventud como un exiliado en mi propia patria, como un vencido, un excluido, un marginado que no podía esperar ni una mirada.

Barcelona era una ciudad de verdad, ni Milán podía igualársele. Imagina la catedral, de tal tamaño que era imposible creer que estuviese delante, llegando a resultar incluso amenazadora, con sus dos altas y oscuras bóvedas. Quien quiera creer que existe un Dios, es justo a lugares como aquel donde debe ir a buscarlo, aunque sin demasiada misericordia, que no queda para nadie.

Con santos o sin ellos, lo cierto es que era un hombre que estaba en la flor de la vida, no podía asombrarme por tan poca cosa, al menos, no por una catedral ni por quien la visitaba, por todos aquellos hombres devotos de iglesia.

En Barcelona había de todo, todo tipo de gente. Había obreros de todas clases que se paseaban por la ciudad con los monos de trabajo, que por su forma y color dejaban adivinar a qué fábrica pertenecían. Después estaban los marineros, los artesanos, los comerciantes, los actores de teatro, los artistas, los borrachos y los artistas borrachos que eran, como siempre, la mayoría. También estaban los burgueses, los verdaderamente ricos y elegantes, fabricantes, banqueros y comerciantes. Vivían en casas señoriales y tenían coches lujosos, que alcanzaban hasta ochenta kilómetros por hora. Pero el auténtico descubrimiento fue otro.

La auténtica sorpresa fueron los anarquistas. En Cataluña eran, con diferencia, la gran fuerza revolucionaria, más que

los comunistas, que en realidad eran cuatro gatos, e incluso más que los socialistas, ¡muchos más!

Una masa independiente y al mismo tiempo organizada.

Pero es mejor que empiece la historia por el principio, por donde comenzó todo.

Cuando me bajé en la estación aquella espléndida mañana de verano, sólo tenía una cosa que hacer: buscar al contacto de Comunardo. Comí algo en un bar cerca de Sants y me dirigí sin demora al Raval, a la hostería del Rat Negre.

Pregunté a un transeúnte que con un vago gesto me indicó la calle que bajaba hasta el puerto. El Raval está cerca del mar, aunque no lo parezca porque sus calles son tan estrechas que apenas se consigue ver el cielo. Para mí, que venía de un pueblo en la montaña, era un ambiente totalmente nuevo, un barrio al mismo tiempo de mala fama, con ciertos rostros sacados directamente de prisión que te recomiendan. En Alessandria nunca había visto tantos, todos juntos, aunque es cierto que insensatos hay en todos sitios... nunca me he sorprendido ante la delincuencia, pero el Raval era otro mundo. Paseaba por las calles malolientes asustado y prudente, palpando el dinero cosido en el forro de los pantalones. Sólo unos cuantos meses más tarde pasearía por aquellos mismos callejones saludando e intercambiando unas palabras con cada vecino. Con prisión o sin prisión, con cuchilladas o sin ellas.

No me costó demasiado encontrar la hostería, todo el mundo a quien pregunté parecía conocerla. Cuando llegué delante de la puerta de entrada tuve como un

presentimiento, una especie de familiaridad instintiva; me pareció haber llegado justo al lugar donde alguien me estaba esperando desde hacía años.

Esperaban a Errico Nebbiascura.

Entré sin llamar la atención. Me senté en uno de los taburetes de la barra y pedí vino a una atrevida muchacha con cara huraña. Pronto sabría que su nombre era Dolores y que era de Toledo. Mientras esperaba ver aparecer al jefe, eché una ojeada alrededor.

De repente me di cuenta de que quienes frecuentaban la hostería eran sólo obreros, sobre todo del sector metalúrgico y textil. Bebían y comían con un gran alboroto. El ambiente era sereno, quizás un poco achispado, con grandes risotadas, palmadas y discusiones acaloradas. Tras pocos minutos llegó mi hombre.

Adriá, el administrador, tendría unos cincuenta años, semblante de tipo duro y manos callosas, de un hombre que antes de ser camarero seguro que había pasado el mismo tiempo en un taller. Era un catalán de los auténticos, con el rostro rectangular, pelo oscuro corto y patillas bien definidas, de aquellos que sólo hablan castellano cuando es realmente necesario.

Me presenté. No es que pareciese particularmente interesado en mi destino. Aun así, al principio me examinó con un gesto sospechoso, no debía de estar acostumbrado a entablar confianza con extranjeros, especialmente si tenían un ojo violeta y sólo hablaban italiano como yo. Además, tenía trabajo, secaba y colocaba los vasos mientras me

observaba de reojo. Aún esperé un rato más, bebiendo un poco más de vino. Cuando encontré el valor necesario, me bajé del taburete y le entregué la carta de Comunardo.

La cogió entre sus manos y la leyó con calma, sin apenas mover los labios. Sin embargo, en cuanto terminó de leerla, su actitud cambió repentinamente. Las líneas escritas en el folio eran pocas, nunca supe qué decían, ni siquiera meses más tarde, cuando Adriá comenzó a ser como un padre. Me miró con una media sonrisa y me dio la mano. Con aquel gesto el pacto quedaba cerrado. Sin tener que preguntarme siquiera qué necesitaba, me acompañó hasta una habitación situada sobre la hostería. Dijo que para empezar, podía dormir allí.

Era pequeña y sucia, con los techos tan bajos que cada vez que te levantabas de la cama parecía que te darías con la cabeza. Tenía una cama espartana, una cómoda coja, una silla y una vieja foto de Mijaíl Bakunin colgada en la pared. La estrecha ventana daba a un callejón oscuro y maloliente, donde orinaban familias enteras e incluso cagaban los viejos y los niños. A pesar de todo esto, me pareció la casa más bonita del mundo. Aquí, en este tugurio, siendo el invitado de un hombre taciturno, comenzó mi aventura en Barcelona.

Adriá no me pedía nada a cambio, no quería saber nada de mí. Pero yo no estaba acostumbrado a comer a costa ajena, así que a la mañana siguiente comencé a hacer trabajos en la hostería. Adriá estaba de acuerdo. A las órdenes de las cocineras lavaba, barría, cargaba las garrafas y me aventuraba en otras tareas realmente duras. Cinco o

seis horas de trabajo diario para corresponder a su hospitalidad. En el almuerzo y en la cena comía con los obreros, escuchando sus conversaciones lleno de curiosidad. No había que tener demasiada imaginación para comprender que aquel era un lugar frecuentado por compañeros, hombres que hablaban de Revolución sin medias tintas.

Y aquí fue donde la vi volver.

¡La Revolución! Me costaba creerlo, diez años de fascismo habían reducido mi imaginación a la de un cadáver reseco. Quedaba bien poco del joven e ingenuo entusiasta que fantaseaba con insurrecciones mientras volvía andando de la SOMS. Había quedado poco de mi juventud; algún que otro recuerdo, cada vez más lejano. Rostros de amigos, prácticamente olvidados. Los besos de Ángela, mi padre a caballo, Iván Cruciani, Antonio peleándose en las fiestas del pueblo. Después de todo lo que había pasado, figúrate si podía seguir pensando en la Revolución. Desde luego no en Italia y mucho menos en el asqueroso Montecastello. Pero estaba en España y las cosas aquí parecían funcionar de un modo muy distinto.

La ciudad proletaria era presa de la exaltación. Unos años antes, habían obligado al general Miguel Primo de Rivera a dimitir y los españoles comenzaron a fraguar la idea de una República, consiguiendo la abdicación y posterior exilio del inepto rey Alfonso XIII. Cuando llegué yo, acababa de ganar las elecciones un gobierno de derechas presidido por un tal Lerroux, un burgués reaccionario que a escondidas

seguía negociando con los monárquicos. Pero era inútil hacerse ilusiones: la República no es un sueño ni una promesa, no lleva a la igualdad, a la libertad ni mucho menos a una sociedad más justa, sino que se consagra como una bonita imagen que leer en los libros de Historia. Sin contar que durante la Primera Guerra Mundial los patrones españoles habían hecho buenos negocios, sobre todo en Cataluña. Gracias a la neutralidad de España y a la sangre derramada del resto de pueblos europeos, la burguesía catalana se había enriquecido bastante, especialmente los empresarios que producían armas y vehículos para todos los ejércitos. En realidad, no había tanto dinero en circulación, lo que pasaba es que estaba mal distribuido y en Barcelona, el lujo de los burgueses contrastaba con el escaso salario de los obreros, que ya eran unos afortunados en comparación con el resto del pueblo, obligado a vivir en la más absoluta miseria. Desde hacía por lo menos un siglo, los campesinos demandaban una reforma agraria, ante la que sólo obtenían falsas promesas y muchas patadas en el culo. Pensando en la Italia de antes del fascismo, en Montecastello vivíamos seguramente mejor que los pobres campesinos españoles. También teníamos nuestros explotadores, eso es una verdad como un puño, pero al menos para ganarnos la vida no teníamos que trabajar en unos latifundios tan grandes y mal cultivados que normalmente ni se sabía de quién eran. A la mayoría de los campesinos españoles, después de matarse a trabajar la tierra toda su vida, les quedaba nada y menos, los hijos siempre eran más pobres que los padres.

Como habrás comprendido bien, querido sobrino, tanto en la ciudad como en el campo, el pueblo estaba harto y, desde hacía unos veinte años, España vivía en una especie de guerra social impertérrita, con huelgas generales, atentados y enfrentamientos armados entre obreros y Guardia Civil. De hecho, mi padre siempre me decía que los anarquistas españoles eran los únicos que podían rivalizar con los italianos en cuestión de bombas y pistolas, con la diferencia de que en Italia los anarquistas eran ya un puñado de supervivientes entre rejas y en España tenían millones de militantes.

A pesar de todo, la nueva República podía ser una aventura emocionante por su facilidad para sorprender con su infausta fragilidad. Una vez cayó Lerroux, asumió el poder el nuevo gobierno de Manuel Azaña, un radical que fue tan ingenuo de conceder una gran amnistía al país. En menos que canta un gallo volvieron a estar en circulación todos los exiliados políticos. Los primeros que se dejaron ver fueron los Solidarios, el grupo anarquista clandestino fundado y liderado por Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso², que habían pasado los últimos años en Francia o recorriendo Europa, involucrados la mayoría de las veces en atentados contra príncipes, obispos, primeros ministros y varios políticos. A la hora de disparar no tenían demasiados escrúpulos y la prensa española les llamaba despectivamente pistoleros, pero para los trabajadores eran auténticas y verdaderas leyendas. Barcelona era su hogar, era su ciudad, aunque ninguno de ellos hubiese nacido allí.

Durruti era de León, una ciudad del norte situada debajo de Asturias, mientras que Ascaso era de Zaragoza. En el bar, todos hablaban de Durruti con un gran respeto; pero no era como Marx, que estaba muerto desde hacía más de cincuenta años, Durruti estaba vivito y coleando, además, también era un obrero. De joven era herrero, un oficio de subversivos, de libertarios.

El destino quiso que dos días después de mi llegada a la ciudad hubiese un mitin organizado por los anarquistas y que el último ponente fuese Durruti. Lo recuerdo bien. Era un orador que te llegaba directamente al corazón. No es que se expresase con términos sofisticados, ni que fuese un intelectual, no sé siquiera ni si había terminado la educación primaria, pero la verdad es que sabía dónde tocar, cómo hacerte vibrar. Tenía una voz fuerte y potente que infundía seguridad. Habría unas cien mil personas en la plaza Monumental que habían venido para escuchar el mitin a pesar de la intimidación del Ejército, que se había desplegado alrededor del barrio armado con metralletas y soldados a caballo. Cien mil personas para escucharlo sólo a él, a Durruti, el líder de los anarquistas. Un subversivo, un delincuente, un loco, un combatiente, un héroe. Con aquella cara de obrero, la mandíbula cuadrada y potente, la mirada inquieta, el cuerpo robusto y las manos grandes, la sonrisa franca y decidida.

Le bastó un segundo para meterse a toda aquella masa de obreros en el bolsillo.

—Nosotros confiamos en la Revolución día tras día, cualquier día puede ser el momento y no esperaremos ni un solo día más de lo necesario. Ni un solo día más.

Eso es lo que dijo Durruti, así de simple.

Ni un solo día más. Mi espíritu volvía a volar libre. Basta de esperas para el pueblo de Barcelona, basta de promesas vanas, ha llegado el momento de la lucha. Yo lo creía. Rodeado por la euforia del pueblo, aquellas palabras me emocionaron como a un niño, nunca había visto tanta gente junta, tantas banderas rojas y negras. En aquella tarde soleada, rodeado por la fuerza y el entusiasmo de los compañeros, comprendí muchas cosas. Cuando ves a centenares de obreros acudir armados a un simple mitin, es indicio de que en un polvorín como aquel, no puede faltar mucho tiempo para que se produzca el incendio. Por la expresión de sus rostros, por el fuego de sus palabras y por la determinación de sus gestos, quedaba muy claro que no se contentarían con algún día de huelga o un piquete para conseguir un incremento salarial.

De las miradas de los obreros anarquistas de Barcelona emanaban promesas de Revolución. No habría que esperar mucho, era algo increíble, ni un día más. A mí me parecía que todo había comenzado ya.

Pasaban los autobuses públicos y los conductores saludaban con el puño en alto. Los portuarios adornaban con paños rojos y negros las naves ancladas en el puerto, los ferroviarios colgaban banderas de las locomotoras, incluso existían células sindicales de barrio y el sindicato más fuerte

y con mayor presencia era la CNT, el sindicato anarquista. Unas cuantas semanas antes habían echado a tiros a la Guardia Civil de la fábrica de cerveza Damm, ocupada por los obreros. Obreros que disparaban a los esbirros. A ver si me explico... no es que todos los militantes del sindicato anarquista fuesen armados y apoyasen las acciones terroristas; como siempre, había gente de todo tipo y no todas las opiniones sobre la lucha revolucionaria eran tan radicales, ¡faltaría más! Era sólo que estaban cansados de ver morir a sus compañeros por las balas de los militares y hacía ya tiempo que se estaban organizando, dispuestos a responder disparo con disparo. De la soledad de Montecastello había pasado a verme inmerso en el sueño de mi vida.

Un sueño insólito y fascinante. En aquellos meses, Barcelona era una ciudad surrealista, algo que te hacía perder la razón. Vivíamos en un clima de enfrentamiento permanente, pero a nuestro alrededor la vida proseguía como si no sucediese nada. Los obreros trabajaban en los talleres, los comerciantes vendían sus mercancías y los burgueses mostraban a todo el mundo cuánto dinero tenían y cuánto podían gastar. No era extraño ver en Las Ramblas cómo se interrumpían los paseos mundanos de los ciudadanos acaudalados con tiros de revólver o incluso bombas de mano, ni que las insolentes señoras repletas de joyas se abriesen paso a golpe de sombrero entre piquetes de trabajadores en huelga, piquetes de gente dura. En cada esquina de cada calle había un policía con el fusil y la

bayoneta enfundada y, en los días de mayor trasiego, incluso se podía ver marchar a rondas de tropas coloniales en formación: soldados marroquíes, negros como el carbón y armados con sables que usaban para mantener el orden público. Entre todo este barullo de gente armada, también había lugar para los nacionalistas catalanes, que se dejaban ver cada vez más frecuentemente en público con su banda paramilitar, los escamots. Para que no les confundiesen con el resto de grupos se vestían con camisas verdes. El verde no es un color de combatientes.

Intenta imaginar cómo me sentía. Estaba feliz, nervioso, quizás aún un poco incrédulo y trastornado, pero con una fuerza que nunca había sentido antes. Desde el amanecer hasta que caía el sol, la cabeza me viajaba sola, estaba todo el día imaginando, fantaseando. Y con todo lo que presenciaba en la realidad cotidiana, no tenía la más mínima necesidad de exagerar con la fantasía.

¡Vámonos!, ¡anem!, ¡anduma! ¡Dios de mi vida! Quizás me había llegado la hora a mí también. Me dejé crecer un abundante bigote negro, como mi padre. No tenía el mismo carácter que el Diavul, pero tampoco parecía un colegial. El cielo volvía a estar al alcance de mi mano.

El espléndido cielo de Barcelona.

Aquella tarde escuché a Durruti y al resto de líderes anarquistas.

Aquella tarde comenzó mi segunda militancia política, recuperé el sueño perdido de mi juventud, volví a la SOMS y resucité a Cruciani.

Volví al camino de la Revolución.

Una vez se fue aplacando la gran emoción del mitin, los días transcurrían sin que aparentemente sucediese nada. En realidad estaba explorando este nuevo mundo y cuando terminaba mis tareas en la hostería, callejeaba por los barrios viejos de la ciudad. El intenso calor estival estaba arreciando, de modo que resultaba menos fatigoso caminar. Me gustaba pasear, me embarcaba en largas caminatas sin rumbo fijo, peregrinaciones alcohólicas. Bebía en los bares, observaba las caras de la gente y escuchaba fragmentos de las conversaciones ajenas, como un turista, siempre solo pero de buen humor y con la actitud vaga y un poco despistada que tienen los viajantes novatos.

Sin embargo, las cosas estaban destinadas a cambiar y mi período de distracción estaba a punto de terminar.

Se avecinaban días frenéticos.

La velocidad volvía a ser mi compañera de viaje tras una tregua de diez años.

La velocidad toma la delantera en el siglo de las masas visionarias.

Todo cambió una calurosa mañana de septiembre. Eran las diez y, como siempre, estaba barriendo el suelo, Adriá estaba sentado, mirándome fijamente con el cigarro colgando y un vaso de vino blanco en la mano. Era muy raro que bebiese a una hora tan temprana, ya que tenía todo el tiempo del mundo para hacerlo a lo largo de la tarde. Sin embargo, tenía una botella de vino tinto abierta en la mesa y otro vaso vacío.

Tomó una última calada del cigarro y me dijo:

—Errico, deja el trabajo un segundo, suelta esa escoba y siéntate a la mesa. Quiero hablar contigo.

Acepté de buen grado, siempre me han gustado las pausas improvisadas. Apenas me había sentado y ya me estaba llenando el vaso, que yo me bebí de un trago sin dudar.

El vino era bueno, un poco fuerte quizás.

—Estoy contento de tenerte aquí —sentenció Adriá, que no solía dar rodeos—. Trabajas bien, no haces preguntas estúpidas, eres suficientemente prudente y respetuoso. Nadie se queja de ti, ni siquiera las cocineras, que son unas mujeres inaguantables.

—Gracias, Adriá, intento hacerlo lo mejor que puedo —fue lo único que se me ocurrió contestar.

—No, no lo creo, Errico —dijo echándome más vino—. Incluso diría que no haces lo mejor que puedes. Estoy convencido de que no podrías seguir barriendo suelos para siempre; no es un trabajo que aporte demasiada satisfacción y no hace falta ser un cerebritito. Estoy seguro de que puedes hacer algo mejor. ¿Cuánto tiempo llevas aquí en Barcelona? Hará por lo menos tres meses.

—En realidad, cuatro.

—Ya ves, es mucho tiempo. Un tiempo que, por otro lado, ha tenido sus razones. Te he estado observando y te he estudiado lo suficiente; no puedo decir que te conozca bien, pero al menos ahora estoy convencido de que puedo confiar en ti, a pesar de ese ojo de la desgracia que tienes. Eres un

hombre hecho y derecho, un trabajador y creo que también un buen compañero, has demostrado merecer el respeto de quien te envió aquí.

Hizo una pausa que se me volvió eterna.

—Por tanto, creo que es justo darte la oportunidad de trabajar como sabes. Eres herrero, no basurero.

—No pido nada mejor, Adriá... es sólo que no sabría a quién dirigirme y si es por la molestia, te aseguro que puedo trabajar más, igual...

—Para, no has comprendido nada. ¡Qué cabrón! Estoy encantado de que vivas aquí, tu presencia no es una molestia en absoluto. Te estoy dando una oportunidad ,Errico, no es por caridad. Nosotros somos trabajadores, todos, sin excluir a nadie. Pero en este caso no es un trabajo simple, tienes que demostrar que vales, como hombre y como anarquista.

—Ponme a prueba, Adriá.

Ya lo estaba haciendo.

—Esta tarde vete a esta dirección, es una callecita de Poblé Nou. Te estarán esperando, estoy seguro de que no me defraudarás.

Asentí y me metí el folio en el bolsillo del pantalón.

—Y ahora en marcha, que hay que terminar de barrer.

Vacíé el segundo vaso de un trago.

De repente el vino parecía más ligero.

Pasé el resto de la mañana impaciente como un niño que espera jugar al fútbol por primera vez con el equipo del

barrio. En una hora ya había terminado todo el trabajo que normalmente me ocupaba toda la mañana y, después de haberme tomado solo dos vasos de brandy, me recliné en mi habitación, mi único refugio, el lugar de la tranquilidad y los pensamientos. Estaba medio borracho y me tranquilizaba estar allí sin hacer nada. Recordaba el pasado entre lágrimas y arrepentimientos mientras intentaba imaginarme el futuro, enfervorizado por la belleza de la incógnita que confiere la realización personal y que por un leve momento te hace olvidar que estás solo en el mundo. Pero no tenía demasiado material para viajar con la fantasía, no sabía nada del lugar al que iba y este Poblé Nou era un barrio lejano que no conocía y del que ni había oído hablar hasta entonces.

Cuando llegó la hora indicada me fui, atravesé todo el barrio gótico en dirección este, parándome a tomar un vaso de vino en un bar de la Ribera para relajar un poco los nervios. Después seguí mi camino, anduve unos cuantos kilómetros y a mi derecha apareció el mar, que me acompañó hasta mi destino.

Poblé Nou —o Pueblo Nuevo, como dicen los españoles—, no era un barrio demasiado bonito para ir de visita. Estaba lleno de tiendas de artesanía, pequeñas industrias y sobre todo herrerías, carpinterías y astilleros. Poco más allá terminaba la ciudad y abundaban aún las tierras pantanosas. Flotaba un extraño olor a sudor en el aire y también se percibía aquel hedor a podrido. Llegué a la dirección que me dio Adriá, una pequeña casa igual a las

demás del barrio donde había un tipo estrafalario asomado a la ventana, con cara de vago hecho y derecho.

—¡Ah!, ¿tú eres el italiano? —me dijo escupiendo extraños trozos marrones.

Asentí.

—Por fin llegas, te estábamos esperando. Para entrar da la vuelta al patio por la derecha.

La verdad era que llegaba antes de tiempo, hubiera podido ser peor. Seguí a pies juntillas sus instrucciones y volví a encontrarme delante de los tres escalones que conducían a una pequeña puerta. En uno de los lados había una oscura vitrina con una virgen bañada en lágrimas y, algo más adelante, otra puerta con la bandera de la CNT extendida. La virgen no contaba ni con un mísero florero o una vela temblorosa para poder consolarse de su indeseada compañía subversiva. Para compensar, todo el patio estaba lleno de porquería y hierros viejos. La sonrisa desdentada de aquel hombre me acogió como un bofetón en la cara; apestaba a tabaco podrido.

—Bueno, pues aquí estás. Yo soy Pedro, Pedrito para los compañeros.

—Errico, encantado.

El apretón fue fuerte, pero con una mano demasiado sudada.

—Me habían dicho que eras un poco raro —me confesó Pedrito señalando mi ojo violeta y comentándolo con una torpe sonrisa.

Sin añadir nada más entró en la casa, que estaba compuesta por dos habitaciones bastante grandes, aunque oscuras, con una sola ventana a tres metros de altura que daba al patio. En una esquina se apilaban paquetes de periódicos viejos, junto a muchos otros trastos que no conseguí identificar. Miré a mi acompañante esperando que tuviese buenas noticias que darme, tanto más cuando tenía la sospecha de que sería yo quien tendría que retirar toda aquella porquería y no me parecía un buen comienzo para este nuevo trabajo. Hubiese preferido quedarme barriendo en la hostería.

—Aquí tenemos todas estas copias viejas de periódicos que no conseguimos vender, las octavillas y otros muchos bártulos. Es un almacén, por eso hay todo este desorden. Pero no estarás aquí dentro mucho tiempo, siéntate si quieres en aquel banco, yo ahora me voy, dentro de poco vendrá otro compañero a recogerte.

Era un buen hombre Pedrito, se había ganado el jornal. Me senté, ¿qué otra cosa podía hacer? Aquel pobre diablo se fue sin despedirse siquiera, aunque seguramente tuvo tiempo de tirarse unos cuantos pedos porque dejó tras de sí una estela maloliente, un hedor a mierda revenida. Me saqué del bolsillo el tabaco y empecé a liarme un cigarro, tarea en la que puse empeño y paciencia. En aquella habitación flotaba un olor mezcla de tabaco y excremento.

Después de media hora de puro aburrimiento, oí unos pasos; eran dos hombres que entraron en la habitación con actitud decidida. El primero tendría unos cincuenta años y el

que le seguía sería algo más joven que yo, padre e hijo a juzgar por el parecido. Eran obreros.

—Errico, ¿verdad? Perdona si te hemos hecho esperar, pero hemos tenido un contratiempo —me dijo el más viejo extendiéndome la mano.

Les saludé a ambos.

—Yo soy Arsenio y él es Pep. Ahora vámonos, aquí no tenemos nada que hacer.

Sin añadir nada más nos pusimos en marcha. Atravesamos el patio hasta llegar a la parte posterior de un taller y de allí pasamos a otro patio más estrecho para salir a una calle privada que llegaba hasta el centro de una serie de naves industriales, una especie de polígono. Continuamos unos cientos de metros hasta que nos detuvimos en una zona aún más aislada. Sólo había dos o tres casuchas rodeadas de huertos mal cultivados. Entramos en una de ellas sin tocar —Arsenio tenía la llave— y bajamos por una estrecha escalera que conducía hasta un sótano. Conforme descendíamos comencé a oír los primeros sonidos a mazas batiendo el metal.

«Ya estamos», pensé, con el corazón en un puño.

En breve llegamos a una gran habitación llena de máquinas de trabajo, donde varios obreros se afanaban en sus tareas. Apenas vieron a Arsenio le saludaron con una inclinación de cabeza, sin dejar de trabajar. Me dio una palmadita en la espalda y con los ojos me indicó a su hijo.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Pep, que hasta ahora no había abierto la boca—. Al principio trabajarás conmigo,

te enseñaré cómo manejar las máquinas y todo lo demás. No es demasiado complicado y, si ya conoces el oficio, aprenderás rápido.

—Está bien —respondí—, conocer el oficio lo conozco, pero...

—Vale, Errico, ¿entonces qué pasa?

—Pero... ¿qué es lo que se produce aquí?

—¿Cómo que qué se produce?

Padre e hijo intercambiaron una mirada incrédula.

—¿Es que ese cabrón de Adriá no te ha dicho nada?

—No, no me ha dicho nada de nada. ¿Por qué? ¿Qué se produce aquí dentro? —ya comenzaba a perder la paciencia.

Arsenio me cogió del brazo y se acercó a mi oído.

—Armas de fuego, amigo italiano: pistolas, fusiles y, cuando tenemos bastante pólvora, hasta granadas —me susurró.

El estupor se apoderó de mí unos cuantos segundos. Después sonreí para demostrar que había entendido, sintiéndome un auténtico tipo duro. Sin perder más el tiempo comencé a trabajar de inmediato.

Es extraña la vida. Sólo unos cuantos meses antes vivía como un miserable perdedor en un pequeño pueblo de la Italia fascista y ahora me acababan de contratar en una armería clandestina. Y no una cualquiera: aquel taller subterráneo era la célebre armería de Poblé Nou que saltaría a la fama años después, cuando las leyendas proletarias servirían para enardecer a los combatientes de la lucha

antifascista. Sin embargo, en aquellos extraordinarios primeros meses sólo era un ruidoso sótano donde finalmente volvía a trabajar.

A forjar el hierro, como mi padre. Como un auténtico Nebbiascura.

*

Saboreaba este nuevo mundo con toda la alegría de mi corazón. En enero de 1934 había cambiado mi vida y era ya un hombre nuevo, casi feliz y con muchas cosas que hacer. Trabajaba, militaba activamente en política y cada día conocía gente nueva, personajes poco recomendables. Era el pueblo barcelonés que en aquel entonces animaba la vida del Raval, el desenfrenado corazón de la ciudad bohème, como siempre solían decir los franceses para darse distinción: abundaban los cabarés, los locales abiertos toda la noche y las hosterías de mala muerte atestadas de humo, todos llenos de artistas, ricos ociosos y militantes políticos consumiendo alcohol y tabaco a partes iguales, acechando tanto a profesionales como a la tambaleante virtud de las jóvenes muchachas, unas chicas que me miraban como a un hombre, en lugar de como a un eterno muchacho refugiado. Yo esquivaba esas miradas por mi timidez, asustado por su belleza, por el descaro ciudadano que parece no tener vergüenza. Aún estaba aletargado. Habían transcurrido exactamente once años, siete meses y catorce días desde la

última vez que había estado con una chica, que era Ángela, la única con la que había estado realmente.

La juventud no vuelve nunca, pasa tan rápido que cuando te quieres dar cuenta ya se ha despedido de ti, y no aprovecharla es una tragedia. En mi pasado ya tenía bastantes cosas de las que arrepentirme, la vida no me había tratado bien y tenía tantos sentimientos que entregar que sentía estar a punto de explotar. Todo aquel tiempo que había perdido compadeciéndome, toda aquella energía reprimida... necesitaba una chica, volver a sentir su olor, extinguirme de nuevo entre aquellas carnes calientes y suaves formadas a propósito para acoger el dolor de un hombre. Además, ahora estaba en la flor de la vida, era un hombre atractivo, creo. Moreno, bastante alto, con buenas espaldas, brazos fuertes, labios carnosos y mi ojo violeta resplandeciendo insolente, dotándome siempre del privilegio de la distinción. Dolores, la señora cincuentona que trabajaba en la hostería seguía diciéndome que era un buen muchacho y que las chicas de la hostería me comían con los ojos, sólo que yo estaba demasiado alelado para darme cuenta.

—Errico, eres un buen chico y muy guapo, eso nadie lo discute como comprenderás —me decía textualmente—... incluso con ese ojo que te hace parecer un demonio... pero tienes que despertar, no basta con estar ahí como un pasmarote esperando que alguna de estas mujeres te salte al cuello. Tanto más cuando la mayoría de ellas pretenden

que les pagues, no te creas. Si yo tuviese tu edad, te haría ver cómo hay que comportarse en este mundo.

Que les pagara, justamente. Las prostitutas del Raval me saludaban cada vez que me veían pasar por delante, por una razón o por otra, y cada una de las veces oía a mis espaldas susurros y risitas que hacían estremecerse todo mi cuerpo, aunque la verdad es que tampoco necesitaba demasiado después de toda aquella abstinencia. Y tengo que confesar que ya había hecho progresos porque, si en el Montecastello fascista no pensaba nunca en las mujeres, la verdad es que aparte de mi madre y mi hermana no veía a ninguna más, mientras que allí en Barcelona, en la soledad de mi habitación alquilada, no hacía nada más que jugar con mi pobre soldadito, sin preocuparme que al día siguiente tuviese que trabajar en la armería. Por las mañanas, siempre me levantaba con unas ojeras espantosas, hecho que despertaba las risas y bromas de todos los compañeros de trabajo. También yo lo habría hecho. Además he de decir que muchas de estas muchachas se situaban siempre en el bar de antes de la hostería de Adriá, comían con nosotros, bebían durante toda la tarde... en resumen, eran amigas y casi todas además, compañeras. Algunas viejas y sin dientes, con los mismos clientes desde hacía veinte años, encariñados como padres atentos; otras gordas y borrachas, que podrían tumbarte de un manotazo; otras delgadas como palos, petrificadas en su maldad por sus ocasiones perdidas; y por último, otras guapas, jóvenes y bien proporcionadas. Había una en particular que destacaba entre todas; la

llamaban la Gallega, porque había nacido en La Coruña. Esta Gallega era guapísima, tendría poco más de veinte años y un cuerpo escultural... tenía unos ojos grandes y oscuros, negros como la noche, una piel inmaculada como la de un niño. Era guapa la Gallega, guapa y tremenda. Trabajaba sola, sin protector, porque le daba un porcentaje de sus ganancias al camarero que la hospedaba y para todo lo demás, sabía cuidar de sí misma, incluso usando el cuchillo si era necesario.

Me sedujo con una facilidad vergonzosa, creo que le bastó una mirada o una frase amable, después me cogió de la mano y me acompañó hasta su habitación. Estaba muy tenso, pero ella sabía qué tenía que hacer. Con paciencia me quitó la poca ropa que llevaba encima. Ella se había quitado ya la camiseta y veía sus dos grandes senos balancearse delante de mis ojos, no podía creer que estuviesen allí, al alcance de mi mano. Tímidamente comencé a tocarla, ella soltó una risita y cogiéndome de la mano me condujo hasta el lavabo que había junto a la cama para lavar el miembro a los clientes. Era dulce la Gallega, con aquellos ojos curiosos y su expresión divertida. Lo dejó al descubierto y le vertió un poco de agua caliente encima, después comenzó a lavarlo, a enjabonarlo, a frotarlo y a volver a frotarlo... y en diez segundos le había eyaculado en las manos. Fue bonito, incluso hermoso, pero ¡mierda, qué imagen de niño le habría dado! Al principio ella no pudo contener una risita, pero después, al ver que estaba medio avergonzado, me dio de fumar.

Sentados en el borde de la cama, comenzó a acariciarme el rostro y la cabeza. Me armé de valor y de repente me lancé sobre ella, fue todo muy breve. Sonrió comprensiva mientras cogía el dinero que le correspondía. En la pensión María Virgen de los Dolores perdí mi segunda virginidad, sin dolor y sin arrepentimientos. No quería ni pensar tener que esperar otros diez años, así que al día siguiente, a la misma hora, volví y fue una auténtica explosión de energía. Tenía aún tanto que dar al mundo que podría con otras cincuenta señoritas. Incluso la Gallega se sintió halagada por tanto ardor viril, aunque con las profesionales nunca se puede estar seguro de sus impresiones.

La visité otras cuantas veces, por el contrario, algunos días comíamos juntos y nos contábamos nuestras cosas. Así vivía entonces.

Me parecía una vida hermosa.

*

En el trabajo las cosas iban bastante bien, aprendía deprisa. Arsenio, el padre de Pep, había trabajado muchos años en distintas compañías de armamento de Cataluña. Sabía utilizar todas las máquinas, al igual que el resto de los trabajadores de la armería, todos gente de pocas palabras. Trabajábamos con tumos exactos y nos pagaban regularmente, más de lo que ganaba un obrero normal. El material para ensamblar las piezas nos lo proporcionaban obreros afiliados al sindicato anarquista, que lo robaban al

final del turno, o incluso lo sustraían directamente los compañeros colándose por las noches en las fábricas. Tras unos cuantos meses conseguimos también la maquinaria necesaria para producir en serie algunas piezas, como los tambores, más dificultosos de construir a mano. Un tambor debe ser exacto y girar bien, de lo contrario, no sirve para nada. Hacíamos sobre todo pistolas, pero también conseguíamos incluso montar fusiles, no tan precisos como los de la fábrica, pero que funcionaban sin duda, capaces de matar a un hombre si se sabe cómo disparar. Y de gente que sabía disparar estaba llena la ciudad. El pueblo de Barcelona se estaba armando, en cada fábrica y en cada barrio; nadie confiaba en la República, sería de ingenuos hacerlo. Todos sabían que la Derecha y la Iglesia nunca dejarían el poder: pensaban que en caso de derrota electoral se desencadenaría una guerra civil. Tenían razón.

Mientras tanto, yo seguía con la actividad política. Asistía a las reuniones de la CNT del barrio y los dirigentes anarquistas comenzaban a tenerme una cierta estima, porque trabajaba en la armería y porque era un exiliado político de Italia, que no era poco. La mayoría de los compañeros, por lo demás muy parecidos a mí, no tenían demasiada formación, pero sabían bien qué estaba pasando en Italia: los socialistas divididos en dos partidos, el Bienio Rojo o las ocupaciones de fábricas. También sabían que el fascismo, en cualquiera de sus formas, no es ninguna tontería que subestimar, especialmente cuando existe una burguesía rica y llena de rencor, aterrorizada por la nueva

voluntad de las masas, por su exuberancia. La exuberancia de la juventud.

En aquellas interminables reuniones se debatía sobre todo, pero en especial sobre el fascismo internacional, porque además de nuestro Mussolini también estaba la novedad de Alemania, con aquel loco de Hitler y el Partido Nacionalsocialista que se había hecho con el poder. También se hablaba de la situación española. Pero incluso podíamos pasar horas y horas debatiendo sobre cosas del barrio, para organizar alguna fiesta o cualquier otra iniciativa para militantes: dónde comprar el vino, si coger las chacinas de éste o del otro carnicero, a quién le tocaba cocinar, limpiar y todas esas cosas. Pero créeme, querido sobrino, que allí se hablaba poco de ideología y sobre todo, había poca doctrina. Pocas palabras al viento para los compañeros catalanes, todo el mundo podía decir lo que le placiera y simplemente con la mirada de quien le estuviese escuchando sabía si le convenía seguir hablando o volver a sentarse.

En una de estas reuniones vespertinas conocí a Ascaso, la mano derecha de Durruti, que junto a él había sufrido la cárcel, el exilio, la deportación a África y muchas otras cosas, incluyendo participaciones en atentados y asesinatos. Tenía el rostro delgado y el pelo oscuro peinado hacia atrás, cara de hombre de pueblo, con unos ojos que te traspasaban los huesos. Él, que siempre había sido albañil, era el cerebro de los Solitarios, mientras que Durruti era simplemente el líder. Dos hombres inseparables, tanto en la vida como en la política.

Cuando nos presentaron, Ascaso fue amable, hablamos algunos minutos y parecía sinceramente interesado en mi historia, preguntándome por Italia, por la lucha antifascista. Yo por mi parte, tampoco es que pudiese decirle mucho, no sabía nada de lo que estaba sucediendo en esos momentos, pero él se mostraba interesado en escucharme de todos modos. No conseguía creer que aquel hombrecito de apariencia serena fuese el mismo que hacía diez años había matado a sangre fría al cardenal Sodevilla en Zaragoza. Adriá nos miraba de lejos, pero se le veía en la cara que estaba lleno de orgullo por este chaval italiano suyo que estaba causando tan buena impresión. Como comprenderás... yo estaba en el séptimo cielo. Aunque sólo hubiésemos intercambiado unas cuantas palabras, ahora Ascaso sabía quién era y me prestaba atención. Por el contrario, a Durruti no había tenido aún la ocasión de conocerlo personalmente, pero a veces lo había visto en el café Tranquilidad, en la avenida Diagonal, un bar que a pesar de su nombre, era un auténtico bastión anarquista. Estaba allí con su compañera Etienne Morin, una anarquista francesa loca como una cabra, y algunos otros compañeros de su círculo más estrecho, todos ellos pistoleros. No demasiado lejos se situaba la Guardia Civil, en una especie de ridícula tregua armada.

Una historia típicamente española.

Dos meses después de haber encontrado mi nuevo trabajo, decidí dejar la habitación de la hostería. No quería seguir suponiendo un peso para Adriá, que bien podía

alquilarla a otra persona. Pero no es que me fuese demasiado lejos, en el Raval estaba bien y la gente de la hostería del Rat Negre se había convertido en mi nueva familia, aunque entre los anarquistas éste no fuese precisamente un concepto que se reivindicara en voz alta. Alquilé dos habitaciones algo más adelante, en esa misma calle, así todas las noches podía ir a comer a casa de Adriá. No era un cambio demasiado sustancial, sólo quería un poco más de independencia, como todo el mundo, creo.

Tan entusiasmado estaba con mi nueva vida barcelonesa que mi antigua familia era como un pensamiento esfumado. Sin embargo, algunas noches me asaltaba la melancolía y cuando esto pasaba, era como un desbordamiento. No es que echase de menos Montecastello —comprenderás que de ese pueblucho me importaba todo bien poco—, y mucho menos sentía nostalgia de la Italia fascista, mandaría a la horca a todos esos bastardos. A quienes echaba de menos era a mis adorados viejos, quería saber cómo estaban mi padre, mi madre y mi hermana, aunque se hubiese sacado la tarjeta del Fas ció.

Ruggero y Serena eran ya entonces ancianos, podía haberles pasado cualquier cosa y en ese caso, no me enteraría de nada.

Entonces decidí escribirles, aun sabiendo bien que la policía fascista controlaría la carta y que pondría en peligro al viejo Ruggero.

De todos modos la envié, pensando que hacía lo correcto. Después de tantos años, por fin era feliz, tenían

que saberlo para compartir conmigo aquella alegría. Tenían que saberlo a la fuerza.

Estoy bien, trabajo y me encuentro entre amigos.

Es lo único que escribí, sin añadir nada más. Ellos lo entenderían.

MARISOL

DE forma inesperada me llegó el flechazo, un fulgor en plena cara, un resplandor que espero que pueda iluminarte al menos una vez en la vida, querido sobrino.

La noche que conocí a Marisol.

Estábamos ambos en la reunión política que se celebraba en la Barceloneta para tomar decisiones sobre la recogida de fondos para los obreros despedidos de la fábrica Damm.

Fue una especie de aparición, porque Marisol no era simplemente una chica guapa, era mucho más que eso. Tenía un atractivo que te aturdí, te hechizaba, te dejaba medio inútil con la boca abierta. Nada más verla me enamoré como se enamoran los locos o los inconscientes, que pierden el conocimiento y no vuelven a recuperarlo nunca, ni se preocupan de hacerlo.

Tenía veinticuatro años, era de Gerona y trabajaba en la redacción de Solidaridad Obrera, el periódico de la CNT. Aún se me para el corazón al recordarla: su rostro delgado y sus pómulos marcados, sus labios carnosos y sus ojos castaños como dos almendras, con unas pestañas tan largas que había quien decía que eran postizas, pobres ingenuos. Y ese cabello largo hasta el final de la espalda, algo más claro que el negro, aunque a ciertas horas del día, cuando el sol conseguía colarse por los estrechos callejones del barrio, se iluminaba con reflejos cobrizos.

Me doy cuenta de que escribo estas palabras sólo porque al recordar el pasado el romanticismo y la melancolía

se apodera de nosotros. Pero la primera vez que me crucé con su mirada supe de inmediato que quería ser su hombre para toda la vida. Si puede bastar uno, ese debía ser yo.

Las historias de amor suelen comenzar casi siempre de forma impredecible, el destino te guía a un lugar y allí encuentras a la persona que llevabas años buscando y esa misma persona quizás te estaba buscando a ti también. Si aquella noche no hubiese ido a la reunión de la CNT en la Barceloneta, sino a jugar al billar al barrio chino como me había propuesto Pep, probablemente nunca hubiese conocido a Marisol. Seguramente mi vida habría tomado un rumbo distinto, hubiese seguido otro camino menos doloroso... no habría atravesado el abismo infernal del sufrimiento sin salvación que aún sigue afligiendo mis noches insomnes. Pero tampoco habría conocido la alegría y el tormento que sólo el amor, sólo aquello que te desgarrar la piel, te puede ofrecer. Hubiese sido como la mayoría de los hombres, que no conocen de nada a un Dios y sin embargo esperan resignados su hora final. De todos modos, como yo en las casualidades no creo, no pienso que sea adecuado meterla en mi vida de un modo tan simple, prefería pensar que entre algunas personas existe una especie de predestinación.

—¿Tú crees en el destino? —me preguntó Marisol pocos días después.

—No creo que exista un destino —respondí yo haciéndome el arrogante y materialista, ilusionándome con que eso bastase.

—¡Oh, pero qué estúpido que eres, Errico! —me decía revolviéndome el pelo que entonces me había crecido bastante—. Estúpido y falso como Judas. Pero no creas que vas a engañarme con tan poca cosa. He visto cómo te comportas, eres como un niño recién nacido, tienes un carácter inocente y curioso, lo miras todo como si fuese la primera vez. Vagas sin meta fija, ¿qué buscas?, ¿qué esperas encontrar? Miras y escuchas, escuchas los sonidos de las cosas, incluso las más insignificantes y ocultas, parece que intentes comprenderlas. El viento, el sol, la tierra, las rocas, el mar... miras a los animales moverse, a los animales y a las plantas. Nadie actúa como tú, estás loco, con ese ojo violeta por si fuera poco. Eres un italiano loco. Para ti es como si todo tuviese un significado secreto y siempre fueses en su búsqueda, eres la persona más ingenua y trastornada que conozco y me dices que no crees en el destino. Eres un mentiroso, Errico, eso está muy claro... Quizás sea un secreto o quizás una culpa. Pero lo descubriré, puedes estar seguro. Antes o después serás tú quien me lo confiese.

Yo nunca le contestaba cuando me hablaba de ese modo, me limitaba a besarla en los labios, aquellos espléndidos labios con sabor a vainilla.

Marisol vivía en la Barceloneta, un barrio situado a orillas del mar y no demasiado lejos de mi casa, diez minutos andando a buena marcha. Tenía un pequeño apartamento de tres habitaciones situado sobre una carpintería. El portal estaba siempre lleno de trozos y pedazos de madera de distintas formas y dimensiones y su olor era inconfundible;

quien haya estado una sola vez en alguna carpintería sabrá de qué estoy hablando. También era así la casa de Ángela, en Montecastello. Otra señal del destino.

Las casas de la Barceloneta pertenecían casi todas a viejas familias de pescadores. Eran bajas y con las habitaciones pequeñas y estrechas, todas iguales, populares e igualitarias. Sin embargo, muchos pescadores habían dejado el oficio ya que resultaba poco rentable y no podía dar de comer a toda la gente del barrio. Ahora los hombres trabajaban como portuarios o como obreros. Los que seguían zarpando a la mar, que de todos modos no eran pocos, vendían sus productos al mercado de la Boquería y a los mesones de la zona, famosos en toda la ciudad por la calidad de sus productos. Nosotros, dos jóvenes enamorados, nos refugiábamos en cuanto podíamos en aquellos acogedores tugurios, sumiéndonos en la calma de aquellas calles sencillas y cuadradas, con el viento del mar cálido y húmedo soplando a todas horas del día, perdidos en aquella atmósfera salitre, llena de sol, tan distinta del Raval y su maloliente desorden.

¡El Raval! ¡Dios! Cuando se enteraron de mi historia de amor casi se paró el mundo. Ya se sabe que cuanto más delincuentes son los hombres, más actúan como viejas marujas. La Gallega se hacía la ofendida y cada vez que pasaba me lanzaba unas miradas que hubiesen matado a un toro. Por el contrario, Adriá me trataba como si fuese una especie de bendecido.

—A la más guapa te has llevado. Errico loco, anarquista cabrón, justo la más guapa de las compañeras es la que tenías que echarte por novia, no podías conformarte con otra, ¿eh? No podías...

Entonces Dolores, aquella astuta foca ceniza, en cuanto podía me recordaba sin medias tintas que Marisol era demasiado guapa para mí y que me haría sufrir, porque era inteligente, culta y ciertamente demasiado guapa para un italiano medio loco con el ojo del color de la desgracia. Culta, decía, Marisol había estudiado magisterio, algo que en aquella época, tanto en España como en Italia a decir verdad, para una mujer era algo bastante extraño. Su padre también era maestro, además de viudo desde hacía unos diez años, y la había criado intentando que no le faltase de nada. Era su flor más bella, su perla singular, me lo dijo claramente el día que lo conocí, que también fue el único, ya que él vivía aún en Gerona y nos separaban bastantes kilómetros. Sin contar que yo nunca me había visto en una situación como aquella, de conocer a los padres de una novia.

Recuerdo que quedamos en una hostería del barrio de Gràcia, para alejarnos de los cotillas ojos del Raval. Era la presentación oficial como su prometido, no exactamente un acto serio con anillo y todas las de la ley porque su padre, que se llamaba Alfonso, era también un compañero y debía demostrar que era un hombre moderno y no el típico español de pueblo, beato, moralista y mojigato. De todos modos, moderno o menos moderno, fue un auténtico

suplicio, la cosa más patética a la que he tenido que enfrentarme nunca.

—Siempre he sabido que antes o después se enamoraría —lloriqueaba Alfonso con toda la cara encendida y ya medio borracho—. No soy tan tonto, ni mucho menos tan egoísta como para no querer lo mejor para ella, como para no entender que quiera formar su vida. Comprenderás de todos modos que no es fácil, ¿me entiendes, Errico? ¡Te estoy hablando, Errico!, ¡escúchame! Tú la ves crecer, lentamente, día tras día, y una mañana la observas con más atención y te das cuenta de que ya es mayor, una mujer, y además una mujer muy guapa. Y una chica guapa encuentra a un hombre sin buscarlo, basta con mirar a algún lado. Un día se levanta, se despide y se va para pasar su vida con él, con otro hombre, ¿comprendes? Quizás con una buena persona, como tú, Errico, que se ve que eres un buen chico. No te la lleves, me alegro de que te haya elegido a ti, pero intenta entenderme... decía que se va con este hombre que se la lleva y que entonces podrías ser tú o cualquier otro. Es de locos, ¿verdad? Algo obvio pero a la vez, una locura. Una única cosa, Errico, escúchame bien y presta atención porque es muy importante. Te ruego, Errico, que no le hagas sufrir, no le hagas sufrir, porque no se lo merece.

A continuación yo asentía, pero era como buscar consuelo en el propio verdugo, sólo tenía que seguirle el juego y pasar la noche. Nos intercambiamos muchas palabras, un mar de promesas y también una montaña de mentiras, o al menos por mi parte. Terminamos bebiendo

como dos viejas esponjas, engullendo boquerones en aceite y chorizo picante. Y al final de la noche tuve que llevarlo en brazos desde Gracia a la Barceloneta, a aquel hombre de noventa kilos por lo menos, con Marisol al lado, riéndose como una loca y sin mostrar ninguna intención de ayudarme.

Pero ya estoy divagando, ahora vuelvo a los hechos en sí. Afortunadamente, en el Raval no sólo había buitres predicando desgracias inminentes. Los compañeros más jóvenes, una manada de gamberros como no había otros, estaban tan fascinados por mi noviazgo que era una continua oferta de copas y palmaditas en la espalda; me convertí en su ídolo. En el taller fue incluso peor, me convertí en una especie de estrella. En realidad Marisol trabajaba en el periódico de la CNT, por lo que era muy famosa entre los anarquistas y todos estaban asombrados de que se hubiese enamorado de mí, de un italiano trastornado, precisamente.

Yo no es que me sintiese demasiado halagado con tanta falta de consideración, uno también tiene su orgullo... pero sobre todo me preguntaba el porqué de tanto interés y no conseguía encontrar una respuesta. Desde que el mundo es mundo, las mujeres han salido con los hombres y no es extraño que las parejas sean dispares, ya sea por una parte como por la otra.

Pero había una razón y es verdad que era importante. Marisol nunca había estado con otro chico. Lo habían intentado decenas de hombres y ella les había rechazado a todos. Mi amor no tenía prisa, sabía que algún día llegaría

este buen Errico, que era justamente un muchacho fascinante y no tan gilipollas como el resto. Así funciona el mundo, no hay que asombrarse ante nada, los hechos siempre te desmienten.

Los días transcurrían entre el trabajo en el taller, la militancia política y la maravilla de las horas pasadas con Marisol, solos o junto a otros compañeros. Además, comencé a frecuentar la redacción de Solidaridad Obrera, que era uno de los principales lugares de encuentro entre los dirigentes anarquistas, donde se decidían las iniciativas de lucha. Me gustaba estar allí rodeado de gente, entre las máquinas de escribir, los manifiestos políticos y el olor a tinta mezclado con el de cigarrillos y brandy. Marisol me introdujo en los círculos intelectuales y, como ya hablaba catalán bastante bien, comenzaron a solicitarme que entablase contacto con los anarquistas italianos y que ayudase, quizás hospedándoles en mi apartamento, a los muchos exiliados políticos que seguían llegando de Italia y de otras partes de Europa. Yo lo hacía encantado, aquellos muchachos me recordaban mi propia fuga, los miraba lleno de comprensión recordando al Errico desplazado y asustado que escapaba de Italia en búsqueda de una nueva vida. Parecía que hubiesen pasado ya diez años, ¡adiós, años infelices! Mi espíritu se iluminaba de alegría y vivía cada segundo con total entusiasmo. Todos los domingos, mi flor y yo pasábamos todo el día en el Parque de Montjuïc, comiendo en la terraza y escuchando los mítines de los dirigentes de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, el

partido político de los anarquistas. Era una cita de bastante concurrencia porque hablaban las personalidades más importantes: Francisco Ascaso, García Oliver, a veces incluso Durruti. Observaba a mi chica entre el resto de compañeros y pensaba en cómo había cambiado mi vida en tan poco tiempo. Era un milagro, me había convertido en un hombre distinto, me sentía más feliz que nunca. Trabajaba y me respetaban, vivía en una ciudad bellísima y seguía mi sueño revolucionario junto a una chica que probablemente no me merecía.

¡Adiós, años infelices!, seguía repitiéndome. Casi me había convencido.

Sin embargo, los días dichosos de Barcelona estaban a punto de terminar.

El Errico Nebbiascura aquí presente, el mismo que escribe estas páginas para que no se pierda la memoria de una vida, ha tenido la suerte o la desgracia de vivir en el siglo xx, el siglo más frenético y violento que recuerda nuestra Historia. La velocidad, siempre ella, un movimiento perpetuo e imparable de ideas y de pueblos, de clases y de máquinas, de esperanzas, de ilusiones y por fin, de ejércitos. Ejércitos en marcha. Todo comenzaba siempre demasiado rápido y terminaba de igual manera, dejando atrás siempre una efímera sensación de pérdida.

Era octubre cuando el sindicato socialista UGT convocó una huelga general para protestar contra la entrada del fascista de Gil Robles y su CEDA en el gobierno. Se produjeron enfrentamientos en toda España, en Madrid, en

Andalucía... pero sólo en Asturias cobraron una furia auténtica.

Como sólo nos separaban un centenar de kilómetros de aquella tormenta política, Marisol y yo comenzamos a hacer prácticas de tiro en el bosque de detrás de la vieja fábrica, en las colinas cercanas a Gerona, como un marcial epílogo de una excursión de dos días. Ella disparaba mucho mejor que yo, sujetaba firmemente el revólver y casi siempre daba en el blanco, un maniquí con un viejo uniforme de cartero, el único símbolo estatal que conseguimos encontrar.

Por el contrario, yo era impreciso y presuroso, como si estuviese distraído y no me interesase disparar a nada.

Me bastaba con mirarla a ella.

Nos amábamos y disparábamos.

Había llegado el otoño, la estación de la melancolía. Era el tercero que pasaba en Barcelona, pero el primero que vivía plenamente.

La idea de hacer una excursión no había sido casual. Los dirigentes de la FAI no tenían ninguna intención de refrendar la huelga general convocada por los socialistas. Además, sabían que los nacionalistas catalanes del Estat Catalá de Companys, el presidente de la Generalitat, un hombre que a mí nunca me convenció aunque algunos compañeros lo tuviesen en gran estima, intentarían dar un golpe y proclamar la independencia de Cataluña del Estado central.

Un buen intento realmente.

Grupos de escamots y de mossos, la policía regional catalana, se atrincheraron en el palacio de la Generalitat,

justo en el centro de Barcelona. Los anarquistas habían decidido quedarse al margen y ver qué sucedía, ratificando su buena política de no interesarse por los conflictos entre burgueses e intentando no enviar ninguna señal clara a todas las fuerzas involucradas. Como era de prever, aquellos cuatro gatos separatistas jugaron muy mal sus cartas... tanto, que el Ejército fiel a Madrid no tuvo que disparar ni un solo tiro para mandarlos a todos a casa con el rabo entre las piernas.

Pobres ilusos, en Barcelona no se podía hacer nada sin los anarquistas.

Ellos eran el pueblo, un pueblo armado y vengativo.

Sin embargo, pronto se precipitaron los acontecimientos porque, si bien en Barcelona el intento de los nacionalistas fue una especie de farsa, en Asturias, los mineros marxistas actuaron muy en serio. Tras la proclamación de la huelga general por parte de la UGT, ocho mil mineros armados marcharon sobre Oviedo, ocupando la ciudad. Todo sucedió de forma espontánea, sin ninguna planificación. Los propios dirigentes socialistas, que entendían bastante de organización, se mostraron completamente incapaces de encauzar la rebelión, como siempre, superados por las propias masas con sed de lucha. En menos de lo que canta un gallo, los mineros ocuparon las fábricas de armas de Trubia y de la Vega, aumentando de número y siguiendo su camino para ocupar pueblos y municipios.

La noticia nos llenó de entusiasmo. Tras volver deprisa y corriendo de nuestra excursión, Marisol y yo estábamos

preparados para todo, lo esperábamos todo. Parecía que había estallado la Revolución. Todo esto sin contar que la CNT, la primera fuerza sindical española, llevaba años esperando desencadenar la insurrección mediante una huelga general, Era nuestro objetivo, era nuestra arma más importante.

No obstante, en Barcelona no se movió nadie.

La huelga era cosa de la UGT y también estaban metidos los comunistas estalinistas. Aquella gente nos había traicionado demasiadas veces, no se podía confiar en ellos. Nos querían a todos muertos, eso decían los compañeros de la FAI. Yo, sinceramente, no comprendía nada, porque bien está que tengamos diferencias políticas y que exista algún tipo de odio personal jamás aclarado, pero en aquel momento, mientras nosotros perdíamos el tiempo discutiendo, los obreros armados estaban ocupando la ciudad. Unos obreros que pronto tendrían que enfrentarse al Ejército.

Una previsión fácil. En cuarenta y ocho horas, Lerroux, el presidente del gobierno, proclamó el estado de guerra, dando vía libre a los militares para hacer prácticamente cualquier cosa.

La insurrección se prolongó durante dos semanas. Días candentes, días de lucha. Durante las primeras fases de ocupación, los mineros se propasaron un poco: murieron decenas de sacerdotes y responsables de fábricas, protagonizaron saqueos, quemaron algunos ayuntamientos y bastantes iglesias... casi todas las iglesias, a decir verdad.

De cualquier modo, se calculó un total de cerca de cuarenta víctimas. Podrá parecer algo terrible, seguramente una cosa bárbara e incivilizada, pero en aquella época se asesinaba con mucha más facilidad. El valor de la vida humana era inversamente proporcional a la maldad del vencedor. Duele decirlo, pero es así.

En el siglo xx, la gente no ha hecho otra cosa que morir, en cualquier lugar y con cualquier pretexto: ideologías, razas, imperios, naciones, clases sociales, recursos, rencores o estupideces. Que quede claro que yo siempre he sido contrario a matar a la gente por venganza, así como a cualquier ejecución a sangre fría. No podemos creernos los únicos con derecho a juzgar los golpes y los méritos de los hombres hasta llegar a matar; de lo contrario haríamos como los patrones y sus siervos, como el Estado y sus esbirros de uniforme. Sin embargo, cuando ves tantas injusticias, tantas ofensas en tan poco tiempo, la violencia resulta incontrolable y nadie es capaz de pararla. Al menos, así es como yo lo he vivido.

Después intervino el Ejército, cuya reacción fue de tal brutalidad que causó escándalo incluso entre los círculos burgueses. Para que no se formasen amotinamientos individuales o que ningún regimiento pasase al bando de los rebeldes, enviaron a la Legión extranjera y a los repartos de regulares compuestos exclusivamente por marroquíes, cuyo temperamento era más brutal y sanguinario.

Estas tropas, a pesar de la inicial resistencia popular, recuperaron todos los territorios ocupados por los mineros,

pueblo a pueblo. Mataron, torturaron y violaron bajo la protección de las altas esferas militares. El Ejército estaba decidido a dar una lección memorable a todos los obreros españoles y lo hizo. Hubo más de tres mil muertos, la mayor parte fusilados allí mismo. Un joven general sobresalió entre todos por su particular forma de matar a los mineros de la insurrección; se llamaba Francisco Franco y capitaneaba la Legión extranjera.

¿Y nosotros? Salvo en ciertos casos aislados, los anarquistas no movieron un dedo para hacer frente a la represión. Los más de ochocientos mil afiliados a la CNT permanecieron a la espera de los acontecimientos, contemplando la masacre de los mineros. En las múltiples reuniones del barrio protesté con toda mi fuerza, me indigné, grité... y muchos compañeros estaban de acuerdo conmigo, les consumía la impotencia. Por el contrario, otros muchos no querían entender a razones. Yo intentaba explicarles lo que sucedió en Italia, que las divisiones nunca traen nada bueno porque, cuando verdaderamente llega el momento, reaccionarios y patrones no se dividen nunca y van directos contra el enemigo de clase, demostrando tener mucho más sentido común y determinación. Menos hablar y más violencia.

—Nosotros, en Italia, nos encontramos de un día para otro con que Mussolini había instaurado su dictadura y que los fascistas se habían adueñado del pueblo, que aún seguía dividido por cuestiones ridículas, por el partido y todas aquellas tonterías. Y ahora aquí vosotros seguis con el rollo

de la Primera Internacional, ¿no os dais cuenta? ¡Dios mío, la Primera Internacional!

Les gritaba desesperado a los compañeros españoles, que me escuchaban negando con la cabeza, especialmente los dirigentes.

—Eres italiano, Errico, no eres consciente de muchas cosas, cosas importantes —sentenció un miembro de la FAI, intentando excluirme con la antigua historia de la nacionalidad y la experiencia.

Anarquista de pacotilla. Mi padre, Ruggero Nebbiascura, alias Diavul, tendría algo que enseñarle a aquel miserable. Era cierto que con mi entusiasmo revolucionario de exiliado político quizás veía las cosas demasiado fáciles, pero no era verdad que no supiera muchas cosas. Nunca había sido un idiota y leía mucho, leía con curiosidad todo lo que caía entre mis manos. Sabía por ejemplo que estábamos lejos de Asturias, una provincia situada en el norte, en la costa atlántica, y sabía que las diferencias entre anarquistas y socialistas eran muchas. Había demasiado odio acumulado en el transcurso de los años, odio entre compañeros. Desgraciadamente es demasiado fácil razonar mirando al pasado, con el conocimiento de los hechos que ayuda a identificar los errores y las ilusiones. Pero yo estoy contando un hecho real y me causa mucho dolor recordar por enésima vez lo estúpidos y mezquinos que fuimos. Debía haberlo comprendido ya entonces, la insurrección de Asturias fue un claro y triste presagio.

La Revolución no se puede alimentar sólo de odio.

*

A pesar de la derrota de los mineros asturianos, Marisol estaba convencida de que en breve explotaría toda España. Las masas populares estaban protagonizando continuas revueltas y el escenario no era sólo Cataluña, sino también la región de Madrid y Zaragoza, el País Vasco, Andalucía, donde los anarquistas también tenían mucho peso, e incluso Asturias, aunque la feroz represión hubiese debilitado el movimiento obrero. El gobierno temía esta situación explosiva, tanto que en 1935 proclamaron el estado de alarma, que aunque no era exactamente igual a un golpe de Estado, poco le faltaba.

Como era lógico prever, tras la derrota de los mineros, la derecha fascista y la monárquica se habían fortalecido y eran muchos los que pensaban que la República tenía los días contados, ya que no podía confiar en la fidelidad del Ejército. Los anarquistas estaban entre los que apoyaban esta hipótesis y desde hacía ya meses nos estábamos preparando para oponer una resistencia armada, que para nosotros no era otra cosa que la Revolución del proletariado. Habíamos aumentado la producción en la armería mientras nuestros dirigentes valoraban las posibilidades de acción en previsión de una sublevación militar.

A Durruti lo habían encarcelado. Formaba parte de los más de cuarenta mil arrestados tras la huelga general y estaba en la prisión de Valencia, sin acusaciones precisas,

simplemente basándose en su peligrosidad natural como dirigente anarquista.

Para ser sincero, 1935 fue un año muy extraño. Parecía que todo se desencadenaría de un momento a otro, pero por el contrario, pasaban los meses con una monótona sucesión de huelgas, enfrentamientos armados y emboscadas recíprocas.

La auténtica —y desgraciadamente funesta— novedad era otra: el enemigo de la clase obrera ya no era sólo el Estado, con su Ejército y su Guardia Civil, sino que estaban entrando activamente en juego otras fuerzas, unas fuerzas que reconocí desde el primer momento en que las vi en la plaza, sobrecogiéndome el corazón.

La oscuridad, la negra vorágine angustiosa que desde hacía años inundaba Europa había llegado también a España materializándose en la Falange, el partido fascista fundado por José Antonio Primo de Rivera, hijo del ex dictador. No eran simples católicos tradicionalistas, ni ineptos monárquicos entregados a una penosa nostalgia, a la caza deportiva y a los prostíbulos. Los falangistas eran auténticos fascistas, como los italianos, como los alemanes... fascistas que querían hacerse con el poder. Siguiendo el ejemplo de las brigadas fascistas, las milicias falangistas fueron las primeras en coger las armas, siguiéndoles posteriormente la Juventud Monárquica.

Pero a nosotros esta situación nos concernía sólo hasta cierto punto. En Barcelona y en toda Cataluña, los falangistas se mantenían a la espera, atemorizados ante la fuerza de las

organizaciones anarquistas. Era en Madrid, en Andalucía y en las regiones rurales donde podían levantar la voz.

Mientras tanto, los socialistas daban un giro a la izquierda aliándose con los comunistas y pactando la creación del Frente Popular, tal como había ordenado Stalin desde Rusia.

¡Stalin! Volver a recordar a aquel hombre es bastante doloroso, significa volver a abrir una herida que me atormenta desde hace muchos años. En cualquier momento de la vida de todos los hombres se suceden hechos, mentiras, indecisiones, cobardías, elecciones y golpes que antes o después terminas entendiendo, a posteriori, esforzándote por cambiar tu propio punto de vista. Sin embargo, hay otras cosas que permanecen sumidas en el misterio. El asunto de los estalinistas españoles no he conseguido comprenderlo realmente nunca y, aún hoy, sigo sin encontrar una explicación para todo lo que sucedió.

En Pietra Marazzi, pocos años antes de la ascensión de Stalin y del fascismo, los comunistas eran unos buenos compañeros, gente dura, con determinación, no demasiado distinta de los socialistas. Lógicamente, con los anarquistas no se han puesto de acuerdo nunca, ya que estaba el tema del Estado y del Partido de por medio, pero eran personas en las que podías confiar, eran unos revolucionarios sinceros y no te apuñalaban por la espalda. Otras muchas cosas nos unían en otros aspectos. En el fondo, también yo me consideraba comunista, también mi padre lo era, comunistas

libertarios, como Malatesta y la mayoría de los anarquistas italianos.

Nosotros creíamos en una distribución equitativa de los recursos, en la colectivización de las tierras y de las fábricas.

En la Revolución.

Desde los primeros años que pasé en España me di cuenta de que durante los años en que me vi obligado a estar aislado del mundo habían cambiado muchas cosas. Los estalinistas españoles se comportaban como una banda de maleantes. Siempre estaban conspirando en la sombra, silenciosos, disciplinados, hipócritas, dispuestos a pactar con la burguesía, a introducirse en la maquinaria estatal para controlarla, usándola como un arma de poder. Y encima, ¡ninguno de ellos trabajaba en las fábricas! Eran pocos pero organizados, de alma burócrata, falsos por orden del Partido. Todos decían lo mismo y de idéntica forma, las mismas cosas, ideas de derechas, inconfundiblemente. No estoy loco, la vejez no me ha hecho perder el juicio. Lo que digo es la pura verdad: los comunistas españoles eran un partido político de centro derecha, formado sobre todo por pequeños burgueses de ciudad contrarios a la colectivización de las tierras y a la autogestión de las fábricas. Decían que aún no era el momento. ¿Y cuándo lo sería? ¿Después del golpe de Estado fascista? Ingenua insensatez, no conseguía entender el porqué de aquella actitud. No contentos con el boicot, nos trataban de contrarrevolucionarios, de aventuristas. ¿Contrarrevolucionario yo porque quería colectivizar las fábricas y la propiedad de la tierra?

¿Aventurista? Después de todo lo que me había sucedido, como mucho, podía considerarme un aventurero, un hombre coherente y en su sano juicio, dispuesto a todo para ver desatarse la Revolución.

Si quieres salvar España del marxismo, vota a los comunistas. Este es el lema que incluían los socialistas en los carteles que colgaban por las calles. Imagina si Gramsci hubiese leído algo de ese género, el comunista de Cerdeña que se estaba pudriendo en las cárceles fascistas. Piensa en el dolor que le hubiese causado.

Durante el interminable año de 1935 comencé a comprender toda la desconfianza anarquista con respecto a los estalinistas, un recelo que en poco tiempo se confirmó como justificado, aunque trágicamente insuficiente.

Hacía tiempo que habían concluido los años veinte y mis recuerdos ya no valían nada; mi época de trabajo encerrado en la fragua de mi padre, mi soledad, mi tristeza y mi desesperación, habían perdido nitidez con el transcurso de la Historia.

Los comunistas de Pietra Marazzi dejaron de existir y prácticamente había enterrado al compañero Gramsci. Velocidad, sólo velocidad.

¿Qué le había sucedido al comunismo en esos quince años?

No sabría responderte.

Eran unos tiempos demasiado agitados.

LA REVOLUCIÓN LIBERTARIA

SOY viejo. A veces, la memoria me engaña.

Pasan los años y las imágenes se deterioran y, consumadas por el tiempo, se entremezclan, creando una única visión confusa entre la que es difícil distinguir un trayecto. El antes se transforma en después, la verdad pierde consistencia, se atrofian el juicio y la auténtica secuencia de hechos y, aunque a veces la percepción del conjunto consigue resistir el desgaste del tiempo, esta visión queda irremediablemente más difuminada, confundiéndose y contaminándose con la nostalgia, la fingida sabiduría de quien ya ha visto y no puede volver atrás. Sin embargo, cuando se recuerda un día particular, un momento preciso que sólo puede ser ése y no otro, los hechos más inmediatos son los que marcan la diferencia.

En mitad de la batalla y la violencia, de la desesperación de los gritos, del terrible estruendo de los disparos, cuando las acciones no se pueden meditar y solo el instinto te salva o te condena, los detalles se encargan de resucitar y realzar de nuevo el recuerdo, de descorrer el tupido velo de los años transportándote al instante exacto, al único lugar importante, justo allí donde se libró la batalla definitiva. Improvisadamente, como respondiendo a una señal preestablecida, a un código perfecto encerrado en la memoria de cada hombre, las imágenes recobran su claridad y certeza.

No se puede fallar.

Las cuentas de la vida siempre vuelven a salir a la superficie. Las caras de los amigos, los gritos de felicidad, el heroísmo, el sacrificio de cada uno y las grandes y dolorosas pérdidas, el pueblo echado a la calle como una marea reivindicativa, asombrada ante su formidable fuerza. La esquina desde la que disparaste por primera vez, justo aquella esquina y no cualquier otro trozo de la pared. Porque es justo allí, justo en aquel instante, cuando realizaste tu elección.

En los barrios junto al mar, se disparaba por todas partes.

Aquella mañana de verano, cuando se dio la voz de alarma y todos los obreros se echaron a las calles para defender la República. En Barcelona, la furiosa ciudad catalana en guerra. Los camiones de los metalúrgicos pintados de rojo y negro, la Municipalitat tomada y posteriormente defendida por un puñado de valientes milicianos. Las brigadas de jóvenes muchachas con el fusil a la espalda, dispuestas a morir para defender las barricadas. Los furiosos enfrentamientos en la Brecha de San Pablo, el asedio al Hotel Colón, la central telefónica ocupada por los militares. La solitaria carga contra la ametralladora. El disparo que hirió de muerte a Ascaso a un paso de la victoria.

Eran las diez de la mañana del 19 de julio de 1936, domingo. Nos encontrábamos en la Brecha de San Pablo, una plaza no demasiado lejos del Raval. Un grupo de compañeros capitaneados por Francisco Ascaso teníamos la

misión de bloquear al escuadrón del cuartel de caballería de Montesa.

Los militares facciosos apuntaban directamente al Sindicato de la Madera situado en calle del Rosal, eran muchos y bien armados. Unas tropas aleccionadas en el patriotismo y purgadas de los oficiales fieles a la República. Tenía a tiro con el fusil la posición enemiga, un puesto que se me había confiado en señal de respeto, ya que no disponíamos de demasiados fusiles y el enemigo tenía metralletas.

Me temblaba la mano. Tendría que estar borracho después de todo lo que había bebido aquella noche, pero sin embargo, sólo estaba asustado. El miedo le gana la batalla al alcohol, tiene más fuerza que cualquier otra cosa.

—¡Si se asoma alguno, dispara! —me dijo Luis, un compañero de la FAI experto en las luchas callejeras, un pistolero de los duros que venía del barrio gótico—. ¡Dispara! —decía—, y apunta al corazón.

Para mí no era una tarea fácil. Disparar a un hombre no era como practicar con un muñeco de paja con uniforme de cartero. No conocía a aquellos soldados de nada, pero sabía que probablemente eran pobres diablos como yo. No me seducía demasiado la idea de traspasarles el corazón con una bala, no me gustaba la idea pero estaba dispuesto a hacerlo.

El tiempo de las incertidumbres había terminado de una vez. Con el fusil bien firme en las manos y con mi amigo Yuri cubriéndome el costado, cumplíamos con nuestro deber de

militanes inscritos como voluntarios en las milicias de la CNT. Él era esloveno, yo italiano. Ambos, sin vacilar ni un solo momento, nos habíamos apostado en la plaza para defender la República y combatir por la Revolución. Son cosas que pasan. Él tenía veintitantos años, yo algo más, pero ambos hubiésemos dado la vida de haber sido necesario. A mí me gustaba vivir, me gustaba bastante. Con el fusil en las manos y un miedo vergonzoso intentaba comprender cómo había llegado a aquella situación.

Era una larga historia, la misma historia que estoy contando.

Finalmente, el interminable 1935, como todas las cosas, dejó paso a su sucesor. En febrero de 1936 se habían convocado elecciones y, a pesar del clima de guerra civil y los continuos enfrentamientos con el Ejército y aquellos bellacos de los falangistas, la alianza de centro izquierda, que englobaba desde republicanos a comunistas, había conseguido la mayoría. No por mucho margen, pero sí el suficiente para constituir un gobierno de solidaridad nacional. A pesar de no formar parte de la coalición, por primera vez, los anarquistas decidieron acudir a las urnas, resultando decisivos en los resultados. A mí, al ser extranjero, no me afectó el dilema, pero Marisol, en cambio, de mala gana realizó su contribución. También para ella era la primera vez que votaba y eligió a los socialistas considerándolos el mal menor. Muchos compañeros del barrio acudieron a votar, pero de todos modos, se sucedieron las discusiones acaloradas. Eran muy pocos los

militantes anarquistas que confiaban en aquella República burguesa, ya que estaban convencidos de que estaba formada por enemigos de clase y mantenía una política ambigua, demasiado comprometida con la derecha. Yo ya había vivido esta historia y temblaba ante la idea de tener que sufrirla de nuevo.

Se eligió como presidente al republicano Manuel Azaña, un político bastante moderado que ya había demostrado en el pasado no ser demasiado amigo del pueblo. Siempre se había mantenido una guerra continua con los anarquistas. Sin embargo, bastaba la presencia socialista en varios ministerios para provocar una situación igualmente peligrosa. Desde los primeros días, el gobierno de centro izquierda parecía abocado a no durar demasiado. Ciertamente, el Ejército, los falangistas, los monárquicos, los tradicionalistas católicos y los reaccionarios de cualquier género no habrían consentido la realización de las reformas prometidas por el socialista Caballero. Éste era un buen socialista, un hombre honesto, de la antigua escuela, sin falsedades ni segundas intenciones. Me recordaba a los viejos socialistas de Pietra Marazzi, aquella generación de hombres que aún creía y esperaba un futuro pleno de igualdad. En su programa se recogían la creación de nuevos contratos para los trabajadores de la industria, la jornada de cuarenta horas, la progresiva separación Iglesia-Estado y sobre todo, la reforma agraria, que en España, de tantas veces que la habían prometido, se había convertido en una especie de maldición.

Eran unos objetivos peligrosos para los empresarios de las ciudades y los latifundistas del campo, así como para los sacerdotes, que en España tenían más peso aún que en Italia. El Ejército podía intervenir de un momento a otro y a golpe de cañonazos derrocaría a la República e instauraría una dictadura militar, eso estaba más claro que el agua. Al menos, eso es lo que pensábamos todos, empezando por los dirigentes políticos republicanos.

No obstante, el Ejército esperó. Transcurrieron cerca de cuatro meses, vinos meses llenos de ansiedad y un gran tormento durante los cuales la violencia política no tuvo tregua. Todos los días y en todas las regiones había muertos y las fuerzas paramilitares de la Falange se mostraban cada vez más agresivas y mejor armadas, ya que no les resultaba demasiado difícil encontrar fusiles; estaban determinadas a esparcir su odio. Otra historia que ya había vivido.

Mientras en las calles de muchas ciudades españolas se protagonizaban enfrentamientos armados, los militares no tenían demasiada prisa en asestar la estocada definitiva al gobierno, demostrando su previsión y paciencia. Ahora resulta fácil comprender el porqué: necesitaban tiempo para saber con certeza quiénes de entre sus compañeros oficiales permanecerían fieles a la República y quiénes se alzarían en armas para derrocarla. Necesitaban tiempo para organizar un golpe de estado que triunfase con total certeza. Sospechaban, con fundamentos, que muchos de los soldados rasos y los suboficiales no dispararían contra el pueblo, al ser también ellos hijos del pueblo. También sabían

que las fuerzas obreras no se quedarían mirando, tenían que matar a mucha gente para que todo fuese sobre ruedas y ésa no es una tarea fácil cuando esa misma gente está dispuesta a defenderse hasta la muerte.

Seguro que nos defenderíamos. Los anarquistas estábamos seguros desde hacía tiempo de que de una manera u otra llegaríamos a la lucha armada, era inevitable. O por la República o por la Revolución, los compañeros obreros y los campesinos tendrían que combatir.

Con el inicio del verano, los rumores de que se preparaba una sublevación militar ganaron consistencia y prácticamente no existía otro tema de conversación. En las sedes sindicales se respiraba un ambiente de pesimismo y la tensión envolvía la vida de todo el mundo. En vísperas de la batalla no se pensaba en otra cosa que en el enemigo a las puertas, aunque sinceramente, a mí esto me afectaba sólo en parte. Loco y extraño como mi desgraciado ojo, observaba inconsciente la tensión y el temor del resto de mis compañeros, de todos los hombres normales, porque yo por mi parte estaba empeñado en vivir mi personal fábula catalana. Mi amor hacia Marisol era lo único real, todo lo demás me pasaba por delante como si fuese una película que antes o después tendría un final, ya fuese feliz o trágico. Además, el final de nuestro sueño podía estar realmente cerca, así que para qué desperdiciar el poco tiempo que pudiese quedarnos. Nos amábamos compartiéndolo todo, todos los momentos del día y de la noche, las esperanzas y los miedos, la tensión de la espera.

La espera, es cierto. El peor tormento es permanecer a la espera cuando te sientes fuerte, cuando la rabia te consume y estás dispuesto a combatir, aunque en tu corazón también estés seguro de que no estás preparado. No éramos un ejército, no teníamos estructura ni disciplina, sin contar con el equipamiento militar necesario. La CNT y la FAI buscaban armas desesperadamente y el gobierno republicano no quería oír hablar de armar al pueblo. Tenían más miedo de la Revolución que del fascismo.

A partir del 12 de julio dejé de dormir prácticamente. Cada noche podía ser la definitiva. Durruti pidió abiertamente al presidente de la Generalitat, Companys, un mínimo de diez mil fusiles. Diez mil fusiles para defender a la República en Cataluña. Con aquel número de armas seríamos capaces de parar a los rebeldes.

Eso decía Durruti. De lo contrario lo haríamos con pistolas, con piedras e incluso cuerpo a cuerpo. Escupiéndoles a la cara a aquellos perros fascistas.

Companys no nos entregó nada, pero a escondidas, algunos militares republicanos comenzaron a repartir armas entre el pueblo.

También los militantes distribuimos algunas. En los días del 13 al 19 se desvalijaron todas las armerías de la ciudad. El 15 de julio formé parte de la brigada que, capitaneada por Durruti, requisó dos barcos cargados de armas en el puerto de Barcelona. En un segundo llegó la Guardia de Asalto de la Municipalitat, reclamando la restitución de cerca de doscientos fusiles. Durruti ya los había escondido en una

sede cercana del Sindicato de Transportes y no los habría devuelto ni muerto. Y no era una forma de hablar. Sólo para evitar un enfrentamiento armado con la policía, les entregamos diez armas defectuosas y con eso se contentaron.

También teníamos preparativos logísticos. Durante los días precedentes, los militantes de la CNT se habían dividido en brigadas armadas formadas por varias decenas de compañeros. Cada brigada tenía un objetivo bien definido: controlar día y noche los cuarteles, comisarías de policía, calles principales y lugares estratégicos en general. Había que informar de cada movimiento de soldados o policía al Comité Extraordinario de la CNT-FAI. Porque, aunque todos estábamos seguros de la fidelidad de los mossos a la República, ya que los había elegido directamente la Generalitat de acuerdo a su auténtica fe autonomista, nadie hubiese puesto la mano en el fuego por la Guardia de Asalto, la Guardia Civil o los Carabineros. Ni mucho menos por el Ejército. Los obreros anarquistas debían estar dispuestos a todo. Como las provisiones de materiales se habían agotado, interrumpimos la producción de pistolas en el taller para enrolarnos en las brigadas de combatientes voluntarios.

Me alistaron en el batallón de Ascaso, los militantes que tendrían que combatir en primera línea de fuego, mientras que a Marisol le asignaron la defensa de la central de la CNT de los portuarios. Yuri también estaba en mi grupo, el único extranjero aparte de mí que trabajaba en la armería; era un tipo duro que con poco más de veinte años se había fugado

de su país porque lo buscaba la policía, no se sabía si por cuestiones políticas o de otro tipo. Él decía que era un compañero y su palabra bastaba.

Era alto y delgado, con los ojos verdes y una cara de gato arisco que parecía querer matar a todos los cristianos del mundo si tuviese el tiempo a su disposición. Sin embargo, era al mismo tiempo un amigo leal y valiente. Con nosotros también estaba Pep y su primo Juan. Un grupo de cuatro muchachos inexpertos.

Tras una semana de guardias nocturnas continuas, éramos como hermanos. Bebíamos, comíamos y esperábamos juntos, incluso encontrábamos tiempo para jugar a las cartas.

La noche del 18 de julio Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver³ reunieron al Comité de Defensa de los anarquistas catalanes en un apartamento de Poble Nou situado no lejos de la armería. Acudieron representantes de todos los sindicatos y todos los comités de barrio. Y yo también estaba allí.

Recuerdo bien aquel momento. Los preparativos antes de la batalla.

Se extiende en la mesa un plano de la ciudad. Bebemos vino y todos llevamos un revólver en el cinturón. Ascaso marca las posiciones de los cuarteles con un lápiz rojo.

—Tenemos que hacerlos con algunos coches —susurra con un hilo de voz. Los demás asienten—. Aseguramos de que no falten los enlaces y la información entre varios campos de batalla.

Yo lo observo todo desde la distancia, un soldado de un escuadrón voluntario formada por bandoleros y obreros. Marisol está conmigo. Sus preciosos ojos no quieren perderse ni un detalle de aquellos instantes y vagan inquietos de un lado a otro de la habitación.

Está nerviosa, me coge la mano.

Pasamos toda la noche esperando, aguardando para combatir a los fascistas.

Mi enemigo de siempre.

Nuestra espera no es en vano.

El 19 de julio, a las cuatro de la mañana, los militares golpistas fieles a los generales Mola y Sanjurjo salen de sus cuarteles para tomar el poder, flanqueados por grupos paramilitares de la Falange. Entran en la ciudad por cinco direcciones distintas, con el objetivo de ocupar la Generalitat, la central telefónica y todos los demás lugares estratégicos.

Los enlaces dan la voz de alarma inmediatamente.

Sólo es necesario un rápido boca a boca para que el pueblo de Barcelona se eche a la calle con las banderas. El rojo y el negro pasan a ser los colores de la ciudad, la fotografía de la batalla.

—¡Viva la FAI! —grita un obrero frente a la Casa de Cambio, el viejo palacio del barrio gótico que se había transformado en el cuartel general de los anarquistas.

Tiene una voz ronca y está delgado. No parece un combatiente, ni mucho menos un militante, pero lo que cuenta es que esté allí. Allí parado y dispuesto a luchar para

defender su parte de ciudad, su parte de Revolución. En breve llegan brigadas de obreros anarquistas armados: era fácil reconocer a los portuarios, al Sindicato de Transportes, a los del papel, a los químicos, los metalúrgicos, los albañiles, los del textil, los obreros de la fábrica de cerveza Damm y además están también los socialistas, los comunistas, los Mossos d 'Esquadra de la Generalitat, los militantes del POUM, los catalanistas y los subproletarios en paro junto a delincuentes de toda raza y categoría, pistoleros y proxenetas del Poble-sec⁴, e incluso campesinos y pescadores.

Del cuartel de Atarazanas salen corriendo tres soldados. Los compañeros les apuntan con sus fusiles y revólveres. Ellos siguen avanzando pero no parecen querer atacar, ondean bandera blanca.

Están bañados en sudor y jadeantes.

Pero sonríen. Son un sargento y dos soldados rasos. Se han amotinado, son desertores, compañeros, y traen como dote un regalo valiosísimo: una ametralladora.

Se suceden las voces más diversas. Los dirigentes anarquistas aún no saben cómo moverse, todo puede cambiar de un momento a otro. Parece que la aviación no va a participar en el Alzamiento y que los golpistas han arrestado a muchos oficiales del Ejército fieles a la República. Pero las noticias son contradictorias. Es cierto que la mayoría de los cuarteles están de parte de los facciosos. Por el momento, la Guardia Civil se mantiene neutral, mientras que la Guardia de Asalto se alinea junto al pueblo.

Yuri, yo y el resto de los miembros de la brigada esperamos.

Pronto llegaría también nuestro turno.

Todas las calles están presididas por grupos armados de obreros. A las cinco y media de la mañana comienzan los primeros enfrentamientos armados. En todos los puestos, el pueblo resiste de forma heroica y finalmente, también nosotros nos unimos a la batalla. Nos guía Francisco Asenso con su metralleta, somos un grupo numeroso y bien armado, todos tenemos ni menos una pistola y también disponemos de fusiles y bombas de mano. Somos las tropas elegidas por la FAI capitaneadas por uno de los pistoleros anarquistas más temidos. Ha llegado el momento, ya no hay más tiempo para arrepentimientos. «Soy un miliciano anarquista», pienso para infundirme valor.

No debo tener miedo.

Quizás moriré hoy.

A las siete de la mañana, junto a un nutrido grupo de obreros del Sindicato de la Madera, nos apostamos en la barricada erigida para defender la Brecha de San Pablo, en mitad de los barrios populares que se extienden bajo el Montjuïc.

Frente a nosotros, en la parte contraria, se encuentra en formación el tercer escuadrón de caballería proveniente del cuartel de Montesa. Pero aquellos hombres no van a caballo y en lugar de sables tienen metralletas.

Los soldados abren fuego y alcanzan violentamente la barricada. Sus ráfagas terminan con la vida de algunos compañeros, estamos resignados a retirarnos.

Mientras retrocedemos, gritos furiosos de mujeres inundan a los militares. Todo el barrio está de nuestra parte.

—¡Asesinos! —gritan las mujeres del barrio asomándose a las ventanas sin miedo.

De esas mismas ventanas comienzan a salir los primeros disparos de fusil aislados e incluso pedradas. El pueblo de Barcelona participa en la lucha. La posición es nuestra. Los militares ametrallan sin interrupción hacia las calles de acceso a la plaza, pero no consiguen avanzar porque a lo largo de calle Vila se ha apostado un grupo armado de obreros portuarios que vienen a apoyarnos. Muchos de ellos caen ante el fuego enemigo. Yo disparo apuntando por la mira como me había enseñado Marisol, pero aún no he alcanzado a ninguno, o al menos eso creo. El corazón me late a un ritmo cercano al dolor. Siguen cayendo más compañeros, pero comienzan a morir también los soldados, que han perdido su ímpetu inicial. Vacilan. Después de cerca de una hora de furiosa batalla, bloqueamos a los militares en la Brecha. De aquí no pasan.

Así es como llegué a aquella situación, con el fusil en las manos y Yuri a mi lado. Así es como afronté mi bautismo de fuego, en las calles de Barcelona, dispuesto a morir para defender una República que siempre me había despreciado. Así es como me convertí en un combatiente.

Un combatiente revolucionario.

*

Son las once de la mañana y hace calor.

Una vez habíamos frenado al enemigo y reorganizado nuestras defensas, estamos preparados para tomar la iniciativa.

Sigo teniendo vivido el recuerdo de aquel momento, cuando de repente comprendo que podemos vencer la batalla. Lo que cambia son las miradas, las nuestras y las suyas. Nos dividen sólo cincuenta metros, asomándonos por la barricada podemos verles bien. Las tropas golpistas comienzan a mostrar los primeros síntomas de abandono, los gestos indecisos de los soldados demuestran que por hoy se ha terminado su gallardía. Y nosotros, voluntarios sin jerarquía, hemos demostrado ya que sabemos combatir.

Por primera vez tienen miedo de perder, se cagan encima.

Encerrados en todo el centro de la ciudad, para ellos no hay retirada posible. Quien dispara contra su propio pueblo no tiene ningún lugar al que volver. Conforme transcurre el tiempo aumentamos de número, llegan también las brigadas armadas de compañeros de la Barceloneta. Oímos que ha llegado el momento del contraataque. La noticia corre de boca en boca. Estamos preparados.

Veo a Ascaso salir, desde una posición apartada se aleja de su grupo de milicianos. Se está jugando la vida avanzando al descubierto.

¿Sabes qué hace? Ascaso es un loco.

Nuestro jefe es un loco inconsciente. Mientras comenzamos a abrir fuego todos juntos para cubrirle, nuestro comandante apunta con la metralleta al oficial de los militares rebeldes. La descarga es precisa y lo traspasa en varios puntos, dejándolo muerto en el suelo. En aquellos segundos de agitación, el tiempo se detiene. Obreros y militares se miran sin moverse. Una vez superado el trauma, un teniente intenta retomar el control, gritando con un loco, descarga su revólver contra nuestras posiciones, insultándonos y mandándonos al infierno de todas las religiones.

Es su momento de gloria. Muchos soldados se detienen, dudan, quizás sea capaz de tranquilizarlos, de volver a contagiarles a aquellos muchachos asustados las ganas de combatir. Sin embargo, le traicionan. De buenas a primeras, un cabo de su misma compañía levanta el fusil y le dispara por la espalda a bocajarro.

Él oficial cae al suelo silenciosamente.

Como si sólo esperasen un gesto aislado de deserción, todos los soldados del escuadrón pasan a nuestro bando. Soldados que apuntan sus fusiles contra el resto de soldados.

Cambia el viento y la metralleta enmudece finalmente. Oigo que ha llegado el momento. Yuri, Pep, otro grupo de compañeros y yo nos lanzamos al descubierto para ganar terreno. A nuestro alrededor sólo se oyen gritos y disparos. A uno de los nuestros le alcanza una bala en la pierna; es

Juan. Lo cargamos y lo llevamos a un lugar seguro. Está asustado, grita de dolor y pierde sangre, pero no morirá, al menos, no esta vez. Ahora nos refugiamos tras un muro a menos de treinta metros de los insurrectos. También Pep sangra, aunque es una herida leve. De repente, de encima de un tejado se asoma una chica, la recuerdo bellísima, lleva al cuello un pañuelo rojo y en el brazo el símbolo del sindicato textil. Una gruesa cuerda atada a una robusta chimenea la sujeta con fuerza. Con un ágil movimiento se asoma por encima del parapeto y lanza una botella incendiaria contra los soldados que defienden la Brecha. Sigue como suspendida en el aire, se gira sobre sí misma y prepara otra botella para lanzarla. Desde las ventanas suceden los disparos de fusiles y pistolas. El regimiento de infantería está rodeado, algunos soldados se rinden, otros continúan disparando. Entonces nos consultamos y decidimos apuntar contra el grupo de los "irreducibles". Otro teniente, el último oficial que sigue con vida, grita a sus hombres que resistan. Seguramente hace años que se prepara para un momento como éste, años transcurridos entre disparos, marchas, un dar y recibir órdenes y peleas con la jerarquía en espera de que llegase el día de poder comandar un pelotón invencible de asaltadores. Y sin embargo, como un imbécil cualquiera, en la primera batalla le joden un puñado de obreros; no puede pasar eso, es demasiado vergonzoso. Parece decidido a resistir a ultranza, a morir defendiendo la posición. Pero en un momento determinado se asoma demasiado, apunto rápidamente con el ojo derecho, el violeta, el del color del

odio y de la venganza, y disparo sin dudarle. Sigo con la mirada la trayectoria del proyectil, pero es inútil, porque estoy seguro de que le daré, no me cabe la menor duda. En aquellos instantes no siento nada, sólo un ligero temblor que me recorre la espina dorsal.

Como una caricia.

El teniente se desploma con un agujero en mitad de la frente. A mi alrededor, mis compañeros levantan los brazos al cielo. Yuri impreca en su lengua incomprensible. Todas las brigadas de la CNT-FAI salen al descubierto disparando, de los techos y las ventanas llueve de todo. Ascaso tiene a tiro al sargento primero. Éste ya tiene una cierta edad y no tiene la intención de hacerse el héroe, basta con una señal.

Los militares se rinden.

La Brecha de San Pablo vuelve a estar en manos del pueblo.

Acabo de matar a un hombre.

Es inútil mirar al pasado, pronto tendría la oportunidad de matar a muchos más.

*

Sólo hemos vencido una batalla, sigue el fuego cruzado en toda Barcelona. Las voces de los enlaces se persiguen unas a otras, ofreciéndonos un confuso marco de la situación general.

A las seis de la mañana, la división de caballería del cuartel de Santiago descendió por el paseo San Juan y ocupó la esquina de Diagonal con el paseo de Gràcia. Un lugar estratégico: desde allí se pueden controlar todas las calles de acceso al norte de la ciudad. Sin embargo, los obreros armados de Gràcia y de San Martín consiguen bloquear su avance. Muchos compañeros han caído defendiendo esa calle, otros aún siguen inmersos en el combate.

Los soldados no pasan.

Un militante del POUM llega hasta las barricadas que rodean la catedral y le resume rápidamente la situación a Ascaso. A las seis de la mañana, las divisiones de infantería salieron del cuartel de Alcántara para ocupar la plaza de Catalunya. Sobre esa misma hora, dos kilómetros más al sur, varios grupos armados de falangistas escoltaron a las divisiones de artillería dirigidas por el capitán López Várela, un fascista exaltado, uno de los cabecillas del Alzamiento en Barcelona.

Pero en todos sitios habíamos cogido a los militares por sorpresa, ningún oficial golpista había previsto tal resistencia.

La arrogancia de siempre. Es ya demasiado tarde cuando comprenden que es todo el pueblo de Barcelona el que se defiende con las armas, no sólo un grupo de niños armados con piedras. El muchacho del POUM nos cuenta que las divisiones de artillería, acribilladas por los disparos provenientes de las ventanas y de las brigadas obreras dispersadas por las calles laterales, han quedado bloqueadas

en la avenida de Icária, la larga calle que bordea el puerto. Los enfrentamientos se prolongaron durante horas, los soldados veían aparecer enemigos de cada esquina, desde cada ventana podía disparar un fusil. Várela, con toda su arrogancia de joven militar fascista, no consiguió posicionar ni sus cañones ni sus metralletas y a las diez de la mañana se vio obligado a retirarse al cuartel de artillería cercano al puerto. El edificio está ahora rodeado por las fuerzas anarquistas. Los obreros han conseguido apoderarse de algunos de los cañones y muchos de los militares amotinados pasan al bando de la República.

Más brazos y más fusiles de nuestra parte.

Buenas noticias. Estamos ganando, los fascistas hacen aguas. Mientras descansamos y comemos algo, llegan nuevos enlaces para informarnos de la situación del centro de la ciudad, donde la batalla arrecia desde primeras horas de la mañana. Es allí donde los golpistas han concentrado sus mayores esfuerzos.

El regimiento de infantería de Badajoz ha ocupado la plaza de Catalunya, pero frente a la contraofensiva de obreros y mossos, se ha visto obligado a atrincherarse en el Hotel Colon y en la central telefónica. Esto es todo.

Rota la ofensiva de los facciosos en varios puntos de la ciudad y, mientras nosotros comemos y bebemos vino junto a dos delincuentes taciturnos del barrio chino, nuevas brigadas armadas de obreros se dirigen hacia el centro para dar el asalto final a las tropas militares atrincheradas. No

podemos faltar, terminamos rápidamente el último bocado y nos ponemos en marcha. Somos invencibles.

Aún hoy me parece sentir aquella energía temeraria, aquel espíritu entregado a la lucha. Volábamos alto gracias a la fuerza de nuestros ideales, con el valor de quien espera la revancha desde hacía demasiado tiempo y siente que, por lo menos aquel día, no le pararían. Era increíble ver cómo los obreros de la CNT combatían contra veteranos, pero aún más sorprendentes resultaron la fuerza y el entusiasmo bélico de los dirigentes anarquistas. Durruti, Ascaso, Oliver, Ruiz u Obregón estaban siempre en primera línea, arriesgando sus vidas junto a los compañeros de siempre. Hacían correr a todo el mundo sin tanta historia, impartiendo órdenes rápidas y precisas, aunque no hubiesen hecho el servicio militar. Su autoridad nacía espontáneamente en el campo de batalla y nadie se atrevía a discutirla. Incluso la Guardia de Asalto, que desde hacía más de diez años era enemiga acérrima de los pistoleros anarquistas, en la plaza les obedecía sin dudar, mezclándose con las fuerzas sindicales y formando parte de un único y gran Ejército Popular.

No es para compadecerme para lo que escribo que mi vida, frecuentemente, ha estado salpicada de tristeza y desgracias y que la mala suerte ha parecido ensañarse demasiadas veces conmigo en una especie de resentimiento personal. Pero también es verdad que pocos hombres pueden recordar horas como aquellas. En Barcelona, cuando las milicias libertarias pasaron por encima de los militares

golpistas, cuando el pueblo español se ganó por derecho propio su libertad, cuando las banderas de la anarquía ondearon en los edificios más altos iluminando el verano catalán.

Cuando combatí para defender mis ideales y a mi gente.

Porque esto es lo que pasó, y esta es la historia que estoy contando.

*

De nuevo nos ponemos en marcha. Enardecidos por las noticias de toda la ciudad, Pep, Yuri y yo abandonamos la Brecha de San Pablo en dirección a plaza Catalunya. A mediodía, los obreros controlan casi todos los accesos al centro. No obstante, a pesar de las numerosas derrotas y el casi total cerco, los militares facciosos aún controlan el Hotel Colón y la central telefónica, dos grandes edificios en los que han conseguido colocar las ametralladoras; aquellas máquinas infernales disparan sin tregua haciendo prácticamente imposible el asalto. Comienza a apretar el calor mientras el característico aroma a verano y a mar se mezcla con el más hediondo olor a pólvora. Camino junto a mis amigos por las calles de Barcelona adornadas de rojo y negro, me parece estar protagonizando una novela o viviendo una fantasía infantil. Porque era exactamente así como me imaginaba la Revolución cuando era pequeño y corría junto a Antonio por las calles del pueblo. Me la imaginaba con multitud de gente por las calles, con las

banderas desplegadas y los fusiles humeantes, llena de heroísmo, de frustración, con la espléndida y terrible arrogancia de la juventud en lucha. También nosotros corremos ahora con el fusil bien agarrado en las manos. Tanta fuerza tenemos en el cuerpo que no sentimos nada de cansancio por las noches en vela. Podemos hacer cualquier cosa, lo estamos haciendo.

Llegamos a los alrededores de la catedral con una batalla enfurecida en todas direcciones, justo a tiempo para ver cómo un obrero portuario, Lecha, un hombre corpulento y ruidoso como un gigante, transporta él solo un pesado cañón robado a las divisiones de artillería de los muelles, derrotadas hacía pocas horas en el puerto. Parece una criatura mitológica, este Lecha es un anarquista de la vieja guardia. En su juventud había sido precisamente militar de artillería y por tanto sabe cómo manejar aquella gran boca de fuego. Dos compañeros de la Barceloneta le ayudan a posicionar la pieza y, tras pocos minutos, comienza a lanzar cañonazos contra las posiciones enemigas, sin pedir permiso a nadie.

Al oír el estruendo, todos los combatientes anarquistas se giran pensando que tendrían a los golpistas a las espaldas, pero cuando ven la imponente figura del legendario Lecha con el puño en alto se desata un grito de júbilo, un fragor que cubre incluso el sonido de los disparos.

¡Vámonos! ¡Anem! Venga, cabrones, que ahora tenemos el cañón tronando a nuestro favor. Esperamos órdenes.

Llega Durruti. Está preparando el último asalto a la central telefónica junto con sus hombres de confianza. Pero no es una tarea fácil. Están bien defendidos y la situación de punto muerto se prolonga ya desde hace media hora, un tiempo que hemos empleado en disparar algunos proyectiles sin demasiado empeño, escuchando las buenas noticias proveniente de todos los demás barrios, donde el Ejército derrotado se está retirando a sus cuarteles. Los militares abandonan a toda prisa el campo de batalla, es una derrota clamorosa. Además, un grupo de hombres de la FAI ha conseguido adueñarse, gracias a la complicidad de muchos soldados libertarios, del cuartel de Pedralbes, al que rápidamente se bautiza como cuartel Mijaíl Bakunin. A veces los anarquistas son como niños.

También llegan buenas noticias del cielo. La aviación se ha mantenido fiel a la República gracias a la determinación del coronel Díaz Sandino, un viejo liberal de izquierdas. Algunas pequeñas aeronaves comienzan ya a realizar vuelos de reconocimiento sobre las tropas rebeldes. Pronto empezarán a llover las bombas.

En aquella situación de tensión llega el decimonoveno regimiento de la Guardia Civil. Si muchos guardias de asalto combatían en las barricadas junto a los obreros, la Guardia Civil había permanecido neutral hasta aquel momento. Aquellos listos se habían quedado confinados en sus cuarteles esperando averiguar quién ganaría la batalla. Estábamos ganando nosotros y no creo equivocarme al afirmar que aquellos guardias civiles de mierda despertaban

tanto odio como el Ejército, o igual incluso más, ya que eran los enemigos del día a día en las calles y en las fábricas. ¿A cuántos anarquistas habían matado y encarcelado en los últimos diez años? No se podían contar. Y ahora llega una compañía entera a mitad de un enfrentamiento decisivo. Todo puede suceder, estamos dispuestos a todo.

Durruti se adelanta. El coronel Escobar deja a las espaldas a sus hombres en formación y va a su encuentro. Apuntamos con nuestros fusiles a aquellos esbirros, estoy dispuesto a disparar, me hubiese gustado hacerlo. La tensión nos inunda. Los dos dirigentes se sitúan uno frente al otro y tras un breve intercambio de palabras, el coronel hace un gesto y los soldados de la Guardia Civil toman sus posiciones. Los milicianos de la CNT hacen lo mismo. Ya no hay nada más que decir. La Guardia Civil se ha alineado junto al pueblo.

El decimonoveno regimiento carga contra el Hotel Colón mientras los anarquistas se lanzan contra la central telefónica. También yo me uno al ataque. No muy lejos de mí el compañero Obregón, uno de los dirigentes de la CNT de Barcelona, cae al suelo alcanzado de muerte por un francotirador. Junto a él, el fuego cruzado de las metralletas abate a muchos otros compañeros. Pero no hay nada que pueda detenemos. La carga es endiablada y no conoce obstáculos. Si tenemos que morir hoy, moriremos en este momento. Una bala pasa rozándome el brazo derecho; no siento dolor, pero se me cae el fusil y me paro a recogerlo. Entonces alzo la vista y veo a Durruti dentro de la central

telefónica. Mi grupo le sigue rápidamente, fuera ya del alcance de la ametralladora.

El tiroteo es encarnizado. Miro hacia los enemigos rebeldes sin preocuparme de mí, con el ojo brillando de furia y disparando sin pausa. Desde las plantas superiores del edificio, los soldados intentan oponer una última resistencia, pero viendo la caída de sus colegas en el Hotel Colón, se rinden y deponen las armas.

La plaza de Catalunya es nuestra.

Barcelona es libre.

*

A primeras horas de la tarde, el Alzamiento ha fracasado en Barcelona. Las fuerzas golpistas son derrotadas. El edificio 4e la división, la sede de la Comandancia General del Ejército, rinde sin oponer resistencia ante los grupos de obreros armados que a duras penas consiguen salvar al general Goded Llopis del linchamiento.

El alto oficial reconoce la rendición en directo en una emisión de Radio Barcelona. La ciudad queda en las manos de los obreros anarquistas y sólo quedan por tomar algunos cuarteles de militares irreducibles y fascistas que saben que no tienen salida si la victoria es nuestra. Me reúno con Marisol en la CNT-FAI.

Está guapísima y armada hasta los dientes, con un grupo de compañeras que han participado en los enfrentamientos (fe cerca del puerto. Me salta al cuello radiante de felicidad.

—¡Errico, mi amor! No te han matado, no te han herido, no tienes ni un rasguño —yo la beso por toda la cara y en los párpados. Siento sus manos tocándome todo el cuerpo, siento cómo me excito. Entonces ve la sangre.

—¡Te han herido! —grita como una loca.

Saca de su bolsa un cuchillo y me desgarra la chaqueta. Me desinfecta la gran herida y después me la envuelve con una venda.

—Tienes de todo ahí dentro, ¿eh? —le digo para hacerle el duro, pero la verdad es que la herida me escuece a rabiar.

—Deberías llevarlo tú también, capullo.

—No lo regañes, Marisol. Por lo que me han dicho, nuestro Errico ha luchado bien, sin dar tregua.

Adriá se acerca sonriente y nos abraza a ambos. Nos pasa unas tabletas de chocolate que les habían incautado al Ejército.

—Comed algo, tenéis que recobrar fuerzas. Me alegra que estéis bien, son muchos los compañeros que han muerto esta mañana.

Yo no puedo hacer otra cosa que confirmar sus palabras, los he visto caer ante mis propios ojos.

—Aunque la victoria está prácticamente asegurada, aún se está combatiendo en muchos barrios. Quizás los facciosos esperan una intervención extranjera.

—¿Qué se sabe del resto de España? —pregunto en alto a todos los presentes.

—No se sabe aún nada con certeza —me responde Marisol.

—En Madrid sigue la lucha —continúa Adriá—, y lo mismo ocurre en Sevilla, en Valencia, en Zaragoza y en Asturias. Seguramente Marruecos esté en manos rebeldes. El general Franco está con los facciosos y con él, todas las tropas coloniales. Toda Andalucía tendrá que combatir pronto.

—Bueno, vamos a preocuparnos por el presente y por Barcelona, de momento.

El tono de la voz nos hace quedarnos mudos a todos. Es Ascaso.

—Aún no hemos ganado la batalla. Tenemos que tomar el cuartel de Atarazanas y las dependencias militares. Hay que acabar con esos baluartes y rápido. Después llegará el momento de pensar en el resto de España.

Sin necesidad de escuchar nada más, todos los compañeros se echan a la calle para llegar hasta Atarazanas, el cuartel de artillería que sigue resistiendo.

Otra noche de tensión, la batalla se resiste a terminar.

Delante del cuartel asediado se sitúan casi todas las milicias ciudadanas.

Nosotros estamos con Ascaso, nuestro comandante. A poca distancia se sitúan Durruti, García Oliver, Ruiz, el dirigente de los tranviarios, Barón, el de los metalúrgicos y Domingo y Alejandro⁵, hermanos de Ascaso. Nos atrincheramos en el Sindicato de Transportes, esperando a que comenzase el último asalto. El asedio es difícil porque a

poca distancia de Atarazanas están las dependencias militares. Los dos edificios, bien presididos por ametralladoras y francotiradores, se defienden mutuamente con un denso fuego cruzado. Los de dentro no tienen intención de rendirse.

Son militares y falangistas.

Pasan las horas y, a última hora de la tarde, el asedio parece no tener solución. Yo ya no me tengo en pie del cansancio y si fuera por mí, podíamos esperar a que muriesen de hambre. En la calle somos cientos, también ha llegado la Guardia de Asalto y las milicias de la Generalitat.

Ascaso comienza a mostrar los primeros síntomas de impaciencia y en la guerra, la impaciencia puede costar muy cara. Yo me quiero ir a casa, quiero beber y comer, quiero dormir con Marisol a mi lado, pero aún no puedo retirarme, todavía no hemos completado la victoria. Tenemos que librar a Barcelona de la chusma fascista.

Atarazanas tiene que caer y pronto caerá.

Los compañeros de la redacción de Solidaridad Obrera han traído gigantescos fardos de papel para formar las barricadas a lo largo de la calle Santa Madrona. La situación se estanca durante demasiado tiempo.

De improviso, veo a Ascaso salir de la barricada y correr en zigzag junto a Oliver, Ruiz y otros compañeros. Es una cosa de locos, de las dependencias militares se desencadena un diluvio de balas, pero a pesar de todo, consiguen llegar hasta el mercadillo de libros situado en medio de Las Ramblas. Desde detrás de los puestos observan el cuartel.

Entre el enemigo y ellos hay varios camiones aparcados, otro posible resguardo para una nueva avanzadilla. Una bala aislada hiere de pasada a Durruti y le llevan a pulso hasta la enfermería. Nos quedamos sin el líder.

No es fácil comprender lo que sucedió en aquellos malditos minutos. La batalla estaba ganada, teníamos y debíamos tener paciencia. Es fácil decirlo después de cincuenta años pero entonces fuimos presa de la furia. Con Durruti presente, quizás hubiésemos mantenido el ánimo más firme, pero así es la lucha.

Observaba a aquellos hombres y me asombraba ante su fuerza: Ascaso, Ruiz, Oliver, Barón. Yo no me tenía en pie y ellos estaban allí tras casi treinta horas de combate ininterrumpido, arriesgando todavía la vida por sus ideales, por nuestros ideales, por la Revolución libertaria. Mirando la muerte a la cara en todo momento. El heroísmo puede ser la mayor de las virtudes, sin duda, cuando la situación resulta desesperada, cuando sólo hace falta un gran gesto exasperado para poder cambiar la suerte del enfrentamiento. Cuando el valor sin exaltación, instintivo, irracional, ciego e irresistible es el último recurso de quien ha agotado todas sus opciones y ya no puede defenderse, sino que sólo puede intentar lo imposible. Cuando se convierte en una señal inconfundible de grandeza y sacrificio, cuando distingue a un hombre volviéndolo inmortal.

En caso contrario es una locura.

Ascaso se mueve y consigue llegar hasta uno de los camiones. Desde allí quiere apuntar a una de las torretas armadas con ametralladoras que barren la calle con sus ráfagas sin pausa, impidiendo toda avanzada. Empuña la metralleta, su Astra de 9 milímetros. Pero está solo, demasiado expuesto.

Somos miles y él ataca solo, sin que nadie le cubra. ¿Por qué tanta urgencia? ¿Qué demonios le han poseído? ¿Qué tipo de fantasmas le atormentan?

Quizás la venganza, o la voluntad de sacrificio. Corre y de nuevo se expone al descubierto, un blanco fácil. Esto no es heroísmo, es una locura. Español chalado. Se para en medio de la calle delante de la metralleta y, en vez de buscar la protección de algo, el loco se agacha tranquilamente para disparar a los militares, con lentitud y con una estudiada precisión. Apunta y dispara varias veces. No sucede nada, los disparos se pierden en el vacío. Nos quedamos todos inmóviles, observando, mirando a nuestro comandante mientras un proyectil le alcanza en la frente. Después, otra descarga le traspasa todo el cuerpo.

Francisco Ascaso muere en el acto.

Estoy tan cansado que casi ni me doy cuenta.

Lo veo desplomarse. Si pudiese reconstruir aquella escena dividiéndola en multitud de fragmentos, quizás consiguiese encontrar una clave. Pero nada. Sólo recuerdo aquel momento, el tiro en la frente y Ascaso desplomándose sin vida. Inútilmente. Después, como una ensoñación, veo atacar a Oliver, Ortiz y Ricardo Sanz, rodeados por un

crepitar de armas de fuego. A pesar de todo, ellos, sin preocuparles los proyectiles, llegan hasta el cuerpo de Ascaso y lo retiran hasta detrás de la barricada.

Ascaso está muerto.

Él era mi héroe y los héroes mueren jóvenes.

Yo nunca he sido un héroe, porque siempre he sobrevivido a mis compañeros.

Estaba determinado a vivir, aún tenía demasiadas cosas que hacer y demasiados lugares que ver.

Una mujer a quien amar.

En Barcelona, yo no fui un héroe.

Pero sí un combatiente y entre los más valientes.

Llevar el cadáver de Ascaso al Sindicato de Transportes. Centenares de compañeros rodean sus restos mortales. Llega Durruti, con el brazo vendado y colgado al cuello, su rostro es una máscara de dolor. Contiene las lágrimas mientras con una determinación feroz comienza a dar órdenes, de forma tajante, sin dejar translucir las emociones.

El compañero de su vida, su hermano de armas, su amigo íntimo y de lucha política ha caído en el último asalto, inútilmente. Había caído y él no estaba a su lado.

Ha llegado la hora de cerrar definitivamente aquella historia.

Miles de compañeros rodeamos el cuartel de Atarazanas.

Durruti está herido y desde encima de la barricada nos mira a todos, uno a uno.

Después señala al enemigo, apuntándole con el dedo, como un antiguo caudillo.

La carga es una avalancha imparable.

Es difícil describir Barcelona en aquella mañana de julio. Los milicianos de la CNT y de la FAI se convierten en un único hombre lanzado hacia la venganza, hacia la victoria. Y yo estoy con ellos. No pueden oponer resistencia y presas del pánico, exhiben bandera blanca.

El pueblo de Barcelona ha tomado la ciudad.

Son las dos del mediodía del 20 de julio de 1936.

La Revolución ha comenzado.

LA COLUMNA

LA situación se desborda. Hombres, alegría, violencia, dolor, esperanza. Rotos los frenos, ya nada puede detener nada. Adelante quien tenga que engrosar la marea callejera, adelante quien consiga todavía alzar su voz, que lo haga por los que ya no están, por los que no lo consiguieron, por aquellos que se limitaron a esperar, por quienes tuvieron miedo y quienes llegaron tarde, por los que cayeron como héroes.

Consumida la furia de la batalla, el sol resplandecía en el cielo de Barcelona, iluminando Las Ramblas a lo largo del trayecto que bajaba hasta el mar, donde el viento estival barría el olor de la pólvora y los restos del miedo y del rencor. En aquellos momentos encantados y vulnerables, las brisas marítimas parecían llevarse también toda la violencia de los combates, la sangre derramada quizás inútilmente, porque cuando se esfuma la urgencia de la lucha siempre parece inútil haber matado a tanta gente. Eclipsados por el alboroto de las celebraciones, el odio y la furia de aquellas treinta y seis horas ininterrumpidas de enfrentamientos parecían haber encontrado finalmente un alivio a lo largo de las avenidas bañadas por el sol. Los gritos del pueblo se alzaban en las calles de la ciudad como si fuesen una única voz, determinada y festiva, cargada de exaltación y embriaguez, la embriaguez de la victoria.

La ciudad era presa de la euforia. De todas las casas colgaban banderas rojas y banderas negras. Los colores de la

anarquía. El pueblo en armas desfilaba por las calles mostrando con orgullo y satisfacción su alegría y su fuerza, que nadie, ni los más optimistas, pensaban que pudiese ser tan explosiva. Y yo menos que nadie.

Me sentaba en los bares de Las Ramblas con mi Marisol, bebiendo licor de anís. A la espalda llevaba una metralleta y a la cintura, un revólver.

Era el diablo italiano, uno de los combatientes en la batalla de la victoria.

Después de comer, de hacer el amor y de dormir casi veinte horas, asistimos al jubiloso desfile de las milicias. Los obreros, con su mono azul, el pañuelo rojo al cuello y la boina inclinada en la frente, marchaban en grupos bulliciosos y desordenados, mostrando sus fusiles llenos de orgullo, inundados de una alegría casi infantil. Parecían una parada militar de dandis. Y yo como ellos, exactamente igual a ellos, parte de la misma corriente del pueblo. Después de tanta violencia necesitábamos sonreír. Pasaban los amigos, los conocidos, los compañeros de los sindicatos y de la armería. Estaban Pep y su padre Arsenio, Yuri herido en la pierna derecha pero con la orgullosa compostura del ganador, Adriá con su deslumbrante pistola robada a un oficial de caballería, la Gallega junto con su nuevo amigo, un joven pudiente parisino al que paseaba como un trofeo. Y también estaba Carlos Ruiz, el fotógrafo de Sevilla, feliz como unas castañuelas paseándose por todos sitios, caminando incansable por todo el desfile intentando retratar cada instante. De repente nos llamó desde un lado,

inmortalizándonos con el vaso en la mano, la maravilla de un segundo, Marisol y yo, sumidos en nuestra felicidad.

La ciudad tomó el aspecto de un sueño.

Companyns había dejado el poder real en manos de los anarquistas. Se disolvió el Ejército, se clausuraron los juzgados y se reemplazaron por tribunales revolucionarios; los jueces éramos nosotros. En pocas horas se colectivizaron las fábricas más importantes, reanudando inmediatamente la producción bajo la dirección de comités sindicales. Las necesidades habían cambiado y la producción se adecuó a la prioridad de la guerra.

Pocas horas después de que terminasen los enfrentamientos, camiones acorazados cargados con pesadas placas de hierro y equipados con metralletas salían de los talleres siderúrgicos marcados con la inscripción CNT en el costado, para aclarar a todos quién había ganado la primera y fragorosa batalla. Eran la vanguardia de un Ejército revolucionario que a cada hora veía engrosar sus filas. Esta misma pintada aparecía en los vagones de los tranvías, escritas en rojo y negro, así como sobre las barcas ancladas en el puerto. Con el fracaso del golpe gracias al coraje de los obreros libertarios, los medios de transporte públicos y los ferrocarriles de Cataluña quedaron en las manos de quien había trabajado en ellos desde siempre, y nadie hubiese podido discutirles aquel botín de guerra. En poco tiempo se constituyeron comités de barrio y las rondas de milicianos sustituyeron a las fuerzas de la policía, disueltas de manera pacífica. La mayoría de los mossos y de

los guardias de asalto pasaron a formar parte directamente de las milicias armadas de la CNT-FAI. Esbirros y detenidos marchaban juntos, al lado además de cientos de delincuentes, ya que desde las primeras horas de la batalla se habían abierto las puertas de las prisiones, sin distinguir entre presos políticos y comunes, que a veces resultaban ser lo mismo. Los cenetistas, como los llamaban los amigos y los enemigos, se habían adueñado de las calles. Era la Revolución, nada más y nada menos.

El Estado se estaba desintegrando ante nuestros ojos, pero la victoria nos había costado cara. Además de Ascaso y Obregón, habían caído otras quinientas personas entre obreros, ciudadanos y policías, valerosos combatientes. El dolor era fuerte, estaba cargado de arrepentimientos. Sin embargo, aunque la pérdida de tantos compañeros pudiese ser trágica, a nuestro alrededor se estaba materializando la esperanza de una vida.

¡Aún hoy soy capaz de ver a los militantes en la plaza! En las ventanas, encima de los camiones requisados, a la orilla del mar tomando el sol, los veo con el puño en alto y las botellas de vino ya vacías. Millones de personas matarían por estar en nuestro lugar en aquel momento, compartir al menos por un único instante la maravilla de un pueblo convertido en dueño de su ciudad: alegre, feliz, duro, desordenado, trabajador y canalla, pero al mismo tiempo, furioso y vengativo. Los burgueses permanecían bien resguardados en sus casas, incluso los partidarios de la República, porque los anarquistas armados que ahora eran

dueños de la ciudad daban auténtico miedo. Había aún mucha gente que tenía algo que perder o cualquier agravio que hacer olvidar rápidamente, antiguos privilegios de los que dar cuentas.

Las hogueras de las iglesias iluminaron las noches de julio. Eran al mismo tiempo fuegos purificadores, criminales y virtuosos, no se podía hacer distinciones. Sólo perdonaron a la universidad por ser una gran obra de arte, símbolo de la ciudad y de toda Cataluña, del alma catalana, arrogante y asesina como todas las almas nacionalistas. Es inútil mentir, porque todavía hoy duele recordarlo, pero los bellacos y combatientes de última hora se llevaron su inmerecida parte de victoria. Los dirigentes anarquistas no consiguieron poner freno a las venganzas personales y a los rápidos ajustes de cuentas. Yo mismo formé parte de las brigadas encargadas de mantener el orden público, aunque en mi interior sabía que era una batalla perdida de antemano. Cuando el rencor ha estado tanto tiempo reprimido es muy difícil pararlo y yo no me sentía capaz de disparar contra los compañeros, porque no podía vislumbrar qué había detrás de tanta rabia, no sabía casi nada de sus vidas y de lo que habían sufrido durante todos aquellos años. Pero recordaba muy bien qué me había pasado a mí y a mi infancia. Recordaba a Iván Cruciani, recordaba cómo lo habían matado, recordaba la arrogancia de los burgueses, la impunidad de los batallones de la muerte. Recordaba mi obligada soledad, recordaba el odio, mi odio personal, mi odio reprimido y gangrenado.

¿Qué hubiese llegado a hacer yo por venganza? Hubiese hecho cualquier cosa, o quizás incluso más...

Se saquearon las casas de los ricos burgueses, se fusilaron a muchos sacerdotes allí mismo, sin proceso alguno. No había tiempo, tenían que pagar por sus hábitos negros mancillados de privilegios, atropellos y agravios seculares. Además, tenían de su parte la vida eterna. El arzobispo de Barcelona consiguió escapar el 20 de julio, bajo la explícita protección de Durruti. Así saldaba nuestro líder su deuda con el religioso, que había firmado la gracia para su condena de muerte, promulgada tras los hechos de octubre de 1934.

Durruti era un hombre de palabra; muchos de los compañeros no lo fueron.

De forma inevitable, la euforia nos hace cometer muchos errores. Con todo este trasiego y poseídos por la exaltación de una victoria que parecía no tener sombra, nos dejamos conmovir por las astutas palabras de Companys en lugar de dar la última estocada a los restos de la autoridad republicana. Incluso los dirigentes anarquistas cayeron en la trampa, hasta los pistoleros. Era de locos.

Unidad antifascista, dijo con toda su astucia. Unidad antifascista, respondieron Durruti, García Oliver y Ricardo Sanz, representantes de las masas proletarias catalanas, dueñas victoriosas y absolutas de la ciudad. Si hubiese sido por mí, los habría mandado a todos a la mierda: a los republicanos, a los nacionalistas catalanes y sobre todo, a los estalinistas, unos traidores en el fondo de sus almas negras,

falsos como la ideología que profesaban e insensatamente lerdos, al igual que su líder. Pero por el contrario, aunque privándola de poder, a la Generalitat se le perdonó la vida. Un error descomunal.

*

Es extraño reconocerlo ahora, pero frente a la Revolución me quedé como hipnotizado.

Me parecía algo imposible y, sin embargo, estaba sucediendo ante mis propios ojos. Marisol estaba a mi lado, mi adorada chica, una criatura tan hermosa que podría pensarse que no era de este mundo. También estaban Adriá, Yuri, Pep y todos los demás compañeros anarquistas a los que había conocido y aprendido a querer. Hombres y mujeres que me habían acogido y me habían hecho sentir como uno de ellos.

Pensé en mi padre. El viejo Ruggero hubiese estado feliz aquí conmigo. Había soñado toda la vida con un momento como este, esperando ver al menos una vez al pueblo sublevado en armas y victorioso. Pero estaba lejos, en Italia, en el Piamonte, en el Montecastello de mierda, encerrado en casa, rodeado de fascistas que lo despreciaban.

Desgraciadamente, en el resto de España las cosas no habían salido tan bien. Tras una dura batalla callejera, Madrid seguía siendo la capital de los republicanos, pero en gran parte de Castilla aún se libraban combates. Todo Marruecos, Sevilla, Pamplona, Oviedo, Burgos, Valladolid e

incluso Zaragoza estaban en manos de los militares facciosos. No podíamos entretenernos, había que combatir. Cuando pasó la tempestad de los festejos, Durruti quería liberar Zaragoza, desfilando a marchas forzadas con los obreros armados. Era su fijación, ya que esa ciudad había sido desde siempre cuna de anarquistas y de cenetistas, aunque también un punto estratégico fundamental en el recorrido que lleva desde Barcelona a Madrid y hacia el País Vasco.

Sin tiempo ni de descansar, ya se estaban preparando las columnas de milicianos voluntarios, determinados a exportar la Revolución a Aragón.

En pocos días estuvieron listos, contagiados de la velocidad de aquella época, desordenada y frenética. Eran años en que podía suceder de todo y todo acababa sucediendo.

Para coordinar los esfuerzos militares se formó el Comité Central de Milicias, una especie de junta directiva de la que formaban parte la CNT y la FAI, junto con el POUM y la UGT, que en pocas semanas se había convertido en un bastión de estalinistas, dotados de un auténtico talento para infiltrarse en todos sitios.

Fuimos muy ingenuos, nos sentíamos invencibles.

La situación se volvió más preocupante cuando, el 23 de julio, recibimos la noticia de que aviones militares italianos y alemanes habían transportado a las tropas del general Francisco Franco desde Marruecos hasta Andalucía. La

guerra civil no se limitaba a España, los fascistas italianos estaban de por medio.

Mis perseguidores volvían a atormentarme junto con aquellos locos de los nazis.

Afortunadamente, también había otro tipo de italianos. Todos los días llegaban hasta Barcelona compañeros de toda Europa, muchísimos, de todos los partidos.

Por este motivo me pidieron que acudiera a la sede central de la CNT para servirles de intérprete y de guía por la ciudad, intentando que se integrasen rápido. Era gente dura, militantes revolucionarios desde hacía muchos años exiliados de Italia, de Alemania o de Francia. Les recuerdo uno a uno. Estaba aquel toscano loco, Socrate Franchi, con su cara de obrero bruto que parecía iluminarse con su risa; también estaba Francesco Barbieri, el calabrés taciturno que ya había combatido antes en Argentina, y después estaba Gino Bibbi, el Ingeniero, otro toscano que había estudiado en la universidad y sabía hacer de todo. Además había también un montón de republicanos y socialistas, gente como Cario Roselli, un gran intelectual aunque no pensase exactamente como nosotros. Y después estaba él, el más grande. Los compañeros italianos estaban capitaneados por un importante anarquista, conocido y apreciado en toda Europa. Parecía que hubiese sido discípulo de Malatesta y que hubiese heredado de su maestro toda la pasión militante. Para aclarar rápidamente qué había venido a hacer y que la Revolución no era un paseo de rosas, llevaba al lado una carga de fusiles y municiones. Los pistoleros

catalanes le tenían en gran estima. Poseía un gran carisma aquel hombre; se llamaba Camillo Bemeri.

Me acuerdo bien de Camillo, como si lo tuviese delante en estos momentos. Entonces tendría unos cuarenta años, pelo oscuro y el rostro delgado y hundido que lucen ciertos habitantes de las tierras bajas del Po. Con unos ojos profundos y reflexivos. Era inteligente este Camillo.

Me vino al encuentro con una actitud cordial y decidida, quería conocerme porque le habían hablado del diablo italiano con el ojo del color de la venganza. Del Errico que había combatido en la Brecha y en la central telefónica, que se había distinguido entre los más valientes por su coraje y determinación. Viendo cómo venía a mi encuentro, la alegría de mi espíritu estaba por las nubes. Al haber sobrevivido a aquella batalla me sentía fuerte, no estaba cohibido, ni siquiera delante de un hombre como él. Hablamos con la franqueza característica de los socialistas padanos⁶. Él era de Lodi, un pueblo entre Piacenza y Milán, separado de mi valle por sólo unos cien kilómetros. Sabíamos cómo comportamos.

Camillo Bemeri fue una revelación. Tras la muerte de Malatesta era el anarquista italiano más reconocido del mundo, un intelectual importante y afamado, pero también era un hombre de acción, como suele suceder con los libertarios. Sin embargo, Había poco de España y necesitaba ayuda para comprender la personalidad y las sutilezas de la gente catalana, sus turbulentos y complicados entramados políticos. En poco tiempo me convertí en su sombra.

Rápidamente la CNT le ofreció un puesto en el nuevo Consejo de Economía, como era natural gracias a la preparación teórica que tenía a sus espaldas. Pero él lo rechazó y se presentó a la ciudad de Barcelona en un mitin frente a miles de personas expresando la solidaridad de los anarquistas italianos con la revolución catalana.

Tuve que interpretar sus palabras delante de toda aquella gente, casi me desmayo de la emoción. Hablar delante de las masas no se improvisa, hay que saber hacerlo, no es una empresa fácil. Se te doblan las piernas y la boca se transforma en un desierto. Yo, a pesar de todo lo que me había pasado, de todas las cosas que había visto y de la gente a quien había conocido, seguía siendo un hombre de pueblo, un herrero que sudaba delante del fuego, no un político. Pero en aquellos días, todo era posible, incluso que un Nebbiascura se convirtiese en un arengador de multitudes.

La vida volvía a ganar velocidad dejando a un lado la prudencia. Los días pasaban frenéticos entre el trabajo político y los preparativos para la guerra, era un continuo pensar en el futuro, en la próxima batalla, en el próximo día de Revolución. Porque a pesar de su cultura política, Bemerì no era de los que se quedaban de brazos cruzados viendo trabajar a los demás. Entre la gran confusión de milicias voluntarias, pronto conseguí organizar un batallón de libertarios italianos en el seno de la ya célebre Columna Ascaso. Pobre Francisco, pobre hombre menudo y extraordinario.

Ya se había convertido en una leyenda.

Siguiendo con Bemerí, nunca se estaba quieto. Barrimos las sedes sindicales, las fábricas, las asambleas de barrio, los bares y las hosterías. Le ayudé con el idioma y a conocer la ciudad. A veces venía también Marisol, cuando tenía tiempo, porque también ella tenía un montón de cosas que hacer. Fueron días intensos, agitados y emocionantes. Toda la ciudad estaba contagiada de una especie de extraña euforia revolucionaria, pero todos sabíamos cuántos combates había aún por delante. Zaragoza era la herida abierta de Durruti. En los días del Alzamiento, los golpistas lo habían preparado todo demasiado bien, la ciudad había caído en manos de los militares sin que los obreros pudiesen oponer una auténtica resistencia. Centenares de compañeros fueron recluidos en prisión durante las primeras horas del golpe y poco después asesinados, fusilados sin proceso alguno. Era necesario liberarla para posteriormente seguir avanzando hacia Madrid.

La guerra terminaría pronto. Eso pensábamos todos.

A finales de la primera semana de agosto estaba ya todo listo.

La Columna Durruti, formada por tres mil hombres, partió para liberar al pueblo de Aragón. Mal armados y sin instrucción ni disciplina militar, los obreros y compañeros de todo tipo marcharon hasta llegar al frente.

Los milicianos sonrientes pasaban entre la alegre multitud saludando con el puño en alto y mostrando sus desvencijados fusiles. Las mujeres del pueblo traían cestas

llenas de comida, porque ningún compañero había tenido tiempo de pensar en las provisiones, eran un auténtico desastre.

Era el tropel de guerreros más disparatado que había visto nunca, parecía que se fuesen de excursión. No obstante, para mí era una tropa perfecta e invencible. „

Partían las milicias y con ellas, partía la Revolución.

Inmediatamente me vino a la mente una imagen de veinte años atrás, la mirada de los miserables soldados de Montecastello a quienes mandaron a la muerte en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Nuestro espíritu era muy distinto. También nosotros partíamos para combatir y quizás también morir, eso era cierto; es inútil contarnos fábulas, decir tonterías. Pero lo hacíamos por la Revolución, por un alto ideal y por un sueño, de forma voluntaria, sin que nadie nos obligase. No era poca la diferencia.

¡Por Dios que no lo era!

Con la partida de la columna, mis días barceloneses estaban a punto de terminar.

Me jugaba de forma hermosa las últimas llamas de mi segunda juventud, esperando la próxima batalla, el ajuste de cuentas con los fascistas.

Camilo me pidió que formase parte de su columna, petición que rechacé con una gran pena, por voluntad de mis dirigentes, no por mi libre elección. En realidad, la FAI había destinado a Marisol a la redacción de Línea de Fuego, el periódico de la Columna de Hierro. Partiría con ella para el

frente de Teruel, cercano a Valencia. Camillo y yo nos despedimos con una dolorosa sensación a las espaldas.

—Errico, ¿qué tengo que decirte?... mucha suerte. Vas a combatir con los valencianos, un bonito reto; son gente firme, tipos duros de verdad. Te gustarán, ahora eres todo un veterano y sabrás bien qué tienes que hacer. Nos vemos aquí en la ciudad tras la victoria —fueron las palabras de Camillo Berneri mientras yo le daba la mano asintiendo con la cabeza.

»No me gusta esta historia del Comité de Milicias —añadió después casi murmurando—. Los de la CNT han cometido la estupidez de dejar entrar también a los estalinistas. Ya verás que con Durruti lejos de la ciudad pronto nos llevarán la contraria. Estaremos entre dos frentes y, sinceramente, no sé cuál es más peligroso.

—Son muy pocos para ser un auténtico peligro —le dije no demasiado convencido, prisionero ya de mi próxima e inevitable lejanía.

—El número no cuenta, Errico, desgraciadamente el número no es lo que cuenta. Si fuese verdaderamente importante no tendríamos que protagonizar revoluciones.

Tuve la nefasta sensación de que no volvería a verle nunca más.

Camillo Berneri, el lúcido profeta de las futuras capitulaciones.

Partimos la mañana siguiente. Marisol y yo llegamos a Valencia en tren, el viaje fue tranquilo. Toda la zona costera del noroeste de Barcelona estaba en manos de las fuerzas republicanas, pero en los pueblos se veían casi exclusivamente banderas de la CNT-FAI. Cenetistas armados por todas partes.

El sol secaba la tierra volviendo incorpóreos los colores del campo. Continuamos aún más hacia el sur, un sur distinto al de Barcelona, el sur más caluroso que había visto e incluso imaginado nunca.

Aquello era la auténtica España, con zonas desoladas y áridas, los paisajes exterminados y oscurecidos por el aire ardiente. A cada kilómetro recorrido, la temperatura parecía aumentar de forma proporcional. Era la canícula, aquel período que te corta la respiración, despoja al cuerpo de sus fuerzas y te deja la piel reluciente y ardiendo. Pero a pesar de todo, el campo no detenía su movimiento, no se advertía la forzada serenidad del verano español. Por todas partes, hombres y mujeres con la piel curtida por el sol se afanaban en sus tareas, esforzándose por organizar las primeras colectivizaciones. Había que trabajar seriamente, ahora la tierra era suya y debían tratarla bien.

Confundidos entre la multitud de campesinos, también podían distinguirse los primeros milicianos en marcha, compañeros que se organizaban para hacer frente a la inminente guerra contra los militares del bando nacional. Se estaba luchando en toda España y pronto llegaría también nuestro turno, tendríamos que movilizar hasta los

distintos frentes del norte de Valencia. Había que ocupar Teruel para posteriormente abrir un nuevo frente meridional hacia Zaragoza.

Una maniobra de cerco, dijeron.

Llegamos a la ciudad a primera hora de la tarde, bajamos del tren y en la estación nos esperaba un elegante coche, cuyas puertas lucían las siglas del sindicato local dibujadas con pintura roja. Luis Cabrera, director de Línea de Fuego, nos dio la bienvenida como a personajes de alto rango.

Gracias a su experiencia en Solidaridad Obrera, los dirigentes de la FAI de Barcelona habían enviado a Marisol a Valencia para ayudar a los compañeros a fundar este nuevo periódico que se convertiría en la voz oficial de la Columna de Hierro, la principal milicia anarquista de la costa valenciana.

Las últimas noticias recibidas en Barcelona habían acelerado ciertamente el traslado, ya que a pesar de su corta vida, la Columna de Hierro se había ganado ya fama de estar formada por anarquistas invencibles. Como en todas las regiones controladas por la CNT, tras la derrota de los nacionales se abrieron las prisiones. En Valencia, esta medida afectó a la tristemente célebre cárcel de San Miguel de los Reyes, donde tras apenas ser liberados de sus cadenas, muchos presos comunes se enrolaron como voluntarios en las filas de la columna. Ésta se convirtió rápidamente en la pesadilla de los burgueses, de los católicos y de los tradicionalistas que militaban en campo republicanos, que no eran pocos. La radicalidad

revolucionaria de los milicianos valencianos estaba dando bastantes preocupaciones al Comité Directivo de la FAI, que tras la creación del Comité Central de Milicias es estaba esforzando en ofrecer una imagen responsable y colaboradora. Comprenderás qué colaboración podía haber. Tan sólo veinte días después de la victoria, los temidos pistoleros ostentaban ya cargos políticos con deberes, funciones públicas y una reputación que defender. Y me temo que esto es una desgracia que sucede siempre, probablemente viene de forma innata con el razonamiento humano.

Mientras Marisol trabajaba en el nuevo periódico, a mí se me había destinado al frente a combatir como un miliciano más, al menos en teoría. Sin embargo, esto no sucedió, ya que sin saberlo, la batalla de Barcelona había sido la escuela de cuadros de las fuerzas libertarias. Bonita paradoja, o engañaifa, si preferimos llamarlo así.

Por lo menos, eso es lo que hubiese dicho mi padre, que siempre tenía una palabra para todo.

Al volante iba Luis Cabrera y a su lado, un joven miliciano bronceado y armado con una metralleta. Marisol y yo ocupamos los asientos traseros. El automóvil era un descapotable y el intenso calor quedaba mitigado gracias al aire templado que transportaba millones de aromas. Los asientos eran de piel, amplios y cómodos; nunca había subido a un automóvil como aquel y aún hoy, me sigo preguntando a quién se lo habrían requisado. Con las manos entrelazadas, nuestros ojos brillaban ante la vista de aquella

Valencia revolucionaria, tan parecida a Barcelona en su irrefrenable optimismo. También allí estaba todo controlado por los trabajadores, pero afortunadamente, la lucha no había sido tan sangrienta. La sonrisa de Marisol lucía con más belleza que nunca y yo la amaba perdidamente.

La sede de la columna se había establecido en el monasterio de calle Orihuela, uno de los pocos que había logrado esquivar a las llamas tras la victoria republicana. Dentro se desataba una auténtica locura, los preparativos de la guerra parecían unas fiestas municipales. La columna estaba a punto de partir hacia el frente y parecía como si todo el mundo tuviese cosas que hacer pero en la práctica nadie hiciese nada. Fusiles desperdigados aquí y allá, cajas de municiones amontonadas, mujeres cargadas de comida y botellas de vino contentas de poder disfrutar los últimos momentos junto a sus maridos o sus amantes, ropa tendida para secar, niños medio desnudos, o perros famélicos ladrando sin pausa a animales de cualquier raza que corrían tranquilamente por el jardín del viejo edificio. Un alboroto de vida y de alegría que resultaba divertido observar. Sin embargo, me preguntaba lo eficiente que resultaría aquel caos durante un enfrentamiento armado.

Ahora, también yo razonaba como un oficial, son cosas que pasan en la guerra.

Ariza González, el responsable de la columna, era un hombre bastante escueto. Nos invitó a sentarnos y nos ofreció una cerveza bastante fría.

—Aquí está finalmente el famoso diablo italiano. Pensaba que lo del ojo era mentira, aunque hoy en día se ven ya de todos los colores —me dijo aquel hombretón extendiéndome su gruesa mano. Aquello me había cogido realmente desprevenido y como no contestaba pero seguía mirándole fijamente, continuó—. Bien, compañero, como ves nos estamos preparando para partir, así que no tengo demasiado tiempo para atenderos. Como ya sabéis, Marisol trabajará en Línea de Fuego, nuestro periódico. Aún no tiene sede pero la redacción se trasladará pronto cerca del frente para poder ofrecer unas noticias lo más actualizadas posible. Por ahora ella se quedará aquí en Valencia. En cambio tú, Errico, te vienes conmigo en la columna.

—Así es, compañero.

—Sí... un carajo. Espera un momento, Errico, quizás es mejor que te diga que en la asamblea de ayer se te eligió como delegado de centuria.

—¿Qué es un delegado de centuria? —lo miré perplejo.

—Parece una historia muy gorda, pero en realidad es bastante simple. Cada miliciano se engloba en un pelotón de diez que autogestiona sus propias operaciones y tu grupo te ha elegido representante. Una centuria está formada por diez pelotones y los delegados de cada pelotón nombran a un compañero que les represente, para cuyo puesto te han vuelto a elegir a ti. Serás responsable de unos cien compañeros. Treinta centurias forman una columna, tres mil hombres en total.

—Yo sólo soy un miliciano más, quiero combatir como un simple miliciano.

—Eso será difícil, mi amigo italiano con ese ojo de demonio. Me han informado bien y tú, en comparación con todos los cabrones que llevamos detrás, eres un veterano. Tanto es así que los milicianos del pelotón al que se te ha asignado te han elegido como delegado y para nosotros, en la Columna de Hierro, esto cuenta por encima de todo.

—Pero si apenas me conocen...

—Eso no importa. Han oído hablar de ti, eres una especie de héroe para ellos. El diablo italiano. ¡Dios! No me parece poco. ¿De qué estamos hablando? Y además tienes experiencia, porque antes del Alzamiento... ¿no has trabajado en la armería de Poblé Nou?

—Sí, casi un año.

—Entonces también estás familiarizado con las armas. Sabes cómo desmontarlas y limpiarlas.

—Sí, diría que sí.

—Y en Barcelona has combatido dos días seguidos, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—¿Le has disparado a algún hombre?

—A más de uno.

—¿Estuviste en la brigada de Ascaso que salió victoriosa en la Brecha de San Pablo y después participaste en el asedio de Atarazanas?

—Sí, allí estuve.

—¿Fuiste entre los primeros en entrar con Durruti al Hotel Colón?

—No exactamente entre los primeros.

—Eso no importa, Errico, tú estuviste allí. Explícame por qué los de tu grupo no deberían haberte elegido delegado. Aquí tenemos anarquistas estupendos, valientes y leales, eso no se discute... pero es gente que nunca ha empuñado un fusil y como mucho sabe usar palos o cuchillos. Y aunque con el cuchillo sean realmente buenos, debes tener valor para atacar a un militar profesional con un arma blanca, ¿entiendes?... veo que ya estás bien armado, un problema menos.

Con los ojos apuntó a mi metralleta, un trofeo de guerra.

—Pero nunca he dirigido a nadie y... —antes de que terminase la frase, Ariza González me hizo un gesto para que desistiese.

—Errico, escúchame bien, pero bien en serio. Abre ese ojo de loco que tienes y mírame a la cara —de repente dejó de mostrarse afable—. Hace apenas dos horas me han dado una pésima noticia, la peor que podía oír: han derrotado a la columna mixta formada por milicianos y Guardia Civil que había partido para atacar Teruel. Pero encima, ¡me cago en todo!, no es que la hayan vencido las tropas enemigas. Nada de eso, los nacionalistas no han tenido que disparar ni una bala. Nos la ha jugado la Guardia Civil, en teoría fiel a la República. Perros traidores. Durante el traslado, los bastardos se han amotinado de un momento a otro y han desarmado a nuestros compañeros, desertando en masa al

bando nacional. Además, en Teruel nos hemos encontrado con una guarnición nacional reforzada por setecientos hombres armados que estaban de nuestra parte. ¡Dios!, armados con nuestros propios fusiles, como si nos sobraran. Yo sabía que de aquellos canallas no nos podíamos fiar, pero imaginamos una cosa de ese tipo... ¿entiendes ahora por qué necesitamos gente con un mínimo de experiencia?

—Creo que lo he entendido, sí.

—Muy bien, pues está todo decidido, ya no hay vuelta atrás. Me gusta cuando no hay problemas. Ahora os podéis ir, partimos mañana por la mañana y creo que no os podréis ver en bastante tiempo, así que intentad pasarlo bien esta noche.

Salimos del monasterio un poco aturdidos. Yo, incluso más que Marisol, nunca me hubiese imaginado una situación así. Pero ahora ya estaba hecho, era inútil seguir pensándolo. Fuimos andando hasta un albergue situado a orillas del mar que habían requisado en los días precedentes porque pertenecía a un importante fascista que había escapado a la zona controlada por los golpistas. Ahora lo gestionaban los mismos cocineros y camareros que trabajaban allí antes, pero las habitaciones estaban ocupadas casi todas por compañeros de otras ciudades. La que nos dieron a nosotros estaba bien decorada y aromatizada y desde la ventana se podía ver el mar, que en aquellos días me parecía aún más luminoso y extenso que normalmente, de un azul tan intenso que te dejaba sin respiración.

Descansamos, hicimos el amor y después cenamos pescado en la terraza arropados por la templada brisa que soplaba desde la costa, dando algunas horas de tregua al calor de la larga jornada. Por primera vez después de varias semanas estábamos rodeados de silencio. Marisol y yo nos quedamos en la terraza viendo la puesta de sol. En la pequeña bahía, a pocos metros del hotel, había un bonito velero amarrado junto a dos grandes árboles.

Corte sconta habían bautizado al velero, con el nombre italiano escrito en letras rojas en el costado derecho. Me emocioné al leer las palabras escritas en mi lengua aunque no supiese lo que significaban. Sobre el puente descansaban dos hombres ya adultos, fumando y bebiendo licor. Uno era alto, quizás fuese atractivo, moreno, con un gran aro en la oreja y unas patillas densas y largas, mientras que el otro, mucho más delgado, con barba, miraba al mar con los brazos cruzados y un ceño de expresión grave que debía acompañarle toda la vida.

—¿Quiénes son aquellos marineros? —le pregunté al chico del hotel, que estaba ordenando las botellas de vino a sólo unos metros de distancia.

—Son buenos tipos, aquellos. Dicen ser dos hombres de bien, caballeros con fortuna. Pero a mí me parecen piratas. Llegaron ayer sigilosamente y han descargado armas y municiones para la columna. Cuando acabaron el trabajo, se sentaron con nosotros en la terraza y estuvieron contando historias extrañas y preciosas. Han estado levantados toda la noche, bebiendo y fumando. Nos han hablado de lugares

lejanos: islas perdidas en el océano, casas doradas, desiertos candentes, monjes locos y brujas poderosísimas, mujeres tan peligrosas como escorpiones, tesoros escondidos y misterios sin respuestas. El alto del pendiente es de Malta y el de la barba que parece un demonio es ruso. Ya no nace gente como esa.

El muchacho palideció mirándome a la cara, se había dado cuenta del ojo.

—Me gustaría conocerles —le dije.

—Será difícil. Parece que estén descansando, pero en realidad se disponen a partir. Viajarán de noche, esta noche. Van a combatir por la República como voluntarios y nadie sabe qué harán realmente, nadie quiere saberlo.

El muchacho dejó de hablar y volvió a su trabajo. «Qué historias había por el mundo», pensé.

—Les deseo la mejor de las suertes. Se la deseo a todos los combatientes —recité en voz alta, mientras saludaba por última vez a los dos hombres desconocidos con la mirada.

*

Pronto estuvimos de camino al frente. La forzada separación de Marisol fue desgarradora.

No estaba acostumbrado a su ausencia, ni siquiera al pensamiento de no tenerla cerca.

Por suerte, la guerra no concede demasiado tiempo para pensar en las penas del corazón, al menos, en los primeros

días. Mi pelotón estaba compuesto por muchachos procedentes de la zona costera de Castellón de la Plana, Vinaros, Benicarló y Peñíscola, sobre todo obreros y campesinos, además de un estudiante burgués de Valencia y dos delincuentes liberados de la prisión de San Miguel de los Reyes. Miguel tenía una auténtica cara de preso, estaba en la cárcel por homicidio, había matado a un hombre con una única cuchillada durante una riña en un bar. A su amigo Jorge le habían encarcelado por robo, aunque antes era pescador. Ambos estaban en una edad indefinible que iba desde los veinticinco a los cuarenta años. Indefinible porque siempre se espera que sean más jóvenes de lo que parecen y que todas aquellas arrugas se deban al abuso del sol o a la fuerza del viento, mientras que los pesados y musculosos brazos sean consecuencia obvia del duro trabajo en la fábrica, en los campos o en cualquier otro lugar. De cualquier manera, nunca les pregunté su verdadera edad. Los dos abrazaron el anarquismo en la cárcel, hablando con los numerosos presos políticos y cuando les liberaron, no se pensaron dos veces enrolarse como voluntarios en las milicias. En cierto sentido porque creían en nuestra causa y en cierto modo también porque su destino estaba unido al de la Revolución. Como hombres no tengo nada que decir: eran unos buenos combatientes, valientes y leales.

El joven burgués se llamaba Femando. Su padre era profesor en la Universidad de Valencia, un intelectual radical. Era un chaval estupendo este Femando, con el pelo castaño, alto, buen porte y algo menos de veinte años,

aunque sin ninguna intención de dejarse someter por aquel tropel de rudos obreros que, en realidad, al principio lo habían acogido con una cierta sospecha, por lo demás comprensible. Femando me caía bien, era inteligente e idealista, dispuesto a dar la vida por la Revolución. Todos los compañeros me respetaban y me escuchaban sin protestar, pero Femando pronto se encariñó con su delegado de centuria. Era curioso, quería saber, me preguntaba cosas sobre Italia, sobre el fascismo, sobre cómo habían podido los compañeros italianos dejarse subyugar ante la dictadura sin oponerse. Mierda... La verdad era que no sabía qué responder.

—Creo que el fascismo es algo muy italiano, una especie de tara nacional, pienso. Algo que tiene que ver con nuestros defectos... somos unos pequeños canallas que se dejan fascinar por otros canallas, porque tenemos mucha voluntad y la cara muy dura.

Femando me escuchaba con respeto, aunque yo creo que no me comprendía. Después quería saber cosas de Barcelona, de Durruti, de Ascaso. Quería saber cómo había combatido Francisco y cómo había muerto. Entonces me sentía más a la altura de mi cometido. Aquella escena la conté miles de veces, todos los compañeros de la centuria querían oírla. Su carga solitaria contra el cuartel de Atarazanas, su loco e inútil gesto de guerra. Como buen estudiante, Femando se había traído libros que rápidamente se convirtieron en un bien colectivo del grupo, reconfortándonos por las noches cuando, después de

caminar demasiado, nos preparábamos para dormir. Era increíble ver cómo unos muchachos de pueblo semianalfabetos engullían panfletos políticos de Bakunin, de Anselmo Lorenzo —un viejo ideólogo anarquista español— e incluso de Kropotkin, un filósofo ruso cuyas obras me resultaban complicadas incluso a mí, a quien en mi pelotón me consideraban una especie de intelectual, sin contar a Femando, obviamente. Esta era la auténtica diferencia con los compañeros italianos. En mi país, los hombres y mujeres del pueblo no leían prácticamente nunca, no les importaban demasiado los libros ni sus autores, confiaban en el juicio de los militantes del partido o los representantes sindicales. Sin embargo, el pueblo español sentía la necesidad de saber, de leer los libros por sí mismo, no quería intermediarios, que para aprovecharse estaban ya los curas. Y los libros no bastaban porque cada colectivo, en cuanto podía, creaba un periódico propio, su propia voz libre y orgullosa, unas cuantas hojas sueltas pero que llegaban a quien tenían que llegar. Por lo demás eran como nosotros. Cuando nos llegó la primera edición de Línea de Fuego, les leí a todos los muchachos un breve artículo de Marisol. Tendrías que haber visto sus miradas, querido sobrino, todos estaban orgullosos de su representante y yo, me sentía aún más orgulloso de Marisol.

Cuantos más días pasaban sin poder verla, más me daba cuenta de cuánto la quería, estaba exhausto de pensar en ella. Era como si me hubiesen arrancado un trozo de mí, como una herida que no cicatriza y vuelve a sangrar en

cuanto te acuerdas de que la tienes, apenas la rozas con un simple movimiento.

Las primeras semanas no sucedió casi nada y entre los largos desplazamientos, la localización de las fuerzas enemigas y la consolidación de nuestras recíprocas posiciones, no realizamos ni un disparo. Pero realmente no era un tiempo perdido, porque en nuestro lento camino hacia la provincia de Teruel, íbamos inculcando la palabra y la práctica revolucionaria. En todos los pueblos que atravesábamos se colectivizaban la tierra y las herramientas para trabajarla.

Por donde pasaba la Columna de Hierro no quedaba más espacio para privilegios ni abusos. Pero las esperanzas viajan siempre más rápido que los hombres y a nuestra llegada en formación nos acogían comités de campesinos que ya habían preparado por su cuenta la expulsión de los latifundistas, burgueses y sacerdotes varios, adueñándose de lo que era suyo por naturaleza, aquella tierra que decenas de generaciones de jornaleros se habían matado a trabajar a cambio de un pedazo de pan, humillaciones y patadas en el culo. La primera vez que entramos en un pueblo me entraron ganas de llorar de lo conmovido que estaba. Nos sentíamos unos auténticos liberadores, hombres que traían la esperanza y la redención, ángeles revolucionarios, maestros de valentía y práctica política.

Nuestro primer objetivo, el gesto que debíamos hacer rápidamente para demostrar a todo el mundo que las cosas habían cambiado realmente, era el de quemar los

documentos del Registro Municipal: los certificados de propiedad, los de nacimiento y todo aquello que podía recordar a la autoridad estatal. Con la Revolución libertaria cambiaría todo, nunca volvería a existir un Estado opresor en los campos aragoneses, nunca más los patrones se aprovecharían del trabajo de la pobre gente.

Y con los papeles, también quemábamos las iglesias, que eran aún más responsables que el Estado del hambre del pueblo español. La mayoría de los sacerdotes se fugaban y a aquellos que no conseguían huir, se les capturaba, procesaba y, cuando se les juzgaba culpables, se les fusilaba.

Es cierto que nosotros asesinábamos a nuestros enemigos, en la guerra es algo que se hace continuamente. Pero sobre nuestra actuación se han dicho grandes mentiras. Tienes que creerme cuando afirmo que en este momento y en este lugar, para mí mentir no tendría ningún sentido, ya he pagado suficiente por mis pecados. Esta es mi historia, tengo el deber de ser sincero. La verdad es que la Columna de Hierro se ha visto infamada desde los primeros días de batalla en los montes aragoneses, pero juro por mi honor y por el recuerdo de los combatientes caídos a mi lado, que nunca cometimos actos contra la dignidad del hombre y de la justicia popular, la única que para nosotros tenía algún valor.

Como responsable de la centuria Obregón, nunca fusilamos a un inocente y una única vez ejecutamos a un sacerdote falangista, culpable de colaborar con las tropas facciosas y delatamos. Desgraciadamente, a los enemigos los

matábamos, pero así es la guerra, aún más feroz cuando combaten hijos de la misma tierra. Parece algo sórdido e infame, se necesita tiempo para olvidar, para ajustar las cuentas pendientes con tu conciencia. Y aunque no todos los pelotones se comportasen con la integridad de la que puedo dar fe para mí y mis compañeros, también es verdad que las peores acusaciones las vomitaron los burócratas estalinistas. Aquellos estaban cómodamente sentados en los edificios gubernativos de Madrid, Valencia y Barcelona, preocupados únicamente de calumniar y esparcir veneno a través de sus periódicos y sus espías, con el dinero de Moscú y de la Internacional Comunista. España estaba llena de espías, muchos de ellos comunistas italianos llegados al país para preservar la integridad de la doctrina estalinista. Mientras nuestra sangre se vertía en las trincheras de toda España, ellos ya estaban pensando cómo exterminar todas las retaguardias revolucionarias que aún seguían presentes en la ciudad. Duele decirlo, pero nuestros dirigentes anarquistas opusieron una flaca resistencia. Ya había gente de la NKVD, los agentes de Stalin, merodeando por la ciudad, parados allí sin hacer nada, esperando la matanza.

Nosotros éramos distintos. Rápidamente, la Columna de Hierro se ganó la fama de ser la milicia más peligrosa para los agentes estalinistas, porque estaba formada por militantes de la FAI invencibles, por cenetistas de los primeros tiempos, hombres duros a quienes resultaba impensable subyugar sin luchar.

Nosotros no nos limitábamos a prometer la Revolución al pueblo, no derrochábamos palabras vanas y falsas, no gritábamos proclamas para el futuro. ¿Qué futuro? ¡Dios santo! ¿Qué futuro podríamos tener mejor que el presente que estábamos viviendo? En lo que respectaba a la Revolución, ya había comenzado, la estábamos protagonizando cada día y en todos sitios, en cada metro de terreno español conquistado.

Los estalinistas nos acusaron de cualquier acto oscuro que se cometiese, sin el menor respeto por nuestras victorias ni nuestros muertos. Pero en realidad, ellos no eran como nosotros, no compartían nuestros objetivos, se oponían a toda forma de colectivización. Se comportaban de forma mezquina y rastrera, pactando con las fuerzas burguesas que quedaban, preparando la reconquista, la vuelta del Estado, del Ejército, de los privilegios de clase, escondidos tras una apariencia de socialismo en la que no creían ni ellos.

El estalinismo ha sido el mayor fraude del siglo xx.

Una triste historia, sería absurda de no ser auténtica.

Pero, a pesar del escaso armamento y la total falta de apoyo por parte del gobierno republicano, nosotros seguíamos avanzando.

Avanzábamos sin miedo.

Años después del final de aquella maldita guerra ha trascendido el eslogan comunista, No pasarán. Cuando ya se había perdido la batalla, los comunistas lo gritaban a los fascistas, a las democracias asustadas y al mundo entero,

intentando construir un mito sobre los escombros de sus propias equivocaciones, ocultando los golpes, las aflicciones y los engaños. Pero hay que recordar la verdad.

En el verano de 1936, nosotros, miserables anarquistas voluntarios, mirábamos siempre hacia delante. Avanzábamos por la Sierra de Gúdar, descompuestos por el calor y la disentería, sin cañones ni metralletas, sin víveres y con la única fuerza de nuestras piernas y nuestras ideas comunes.

Creíamos en la victoria.

Creíamos en la Revolución.

La Columna de Hierro avanzaba de forma unánime.

LA SIERRA

TIERRA de rocas, tierra de mierda. Y un calor maldito.

El primer enfrentamiento con los militares facciosos se produjo en los alrededores del pueblo de Sarrión, una batalla simple pero agotadora. Incluso para estar en la sierra, aquella era una zona muy poco poblada, yerma, escarpada, difícil de cultivar. Resultaba complicado hasta dar sepultura a los muertos. Como norma general, por una tierra así no se suele combatir, sólo es buena para las cabras. Sin embargo, era un lugar de importancia estratégica: el control de aquellos montes nos abriría el camino hacia Teruel, la ciudad más grande de la región, veinte mil habitantes arraigados en la cima de las montañas.

Así llegó el día en que una docena de centurias atacaron las posiciones enemigas desde distintas direcciones. Nosotros estábamos en la vanguardia, como siempre. La primera sangre quedó derramada. Combatimos bien, en mi pelotón no hubo víctimas. A Jorge le hirieron en un brazo y a Fernando le alcanzó una bala en el culo, probablemente disparada por uno de nosotros, aunque todos lo negaban. Nada de importancia. Se les medicó en el hospital de campaña que se había levantado en el pueblo de al lado, Albentosa.

Cuando tomamos Carrión, la columna dividió sus fuerzas en sectores a través de los territorios de los alrededores y nuestra centuria se dirigió hacia el pueblo de Mora de Rubielos, mientras que la mayoría de los milicianos ocupaba

La Puebla de Valverde prácticamente sin encontrar resistencia. También Marisol estaba destinada allí junto con sus compañeros para organizar la redacción del periódico.

Sólo nos separaban unos cuantos kilómetros.

Por el contrario, nosotros con la centuria Obregón, sí que encontramos resistencia. Sin intimidarse ante nuestro avance, unos cincuenta hombres entre soldados y guardias civiles se habían atrincherado en la antigua fortaleza del pueblo. Aunque estábamos protegidos al amparo de las casas adosadas a la fortaleza, los soldados, con la ventaja de la altitud, disparaban contra nuestras posiciones fácilmente, impidiéndonos cualquier maniobra. Estábamos bloqueados y no nos sentíamos demasiado convencidos a atacar, ya que dejarse matar al primer enfrentamiento real parecía un derroche incluso para unos milicianos revolucionarios. Por tanto, intentamos avanzar con cuidado, casa por casa, sin mostramos demasiado al descubierto. Hubiese podido prolongarse bastante, pero después de una tarde de escaramuzas poco convincentes, los fascistas se retiraron de improviso, dejándonos vía libre a todo el pueblo. Antes de que se lo pensasen mejor, ocupamos el castillo situado en la cima de la colina y, cuando apenas habíamos atravesado la puerta, una decena de soldados nos estaba esperando. Tenían las armas en el suelo y las manos arriba. Pronto nos explicaron la causa de su presencia: se habían negado a dispararnos y querían pasar a nuestro bando, atrincherándose en un ala del castillo y obligando prácticamente al resto de soldados a retirarse. Una vez

dividido el frente interno, aquel enclave no seguía siendo un punto defendible. Buenas noticias para nosotros.

Como delegado de centuria, la responsabilidad de su alistamiento recaía en mí. Esto no era un privilegio, ya que tras lo sucedido con el amotinamiento de la Guardia Civil, había que prestar mucha atención sobre a quién aceptábamos llevar a batalla. Por no contar que en mi centuria no había ni un ex soldado, sólo milicianos y sobre todo cenetistas, por tanto no contaba con gente que estuviese acostumbrada a disparar a los desertores sin pensárselo dos veces. Fue una elección difícil.

Pregunté con quién tenía que hablar y el grupo de muchachos —porque sólo eran muchachos— indicó voluntariamente a un tipo alto y delgado, un manojo de nervios. No era un oficial, un punto a su favor.

Me presenté como el comandante Errico. El muchacho se acercó y me dio la mano, aturdido, muy asustado. Se había preparado un discurso.

—Comandante, les estábamos esperando. Me llamo Ramón y soy de Peñíscola. Mis compañeros y yo somos socialistas. El día del Alzamiento estábamos destinados al cuartel de Valencia, a la Quinta Brigada de Infantería. Los nacionalistas arrestaron a nuestro comandante y un capitán al que no habíamos visto nunca nos trajo aquí con los demás soldados. No sabíamos nada, estuvimos esperando dos semanas sin saber qué estaba sucediendo en Valencia y en el resto de España. Este oficial, rodeado de sus hombres, no nos dirigía la palabra y nos tenía apartados. Ayer llegó la

Guardia Civil y nos dijo que pronto tendríamos que combatir contra los rebeldes anarquistas, pero cuando os hemos visto llegar hemos comprendido cómo estaban las cosas. Todos estamos de acuerdo, queremos luchar en el bando de la República, queremos quedarnos con ustedes.

Lo miré fijamente a los ojos intentando descubrir un atisbo de maldad o mentira y no lo encontré. Me inspiraba confianza, aquel muchacho, pero hasta un cierto punto. Era responsable del destino de muchos hombres, debía ser prudente en mis decisiones.

—Si queréis combatir, combatiréis. Nosotros siempre aceptamos a los voluntarios. Pero al menos por ahora me veo obligado a dividirlos. Cada uno de vosotros irá destinado a un pelotón distinto. Tú, Ramón, vienes conmigo, serás nuestro undécimo hombre. El resto quitaos el uniforme militar y os uniréis a otros milicianos.

Nuestras fuerzas se engrosaron con nuevos voluntarios.

Una vez hubimos tomado el castillo, no nos quedaba sino consolidar nuestras posiciones y esperar a que llegasen órdenes de La Puebla de Valverde, donde estaba destinado el grueso de las centurias. Por la noche lo celebramos con el vino que encontramos en las bodegas. Las celebraciones entre hombres siempre son iguales: primero se festeja, de un modo físico, viril y ruidoso y después comienza la melancolía y sólo falta que corran las lágrimas. Aquella celebración no fue distinta.

Al día siguiente fui a La Puebla y vi a Marisol. Hicimos el amor en los campos. El ejército enemigo estaba cerca, a poco más de diez kilómetros, con posiciones a lo largo de un frente que rodeaba Teruel de forma discontinua, siguiendo el perfil de la sierra. Cuando superamos La Puebla, donde seguía estando el cuartel general, nuestras vanguardias se habían atrincherado en Puerto de Escandón. Allí nos quedamos durante semanas enteras, parados como pasmarotes.

Tras las primeras tentativas de ataque quedó claro que sería imposible romper las líneas enemigas sin armas pesadas. Desde la cima de la montaña se podían controlar kilómetros de terreno con una simple metralleta, un solo hombre tenía en jaque a un regimiento completo. Y para defender Teruel había millones de hombres, así que necesitábamos urgentemente armas, unas armas que nunca nos llegaron. Línea de Fuego publicaba acusaciones contra el gobierno y contra los comunistas a diario, unas acusaciones que ellos nos devolvían por triplicado. Nos llamaban ladrones, canallas sin organización, extremistas, bandoleros, asesinos.

Nos consumía la impotencia mientras los días pasaban en la eterna espera del enfrentamiento definitivo, todos iguales, atormentados por el calor y la espera.

El verano llegó a su fin mientras nosotros observábamos al enemigo a lo lejos y de igual manera nos vigilaban ellos a nosotros. Al mismo tiempo, comenzaba a hablarse de la militarización.

Una mañana de octubre llegó hasta nuestro campo el Ingeniero, Gino Bibbi, el anarquista toscano tan atractivo como una estrella de cine. Nos traía como regalo dos cañones y un vehículo blindado que había comprado en Francia con fondos del sindicato anarquista. Bibbi era un veterano de la lucha antifascista, un hombre acostumbrado a las adversidades; había vivido de la reclusión al exilio, pero a pesar de su amplia experiencia no conseguía ocultar su desánimo. Sabíamos que no podíamos hacer más, las mejores armas se destinaban al Ejército republicano concentrado en la defensa de Madrid.

Nada para las milicias, todas estaban paradas.

Meses dominados por el aburrimiento, meses llenos de amor y esperanza.

Marisol y yo seguíamos creyendo que podíamos vencer.

En noviembre nos llegó la noticia de la muerte de Durruti. Le habían matado de un disparo mientras combatía frente los fascistas en Madrid. Fue un duro golpe para todos los compañeros. Ya había comenzado la inexorable caída, la lenta derrota del espíritu antes que de las armas. En el fondo de mi corazón sabía que sin Durruti nadie podría detenerlos. Era el crepúsculo de la Revolución. Las tramas burguesas pronto nos derrotarían, a unos estúpidos milicianos, unos pobres ingenuos que aún pensaban combatir por la libertad del pueblo, por una nueva humanidad libre y por todos los sueños de igualdad. A nosotros, que vivíamos en otra parte del mundo.

Llegaban los días de la vergüenza.

La Columna de Hierro votó de forma unánime contra la entrada de la CNT en el gobierno, entonces controlado por los estalinistas, que se estaban ganando la gloria gracias a las armas de Stalin. Sin embargo, en Barcelona nadie estaba dispuesto a escucharnos, aunque hubiesen debido hacerlo, ya que éramos el alma libertaria de la Revolución. Fuimos los últimos a los que se nos militarizó.

Celebramos cientos de asambleas, volaron las palabras mayores e incluso los fusilados. Se produjeron exclusiones y luchas fratricidas, pero finalmente aceptamos. Llegaron los uniformes y nos convertimos en la 83ª Brigada Mixta del Ejército Republicano. Me nombraron teniente, una graduación que yo rechacé. Muchos compañeros, contrarios a la nueva jerarquía republicana, abandonaron el frente. Los dirigentes anarquistas de Barcelona y Madrid estaban vendiendo el culo al gobierno central; en realidad, nuestra lucha se había convertido en una subasta a cambio de unas migajas.

Camilo Bermei defendió su posición en Guerra di Classe⁷, el periódico que había fundado él mismo en pocas semanas en Barcelona. Aquí volvió a escribir más veces, acusando, proclamando bien alto la indignación de los revolucionarios por lo que estaba sucediendo en el frente y en la retaguardia. Bermei escribía con valor, publicando el nombre de los responsables, atacando directamente a los estalinistas españoles e incluso a los agentes rusos que apenas se podían nombrar del miedo que suscitaban. También atacó a los dirigentes anarquistas que se habían

introducido en el gobierno. Aquella situación no podía prolongarse demasiado. Ya se había abierto el segundo frente, el más peligroso.

Pasó el invierno y la batalla de Teruel se estancaba. Organizábamos ataques esporádicos que no llegaban a nada e incluso las extrañas tentativas del bando nacional terminaban antes de haber comenzado.

La primavera llegó portando la esperanza de una nueva y formidable ofensiva. Decían que tomaríamos Zaragoza desde el sur, pero por el contrario, estalló entre nosotros una guerra fratricida. Las tensiones en la retaguardia entre militantes anarquistas y Ejército y las fuerzas de la policía controladas por los estalinistas desembocaron en mayo en la masacre de Barcelona. Durante cinco días, los obreros anarquistas lucharon en las calles de la ciudad contra las fuerzas armadas del nuevo Estado republicano.

Fue el final de la Revolución. Así, casi sin damos cuenta, en pocos meses se habían apoderado de todo, comunistas y burgueses aliados como hermanos.

Durante aquellos desdichados días de sangre, los agentes de la policía secreta estalinista asesinaron a Camillo Berneri junto a Francesco Barbieri. Lo detuvieron en su casa y le pegaron un tiro en la cabeza.

Sin ningún respeto, como a un delincuente del Poble-sec.

La muerte de Camillo fue para mí una noticia sobrecogedora. Perdí la cabeza clamando venganza, quería matar al mundo, barrer las calles de todos aquellos canallas

traidores. Cogí las armas y busqué hombres dispuestos a seguirme.

Nadie parecía creernos, nadie quería venganza.

Era el final. Nuestro ímpetu consumado por la espera, nuestras esperanzas frustradas por la traición. Atenuada la fruía, me hundí en el más sombrío desánimo. ¿A quién podría gritar mi dolor? ¿Por qué tendría que seguir combatiendo? Habían matado a un amigo mío, a un compañero respetado en todo el mundo, un hombre leal abatido por unos sicarios estalinistas de otro país. ¿Por qué seguir combatiendo al lado de aquellos miserables asesinos? No fui el único que se hizo esta pregunta.

No fui yo el único.

LA BELLEZA INFINITA, EL DOLOR ETERNO

EL asesinato de Camillo Bemeri me afectó hasta hacerme perder la razón, llevándome a un paso de la deserción. Estaba casi convencido de que había llegado el momento de terminar con aquella guerra en la que combatían bellacos y traidores. Una guerra que cada día nos convertía en personas peores.

Muchos de mis antiguos milicianos estaban dispuestos a seguirme; hablé con ellos, seguía siendo su líder y estaban decididos a escucharme. Fue en vano, porque privado y falto de energías, no me decidí; como todos los demás, esperaba que sucediese algo irreparable. Un punto sin marcha atrás.

Nadie sabía qué hacer, no sabíamos adonde ir.

Aún había fascistas contra quienes combatir.

No tuve tiempo de pensarlo demasiado, el destino me tenía preparado un final aún más terrible.

Se sucedían los símbolos y los presagios, todos ellos nefastos. Desde hacía unos cuantos meses había dejado de soñar. Pasaba las noches afligido por el ansia, antes de sumergirme en un sueño profundo, sin recuerdos y sin descanso. Estaba volviendo a caer en el olvido de quien no puede sentir, mi espíritu volvía a estar en letargo.

Adormecido por la ilusoria calma de la resignación, todos mis pensamientos estaban protagonizados por Marisol, todas mis esperanzas puestas en los breves momentos que había pasado junto a ella. Los anhelaba sin resultar bastante, porque nos dividían las interminables jornadas en el frente,

las largas esperas, los suspiros, las remotas esperanzas. En las montañas que se alzaban delante de nosotros, el enemigo parecía casi incorpóreo, inofensivo si no se le provocaba con inútiles incursiones.

Me equivocaba.

El enemigo estaba allí y cada día que pasaba adquiría una mayor gallardía. Estábamos perdiendo la guerra, retrocedíamos en todos los frentes. Los milicianos anarquistas, convertidos en soldados rasos, habíamos perdido toda nuestra fuerza, ya no combatíamos por nuestra causa sino para un ejército de militares que nos despreciaba. Sin la esperanza de la Revolución, la guerra perdía su sentido.

La victoria era una utopía.

Resulta difícil escribir esto ahora, aquel día fue peor que la muerte.

Fue un final al que no sigue un nuevo comienzo, un crepúsculo sin Dios.

Era una tarde soleada, calurosa y sin una sola corriente de aire.

Iba caminando con Marisol por un campo de tréboles cercano al cuartel general de Aldehuela, un pueblo ocupado hacía unos cuantos meses en el que nunca sucedía nada. Acabábamos de terminar nuestra ronda de conversaciones con los soldados y oficiales a quienes la Comandancia de la brigada había nombrado responsables de verificar la moral de los combatientes en las retaguardias estancadas. Yo estaba más desanimado que nadie, hablaba con

monosílabos y me reflejaba en las apagadas miradas de mis antiguos milicianos. Por el contrario, Marisol aún no se había resignado: discutía, peleaba, argumentaba, intentaba encontrar una razón para seguir luchando como fuese. Pero no fuimos convincentes.

Al llegar a un prado algo aislado, a medio kilómetro de distancia de las líneas enemigas, nos tumbamos sobre la hierba e hicimos el amor de forma atropellada, distraídos por los indicios de la derrota, por la certeza de un cercano fracaso. Una sensación que, si se tenía el valor necesario, se podía sentir a todas las horas del día, bastaba con mirar las caras de nuestros soldados. Su ánimo confundido y desarmado.

Nos levantamos cansados, pero aún unidos por una débil sonrisa, respaldados sólo por nuestro afecto. Ya no era la pasión incontrolable de los primeros besos en la Barceloneta, pero seguía siendo de todos modos lo más hermoso que nos quedaba.

Una valiosa posesión en aquellos días amargos, días de renunciaciones y aflicciones.

Sentado en aquel prado le acariciaba el rostro y sus largos cabellos. Ella sonreía, aún con su juventud y belleza habituales. Fue un instante realmente breve.

Recuerdo una punzada fortísima en la nuca, la más fuerte que había sentido hasta entonces. El dolor, profundo como el infierno, en un segundo me hizo extenderme en el suelo, sin temblores ni convulsiones, sólo un dolor indescriptible, infinito, seguido por la oscuridad y la pérdida

de todos mis sentidos. Y una última imagen imposible de olvidar: las manos de Marisol sobre mi rostro, sus ojos alarmados intentando comprender qué estaba pasando. Mi presagio de muerte y de desgracia. La miré aniquilado por mi extraño dolor, impotente pero aún lúcido. Ella se preocupa, grita, intenta sacudirme. Nada, yo sigo inmóvil, petrificado en aquel último instante de amor.

En seguida un disparo seco, único, definitivo. Su gesto de sorpresa, desprevenido para el dolor. El orificio en la frente, pequeño, casi inofensivo. Toda su dulzura infinita que se derrama por aquel agujero. La cabeza de Marisol apoyándose lentamente sobre mi rostro, inerte, sin vida.

¡Dios santo que nos detestas y nos martirizas! ¡Dios impostor y despreciable! ¡Dios sin piedad y sin vergüenza! ¡Dios traidor!, ¿qué le has hecho? ¿Qué le has hecho?

Marisol se desplomó como una muñeca rota, aún envuelta en el último abrazo. Su sangre aún caliente sobre mi cara. Su sangre, lo último de ella que acarició mi rostro. Yo, incapaz de moverme, inmovilizado por el terror de mirarla por última vez, sin sentir su respiración.

Su belleza infinita.

Mi dolor eterno.

Un espíritu que muere.

La oscuridad.

Pasaron las horas. Cuando me recuperé había caído la noche ya a nuestro alrededor. Intenté gritar pero no lo conseguí, de mi boca no emanaba ningún sonido, ni siquiera lamentos. Nada. La cabeza de Marisol seguía estando sobre

mi espalda. La besé, buscando entre sus labios un resquicio de vida, entonces ya extinguida para siempre. Me levanté, la cogí en brazos y comencé a caminar hacia el campo.

No recuerdo nada más. Sólo la imagen ruidosa de los compañeros a mi alrededor que me hablaban, me gritaban, imprecaban, lloraban y enmudecían, esperando unas respuestas que no llegarían nunca.

Las voces, las lágrimas, los insultos.

Todo mi alrededor confuso y sin luz. El aire que se hace trizas.

Mi espíritu aniquilado.

La muerte en mi interior. La necesidad de morir lo antes posible.

Seguir viviendo ya no tenía ningún sentido.

AL DIAVUL

DEJÉ el cuerpo de mi amor en los brazos de José Luis, el director de Línea de Fuego; ya no podía hacer otra cosa. No comprendía nada, no veía quién había a mi alrededor, había superado cualquier umbral posible de sufrimiento. Me había convertido en un demonio. Al Diavul. Cogí mi metralleta y mi vieja pistola, la primera que construí en la armería. Salí al campo en dirección a las líneas enemigas, seguido por las miradas perplejas de todos los soldados del regimiento. Como un fantasma, un loco vengador, un hombre que invoca a la muerte como a su mejor amiga.

Al Diavul.

Ramón, Jorge, Miguel y Femando vinieron conmigo, los servidores del diablo.

El teniente bramaba, agitando las manos al viento. Nos gritó a las espaldas que volviésemos, que era una locura, que éramos unos insubordinados y que nos metería en arresto. Pero nadie intentó detenemos, ningún soldado levantó un solo dedo. Toda mi antigua centuria estaba en formación con las armas en la mano, dispuestos a disparar. Las manos firmes, las miradas capaces de todo. Nadie hubiese podido detenemos, ningún teniente ni capitán, militar o republicano, estalinista o anarquista.

El alma miliciana de la Columna de Hierro nos observaba con el respeto que merecen los mártires.

Yo, miserable hombre perdido. Yo, demonio repudiado y vengador que sólo tenía sed de sangre. Avanzaba con un único objetivo: matar al enemigo.

El enemigo asesino que había matado a mi Marisol. El fascista escondido.

El francotirador desconocido.

Tendría que matarlos a todos para encontrar a un único culpable.

Y los mataría a todos.

Comencé a ascender hasta lo alto, al emplazamiento de la ametralladora, aquella máquina implacable situada en lo alto del espolón. Los fascistas nos esperaban desde hacía meses. Muchos hombres habían intentado ya tomarla y nadie lo había conseguido, ninguno había querido hacerlo realmente.

Entre los campos reinaba la oscuridad. La noche de luna nueva nos protegía de los ojos enemigos, pero era una protección inconsciente, ya que en tinieblas, era una locura atacar. Ni siquiera se podía ver el camino. Un paso en falso y caeríamos por el barranco, un vuelo de doscientos metros. No pensé ni por un momento en la muerte, no pensaba en nada. Mi odio era tan ciego que me volvía demente, un idiota sediento de sangre.

Los demás no sé si lo pensaron, no sé por qué me siguieron.

Aún hoy sigo sin entenderlo.

El sendero estaba empedrado. Arriba, en la cima, estaba la ametralladora.

Sólo envueltos por la oscuridad tuvimos una posibilidad, nuestra única opción. Yo no pensaba en las consecuencias, me dirigía directo hacia el enemigo.

Era la furia personificada. Era un asesino. Era la sucia venganza que no concede tregua.

Al Diavul, maldito por un Dios cruel que no tiene vergüenza.

Aquellos eran quienes habían matado a Marisol y pagarán con su vida. Todos, no se salvará ninguno. Sería un exterminio, sería una purificación.

*

Estoy llegando, sin mirar atrás. Directamente hacia la cima de la montaña. La ametralladora se sitúa sobre nosotros, separada sólo por unos cientos de metros de roca escarpada. Lejana, inalcanzable. Detrás de mí, en silencio, avanzaban mis compañeros.

Una banda de locos.

Atravesamos una breve zona herbosa y después, a lo largo del sendero, nos apostamos al pie del espolón y comenzamos a subir. Trepamos por la montaña metro a metro, sólo con la fuerza de nuestros brazos, sujetándonos a las rocas en la oscuridad que no concede gracia. Mis compañeros me siguen en silencio. Mi ojo derecho brilla de furia, indicándome el camino.

Seguimos hacia delante, directos hacia el enemigo, sin fallar ni un paso, metro a metro. Avanzamos en desplome sobre el precipicio. Me desollaba las manos sin darme cuenta. Es una locura. Pienso en Marisol, en su sonrisa, en sus dos grandes ojos absortos al observar el mar, en la promesa que hice a su padre, en mi fracaso, en mi caída. La furia incontenible, soy un hombre perdido.

Seguimos adelante, hacia lo alto. Sin ver ni nuestros propios pies, sin cuerda, sin espolones, sin esperanza. Incluso a la luz del día hubiese sido una locura, pero no lo fue. Bastaba con no tener miedo y yo no lo tenía. Adelante compañeros, arriad vuestras banderas, tiradlas por tierra. Esta vez no habrá tregua, no habrá cuartel. Los mataremos a todos.

Finalmente, sólo me separan unos cuantos metros de los soldados fascistas. Hago un gesto al resto de mi grupo para indicarles que se detengan. Un paso en falso sería suficiente para que me despeñase, un solo paso para mi salvación, para salvarme del recuerdo diario de Marisol. El final del dolor, un golpe sordo y sería todo.

¿Cuánto tiempo tendría que seguir viviendo aún?

El final será el momento más dulce.

Al terminar la escalada, en pie, ya estoy listo para matar. Desenfundo la vaina y con el puñal bien firme apunto hacia aquellos desgraciados, son unos cuantos instantes. No me vio nadie, no me oyó nadie. Cuando se despiertan es ya demasiado tarde. Como una matanza, los degollé a los tres, medio adormecidos. Mato con la elegancia de un ángel, son

unas pobres bestias, su sangre empapa mis manos. Grito de alegría y de dolor. Tiro los cuerpos por el precipicio, mis compañeros no tienen que disparar ni una bala. Volvimos al campo con la ametralladora.

Nadie festeja nuestra victoria.

No somos héroes.

*

No se celebraron plegarias por el alma de Marisol, no hubo ningún funeral, ni misas, ni sacerdotes que prometiesen una insoportable vida eterna. La sepultamos en el prado de una antigua granja, lejos de casa, lejos de su padre a quien afortunadamente no volvería a ver. En un lugar anónimo donde nadie iría nunca a llorar por ella, nadie que recordase su juventud, sus ideales y sus sueños, su belleza y su sonrisa. Las ganas de vivir que emanaban de todos sus gestos, aniquilados en un instante por aquel pequeño agujero en la frente. Un orificio obra de un desconocido que mataba mujeres. Una cruz, una pequeña fotografía en blanco y negro, nada más.

Tenía que matarlos a todos.

Traspasé el umbral de la humanidad. Me olvidé del tiempo, me olvidé de mi cuerpo, olvidé el sol, el viento y los aromas de la tierra. Olvidé la compasión y la ternura. Me olvidé de la columna y de mis compañeros. Sólo me quedaba la venganza.

El final será el momento más dulce.

Era un diablo exterminador. El loco líder de una banda de dementes, fieles hasta la muerte, obcecados por mi dolor y mi furia.

Había cruzado el umbral y me sumí en las tinieblas.

Seguirme significaba morir, todos los sabían.

Abandoné la brigada y fundé mi propio grupo de asalto, unido por un vínculo de fraternidad sellado con sangre, un vínculo más fuerte que las restricciones y las reglas militares del nuevo Ejército republicano. Éramos cinco, los dementes.

Cinco hombres obcecados por el rencor. Yo no obligaba a nadie, no les pedía explicaciones, no hablaba, ni una palabra. No lloraba ni me desesperaba, dejé de ser un hombre. Me siguieron de todos modos.

Eran mis compañeros, los dementes, hijos de la traición y de la infamia.

Nos pintábamos la cara de negro y sólo combatíamos por la noche.

Los oficiales republicanos no se atrevieron a detenernos, ni siquiera lo intentaron. Cuando salíamos a cazar nos observaban sobrecogidos e impotentes. Mi ojo violeta en el rostro negro era una máscara de guerra y de terror, daba auténtico miedo.

En unos cuantos días causamos más daños que durante dos años de guerra.

El miedo acaba con la batalla. Quien busca la muerte vale por cien guerreros, quien no teme a la muerte es invencible. El diablo clamaba venganza en esta tierra de sepulcros y mierda, buscaba dolor y muerte... su propia muerte.

Junto a los dementes, una última escuadra desesperada de combatientes.

Tras el emplazamiento de la ametralladora, atacamos el cuartelillo.

Lo llamábamos así porque, aunque sólo era una casa rural situada en la cima de una montaña, en la parte de llanura que miraba al sur estaba reforzado con terraplenes y trincheras, tras las cuales se disponían una ametralladora, un pequeño cañón y, como norma general, una veintena de hombres.

Pensaba que el francotirador estaba entre ellos. Eso esperaba.

El cuartelillo era la posición más avanzada del frente faccioso. Desde aquella altura se dominaban los despliegues de todo el valle. Nadie había intentado nunca tomarla. Nosotros lo hicimos y fue una masacre.

De nuevo en la oscuridad, un recorrido lleno de peligros y de silencio. Estoy solo, mis compañeros esperan en el camino, a cien metros de las trincheras enemigas, ocultos por la oscuridad de la noche.

Son las tres de la mañana y los soldados duermen. Sólo quedan cuatro hombres de guardia: dos centinelas tras los terraplenes, uno en la torreta de la ametralladora y el último, en el techo del establo.

No esperan un ataque, será una matanza.

Los dos centinelas son un problema, ambos llevaban un fusil cargado.

Mi espera fue larga.

Estoy en un pozo desde hacía varias horas, el loco del pastor tenía razón. Le había cogido cariño a Marisol.

—¿Quieres el cuartelillo, italiano? —me preguntó.

Por supuesto, yo lo quería.

Una única manera. Un pequeño canal que atraviesa la colina, conectado en horizontal con el pozo a través de una alcantarilla. Al abrirla se deja salir el agua que sobra en las estaciones más lluviosas.

—Ese es tu paso —me dijo el viejo.

Un canal de un kilómetro, noventa centímetros de ancho, todo en pendiente. Completamente oscuro e inmerso en el lodo.

Había tardado once horas en recorrerlo y otras tres en forzar la alcantarilla.

Pero ahora estoy aquí.

El pozo no es largo, puedo escalarlo apoyando las piernas con fuerza en las paredes. No hago ruido, nadie parece tener sed.

Salí a la superficie en el patio, completamente cubierto de tierra, soy un producto de la noche. Desenfundo el puñal.

Bordeo la casa. Los centinelas situados en lo alto no reparan en lo que sucede dentro de su perímetro. Vislumbro las espaldas de mis primeras víctimas, están a pocos metros. El plan es simple, asesino a estos dos soldados, mis compañeros abaten al soldado de la ametralladora y yo me ocupo del que se sitúa en el establo. Después matamos a todos los demás mientras duermen.

No siento el cansancio. Me aproximo arrastrándome con tres bombas de mano sujetas a la cintura. No me cogerán vivo, no me atraparán entero.

Se oyen las risotadas de los dos soldados, están medio borrachos. Idiotas y vulnerables, se pasan una botella de licor, creen estar a salvo, pero nadie lo está. Ya estoy junto a ellos. El más joven bebe y el otro extiende la mano para coger la botella. «Bebe hombre, bebe, será tu último trago». El joven se sienta sobre una caja, ha llegado el momento. Desde detrás le agarro por la frente con la mano izquierda y con la derecha lo degolló. Los ojos de su compañero se abren de par en par, aún con la botella en la mano. El líquido que sigue en su boca le impide dar la voz de alarma. Soy como un rayo, le clavo el cuchillo en el estómago, pero al final el cabrón grita y se defiende, armando un gran estruendo. Me estrecha contra él y sigue gritando. Mi plan se ha ido al traste, pero mis compañeros están llegando, los oigo. Habíamos decidido que Fernando sería nuestro tirador. Lanza un disparo muy preciso y el hombre de la ametralladora se desploma. Miro su cabeza caer mientras me quito de encima aquella escoria, dejando su cuerpo allí tirado para que muera ahogado en su propia sangre y corro hacia el dormitorio, situado a pocos metros. El centinela me dispara desde el establo, sin conseguir darme. Soy un fantasma, un rayo. Habrían pasado sólo unos veinte segundos desde que apesté la primera puñalada. Tengo tiempo.

En el dormitorio se oye un grito de alarma, pero yo ya estoy allí. «Aquí estoy, amigos». Abro la puerta y veo a un hombre en calzoncillos. No esperaba encontrarme allí.

Está asustado, me mira y ve mi rostro negro, el ojo violeta que brilla y el cuchillo ensangrentado firmemente sujeto. Balbucea una estupidez que debía ser un grito de ayuda. Sonríe mientras lo degolló y lanzo mis granadas entre las camas de sus amigos. Después cierro la puerta. Uno, dos, tres y boom, explotan las ventanas.

El centinela del establo sigue disparando, heroico centinela. Ramón y el resto de muchachos lo han rodeado y abren fuego con todas las armas que tienen pero él no se rinde. Jorge le acalla con otra granada, es mejor ir a lo seguro.

Llegan los dementes, en fila por el camino, con las caras pintadas de negro.

Parecen locos.

Quizás quede algún soldado vivo. Abrimos la puerta de la habitación y entramos apuntando con nuestras armas. Sólo encontramos muchachos muertos, destripados por la explosión. Al fondo, protegido por una cama, aún se movía un cuerpo.

Me acerco, el hombre está herido en una pierna, pero podría sobrevivir.

Es un sargento, tendría unos veinticinco años.

—¿Quién disparó en el campo de Aldehuela hace dos días? —le pregunté tranquilamente.

Parece no entenderme, no responde. Entonces le clavé el puñal en la pierna sana.

Veo el terror en su rostro, pero eso no me basta.

Le acaricio el rostro con la hoja del puñal.

—¿Quién disparó en aquel campo?

Toma aliento y finalmente habla.

—Fueron soldados nuevos, de Teruel, tropas especiales que acababan de llegar. No fue gente nuestra.

—¿Qué gente nuestra? —le pregunto mientras le corto la arteria femoral de una rápida puñalada—. ¿Qué gente, perro? ¿De qué gente hablas?

El sargento morirá en poco tiempo.

Habíamos terminado.

Aquí no hay nadie más.

*

Jorge fue el primero que cayó, el pescador ladrón, en el ataque del día siguiente.

Ese era nuestro auténtico destino, el de todos nosotros, cinco condenados guiados por un demonio.

Cinco locos malditos por Dios y por los hombres.

Con la cara pintada de negro y mi ojo ardiendo en el infierno.

Durante una incursión al frente contrario, Jorge fue alcanzado por un disparo en el hígado, aunque también el oficial que disparó salió herido a su vez.

En silencio, nos arrastrábamos por detrás de sus líneas. Nos comportábamos como asesinos, ángeles de la venganza. Los dementes, así nos llamaban susurrando.

Yo sólo quería matarme a mí mismo, buscar el vacío eterno.

El final será el momento más dulce.

Jorge fue el primero en caer y sufrió mucho antes de dejarnos. Nosotros estábamos a su lado, gritaba de dolor, sin arrepentimientos ni redenciones.

Habíamos vencido otra batalla. La colina estaba en nuestras manos. Después, como siempre, llegaba la tropa, en silencio, observando los estragos de soldados muertos. Sus cuerpos lacerados por las llamas. Los oficiales del Ejército republicano sacudían la cabeza mientras el resto del regimiento tomaba posición. Incluso los ex compañeros de nuestra milicia comenzaban a tener miedo.

Miedo de nosotros, de la muerte, del diablo.

Del diablo italiano que exhibía trozos de hombres asesinados colgando de su cinturón.

Mis trofeos de guerra.

Me habían matado a Marisol, mi niña que ni siquiera luchaba, sólo por hacer el amor en un lugar equivocado. Había bastado el disparo de un francotirador, su elección indiscutible de matar o perdonar la vida. Cualquiera puede ser el objetivo, incluso una joven muchacha desarmada. Lo pagarían todos, todos aquellos a quienes consiguiera dar caza.

También había muerto Camillo Bemeri, asesinado a traición por sus enemigos más despiadados. Incluso mi padre habría muerto probablemente, recluido en su propia casa. También le vengaría a él y a Iván Cruciani, el alcalde asesinado en la plaza a quien después le habían meado en la cara. Todos tendrían que pagar por ello.

Para encontrar al asesino de Marisol tendría que matarlos a todos.

Y eso hice, junto a mis hermanos, los dementes.

Fernando era tan cruel como yo, me seguía sin cuestionar nada.

Como un veterano de mil batallas, defendía su juventud violada.

Sólo quedábamos cuatro.

Con la cara pintada de negro.

Miguel fue el segundo en caer. El asesino murió durante el ataque a un camión lleno de soldados. Una granada lo partió en dos, no tuvimos tiempo de despedirnos de él. Ramón exterminó a todos los enemigos con una ráfaga de metralleta.

El camión era nuestro y con él, las municiones.

Conforme pasaban los días aumentaban nuestros ataques.

Aún hoy me pregunto por qué continuaron siguiéndome en aquellas locas semanas de guerra. Eran tan jóvenes... poseídos por mi mismo odio.

Sobre las montañas, distante pero accesible, Teruel parecía esperarnos, nuestro último objetivo. Los dirigentes de la columna, convertidos en oficiales, pensaban que había enloquecido, que representaba un peligro para la nueva disciplina republicana, pero ninguno osaba detenerlos. Temían a los dementes, los compañeros del diablo.

Nosotros estábamos pagando por todos, con nuestra feroz bestialidad saldábamos las cuentas con una guerra fraticida y ejemplar, el vulgar compendio de los enfrentamientos de este siglo enloquecido. Nos cargábamos con el dolor de una nación entera, de la inmundicia, de la desesperación. Nadie hubiese podido imaginar el peso de mi desesperación.

—La guerra civil es un acto sucio —me había dicho un año antes Alfonso, un viejo compañero de la Barceloneta.

Unos cuantos meses antes lo habían asesinado los estalinistas, de un modo verdaderamente sucio, a traición.

El crepúsculo estaba a punto de terminar. Los dementes salíamos a cazar al caer la noche.

La columna llevaba meses sin avanzar, atrincherada a la defensiva. Aunque ya no existía, sólo era el Ejército republicano. Nosotros seguíamos asesinando, realizando nuestra labor, maldiciendo aún más nuestra derrota y sacrificando todos nuestros ideales perdidos por la venganza. Nuestras esperanzas ilusorias de justicia y de igualdad.

Llegó la última batalla, el último combate de los dementes pintados de negro.

En los páramos del fondo del valle casi había entrado el alba. Ramón, Femando y yo estábamos tendidos en el suelo, protegidos por un espeso muro de piedras salvajes. A poca distancia se situaba la guardia de ronda fascista. Ahora era más difícil matar, ya que después de las primeras emboscadas estaban más alerta. Siempre vigilaban en mayor número.

Los desafiamos de igual modo. Me asomé en silencio disparando con la metralleta y dos de los soldados cayeron de inmediato. Los demás respondieron a mis disparos. A Ramón le dieron en un brazo, pero siguió disparando. Yo ya estaba encima, mortal e invencible. Traspasé con mi puñal al oficial fascista, que no conseguía desenfundar el revólver. Me miró como asombrado, la muerte maravilla a los jóvenes guerreros. Yo luchaba con arma blanca, para saborear la mirada de terror en el rostro de mis enemigos. Me hirió la bayoneta de un chaval aterrorizado que tenía al lado, una herida grave. Femando disparaba a lo lejos. El muchacho de la bayoneta se desplomó con un agujero en el vientre y con él, cayeron otros dos soldados rebeldes. Sin embargo, por el lado contrario estaba llegando un nuevo grupo, aún más numeroso. Una ráfaga de disparos abatió a Ramón, cientos de proyectiles le atravesaron el cuerpo antes de caer el suelo.

Permaneció en el aire, suspendido por las balas.

Femando me cogió por el brazo, arrastrándome hacia fuera. Sangraba como una fuente pero seguía disparando con la pistola del oficial abatido. Los proyectiles alcanzaron a

muchos enemigos, pero otros no tenían intención de dejarme escapar. Querían capturar al Diavul.

«Venid, os espero. Soy el diablo que os mata, que os maldice, que os acompaña hasta el infierno. Moriremos juntos como hermanos. Nos abrazaremos en el instante fatal, hijos del mismo odio. El final será el momento más dulce».

Seguimos retrocediendo un centenar de metros, con los fascistas casi encima. No había ningún otro lugar donde refugiamos. Detuvimos nuestra fuga al borde del precipicio, no podíamos ir a ningún otro sitio. Quizás me había desmayado ya cuando mi último compañero me tiró por el barranco, en un desesperado intento final de salvarme. Después esperó al enemigo, creo, yo no lo vi. Pero después de muchos años supe que le habían matado en aquella colina, protegiéndome.

Fernando Torres murió como un héroe.

Tenía diecinueve años.

*

Tras varios días, me desperté en casa de un médico. Me había encontrado un campesino y me había lavado y curado las heridas, después había llamado al médico. Se llamaba Pedro Guimares y apoyaba al bando nacional, pero creo que era una buena persona. Fue él quien me despojó de todas las señales de pertenencia al frente republicano.

Sólo era un soldado enloquecido con un ojo violeta.

Uno de los tantos esparcidos por España.

No tengo demasiados recuerdos de aquel período, sólo breves instantáneas. Un oficial meticuloso, el perfil huesudo de una vieja, sopa de verduras.

Me recuerdo a mí mismo en silencio, sin hablar. Loco, decían, loco y sin documentos.

Después, un juicio y una prisión.

Me encerraron en la cárcel. No sabían quién era, pero para no cometer errores decidieron que era mejor recluirme. Los republicanos conquistaron Teruel para perderla después rápidamente, al igual que la guerra.

La Barcelona de mis sueños y de mi último período de juventud quedó ocupada por los militares fascistas. Millones de compañeros atravesaron la frontera para ser tratados como bestias por los republicanos franceses, miopes y bellacos. Muy pronto también ellos conocerían las penurias de la guerra. Los compañeros quedaron recludos en campos de internamiento, prisiones a cielo abierto. Muchos de ellos volvieron a luchar en la guerra contra los nazis, como milicianos, como héroes, los últimos promotores de la revolución catalana, de la furia libertaria que ilusionó y asustó a Europa al mismo tiempo. Nunca volví a ver a ninguno de ellos.

Yo estaba en prisión, tenía todo el tiempo del mundo para pensar en Marisol, casi toda una vida transcurrida únicamente ante su imagen. Frente a su rostro, mi única obsesión y mi único recuerdo. Sin tregua, sin pausa, cada simple instante, intentando volver a ver su sonrisa,

reconstruir los momentos más sencillos de nuestro amor. Esos pequeños detalles que eran lo que más añoraba.

En la oscuridad de mi celda de aislamiento demente estaba con ella continuamente, le hablaba, le contaba historias del Raval, de la hostería, de las noches de verano en la Barceloneta. Le preguntaba por el periódico, por Adriá y por su padre. Esperaba. Después volvía a recordar y lloraba. El dolor me desgarraba, sólo encontraba un poco de consuelo en esa falsa locura. Loco, decían. Pero las pesadillas volvían día tras día, incesantemente, los sentimientos de culpa. Volvía a rememorar los momentos de su absurda muerte, mi culpa, los reproches de aquel maldito día, vivido y recordado a cámara lenta millones de veces. La mera existencia me resultaba insoportable, en cada momento, en cada uno de los insulsos gestos cotidianos de aquella maldita celda. Sólo estaba ella, Marisol en Barcelona, Marisol el primer día, Marisol feliz y sonriente, Marisol con un gesto de terror y la vida escapándose de su cuerpo en un segundo.

El agujero en la frente.

Al final enloquecí realmente. La celda era mi escenario, mi inmenso abismo de dolor. Con mis manos tocaba su rostro, buscaba sus labios uniéndolos a los míos. Esculpí su cara en la pared con las uñas. Así podía seguir besándola... buscar las líneas de sus grandes ojos oscuros, derramar miles de lágrimas sobre aquel rostro amado y perdido para siempre.

Era preciosa mi Marisol...

Loco, decían. Podía hacer todo lo que quisiera. Todo menos morir.

Loco, repetían. Estuve allí dentro durante veinte largos años, no realmente vivo, insultado, agraviado, tratado como a un perro, considerado un deficiente.

Y en todos aquellos interminables días, no salió ni un solo sonido de mis labios, ni siquiera cuando al cabo del tiempo me reunieron en otra celda con detenidos políticos. El médico de la cárcel, tan compasivo como incompetente, sacudía la cabeza: loco, decía también él, con la mirada disgustada y la cartera de buen estudiante en la mano. Aquella palabra se convirtió en mi estigma, aunque al mismo tiempo en un razonable olvido, una admisible capitulación frente al mundo.

No me importaba ser un loco, un pobre deficiente.

¡Loco! Como el alma podrida de la España victoriosa y asesina.

*

Pasaron veinte años, hasta 1958. En ese año se concedió una amnistía de forma inesperada y de un día para otro, me soltaron.

El loco quedaba liberado.

Aún había franquistas por toda España, pero se habían vuelto unos inofensivos viejos nostálgicos, superados por la

Historia. Me llevaron a la embajada italiana donde me pidieron que escribiese mi nombre en un folio.

El auténtico, Errico Nebbiascura. El hombre del ojo violeta. Al Diavul.

Estaba en la lista de desaparecidos. El embajador fue amable, me pagó el billete de tren hasta Italia. Volví a recorrer el viaje de mi juventud en sentido inverso, una vez más; volvía a mi país. Al Montecastello de mierda.

Ya no quedaba rastro de los fascistas, vomitados por la Historia.

Por lo demás, no había cambiado casi nada. Volví a la casa a los pies del castillo y encontré a mi hermana Lucía. Su marido había muerto joven; al final, no se había casado con un fascista, sino con un buen hombre que le había dado una hija.

En la fragua sólo quedaban viejos muebles amontonados.

Tampoco quedaba ninguno de mis compañeros, ni mucho menos Ángela, a quien una bomba se la había llevado al otro mundo. Realicé la solicitud y me concedieron una pensión de invalidez.

Volví a acondicionar la vieja viña y comencé a producir vino.

Cultivando la tierra dejé de pensar en Marisol, o al menos, dejé de recordarla cada minuto.

Nunca volví a hablar, no me quedaban ganas.

Después, nada más.

EPÍLOGO

A pesar de su edad, el notario afrontaba la subida con ímpetu. Antonio Gay era un señor a la antigua usanza, elegante, aún en forma, con un aire vagamente melancólico. Me guiaba por las curvas del pueblo, a nuestro alrededor, sólo el silencio de las casas viejas, encaramadas en la colina que subía hasta el castillo. De vez en cuando se detenía para asegurarse de que continuaba allí y yo le seguía sin hacer preguntas, avergonzado por la situación. Era domingo por la mañana, el aire ya era algo tibio pero no había aún nadie por las calles, ni siquiera en las ventanas. Montecastello parecía un pueblo fantasma.

El notario me había citado en la estación de Alessandria y había venido a recogerme con su automóvil. Diez minutos de viaje, bordeando el Tanaro por la orilla izquierda. Habíamos aparcado en la zona baja del pueblo, cerca de un campo de fútbol casi sin hierba.

—Tenemos que andar un poco —me había dicho. Era un hombre amable, pero al mismo tiempo taciturno.

Reconocía aquellas calles, idénticas a como las había descrito Errico.

A mitad de la subida, las estrechas calles dejaron paso a la luz del día, el cielo pareció brillar de repente y la torre del castillo apareció con toda su extinguida grandeza. El notario se detuvo y me miró fijamente a la cara.

—Deberíamos ser más prudentes con nuestros actos —me dijo y después suspiró— o por lo menos intentar

conseguir un compromiso con la mediocridad —Parecía lleno de amargura—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine a este lugar. Parece que todo sigue igual, incluso las piedras. ¿Ves aquello de allí, Alessio?

Me hablaba de tú.

Asentí mientras él indicaba hacia una gran piedra inclinada.

—Aquel trozo de piedra siempre ha estado así. La gente siempre se ha tropezado con ella, los carros se han roto las ruedas, después lo han hecho las bicicletas y aún después, los coches. Y sin embargo sigue estando ahí. El campo es inamovible, una maldición eterna.

El notario retomó el camino, una calle que se torcía conforme la subida ganaba inclinación. Delante de nosotros apareció un banco de hierro negro, rodeado de rosas y, por debajo de las zarzas, una vieja fuente. La dejamos atrás y subimos por una escalera estrechísima, casi escondida, con los peldaños de piedra, las ventanas entornadas para dejar pasar la luz y las enredaderas trepando por los muros, formando figuras. Al final de los peldaños sólo había un recodo y después, una explanada.

Habíamos llegado.

La casa de los Nebbiascura era tal y como la recordaba. La última del pueblo, al abrigo de los bosques que crecían en la falda del castillo. Un gran perro pastor nos miraba desde el jardín lleno de curiosidad. No ladraba ni parecía peligroso.

Antonio tocó el viejo cencerro que colgaba de la verja.

Esperamos en silencio.

Mi abuela Lucía era ya muy anciana, pero seguía conservando su belleza, con el cabello blanco recogido y los ojos almendrados. Me sonrió y me dio un beso.

—Alessio, ¡cómo has crecido! Si eres ya todo un hombre...

Después miró al notario. Su rostro pareció perderse lejos, en otras épocas.

—Bienvenido, Antonio.

Se abrazaron con un gran afecto.

Lucía nos invitó a entrar. El perro me olisqueó satisfecho.

La casa era fresca, como en la sierra.

—Siéntate, cielo, pareces cansado.

—Sí, estoy muy cansado, abuela.

Su mirada se detuvo a través de la ventana.

—Ya ha pasado un año. Echo de menos a Errico, ¿sabes? Incluso aunque estaba todo el día callado y parecía siempre enfadado, mirando al horizonte con aquel ojo suyo tan extraño. En realidad, todos le echamos de menos, incluso el pueblo. Era un gran hombre, a su manera, una persona justa. Desde el momento en que lo encontré flotando en el tanque mirando al cielo, supe que antes o después llegaría alguien para preguntarme por su historia. Su rostro... con aquella sonrisa. Él era como la abuela; al menos, eso decía mi madre, esa santa mujer que le conocía mejor que nadie. ¿Sabes que tú te pareces un poco? Tienes la misma manera de mirar las cosas.

Nos acompañó hasta una habitación amplia y luminosa, con dos grandes ventanas orientadas hacia el sur y con vistas a la llanura que se extendía a los pies de la casa. Era austera, sólo tenía un armario, un viejo baúl y una cómoda, sobre la que había una fotografía en blanco y negro en un marco plateado. La imagen, aún nítida, retrataba a un hombre y una mujer sonrientes, sentados en una terraza y brindando, rodeados de gente armada y alegre.

—¿Éste es él? —pregunté.

—Sí, es él, mira qué joven más guapo era Errico, joven y fuerte. Nos envió la fotografía a finales de julio de 1936. Ruggero aún vivía y fue una alegría grandísima para mi padre.

Lloró como un niño, todo orgulloso de su Errico, de su hijo combatiente. Fue una alegría para todos, aunque después no volvimos a tener noticias suyas, estábamos convencidos de que había muerto en la guerra. Hasta que volvió, pero entonces ya sólo estaba yo. Sola, como ahora.

—¿Y ella es...?

—Sí, es Marisol.

—Dios mío, es guapísima.

—Entonces eran felices. Han sido muy felices, lo han sido realmente.

Me acerqué a la fotografía, señalando la cara de Errico.

—Le debo un último favor, me lo ha pedido.

Lucía asintió.

Antonio abrió el baúl.

—Éstos son sus recuerdos —dijo, emocionado.

Comencé a hurgar cautelosamente. Dentro estaba todo amontonado en desorden: había camisas, gorras, fotografías, periódicos socialistas de principios de siglo, incluso antiguos monos de la fragua. Pero entonces, en el fondo del todo, encontré lo que buscaba. La vieja bandera anarquista de su padre, de Ruggero Nebbiascuro.

Increíblemente, en el tejido de tela negra no había ni una mota de polvo.

—Quisiera ir a despedirme de él.

—Bueno, bajemos entonces.

Apenas salimos al jardín, Lucía nos indicó el camino.

—Sigue por la calle que sube hacia el castillo. Él está allí, Olmo te indicará dónde.

El perro lobo parecía estar esperando ese momento y nos pusimos en marcha.

Mi abuela se detuvo, inmóvil en la puerta de casa.

—¡Alessio!

Me di media vuelta.

—Me alegra que hayas venido. También Errico estaría contento.

«Lo ha querido él», pensé mientras ella seguía mirándome.

—¿Tú crees en el destino? Yo creo que no existe.

—No, tampoco yo creo que exista, abuela. Ya no lo creo.

—Bueno, venga, vete ahora y aprovecha el calor de mediodía.

Caminamos unos cuantos minutos, protegidos por las densas copas de los árboles.

El cementerio estaba en mitad del bosque, casi oculto.

Era muy pequeño, agradable y bien cuidado.

Entramos y Olmo nos condujo hasta su tumba, al trote.

Una bonita tumba rodeada de flores. En la lápida, no demasiado grande pero casi resplandeciente por su limpieza, estaba su fotografía: joven y sonriente, con la camisa de los domingos.

Me agaché para ver mejor la imagen.

Antonio, a mi lado, parecía sonreír.

Allí estaba sepultada la sangre de mi sangre.

Pensé en su historia, en toda aquella alegría y en todo aquel dolor.

Aquel amor infinito y hermoso.

A menos de un metro de distancia se alzaba otro sepulcro, exactamente igual al de Errico. Allí descansaban los restos mortales de Ruggero, con otra foto en blanco y negro, su ancho rostro con la barba oscura.

Había llegado el momento. Saqué de mi mochila la vieja bandera.

La miré por última vez y la posé sobre la tumba de Errico.

Por una humanidad libre, proclamaban sus letras rojas sobre el fondo negro.

—Por una humanidad libre —dije.

—Por una humanidad libre —repitió Antonio.

Miré al notario, que en aquel momento me pareció más joven; recordaba al muchacho que boxeaba en las noches de verano, con la furia dibujada en el rostro, con un espíritu indomable. Le cogí de la mano.

—Errico me ha contado su historia. El hilo de los Nebbiascura no se ha quebrado.

Antonio asintió, lanzando un suspiro.

Por un instante me asaltó la certeza de percibir un olor familiar, ácido y dulce al mismo tiempo. La vendimia había sido buena, el mosto estaba ya listo para el desliado. Una uva sana, podaderas afiladas, barricas de roble de Croacia, experiencia y un poco de paciencia, este es el secreto de un buen vino. Lo demás no sirve de mucho, Errico lo sabía, como también sabía que escucharía su historia.

—Habrá una buena Barbera este año —dijo Antonio, mientras el campanario marcaba las doce a lo lejos.

Salimos del cementerio. En la ladera de la colina, delante de nosotros solo se extendía una gran llanura. Nos detuvimos a observar cómo los campos se perdían hacia el río. El aire estaba en calma y sereno. Respiré profundamente.

Y juntos, volvimos por la calle cubierta de hojas.

ALGUNAS PRECISIONES

AL Diavul es una obra de ficción y los protagonistas de la historia son fruto de la imaginación del autor. No se puede decir lo mismo de muchos de los lugares de la novela. Montecastello existe, es un pueblo situado en las primeras colinas alessandrinas con vistas al Monferrato y es esencialmente como se describe en el libro. La torre medieval sigue alzándose en el mismo sitio: desde la carretera que une Piacenza y Turin, a la altura de Alessandria, puede vislumbrarse presidiendo la llanura. De igual manera, también existe el pequeño pueblo de Pietra Marazzi, donde aún se puede encontrar abierta y activa la SOMS, aunque no ya como bastión de revolucionarios, sino como un centro social para los trabajadores.



Acerca del autor

Alessandro Bertante nació en Alessandria en 1969 y vive y trabaja en Milán. Hizo su debut en 1999 con la novela *Malavida*, a la que siguieron los ensayos *Naked King* y *Against '68*. Volviendo a la novela en 2008 con el trabajo (ganador del Premio Literario de Chianti) *Al diavul* y el año siguiente cuidará la antología de historias *No estarás allí*. En 2011 es la novela *Nina dei lupi* con la que ganó el Premio Rieti y en 2012 la novela corta *La magnífica horda*. Sus últimos esfuerzos son *Cruel Summer* (Premio Margherita Hack 2013) y *Los últimos chicos del siglo*, finalistas en el Campiello Award 2016. Junto con Antonio Scurati, es el creador y curador del festival Officina Italia Visioni.

NOTAS

¹ En español, Sociedad Obrera de Ayuda Mutua. (N. del T.)

² En el original italiano se indica “Joaquim Ascaso”. El miembro fundador de los Solidarios era su primo Francisco, no el propio Joaquín, que aunque también era anarquista, formaba parte de otro grupo armado. Así se ha traducido. (N. del T.)

³ En el original “Juan García Jover”. Posiblemente se refiera a Juan García Oliver, también dirigente anarquista. Así se ha traducido. (N. del T.)

⁴ En el original “Barrio Seco”. Posiblemente se refiera a Poble-sec. Así se ha traducido. (N. del T.)

⁵ En el original “Domingo y Joaquín, hermanos de Ascaso”. Los hermanos de Ascaso eran Domingo y Alejandro, no Joaquín, que era primo de los mismos. Así se ha traducido. (N. del T.)

⁶ Naturales de la Padania, área al norte de Italia.

⁷ En el original “Lotta di classe”. Aunque este periódico es el órgano de expresión de los anarcosindicalistas italianos, el fundado por Bemerli en Barcelona varió ligeramente su nombre de “lotta” a “guerra”. Así se ha traducido. (N. del T.)